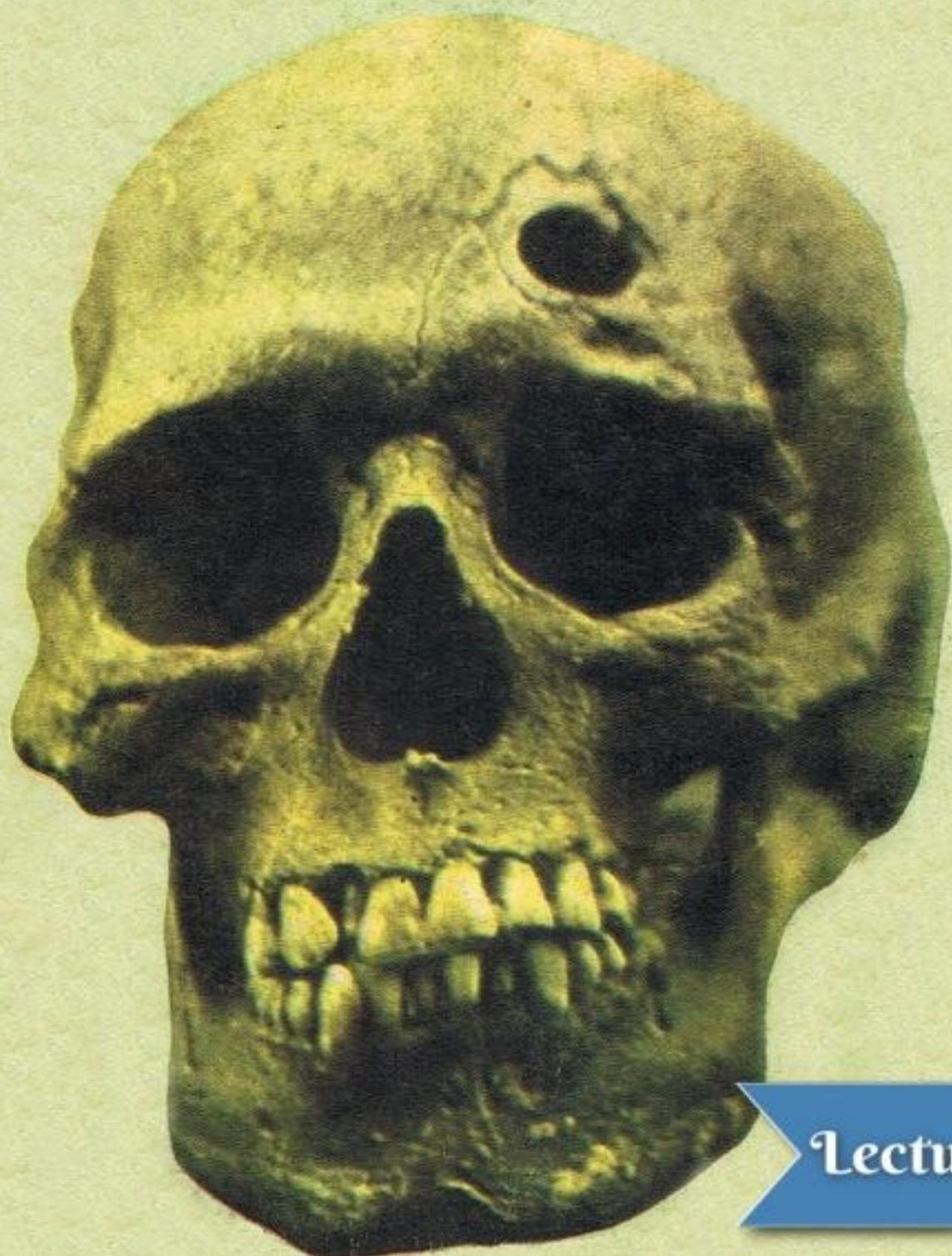


Jean-Pierre **ANDREVON**

MUNDO
DESSEERTO



Lectulandia

El mundo que le rodea tiene su consistencia perforada como un queso de Gruyère. Si alguna vez pensó que soñaba, ahora Philippe se encuentra atrapado en una fantasmagoría que escapa a todo intento de explicación racional. Despierta, deambula por las calles, entra en los locales; pero todo está tan vacío como su recuerdo. No hay un alma con la que poder cambiar un saludo. Vaga y vaga; cada vez se convence más de que es el único hombre sobre la Tierra. Hasta que aparece Marie-Françoise y la incógnita se duplica. Los otros, que no estaban, dan cuenta a través del espacio de su existencia, arrancada a través del tiempo.

Lectulandia

Jean-Pierre Andrevon

Mundo desierto

ePub r1.1

Titivillus 28.06.17

Título original: *Le désert du monde*
Jean-Pierre Andrevon, 1977
Traducción: Sol Nogueras

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Una voz:

—¿Está ya preparado?

Otra voz:

—Está preparado. Está completamente integrado...

La primera voz:

—¡Contacto!

—Contacto...

La primera voz:

—La forma es perfecta... Pero ¿concuera con el entorno?

Segunda voz:

—Conceptor... ¿preparado?

—Preparado.

—¡Contacto!

Primera voz:

—Bien... esto tiene un aspecto satisfactorio... Pero ¿están ajustadas las relaciones entre neofoma y entorno?

Segunda voz:

—Están ajustadas... y estables.

Primera voz:

—Entonces no hay que esperar más. Integren y pasen la trivisión...

Segunda voz:

—Integración binaria... ¿preparada?

—¡Preparada!

—¡Contacto!

Primera voz:

—Trivisión en plano medio, por favor.

Segunda voz:

—Trivisión centrada sobre la neofoma...

Primera voz:

—Perfecto... ¡perfecto! Pero... ¡esperen! Un pequeño detalle... ¿No está el cielo demasiado limpio? En estas circunstancias... Creo que un banco de bruma densa, que más tarde podría desgarrarse y desaparecer, acentuaría el realismo.

Segunda voz:

—¿Ha oído al Primero, Cuarto? Integre...

—Hecho.

Primera voz:

—Bien... Creo que ahora todo está perfecto. Hasta cierto punto, naturalmente. Siempre hay errores, pero los corregiremos a medida que... Ya pueden pasar al movimiento.

Segunda voz:

—Movimiento... ¿preparado?

—¡Preparado!

—¡Contacto!

Primera voz:

—Hum... la transmisión es débil. ¿No se podría aumentar un poco la intensidad?

Segunda voz:

—Aumenten la intensidad en tres grados...

Primera voz:

—¡Ah!, sí; ahora... Pero ¡cuántas interferencias!

Segunda voz:

—Es normal; se está despertando...

Primera voz:

—Sí, se está despertando... Pero ¿es ésa la palabra adecuada? Yo... ¡ay! Incluso siento el peso de esta viga sobre mi... sobre SU pierna...

Segunda voz:

—Podríamos efectuar un tri, entre...

Primera voz:

—¡Cállese ahora! Le toca a él ocupar todo el campo...

Le toca a ÉL, sí; se despierta...

PRIMERA PARTE

REALIDAD 1

1

Se despertó...

Naturalmente esto no se produjo en bloque, de golpe como un despertar... corriente.

Y no era un despertar corriente. Se dio cuenta de ello casi en seguida, no ya en su consciencia, sino en los oscuros meandros de su inconsciencia y luego en sus sensaciones primarias.

Su inconsciencia se revolvía en el caos. ¿Había tenido pesadillas? Creyó notar la huella agarrada al cerebro, pero ninguna imagen venía a confirmar como otras veces, por medio del recuerdo de los sueños, la presencia de ese malestar que aumentaba dentro de él. No obstante no abrió los ojos. Aún tenía un pie en el sueño y no se decidía a hacer el esfuerzo necesario para alzar los párpados.

Con el cuerpo rigurosamente inmóvil y el cerebro embotado escuchaba la vida que circulaba en él por toda una red, complicada pero familiar, de fibras nerviosas y venas; fue entonces cuando su epidermis registró la primera anormalidad auténtica de este despertar.

Bajo su cuerpo no sentía la blandura de una cama sino la dureza inequívoca de un suelo rígido. Además notaba alguna cosa pesada colocada de través sobre sus piernas. Más bien de su pierna, la izquierda, sí. Fue sobre todo eso lo que provocó su primera reacción pues, a medida que emergía de la sombra, el peso se hacía cada vez más molesto hasta transformarse en verdadero dolor.

En ese momento abrió los párpados. Como si el simple hecho de recobrar el uso del principal sentido acabara de liberar unas compuertas, cerradas hasta ese momento, lo raro de su situación pasó del inconsciente al consciente, de su piel a su inteligencia.

¡Pasaba algo anormal!

Su mirada registró sencillamente esta anormalidad porque, al estar acostado, sus ojos miraban hacia arriba. Y sus ojos vieron una amplia grieta en el techo de encima, un desgarrón abierto a la luminosidad gris claro del día. Primero se dijo a sí mismo que la luz lo había despertado. Pero entonces... *Dios mío* (ésta fue su primera reflexión coherente), *se ha hundido una parte del techo...*

Y esta reflexión conectó directamente con el agrio dolor que latía a lo largo de su pierna derecha. Se alzó sobre los codos y entonces notó con precisión el desagradable hormigueo que le recorría los antebrazos y los riñones. Frunció las cejas. ¡Tercera anomalía! No estaba acostado en una cama, en *su* cama, sino en el propio suelo...

¿Qué pasaba? ¿Qué hizo ayer por la noche?...

Mientras se planteaba esta pregunta con el busto levantado a medias y los ojos fijos aún en la brecha del techo, comenzó a filtrarse en él una sensación espantosa. Se quedó helado en unos segundos.

¡No conseguía acordarse de lo que había hecho la víspera por la noche!

Vamos a ver... pensó. Frunció las cejas y sacudió la cabeza. Y en su cabeza

zumbaba un impresionante vacío. No aparecía nada, no se precisaba nada acerca de lo que había hecho, o no hecho, en el momento de acostarse. Y esta anomalía era la más aterradora. Pero... *cada cosa a su tiempo*, se dijo.

Ya estaba completamente despierto y sus pensamientos, confusos y sobreexcitados, tomaron una marcha más calmada.

Se enderezó del todo y vio la viga que le había caído sobre el muslo. El dolor venía de ahí. Tenía la pelvis inclinada hacia la derecha y sólo el muslo izquierdo había recibido el golpe. ¡El golpe!

Frunció otra vez las cejas y se pasó la reseca lengua por los labios. Si realmente la viga se había desprendido del techo (como parecía muy probable que hubiera sucedido) y le había caído encima, se hubiera debido despertar, sobresaltado por el golpe... Sin embargo, se había despertado por pequeñas etapas y el dolor había aparecido en su pierna poco a poco. Esto era otra anomalía más. La cuarta o la quinta —ya no las contaba.

Pero antes de reflexionar demasiado...

Inclinó el cuerpo hacia delante e intentó apartar la viga al mismo tiempo que replegaba la pierna hacia el cuerpo. Hizo una mueca de dolor; por su carne pasó rugiendo un haz de llamas internas. Suspendió el movimiento y la fría espada del miedo sustituyó a la lenta angustia del misterio. *Maldita sea, si tengo la pierna rota...*

Respiró a fondo, extendió las manos y apartó la viga de golpe. El travesaño de madera se movió y cayó al suelo. La pierna se resintió pero le pareció que el dolor se había atenuado mucho. Con los ojos sopesó el trozo de madera. Debía tener metro y medio de largo y unos quince centímetros de arista. No era una verdadera viga, sino una vigueta o un travesaño. Quizá no tuviera la pierna realmente rota después de todo.

Volvió a alzar los ojos al techo y, por primera vez, lo examinó con atención. En el revoque blanco del tejado abuhardillado se abría una grieta, neta y limpia, que recorría todo el techo en el mismo sentido que la pendiente, pero que se ensanchaba hacia lo alto en una fractura que, allí donde se encontraban el techo y la pared, debía tener su buen metro y medio o dos metros. Algunos trozos del maderamen asomaban de medio lado por los bordes recortados del techo. Por un lado colgaban algunas tejas que estaban a punto de caer en la habitación.

Más allá de esta herida en la construcción, el cielo era gris y luminoso; quizá palpataba una tenue neblina, o bien era la bruma del amanecer aún no dispersada por el sol invisible. Era un cielo frío —pero no hacía frío.

Dirigió los ojos hacia delante, al suelo de la habitación. Había algunos restos de albañilería, tejas rotas y muchos trozos de madera que atestiguaban el hundimiento de una parte del techo mientras dormía. Y se asombró una vez más de no haberse despertado con un sobresalto. Pero de momento lo que más le preocupaba era la pierna. Le molestaba con un dolor sordo pero no excesivo. Se la palpó suavemente, con dedos prudentes, en el sitio en que había descansado la vigueta.

Le dolía pero, al tacto, no sintió moverse el hueso dentro de la envoltura de carne. No... No tenía la pierna rota. Debía tener un gran cardenal y nada más. Se frotó el muslo largamente hasta que llegó a no sentir el masaje en la piel. Entonces intentó levantarse.

Lo consiguió sin demasiado esfuerzo pero, una vez de pie, vaciló y creyó que se caía de tan agudo como era el dolor, que se le despertó de nuevo cuando se apoyó sobre la pierna izquierda. La cabeza le dio vueltas durante un momento pero recuperó el equilibrio. Traspasó todo el peso a la pierna derecha y, una vez más, miró a su alrededor por la habitación.

En ese momento la anormalidad se le hizo otra vez fuertemente consciente.

Su habitación... era lo que hasta entonces él había enunciado maquinalmente. Pero, ¡por fin!, sus ojos enviaban mensajes correctos al cerebro y su cerebro le decía que ésa no era su habitación...

Dio una vuelta por... *la habitación cojeando*. Otra vez tenía el cerebro confuso pero, con un esfuerzo digno de alabanza, intentó hundir en lo más lejano de sí mismo las olas de demencia que lo estremecían. Todo se aclararía. Todo se explicaría. Todo acaba por explicarse *siempre*. Basta razonar con calma y hacer funcionar la inteligencia.

Veamos... No se acordaba de lo que había hecho la víspera por la noche, de acuerdo. Pero quizá no había hecho más que beber un poco de más y un amigo se lo había llevado a su propia casa en vez de conducirlo a la suya. Era posible...

¿Era posible?

Un amigo... se decía, mientras contemplaba las paredes de la habitación cubiertas por un ajado papel de florecitas, la ventana por la que podía ver el amarillo muro de la casa de enfrente coronada por el cielo gris, la cama con cabezales de hierro sobre la cual, inexplicablemente, no había dormido, la mesilla desnuda, la silla y, finalmente, la puerta cerrada que daba al exterior.

Un amigo... pero ¿qué amigo? Inexplicablemente no encontraba dentro de sí ningún nombre, ninguna cara conocida. Sólo pasaban sombras que nunca podía alcanzar y que huían, confusas, mientras él creía poder pintarlas de color carne. Poco a poco, mientras sondeaba más profundamente las capas superpuestas de su memoria, descubrió que su memoria estaba virgen de todo recuerdo.

No sabía lo que había hecho la noche anterior, pero... ¿y la tarde, la mañana de ese día olvidado? No sabía tampoco. ¿Y la víspera? La víspera se perdía de la misma manera en un espantoso desierto. Tuvo la impresión de visitar salas, salas, salas, todas seguidas y todas desiertas, hasta el infinito. Hurgaba en su memoria y su memoria sólo le devolvía el eco irrisorio de un vacío aterrador.

—Dios mío... —dijo en voz alta.

Maquinalmente se cogió la cabeza con las manos. Tampoco le alivió el apretarse

la cabeza vacía. Vacía, vacía...

Y comprendió brutalmente la verdad: había perdido la memoria, se había convertido en un amnésico.

Durante un largo momento se quedó inmóvil en el centro de la habitación, esperando que se calmara la tumultuosa oleada de pensamientos que iban a estrellarse contra las paredes de su cráneo.

Amnésico...

No tenía más remedio que rendirse a la evidencia. Y esta evidencia, al meterse dentro poco a poco, comenzó a ser familiar e incluso tranquilizadora. Ya no había únicamente una serie de misterios incomprensibles; solamente había un agujero en el que se había sumergido toda una parte de su vida. Una parte... ¿pero hasta dónde?

Poco a poco intentó ir cada vez más lejos. La semana pasada, el mes pasado... el año pasado. No se precisaba nada. Cuanto más avanzaba por el interior de sí mismo, más resonaban sus pasos en el desierto corredor de su memoria atascada. Descubrir ese infinito vacío era horrible y fascinante a la vez.

No quiso continuar más con la exploración estéril de los años que se acumulaban tras él, invisibles, porque sabía que no llegaría a ninguna parte. Incluso su infancia parecía haberse evaporado.

¿Es que me he vuelto loco?, se preguntó durante un instante. No; no debía meterse ideas torturadoras en la cabeza. La amnesia y la locura son dos cosas muy distintas. ¿Pero qué es la amnesia en definitiva? ¿Qué puede provocarla y cómo se puede curar?

Su mirada volvió al agujero del techo.

Un golpe brutal puede provocar amnesia... Por lo tanto podía haber una relación entre su repentina pérdida de memoria y el accidente ocurrido en el techo de la casa. No obstante, la viga le había caído encima de la pierna, no de la cabeza. ¿Podía ser que hubiera recibido algo sobre el cráneo —un trozo de madera, un fragmento de piedra— que lo había dejado inconsciente? Tanteó prudentemente por encima de su cabeza pero no descubrió ningún chichón, ni herida, ni sintió dolor alguno.

De nuevo dio algunos pasos por la habitación, dando vueltas, intentando desesperadamente encontrar algo, un objeto, un mueble que pudiera ponerle en camino hacia el pasado. Pero no reconocía nada. O más bien cada cosa le era familiar —una mesa, una silla, la cama de colcha marrón con su almohada perfectamente lisa — pero no se podía acordar de haberlas visto o utilizado anteriormente.

Entonces tomó plena consciencia de la selectividad de su amnesia; todo lo que pertenecía a su existencia personal había desaparecido de su memoria, pero no los conocimientos generales que todo hombre debe tener según le parecía. Con calma, decidió hacer algunas experiencias.

Él mismo... Veamos: ¿qué hacía él en la vida? No sabía nada. Por lo tanto, debía

haber ejercido una profesión. Sabía lo que era una profesión. Enumeró varias en la cabeza: carpintero, contable, maestro, comerciante... Y cada vez *veía* a qué correspondían esos nombres. Pero nunca atrapó un gesto, un chispazo de recuerdo por el que hubiera podido decidir si había ejercido alguna de esas funciones.

A continuación intentó pensar en sus padres. Son las personas más cercanas en la vida, las que deben dejar la huella más duradera, más profunda. Pero, una vez más, sólo respondió a sus preguntas la gran voz muda del silencio.

¿Quizá estoy casado?, se preguntó. Intentó precisar una cara y un cuerpo pero siempre sin resultado. Maquinalmente dirigió la vista hacia su anular izquierdo. Estaba desnudo. Pero eso tampoco quería decir nada; uno puede estar casado y no llevar alianza. De golpe le pareció raro estar al corriente de un detalle tan nimio —el hecho de llevar o no un anillo al dedo— mientras su vida personal había caído por planos enteros sin dejar más huella que un charco de agua bebido por el sol.

Después se dijo que, a pesar de todo, su caso debía poder explicarse científicamente. Su amnesia debía corresponder a una desaparición de todo lo que eran recuerdos personales mientras el conocimiento general de las cosas, que quizá perteneciera a zonas menos vulnerables del cerebro, seguía estando vivo. No sabía nada de eso (y entonces se dijo que no debía haber tenido conocimientos científicos especiales), pero era probable.

No obstante el tener conciencia de no ser más que una envoltura vacía le deprimió. Buscó y buscó desesperadamente, más y más... Pero sólo encontró una nueva zona vaciada cuyo descubrimiento le conmocionó, quizá, más que todo lo demás: ni siquiera sabía su nombre. No poseía identidad, era como si, de verdad, ya no existiera.

Intentó encontrar por lo menos un nombre de pila que pudiera sacudir las capas perturbadas de su memoria —Paul, Jacques, Henri, François...—, pero esta enumeración no lo llevó a ninguna parte como le había pasado un momento antes con las profesiones.

Se recorrió la cara con los dedos, aplanado, para intentar recomponer un semblante de apariencia, por lo menos al tacto. Notó que sus manos recorrían una carne extraña, como muerta o perteneciente a otro. Tuvo la impresión de palpar un cadáver y sintió un estremecimiento. Volvía a tener miedo otra vez...

Se había asegurado de que no había ningún espejo en el cuarto. Estaba sólo con una forma corporal que no reconocía como suya.

Solo... La palabra le sobresaltó. No, ¡no estaba solo! Hasta entonces se había quedado en la habitación de techo agrietado, pero en la casa... en la ciudad... Debía haber gentes que lo conocían, que le explicarían. ¡Desde luego! ¡Qué estúpido era por haber esperado tanto tiempo!

Dio un brusco paso hacia la puerta, tropezó con los escombros amontonados en medio del cuarto y lanzó una exclamación de dolor. Su pierna, todavía sensible, había reaccionado al movimiento de mala manera. Dio otros dos pasos cojeando, más

prudentes, y se paró. Con otros dos pasos más hubiera podido dar vuelta al picaporte. Pero se había quedado quieto e incapaz de hacer un movimiento más. *¿Qué me pasa?*, pensó. Pero sabía muy bien lo que le pasaba: bruscamente tenía miedo, miedo de afrontar el exterior, miedo de descubrir lo que había al otro lado de la puerta.

Era un sentimiento completamente irracional —pero precisamente por eso no podía hacer nada—. Sin embargo, la puerta era completamente corriente; no era más que una plancha de madera pintada de beige y encajada en un marco del mismo color que dividía el muro azul de delante en dos partes iguales. A la izquierda del panel y a la altura de su cintura, había un pomo ovalado, de cobre. El picaporte al que bastaba dar la vuelta para... Pero sólo ante esta idea sintió un estremecimiento por todo el cuerpo. De nuevo se dijo: *Me estoy volviendo loco...*

Pero no podía quedarse eternamente así, presa de helados fantasmas. Una gota de sudor perló una de sus axilas y se deslizó a lo largo de la piel, bajo la ropa, como una bolita fría que no acababa de rodar.

¡Vamos... muévete!

Contrajo la garganta para llamar pero no pudo emitir ningún sonido. Tuvo que tragar un poco de saliva antes de poder lanzar un grito.

Fue verdaderamente un grito, en efecto, una irrisoria exclamación aguda que se filtró entre los resecos cartílagos. Se sintió ridículo y eso lo sacudió.

—¡Hola! —aulló—. ¿Hay alguien?

Acechó y, al no oír ninguna respuesta perceptible, perseveró.

—¡Eh! —aulló—. ¿Hay alguien en esta casa?

Pero, igual que la primera vez, ninguna voz humana vino a hacerle dúo. El más absoluto silencio reinaba en la casa... y fuera de la casa.

Esta evidencia entró en él de golpe, como una explosión glacial que hubiera tenido el epicentro justo encima de su nuca y lo aplastó contra la ola de miedo que lo rodeaba.

Era verdad. Desde que había recobrado el conocimiento no había oído el menor ruido en ninguna parte. Sobre el mundo reinaba un silencio de...

¡Vamos! Dilo...

Un silencio de muerte.

Escuchó intensamente.

Nada rompía el compacto silencio que se extendía sobre el universo entumecido como una capa de plomo.

Era increíble que no hubiera experimentado ni analizado ese hecho hasta entonces, pero su brusca revelación era, por eso, más aterradora. Quizá hubiera sido normal que la casa en que se encontraba estuviera desierta. ¿Pero y la ciudad? Hubiera tenido que oír los mil pequeños ruidos que, todos juntos, forman el maleable rumor de la propia vida: motores de coche, conversaciones, claxons, música de

aparatos de radio. Pero no había nada. Y sin embargo, era de día, un día gris, ni frío ni cálido, que nimbaba la inexplicable grieta del techo y el rectángulo de la ventana.

La ventana... Un momento antes se había acercado a ella pero no había tenido la curiosidad de abrirla, de inclinarse hacia el espectáculo de la calle. Ahora era necesario que lo hiciera, que supiera. También era una especie de prueba que le parecía menos penosa que el hecho de abrir la puerta.

Por lo tanto se dirigió a la ventana, respiró hondo, alzó la felleba y atrajo hacía sí los dos batientes encristalados. Hubo un ligero chirrido, pero eso fue todo. El exterior seguía mudo. Ni siquiera había un soplo de viento y la temperatura de la habitación no varió; era la misma tibieza neutra e inmóvil que no llegaban a atravesar ni los rayos del sol ni la humedad que hubiera podido esperarse de la bruma baja.

Con la mirada escudriñó la casa de enfrente. Era un edificio de dos pisos, cuyos muros tenían un feo amarillo desvaído. En la planta baja había un café cuya insignia rezaba: PEÑA DE LOS CAZADORES. Esto, naturalmente, no le recordó nada. Pero no había avanzado nada en sus incertidumbres. Pues esta visión de aspecto apacible era mucho más terrible que la simple evidencia de un marco desconocido. Lo que afirmaba esta fachada muda era la total ausencia de vida.

No había ni un sonido ni un solo movimiento en su campo de visión. Ninguna silueta entrevista tras los cristales, ninguna, tampoco, por los ventanales sombríos del café y, sobre todo, sobre todo, nadie en la calle, ni a derecha ni a izquierda.

Durante algunos minutos (o algunos segundos increíblemente largos...) sondeó la arteria a uno y otro lado, con ojeadas breves y bruscas, torciendo el cuello a derecha e izquierda. En la calle no había ningún movimiento, nadie. Sólo se veían algunos coches prudentemente parados a lo largo de las aceras, pero ningún peatón, ninguna puerta abriéndose o cerrándose, ni la menor señal de tráfico. La charcutería situada a la izquierda del café parecía cerrada y el garaje de la derecha, cuya persiana metálica estaba subida, no era más que un oscuro abismo rectangular que no estaba animado por ningún obrero en mono de trabajo.

Y más allá... más allá era lo mismo, había la misma inmovilidad. La ciudad estaba desierta, había sido vaciada de todos sus habitantes. La ciudad... Además no era una ciudad, se corrigió mentalmente. Por la izquierda, la calle vacía desembocaba en el ácido verdor de los campos plantados de árboles, a la derecha parecía haber una plaza con más árboles y, a un lado, una iglesia gris coronada por un solo campanario.

Era un pueblo o la frontera de un suburbio alejado. Pero eso no explicaba nada. ¿Qué podía explicar cualquier cosa?

Todos han muerto, pensó bruscamente. Pero quiénes habían sido *los que* habían desaparecido de su memoria de todas formas... ¿Y qué clase de muerte súbita habían tenido que le había respetado a él, y a él solo...?

Bruscamente no quiso pensar en nada más. El misterio se hacía demasiado enorme, pesaba demasiado en su cerebro e iba a hacerlo estallar. En cuanto al insidioso miedo que le rondaba, no sabía si acabaría o no por destruir el poco

equilibrio que quedaba en su pobre espíritu.

No pudo soportar más la terrible visión de la calle desierta y volvió a cerrar la ventana que vibró largamente cuando los dos batientes entrechocaron sin encajar.

Ahora le hacía falta saber, ¡de verdad! Fue de nuevo hacia la puerta sin apenas notar punzadas en la pierna e hizo girar el picaporte tras un mínimo asomo de duda.

La puerta se abrió a un corredor oscuro.

Avanzó un paso, dos. Una plancha crujió bajo sus pies. *¡Ya estaba!* Había vencido esa resistencia insidiosa que le había obligado a quedarse encerrado en la habitación de techo agrietado hasta un momento antes. Ya no estaba en la habitación, en esa habitación odiosa donde «todo» había empezado. Estaba en el pasillo que recorrió a pasos lentos, cojeando un poco y escuchando intensamente el único ruido que llegaba hasta él, el ruido de sus propios pasos, *¡Clac!*... su pierna sana, *¡Clong!*... la pierna herida, *¡Clac!* *¡Clong!*... *¡Clac!* *¡Clong!*...

Tuvo ganas de llamar otra vez pero retuvo el grito en la garganta. Era inútil. Ahora sabía que no le iban a contestar.

En el pasillo había otras dos puertas antes de llegar a la escalera que se hundía delante de él hacia las profundidades de la casa. Todo estaba oscuro. No había lámpara en el pasillo y la única luz venía de la puerta de la habitación que acababa de abandonar y que había dejado abierta.

Veía su sombra delante de él, ligera sobre el parqué que crujía. Llegó ante la primera puerta, a su derecha, y dudó un largo momento. Después se decidió, asió el picaporte de latón, lo bajó, empujó. La puerta no se abrió.

Se quedó asombrado un instante y se dirigió a la segunda puerta.

Tampoco se abrió.

Estoy en un piso deshabitado, pensó. Me llevaron arriba ayer y... No continuó para no despertar otra vez a todos los monstruos ávidos que reposaban en el fondo de su cerebro desnudo, dispuestos a subir a la blanda superficie, dispuestos a morder, a desgarrarlo, a helarlo.

Empezó a bajar la escalera no sin haber lanzado antes una ojeada hacia abajo. Muy abajo —dos pisos, pensó— la penumbra se interrumpía en la dulce luminosidad de un suelo de ladrillos marrones y blancos alumbrado por un lado.

Esta luz fue un bálsamo en el corazón. Tanteando prudentemente cada peldaño con la punta del pie, bajó por la crujiente oscuridad. Un tramo de escalones... un rellano... otro tramo.

Fue a la mitad de este segundo tramo cuando su pie tropezó con algo blando que le cortaba el camino. No veía nada, se agachó sujetándose a la barandilla con una mano y tanteó con la otra lo que estaba amontonado a través de los escalones. Al principio no comprendió. Era un montón de tela o de lana que recorrió con la punta de los dedos hasta que encontró una superficie fría y lisa, irregular. Su dedo

extendido se hundió en un repliegue blando y viscoso.

Gritó y se enderezó de un salto. Había comprendido...

Era su primer cadáver.

2

Durante unos segundos y mientras permanecía de pie en la escalera envuelta en penumbra con el cadáver a sus pies, no hizo más que escuchar a su corazón que le latía fuertemente dentro del pecho.

Cuando había notado cómo su índice extendido penetraba en... (¿en qué? ¿Una boca contraída por un rictus? ¿Una nariz por la que ya no entraba el aire?), cuando había tenido esa horrible sensación, todo se puso a dar vueltas a su alrededor y creyó que perdía pie en la oscuridad, que caería sobre el cadáver, que sentiría en su propia cara la muerta frialdad de la carne de... *el otro*. Pero resistió. Su corazón recuperó el ritmo normal, su respiración se calmó.

Se pasó una mano temblorosa por la cara y sintió la humedad de la mejilla en la palma. «Por Dios...», murmuró. Todavía no se atrevía a bajar la mirada aunque no pudiera ver nada en la oscuridad de la caja de la escalera. ¡Un muerto! La imagen se había incrustado en su cerebro como llamada o materializada por la blanda impresión que había notado al extremo del dedo. Él... «veía» a un hombre encogido en los escalones riéndose en la oscuridad con toda la boca abierta.

Tuvo que moverse para espantar esta visión fantasmagórica y morbosa y, con infinitos esfuerzos, se agachó otra vez, y palpó lo que había a sus pies con un curioso sentimiento de irrealidad. Por medio de este acto voluntario se le fue el miedo, así como la repugnancia. *Si por lo menos hubiera luz*, pensó. Y luego: *¿De qué habrá muerto?... ¿De un accidente?*

Pensaba en «él» y, en efecto, era un hombre. Lo reconoció al tocarlo a causa de la ropa, de la tosquedad de los rasgos de la cara, del pelo corto. Y una vez que sus ojos se hubieron habituado a la relativa oscuridad, distinguió, efectivamente, una masa oscura amontonada a través de los peldaños. Aparentemente el cadáver no presentaba heridas, no había sangre manchando la tela o la carne. ¿Pero quién podía saber?

De todas maneras no se detuvo en la macabra exploración. Poco a poco, lo insólito de su situación venía a añadirse al fúnebre descubrimiento como una pieza más para añadir al rompecabezas. Se enderezó, pasó por encima del cadáver con precaución y continuó bajando. El rellano del primer piso estaba vagamente alumbrado por una especie de tragaluz alto y estrecho que se abría en la pared y por el que se colaba la extraña claridad gris de este día de locura. En el rellano había muchas puertas cerradas pero no quiso intentar abrirlas.

¿Qué había al otro lado?

No se atrevió a pensarlo pero las imágenes acudían a toda prisa hasta la frontera de su espíritu, atacando constantemente el reducto de su razón como nubes de flechas envenenadas. Muertos... muertos por todas partes. Esto era lo que se le aparecía con una insistencia que aumentaba a cada segundo. Una catástrofe espantosa se había producido durante su sueño y toda la ciudad —o toda la aldea— había sido aniquilada. Pero... eso no tenía sentido, ¡vamos! ¿Por qué se iba a haber salvado él?

Quizá el hombre muerto en la escalera había tropezado y se había fracturado el cráneo al caer. O quizá había tenido una crisis cardíaca. O bien...

Una plancha rechinó bajo su pie despertando al silencio. Se estremeció e intentó tragar saliva sin éxito.

Aspiró una bocanada de aire que entró trabajosamente hasta sus pulmones y siguió bajando, tanteando con prudencia cada nuevo peldaño con la punta del pie. Pero no encontró más cadáveres en la escalera y, por otra parte, la luz que venía del *hall* era suficiente para alumbrar la última parte del camino.

Llegó al vestíbulo vacío y silencioso y se quedó de pie sobre las baldosas marrones y blancas. Frente a él había una puerta que, claramente, daba a la calle; era una de esas puertas cuya parte alta lleva un doble cristal de vidrio opaco. La luz pasaba, pero no las imágenes. Durante un instante se preguntó si estaba decepcionado o aliviado. Avanzó algunos pasos y se paró. No... No, no saldría fuera, todavía no. Primero tenía que...

De pronto se quedó rígido. El silencio ya no era completo. Bruscamente hubo un ruido en alguna parte, a la derecha. Se preguntó si el ruido se había producido a su llegada o si era anterior a ella y no lo había percibido más que en ese momento. Un frío vértigo lo invadió. El ruido era irreconocible, una especie de pequeño golpeteo regular en el límite de lo audible. Pero a causa de la ausencia de cualquier otro ruido tomaba proporciones extraordinarias.

—Hay... ¿hay alguien ahí? —consiguió articular.

Pero sólo respondió el invariable golpeteo de un índice fantasma sobre la chapa del silencio.

Aquello venía... sí, de la puerta de la derecha. Estuvo allí en tres pasos y abrió bruscamente.

Había esperado... no sabía qué. Sin duda algo horrible. Quizá un montón de cadáveres. Quizá...

Pero no había nada de horrible.

Se había lanzado a la puerta sin tomarse el tiempo de reflexionar para no dejarse abatir por un nuevo ataque de miedo. Durante algunos instantes se quedó de pie en el umbral, sorprendido por la banalidad tranquila del panorama.

La puerta que había abierto era la de una cocina perfectamente iluminada por dos ventanas que daban a la calle; y la luz gris y cruda, que jugaba sobre el embaldosado marrón y las paredes blancas, tamizada por cortinas blancas y rojas, casi tenía una intensidad apacible y alegre. Por otra parte la cocina no tenía nada de particular. En el centro había una gran mesa cubierta por un hule anaranjado y contra las paredes había un aparador, un hornillo de carbón, un refrigerador, un fregadero...

Esbozó una sonrisa forzada cuando su mirada se paró en el fregadero: el ruido venía de allí. Sólo era agua que salía gota a gota del grifo mal cerrado y golpeaba el

esmalte claro de la pila.

Tip... tip... tip... hacían las gotas. Estuvo ante el fregadero en dos zancadas y cerró el grifo. El ruido paró. Se había convertido en un ruido familiar, un ruido agradable y nada misterioso que sacudía la medula del silencio; casi sintió haberlo interrumpido.

Tabaleó en el borde del fregadero con la punta de los dedos, tenso. El fregadero estaba perfectamente limpio y resplandeciente a la luz. No había vajilla en el escurridor. Una vez más miró todo alrededor de la pieza. La mesa estaba vacía, el suelo de una limpieza resplandeciente, las sillas colocadas correctamente contra las paredes. Era como si... ¿Como si qué? ¿Como si todos los habitantes de la casa hubieran hecho una minuciosa limpieza antes de morir? Eso no tenía sentido... Se reprendió a sí mismo por haber tenido esta idea que aumentaba más aún el misterio. ¿Pero no era todo un misterio? Esta habitación apacible y clara y estas dos ventanas. Durante un momento se preguntó si no debería abrir una para ver...

¿Ver qué?

¿La calle desierta, esa calle tranquila pero inhumanamente vacía, que ya había observado desde el cuarto de arriba? Se estremeció largamente.

De repente la cabeza le dio vueltas; las paredes se ondulaban a su alrededor, vaciló, dio dos pasos hacia delante, se agarró a la mesa y se dejó caer con alivio en una silla de caña. El estómago le latía sordamente y algo amargo le subió a la boca. Se cogió la cabeza con las manos, cerró los ojos y esperó pacientemente a que se restableciera el equilibrio dentro de su cuerpo. *¿Es hambre?*, pensó nada más salir de su atontamiento. Se pasó la lengua por los labios. No... no, no tenía hambre; el malestar debió tener una causa puramente síquica.

De nuevo paseó la vista todo alrededor de la pieza y se paró de pronto al notar la presencia de un pequeño rectángulo brillante que estaba entre el aparador y otra puerta, a la mitad de la altura del muro. ¡Un espejo! Se levantó de un salto y casi corrió.

¡Ya estaba! Tenía su cara ante sí mismo, cercada por un junquillo de madera oscura; durante largo tiempo permaneció en contemplación ante el óvulo pálido que flotaba en la transparencia del vidrio. Ni siquiera experimentaba angustia al verse, sino un inmenso abatimiento. Porque la cara que gesticulaba frente a él no le evocaba nada, no materializaba ningún recuerdo...

Era una cara larga y flaca, un poco caballuna, con mandíbula huesuda y grandes orejas despegadas del cráneo; tenía el pelo liso y rubio, muy corto, tieso como un cepillo hirsuto por encima de la frente; los ojos eran pálidos, de un azul desteñido y frágil. Y esa cara que no reconocía se miraba a sí misma con aire perdido, desamparado, espantado.

Debía convencerse de que ese desconocido era él. ¿Qué edad tenía? No lo sabía. Entre treinta y cuarenta años, sin duda. Pero no tenía importancia... Se arrancó trabajosamente de la fascinación y, como un sonámbulo, dio una vuelta por la cocina

escudriñando cada cosa con una extraña fijeza en la mirada.

Se paró de golpe otra vez. Había vuelto al aparador y lo que acababa de llamar su atención era, sin embargo, un objeto muy banal: un simple calendario, tipo calendario de correos, colocado de plano sobre un entrepaño del mueble. Lo cogió y volvió pensativamente las hojas como si buscara un signo. Porque al verlo acababa de tropezar súbitamente con otro nuevo agujero de su memoria: no sabía en qué día estaba, ni en qué mes, ni en qué estación.

Lo hubiera sabido en un almanaque, pero no en un calendario de ese modelo, ya que ninguna de las doce hojas llevaba el menor signo. Sin embargo, parecía nuevo... ¿Estaba en enero? No, desde luego; la temperatura era demasiado buena, el aire demasiado suave.

El hombre sin nombre fue a dejar el calendario cuando tuvo una nueva idea: por lo menos iba a saber en qué año estaba. Exploró la superficie de cartón de la cubierta en la que una chillona foto mostraba un gallo resplandeciente sobre el fondo de un patio de granja. Pero no encontró el año mencionado en ninguna parte. Frunció las cejas y volvió a hojear lentamente el calendario. La fecha no estaba indicada en ninguna parte. Se sintió oscuramente turbado pero sin saber claramente si su emoción era verdaderamente justificada. ¿Era realmente anormal que no estuviera indicado el año en un calendario de ese tipo? No conseguía clarificar su opinión. Además... eso no tenía sentido. ¡Nadie había borrado la cifra a pesar de todo! Quizá se había roto una página...

Arrojó el calendario sobre el aparador, irritado. Pero el enigma seguía andando por su cabeza sin que pudiera pararlo. *Sin embargo, debería acordarme del año...* Curiosamente había tres cifras flotando al borde de su memoria atascada sin que ninguna de ellas se impusiera a las otras. 1970... 1980... 1990... Un año cualquiera dentro de esos tres decenios, sí. Pero no podía precisar más.

Suspiró y empujó la puerta que se abría al lado del aparador. Se abrió a un pasillito en el que había otras tres puertas cerradas. ¡Vamos! Había que seguir explorando la casa desierta. Hizo girar el picaporte de la primera puerta a su derecha y lo volvió a cerrar en seguida. Era el retrete.

La segunda puerta se abrió unos centímetros, chocó con algo y se bloqueó. Dudó y empujó más fuerte. La puerta se abrió a su empuje con dificultad. «Reconoció» inmediatamente el cuartito azul claro iluminado por un tragaluz de vidrio esmerilado. *Cuarto de baño*, dijo una voz en su cabeza. Sólo en ese momento bajó la vista para ver lo que había atrancado la puerta.

Ni siquiera se estremeció. El descubrimiento lo dejó sin reacción como si todas las rarezas, todos los espantos y todos los trastornos acumulados le hubieran bloqueado bruscamente las emociones. Se inclinó y estuvo largo rato agachado con los brazos cruzados sobre las rodillas y sin atreverse a adelantar una mano.

La mujer estaba extendida en diagonal a través del cuarto de baño. Su cabeza daba con la puerta y la había bloqueado; el busto estaba doblado en el ángulo del

batiente abierto y tenía la cara envuelta por la oscura masa de cabello. Los pies de la mujer todavía estaban en la pila de la ducha cuya cortina de plástico permanecía entreabierta. Estaba completamente desnuda y el hombre intentó, sin lograrlo, apartar los ojos de las dos redondas masas del pecho que era grande y del triángulo casi rojo del pubis.

Debía estar duchándose cuando... cuando *pasó aquello*.

Había muerto allí, sin saberlo; había caído al suelo cuan larga era y... No, no había sido sorprendida mientras se duchaba porque el agua no caía de la ducha. No obstante ése era un detalle sin significado preciso. Había podido cerrar la ducha y entonces...

Se levantó con trabajo, oyendo crujir sus articulaciones, y notando una quemazón repentina en la pierna cuya herida había olvidado. Tenía que salir de la habitación. No quiso mover la cara de la muerta para ver sus rasgos. ¿Estaba seguro de antemano de que no la iba a reconocer o, por el contrario, tenía miedo de encontrar familiar la cara del cadáver, una hermana, una esposa, una amante, una amiga...? Ni siquiera intentó desembrollar el hielo de sus pensamientos. Todo estaba revuelto, confuso, y se sentía planear a kilómetros por encima de esta loca realidad.

Salió del cuarto de baño.

Aún tenía que encontrar tres cadáveres que lo esperaban silenciosamente en la casa.

En la habitación que abría la tercera puerta descubrió los dos primeros.

Hizo girar el picaporte como en un estado secundario y se encontró en una habitación oscura con los postigos cerrados; la atravesó a tientas guiado por las finas hendiduras de los paneles de madera, abrió una ventana y empujó los dos batientes hacia fuera. Tuvo tiempo de darse cuenta de que la ventana daba a un patinillo interior, quizá un jardincito, con césped amarillento y algunos árboles endebles; luego se volvió.

Los vio en seguida.

Se acercó a la gran cama de colcha oscura andando de puntillas como si temiera despertarlos. Un hombre y una mujer. Viejos. En la sesentena sin duda.

Durante largo tiempo los miró ausente. La vista de cadáveres acumulados ejerce una fascinación extraña si no se está directamente afectado por los muertos que asombran con su silencio e inmovilidad. Esta vez sólo veía dos cabezas sin cuerpo, medio hundidas en el marco de dos grandes almohadas. Dos cabezas de piel y pelo grises, con los rasgos tensos y los ojos cerrados. Las mantas les llegaban hasta la barbilla y debajo sólo había un vago abultamiento en la uniformidad de la cama.

A éstos les había sorprendido la muerte mientras dormían.

Por lo tanto, aquello había pasado al amanecer. Mientras él dormía aún. ¿Pero por qué, por qué?...

Suspiró y reaccionó. No entendía nada. Era una situación completamente insensata —y lo peor es que se acostumbraba poco a poco casi a pesar suyo.

Tras una última mirada a las dos cabezas tranquilas y canosas salió de la habitación sin hacer ruido, cerró la puerta, atravesó el pequeño vestíbulo y la cocina y volvió al vestíbulo principal. A su izquierda había otra puerta. Sin mirar a la escalera, donde le acechaba «su» primer muerto, abrió la puerta y se quedó rígido en el umbral.

Era una habitación de niño con una camita azul, juguetes esparcidos por el suelo y... el niño. Muerto, desde luego. Muerto y encogido en el suelo con una de sus manos sosteniendo todavía un cochecito rojo. Debía tener seis o siete años y tenía largos cabellos rubios. Rubios... como él.

¿Mi hijo?

La pregunta había brillado en el cerebro del hombre. Hizo un gesto como para inclinarse, para coger en brazos el cuerpecito abandonado. Sin embargo, se contuvo. Era inútil; no reconocía la carita blanca y frágil de labios apenas rosados por una sangre que ya no circulaba.

Pero lo absurdo de estas muertes en serie lo impresionó otra vez con fuerza. Lo que no habían conseguido provocarle el cuerpo de la escalera, la mujer desnuda del cuarto de baño y los dos ancianos clavados en la cama, lo pudo hacer el cuerpo del pequeño inocente atacado por no sabía qué.

Sentado en la camita sintió cómo corrían por sus mejillas dos regueros de lágrimas que no podía contener. No conseguía apartar la vista del pequeño cadáver como si la frágil envoltura hubiera podido hablarle, decirle lo que había pasado, explicarle cuál era el incomprensible mal que había venido a quitarle bruscamente la vida.

Luego tuvo un momento de lucidez y se dio cuenta de que no lloraba por el muchachito sino por él mismo. Aspiró aire por la nariz y se secó las mejillas húmedas con el dorso de la mano.

Lamentarse no servía para nada.

Intentó reflexionar otra vez. Pero... no sabía por dónde empezar. Todo se le escapaba, su memoria taponada era como un abismo oscuro en el que su razón se debatía en vano.

¿Una epidemia repentina? Eso era lo que parecía más lógico. Pero ¿de qué enfermedad, que mataba sin huellas visibles y, aparentemente, con la rapidez del rayo? Y sobre todo, sobre todo ¿por qué lo había respetado a él como si hubiera sido dotado de una inmunidad natural?

Por otra parte quizá se trataba de eso: inmunidad. O bien, y también era un punto de vista a tener en cuenta, podría ser afectado a su vez como los otros. El contagio podía actuar todavía. Respiraba el mismo aire que los muertos, había estado junto a ellos e incluso había tocado a uno.

Esbozó una sonrisita. Tal eventualidad no lo espantaba en absoluto y, sin saber por qué, no conseguía tomarla verdaderamente en serio. Había escapado de la cosa, había pasado a través de ella. Se preguntó si alguna vez sabría por qué.

De pronto tuvo prisa por abandonar esta casa demasiado silenciosa en la que

había muerto una familia entera.

Porque la imagen se había formado en su espíritu de manera inconsciente; debía tratarse de una familia, naturalmente. Los dos abuelos en la cama, el padre en la escalera, la madre en el baño y el hijo jugando en su habitación... Todos abatidos al mismo tiempo, seguramente por la mañana, quizá antes del amanecer.

¿Eran amigos en cuya casa se alojaba? ¿Era él mismo un miembro de esta familia apaciblemente tocada por la muerte? No lo podía saber a menos que registrara papeles, buscara fotos que, quizá...

Pero ahora no.

Se levantó, lanzó una última mirada al niño tranquilamente dormido, volvió al pasillo y llegó a la pesada puerta de vidrio opaco y cortado por un arabesco de metal curvilíneo.

Tras ella estaba la ciudad y estaba el mundo.

Quizá consiguiera saber la verdad.

Empujó el pestillo y abrió la puerta.

3

Sus pies resonaron en la acera y dio algunos pasos por la calle.

Se quedó plantado en mitad de la calzada mirando varias veces seguidas a derecha e izquierda. Apenas se volvía hacia la derecha creía distinguir a lo lejos un movimiento por la izquierda, al borde extremo de su campo de visión. Se volvía bruscamente, con el corazón oprimido, pero ya no veía nada. Y en ese momento, hacia la derecha...

Pero no había nadie, desde luego. Muy pronto se dio cuenta de que era únicamente su espíritu el que creaba un movimiento ficticio porque aún esperaba ver moverse a alguien.

Alguien...

¿Cómo habría podido creer, razonablemente, que aún hubiera alguien vivo en esta calle desierta y en esta aldea desierta? El silencio era una respuesta elocuente por sí solo. Era el silencio de las tumbas y de los lugares cerrados. Aquí, al aire libre, tomaba una intensidad casi dolorosa. Ni siquiera se oía el canto de un pájaro.

¿También los animales habían muerto?

Alzó la mirada al cielo. Era un cielo curioso, luminoso y lívido al mismo tiempo y extrañamente moteado, como si un torbellino interno hubiera agitado la masa de nubes y se hubiera tranquilizado después dejando que la capa de condensación formara el grafismo de una tormenta inmóvil.

Nunca había visto un cielo parecido. Era una impresión que trascendía de su pérdida de memoria. Una especie de instinto le hacía clasificar con certeza lo que era normal y lo que no lo era, y aquel cielo no era normal. Estaba demasiado próximo, era demasiado luminoso, demasiado móvil. No había un soplo de viento, ni el menor olor arrastrándose por la atmósfera, ni la menor humedad. La temperatura del aire también era indefinible y vagamente tibia; en realidad era como el agua de un baño a la temperatura del cuerpo: el hombre no la notaba y ésta era otra de las impresiones malélicas que vertían las nubes demasiado claras y demasiado bajas que pesaban sobre el pueblo como una tapadera inmaterial.

Se dominó, atravesó completamente la calle y se inmovilizó de nuevo en la otra acera.

Había creído ver...

Entornó los párpados y, a través de los vidrios cubiertos por viejas cortinas caladas, de un blanco dudoso, escudriñó la penumbra glauca del interior del café. Durante un momento le había parecido que una sombra... Pero una vez más, aquello debió ser un reflejo salido de su imaginación.

Empujó la puerta de la PEÑA DE LOS CAZADORES.

¡Ding!, hizo el timbre de la entrada.

La gran sala del café estaba arropada en una penumbra oscura. Era un café a la antigua, con paredes relucientes y barnizadas, hileras de mesas con la parte superior

de mármol y sillas de madera. A la izquierda había un bar con cafetera moderna y botellas alineadas detrás, encima de los estantes.

Reconocía el lugar. No porque se acordara de haberlo visto, desde luego. Pero todos los detalles y todos los objetos le eran perfectamente familiares. Incluso la impresión de estar en un sitio que había conservado un carácter anticuado y encantador... Qué extraña era esta impresión de selectividad de su espíritu; no tenía ningún recuerdo de su vida personal sino un reconocimiento inmediato de cada nuevo entorno. *Pero*, se había dicho a sí mismo, *debe ser una sensación corriente en todo amnésico...*

En la sala del café no había nadie. Nadie vivo, desde luego, pero tampoco muerto, por lo menos en el campo que abarcaba su vista. Avanzó y las planchas del parqué crujieron bajo sus pasos. Llegó hasta el bar, se apoyó en él y dejó vagar la mirada por las filas de botellas.

—¡Eh!... ¿Hay alguien?

Había lanzado la llamada maquinalmente pero no esperó respuesta. No la hubo y, sin duda, se hubiera sobresaltado horriblemente si alguna voz hubiera respondido a la suya. Ya había aceptado la situación perfectamente, aun a pesar suyo: iba por el reino de los muertos.

Dio una vuelta por el bar y se inmovilizó.

Detrás del mostrador había alguien a pesar de todo. Alguien que estaba tendido cuan largo era en el estrecho piso ahuecado, a lo largo de una fila de cajas de botellas. Un hombre de gran corpulencia y occipucio calvo, con la cara contra el suelo y la palma gorda y lívida de la mano izquierda vuelta hacia arriba.

Uno más... se dijo. Plegó la boca en un rictus desengañado. Tenía la garganta seca, quiso beber algo y cogió una botella del estante, al azar. Era Cinzano. Sacó el tapón, la olió y sacudió la botella. Estaba vacía. La volvió a poner en el estante, cogió la de al lado y supo en seguida, al peso, que la botella estaba igualmente vacía. Se asombró, quiso leer la marca y miró la etiqueta.

La etiqueta no se podía leer. Los colores se habían corrido y ninguna letra era ya reconocible.

Sacó más botellas, todas vacías. En algunas la marca era claramente legible: Martini, Pepsi-Cola, Wat 69. En otras sólo había una informe mezcla de colores. Finalmente se resignó a abrir uno de los grifos situados encima del fregadero del bar, y se colocó en equilibrio inestable encima del cuerpo sobre el que tuvo que saltar.

Hubo un largo gorgoteo que resonó de una manera extraña hasta que, por fin, se escurrió un delgado hilo de agua que en seguida se convirtió en amplio chorro. Se inclinó y bebió un traguito. El agua era insípida y casi tibia. Por otra parte no tenía verdaderamente sed. Volvió a cerrar el grifo y casi huyó de aquel lugar siniestro, del extraño bar con botellas vacías cuyas etiquetas estaban emborronadas.

Volvió a encontrarse fuera, bajo el techo bajo de un cielo lechoso. Por primera vez pensó que había sucedido una catástrofe. Algo que había alcanzado no sólo al

pueblo o a la pequeña ciudad, sino a todo el país y, quizá, incluso al planeta. Pero ¿qué clase de catástrofe?

¿Algo cósmico? ¿Quizá una guerra? La palabra había ido a estallar en su cabeza como un sonido desgarrador. Una guerra, sí. Sabía lo que era una guerra. No tenía ningún recuerdo de experiencia personal, pero podía imaginar ejércitos lanzándose los unos contra los otros, aviones...

Miró otra vez al cielo coagulado en el que una extraña turbulencia, ahora calmada, había formado esas ampollas y esos charcos que se superponían. ¿Es que...? Buscó otra vez en lo más hondo del pozo de su memoria. ¿Había sido una... una bomba atómica?

El término «bomba atómica» había fulgurado fuera de la masa endurecida de su cerebro como la palabra guerra. Bruscamente tuvo en la cabeza imágenes breves y precisas de marejadas de fuego, de relámpagos luminosos y de destrozos increíbles. Las imágenes se disiparon en seguida de aparecer, pero en el hombre subsistió un gran estremecimiento de terror que durante largo tiempo se deslizó por sus fibras nerviosas.

No sabía de dónde le habían venido las imágenes. ¿De una huella personal de su pasado? Desde luego que no. ¿Películas, libros, fotografías? Quizá...

En todo caso la idea de que podía haber tenido lugar una guerra atómica lo atormentó largo tiempo, aunque el apacible paisaje que tenía delante desmintiera tal idea; una bomba atómica lo aniquila todo y no se limita a matar a la gente dejando intactos los edificios.

Avanzó algunos metros por la calle, perplejo, mirando vagamente las casas mudas que parecían observarlo continuamente con las órbitas vacías de sus ventanas. Frente a él estaba la casita de dos pisos en la que se había despertado hacía... ¿cuánto tiempo exactamente? Una o dos horas, sin duda. No tenía reloj de pulsera y no había visto ni reloj de mesa ni despertador en sus recorridos por lo que, realmente, no se había preocupado de la hora.

Pero una hora o dos... ¡y tantos acontecimientos!

¿Acontecimientos? Ésa no era la palabra exacta. Realmente no había pasado nada; lo único que había hecho era penetrar paso a paso en un misterio horrible que lo desbordaba.

Desde la mitad de la calle intentó ver la ventana abuhardillada de la habitación en la que había recuperado el conocimiento, pero debía estar en una parte del techo demasiado pina como para poder percibirla desde allí. Pensando en el techo recordó la grieta de la habitación. Pero eso no respondía a la misma medida que los efectos de un arma que hubiera matado a todos los habitantes. Y en ninguna otra parte había el menor estropicio.

Reemprendió la marcha y esta vez se dirigió al garaje.

¿Quizá la bomba había explotado lejos y únicamente las radiaciones habían causado la muerte de las gentes? Sí, pero entonces, ¿por qué él...?

Volvía a empezar. ¡Siempre la misma pregunta! Desde cualquier ángulo que abordara el problema, éste quedaba atrapado en la misma red, prisionero en el mismo laberinto: su propia supervivencia.

—¡Mierda! —juró en voz alta—, de todas maneras yo no tengo la culpa de estar todavía vivo...

Con los pies golpeando fuertemente la acera pasó por debajo del porche del garaje que tenía alzada la cortina metálica. El garaje tenía la fachada pintada de azul y blanco, muy alegre y como nueva. La sombra se lo tragó en cuanto estuvo en el interior, donde relucía suavemente el metal de un coche colocado sobre el foso de reparaciones y ligeramente alzado. Por el suelo y a lo largo de los muros se veían herramientas y algunas máquinas. No había ningún cadáver a la vista. Quizá hubiera un cuerpo más allá, en la pequeña habitación de vidrio y sin luz que se abría en la pared del fondo, pero no tuvo ninguna gana de ir a asegurarse.

Por otra parte no había nada que hacer en el garaje. El sitio no podía enseñarle nada. Cuando iba a salir tuvo conciencia de pronto de que algo no estaba bien. Sus ojos dieron la vuelta al lugar pero no consiguió detectar lo que había motivado la ligera advertencia de algún sexto sentido. Sacudió la cabeza y volvió a pasar al exterior. Y fue entonces, cuando ya estaba en la acera, cuando comprendió que lo que lo había alertado no tenía que ver con la vista, sino con el olor. Más bien con la ausencia de olor.

El interior del garaje no olía a nada. Faltaban esos sabores, mezcla de gasolina, grasa y aceite, que un lugar parecido hubiera debido guardar en su seno metálico. Algo dentro de él, algo que no estaba en su memoria sino que provenía de la reserva de recuerdos que había conservado en una parte inconsciente de su cerebro, le decía que hubiera debido encontrar allí esa clase de olor. Pero el aire del garaje era insípido y tibio como el de fuera.

Quiso volver para darse cuenta mejor, dudó y finalmente siguió su camino. No sabía cómo interpretar esta nueva rareza y no le encontraba ningún significado especial. El mundo se había vuelto loco, él mismo quizá estaba loco y no podía analizar correctamente todos los indicios que caían en desorden en su pobre memoria perturbada. Más tarde, más tarde, quizá...

Continuó su camino dirigiéndose a la plaza de la iglesia que estaba a un centenar de metros. Las tiendas desfilaban a su alrededor a izquierda y derecha, rozagantes con sus pinturas de fachada que parecían haber sido remozadas el día anterior. Seguía teniendo en la nuca el hormigueo que le daba la impresión de que lo observaba alguien, pero ahora ya no se volvía y se esforzaba por ignorarlo. ¡Había tantos fantasmas en esta ciudad muerta! No había que dar pábulo a sus miradas, a sus contactos furtivos... No debía dejarse impresionar y tenía que guardar la cabeza fría.

La cabeza fría... Suspiró y tuvo un principio de sobresalto al ver una silueta que se deslizaba como un relámpago a algunos pasos a su izquierda. Pero sus rasgos se aflojaron al momento: sólo era su propio reflejo en el espejo que adornaba un lado del

escaparate de una tienda de ropas femeninas: EL CHIC DE PARÍS.

EL CHIC DE PARÍS... Se acercó al espejo fascinado por esa apariencia que era la suya pero que no reconocía y por la exhibición de vestidos, faldas y bañadores que ponían tonos multicolores al otro lado del cristal.

A plena luz tenía la cara pálida y notó que el flequillo de cabello rubio estaba sin brillo y casi gris. Su mano derecha subió hasta la mejilla y se tocó el pómulo. El extraño doble seguía dócilmente su movimiento en el espejo. Su piel le pareció fría y seca al tacto. Como... Se burló por dentro. *Como un cadáver.*

Quizá soy un cadáver, pensó, pero todavía no lo sé. Creo estar rodeado de fantasmas, pero yo soy uno de ellos. Creo estar vivo pero no es más que una persistencia de mi espíritu de antes. En realidad estoy muerto. Estoy acostado allá arriba, en mi habitacioncita, con mi viga encima de la pierna... Pérfidamente añadió para sí: / *Y con una telaraña en el techo!*

Esta idea lo divirtió y frente a sí mismo vio a su fantasma, ahogado en el agua del espejo. Y estirando sobre las flacas mejillas una sonrisa como rajada a cuchillo. Súbitamente sintió miedo de su imagen, un miedo que estaba muy cerca del asco. Dio dos pasos a la izquierda y fijó la atención en los vestidos abandonados en el escaparate. Un vestidito amarillo... un sastre azul pálido... una minifalda marrón... un conjunto de baño rojo vivo. Colores que le gustaban y formas que quiso llenar mentalmente de carne. Pero las muchachas que intentaba materializar dentro de su espíritu seguían estando lejanas, desdibujadas, y no tomaban la deseada apariencia carnal.

Por primera vez pensaba que un mundo vacío también quería decir un mundo sin mujeres. Frunció las cejas. ¿Qué era una mujer para él? Sexualidad, ternura, compañía...

¡Sexualidad! Se representaba claramente en qué consistía hacer el amor, pero era incapaz de imaginarse a sí mismo...

Rabioso, golpeó el suelo con el pie. Siempre esa nada que a la mínima cuestión personal abría un abismo bajo sus pasos. Se alejó del escaparate mientras su reflejo, que distinguía vagamente más allá de la exhibición de ropas, le parecía ahora un fantasma grotesco que se balanceaba en un fondo glauco y lo llamaba hacía sí, hacia las profundidades, con gestos que no tenía conciencia de hacer por sí mismo.

La mujer muerta en el cuarto de baño volvió a acudir a su memoria nueva y tuvo vergüenza de la fugitiva ola de deseo que había sentido pasar por él.

Se alejó de EL CHIC DE PARÍS intentando concentrar su mente sobre el término *París* para no dejarse invadir por fantasmas salidos del informe caos de su libido. París era la capital de Francia y él lo sabía. Pero esto era más bien una frase hecha sobrenadando en las sombrías aguas de su cerebro, no una información geográfica precisa. «Veía» vagamente una inmensa ciudad ruidosa pero no podía precisar más. *Estoy en Francia...* rumió. De acuerdo, en Francia. ¿Y qué cuerno importaba eso?

Mientras machacaba las ideas divergentes que recorrían su espíritu como otros

tantos ríos mezclados, atravesó una calle perpendicular a la que recorría. Lanzó la ojeada de rigor a derecha e izquierda, a lo largo de las perspectivas de silencio que huían a ambos lados, hacia el campo. La calle era corta a la derecha y a la izquierda casi tropezaba con el verde apagado del campo ahogado en blanca bruma. Confirmó con certeza que estaba en un pueblo, un pueblo de poca importancia, sin duda.

Después de la calle transversal aún quedaban unos cincuenta metros hasta la plaza. En medio de la avenida había una forma oscura extendida. La vio desde lejos y puso cara de no pensar en ello. Pero a pesar suyo se paró al pie del cuerpo postrado.

El hombre había caído de una bicicleta y el vehículo estaba cubierto a medias por el cuerpo. Tras un instante de duda lo agarró por los sobacos y le dio la vuelta. Era un hombre de unos cincuenta años, canoso y vestido con un traje oscuro. Sus rasgos no presentaban una expresión discernible. Había muerto sin darse cuenta, de repente. Había caído de la «bici» y todo pasó en un segundo. El cataclismo debió ser realmente instantáneo.

¿Un gas?, se preguntó. *¿Un microbio?*... ¡Parecía tan inverosímil! No se muere tan rápidamente. ¿Pero qué sabía él? Los sabios y los militares podían haber inventado...

No pudo acabar su pensamiento. Los sabios, los militares... Más términos que salían de su mente como bolas compactas, paquetitos bien embalados. En el momento creía estar perfectamente seguro del significado de las palabras, pero cuando quería ahondar se daba cuenta de que caía de cabeza en un paisaje semántico que se movía, donde todo se desdibujaba, se escondía.

Pellizcó las mejillas del cadáver. Una vez más sintió en el extremo de los dedos la sensación de plasticidad, el frío, la ausencia. Le alzó un brazo y lo soltó; el brazo cayó blandamente. El cuerpo era flexible, maleable. ¿Es que un cadáver no se pone rígido en seguida? Sí, desde luego. Pero ¿al cabo de cuánto tiempo? ¿Una hora, diez horas, un día? No sabía nada.

Una vez más sintió no tener medios de medir el tiempo que pasaba. Hacía varias horas que se había despertado y, por lo tanto, hacía varias horas, quizá cuatro, o cinco, o seis, que la muerte fulminante había hecho su trabajo. Se levantó y se dijo que si hubiera sido médico hubiera podido hacer la autopsia de uno de los cuerpos. O quizá, examinándolos simplemente, hubiera podido adivinar lo que había producido la muerte. Pero, por otra parte, ¿cómo podía estar seguro de que no había sido médico antes de su amnesia? De todas formas, e incluso en ese caso, lo había olvidado todo; su saber pasado no hubiera podido servirle de nada.

Se alejó del cadáver sin mirarlo más. Ahora quería saber qué hora era. No tenía reloj en la muñeca, lo que le había parecido bastante raro. Pero debía haber relojes en las tiendas. Torció y entró en una carnicería. La cortina de cuentas tintineó al atravesarla. La tienda aparecía impecable. Estuvo a punto de tropezar en un nuevo cuerpo pero su atención estaba fija en un gran reloj que decoraba una de las paredes. El reloj indicaba las tres menos cuarto. Funcionaba y su tic-tac regular y sonoro,

reflejado por las cuatro paredes blancas, lo tranquilizaba. ¿Las tres de la tarde? Desde luego... Pero eso no concordaba con sus suposiciones precedentes. Había creído que la jornada estaba aún en mitad de la mañana. No obstante quizá se había despertado más tarde de lo que creía o quizá su exploración había durado mucho más tiempo del que había calculado.

Tras un momento de duda alzó la manga izquierda del carnicero tumbado sobre las baldosas. Bajo el tejido de minúsculos cuadritos azules y blancos de la chaqueta profesional, la muñeca regordeta y flácida no estaba rodeada por el esperado reloj de pulsera.

El brazo del gordo carnicero volvió a caer sobre las baldosas.

El hombre se levantó y echó una mirada de asco a los trozos de carne colgados de los garfios o expuestos sobre la tabla maciza. Era una buena carne, muy roja, pero su vista no le despertó hambre alguna. Al contrario...

Al contrario, porque la carne de la carnicería y la carne muerta de los cadáveres extendidos por todas partes comenzaban a formar un curioso juego en su mente. Sintió que las náuseas le subían chapoteando hasta la boca, atravesó corriendo la cortina de cuentas y, a grandes zancadas, fue a la placita que ya estaba muy cerca.

Aspiraba el aire inmóvil a pleno pulmón, pero seguía habiendo la misma atmósfera sin olor ni temperatura. No le hizo ningún bien. Se dejó caer en un banco en mitad del jardín y se pasó una mano cansada por los ojos.

Cadáveres y cadáveres... a cientos, quizá a miles sólo en este pueblo. En esas casas, en esa, en esa, en esa... En las habitaciones, en las cocinas, derrumbados en las escaleras, acostados en las camas sin deshacer, postrados en las pilas de la ducha...

¡Cadáveres... por todas partes!

Todas sus visiones y todas las experiencias tenidas desde que se había despertado volvían a brotar bajo sus ojos cerrados. Un conjunto de espectros burlones se afanaba a su alrededor y lo encerraban en medio de una ronda silenciosa. Le tendían los brazos, lo señalaban con dedos descarnados para venganza de los que salían del reino de las sombras. Una mano avanzó y se apoyó sobre su hombro con una ligereza estremecedora.

Aulló.

Había dado un salto recorrido por largos estremecimientos.

Su corazón latía a toda prisa en el pecho. Su mano derecha pasaba y repasaba por su hombro, en el sitio en que lo había tocado la mano de la sombra.

Desvarío, acabó por pensar. Se obligó a meterse las manos en los bolsillos, esperó a que el corazón se le calmara, dio algunos pasos por la avenida de grava y fue a sentarse en otro banco, esta vez en medio de la plaza.

Nadie lo había tocado, desde luego. O quizá había sido una hoja de una rama baja del arbolillo que había junto al banco. Pero tenía los nervios electrizados por

pensamientos morbosos. Todos esos cadáveres...

¡No! No debía seguir pensando. No había que dejarse invadir por ello.

Hizo un esfuerzo por concentrar la atención sobre el tranquilo escenario que lo rodeaba. El jardín: cuatro triángulos de césped, avenidas enarenadas, bancos pintados de verde y arbolitos raquíuticos plantados en la hierba, al azar; a un lado del jardín había un monumento a los muertos coronado por una estatua de bronce que representaba a un gallo firmemente erguido sobre sus espolones. En la plaza había tiendas a dos lados y un gran café con terraza, en el tercer lado una iglesia banal, feamente gris y en el cuarto un edificio oficial blanco, con una absurda fachada adornada de columnitas. *La alcaldía...*, se dijo el hombre del banco.

Un pueblecito apacible. ¡Y más apacible aún tras la muerte masiva de sus habitantes!

Sus pensamientos volvían irresistiblemente a los cadáveres, lo que, por otra parte, no era difícil. Había uno en un banco, más allá, a unos veinte metros... Una mujer, más bien una muchacha, con vestido verde pálido.

Se mordió una uña. La uña se rompió de golpe bajo sus dientes con un ruido desagradable.

Se van a pudrir, pensó. La idea se le había ocurrido un momento antes viendo la carne en la carnicería. Ahora no podía apartar su mente de este pensamiento repugnante. Veía los cuerpos descomponiéndose en el mismo sitio y despidiendo infectos miasmas que se extenderán por la atmósfera inmóvil. El pueblo se convertirá en osario. Las moscas se pondrían a la tarea y... ¡las ratas! ¡Vamos! Hasta ahora no había visto ningún ser vivo. Ni siquiera una mosca... *Pero esas bestias sucias siempre salen de alguna parte. Basta que haya algo que comer, cualquier carroña, para que aparezcan a centenares...*

Como si tuviera un tic nervioso, se puso a rascarse el antebrazo con furia a través de la manga de la camisa gris que llevaba puesta cuando se despertó.

Su mirada dio la vuelta a la plaza otra vez para ver si por casualidad... Pero no había nada; únicamente la inmovilidad reinaba como dueña del escenario inmóvil. En el frontis del edificio barroco que había identificado como la alcaldía colgaba una bandera de tres colores, azul, blanco y rojo, tiesa como si hubiera helado. Las hojas de los árboles no se estremecían. Hasta la naturaleza estaba muerta. Una vez más alzó los ojos al cielo que parecía de leche cortada.

Las vejigas y torbellinos de blanca bruma no habían cambiado ni una pulgada o su movimiento era tan lento que se hacía imperceptible. La luz cruda tampoco había variado de intensidad, como si el sol invisible también se hubiera hundido en la inmovilidad y permaneciera en un punto fijo por encima del pueblo, como un ojo velado y maléfico.

Las ratas.

Siempre aparecen; eso es seguro...

Y todos esos cuerpos... Se sobresaltó. Allá lejos, cerca del pequeño túmulo

oscuro tumbado en medio de la calle, ante la iglesia ¿no había habido un movimiento furtivo?

Entrecerró los párpados y los ojos empezaron a dolerle al tenerlos tanto tiempo fijos en el lejano cadáver. Pero no pudo captar el menor movimiento nuevo. Una risa dolorosa tensó sus delgados labios pálidos sobre las mejillas flacas.

Hace un momento veía fantasmas humanos, ¡ahora veo ratas fantasmas!

La hora... ¿qué hora era exactamente? El reloj de la torre de la iglesia indicaba las cuatro y veinticinco. Cerró los ojos otra vez y se dejó caer hacia atrás sobre el respaldo del banco. No pensaba en nada. Ya no podía pensar en nada. Dormitó, quizá durmió.

Después hubo algo que lo sacó de su sopor.

Un ruidito muy pequeño, como si...

¡Un trotecillo!

Se enderezó sudando con la nuca entumecida y abrió los ojos.

La miró un largo momento con la garganta seca. *Ella* se había parado a dos metros del banco, a dos metros de él, sentada sobre el trasero y parecía muy ocupada en limpiarse el hocico con las patas posteriores. Pero en realidad *ella* no apartaba de él la mirada naranja de sus ojillos astutos.

Ella... ¡la rata!

Había aparecido mientras él se deslizaba en la inconsciencia. Había pensado en las ratas y las ratas llegaban como si bastara evocarlas para que aparecieran.

Ésta era grande y gorda y tenía el pelo casi negro, brillante de salud. Por contraste, el hocico y el extremo de las patas, de un gris tiernamente rosado, eran casi obscenas.

No se daba prisa ni tenía aspecto de estar asustada por el humano que la miraba tenso desde el banco, con el miedo dejando lugar, poco a poco, al furor.

—¿Por qué me miras así, eh?

De todas formas, la voz le temblaba un poco. *Vamos*, pensó, *¿vas a tener miedo de una rata?*

Se enderezó y gritó:

—¡Lárgate! —levantándose a medias y haciendo un amplio gesto con el brazo.

La rata se inclinó como si hubiera esperado recibir un golpe, dejó su aseo pero no se movió de donde estaba. Sus ojos naranja que no pestañeaban seguían fijos en el hombre.

—¡Ah! ¿no quieres irte? ¡Vas a ver!

Con la mirada buscó por el suelo alguna piedra que le sirviera de proyectil. Pero no encontró ninguna. Entonces recogió un puñado de grava y se lo tiró a la rata que saltó hacia atrás con un gritito agudo, corrió algunos metros, se paró en medio de un triángulo de césped y recomenzó su aseo con movimientos más bruscos y los ojos

siempre fijos en su agresor.

—Sucio animal... —gruñó el hombre.

Seguía de pie, dudando, con la mano que acababa de arrojar la grava todavía completamente abierta en el vacío. Por fin consiguió despegar los ojos del animal que lo retaba y, una vez más, miró a su alrededor. Crispó las mandíbulas.

Más allá, cerca del cuerpo oscuro que había frente a la iglesia... y allí, cerca de la puerta de la alcaldía... y más lejos, al borde de la calle que había recorrido un momento antes... ¡Allí estaban! A ras del suelo, en grupos de tres o cuatro, surgidas de la nada, de las bodegas, de las galerías subterráneas que cavan pacientemente durante años, de los graneros, de las granjas, de todas partes.

Habían venido. ¡Las ratas!

Un delgado hilo de sudor frío comenzaba a correr entre los omóplatos del hombre sin memoria. Esta invasión solapada y sutil lo llenaba de horror irracional a pesar de haberla previsto. Quizá era por el hecho de saber que, fuera de él mismo, los únicos supervivientes eran esos mamíferos voraces, o quizá se imaginaba el espectáculo que se le iba a ofrecer cuando mil dientecillos agudos comenzaran a encarnizarse con la carne muerta...

No lo sabía. No tenía más que un deseo y era el de correr, levantar el campo, abandonar este pueblo-cementerio y sus bulliciosos necrófagos.

Dio un paso, dos pasos, tres pasos sin dejar de vigilar de reojo a la rata que lo había despertado. Cuando comenzó a moverse, el animal dejó su aseo y se aplastó contra el suelo con el hocico sobre la corta hierba como si se dispusiera a saltar.

Dos pasos más... cuatro.

La rata no se movía y ahora sólo era una cosita negra agazapada en el césped. *¡Tener miedo de una rata! ¡Es cosa de risa!...* El hombre intentaba tranquilizarse con palabras irónicas internas pero no lo conseguía. En su mente aislada flotaba una marea negra cuyos contornos no podía captar claramente pero que exhalaba, casi físicamente, un aroma de espanto absoluto. Se le comprimió el estómago. ¿Por qué experimentaba tal asco hacia aquellos animales, mezclado de un terror parecido...?

Súbitamente tuvo ganas de cortar una rama de un arbusto de la plaza y precipitarse hacia la rata lanzando aullidos salvajes. La visión de esta imagen dislocada lo hizo sonreír y le ayudó a tranquilizarse un poco.

Otra vez estaba al borde de la acera que rodeaba el jardincillo, cerca de la entrada de la calle por la que había llegado antes, a mediados de la tarde. Se volvió. La rata trotaba paralelamente a su camino sin mostrar atención a él. Su alivio aumentó. Pero... ¿qué iba a hacer ahora? Lanzó una ojeada al campanario de la iglesia y experimentó una especie de malestar al ver la hora.

Las siete menos diez.

Había dormido dos horas en el banco —o, por lo menos, había perdido conciencia de lo que pasaba—. Pero no era eso lo más extraño. Era el hecho de que la luz celeste seguía sin variar de intensidad. Las nubes inmóviles seguían filtrando la luminosidad

blanca y cruda, como un techo bajo, y el aire seguía teniendo la misma irritante ausencia de densidad.

¡Debía estar en pleno verano para que la luz no hubiera bajado! A menos que... A menos que la incomprensible catástrofe no hubiera trastornado por completo las condiciones climáticas y atmosféricas. Pero... ¡aún así! ¡Ninguna catástrofe podía impedir que la Tierra diera vueltas!

Cuando estaba en estas caóticas reflexiones vio que estaba al borde de la calle principal. Se paró en seco.

La calle hormigueaba de ratas.

Había bastado que distrajera su atención unos segundos para que...

¡Era para volverse loco! Ya no se trataba de algunos grupitos esparcidos que zascandileaban aquí y allá. Había relucientes racimos que se desplazaban en conjunto, paquetes peludos que se deslizaban por el asfalto como charcos inmundos. No muy lejos un pequeño montículo que se movía indicaba que los comedores de carroña ya estaban en acción. Sabía perfectamente lo que había debajo del hormigueante montón: era el ciclista que había examinado un momento antes.

Quiso abandonar la vibrante calle con náuseas en la boca y huir en otra dirección. Pero bastó que volviera la espalda al jardín un minuto escaso para que se poblara de una multitud de ratas. Bien es verdad que había menos que en la calle, pero los febriles animales corrían por el césped en todas direcciones, trepaban a los árboles e, incluso, a veces se aferraban al tronco de los arbustos para morder la corteza con una especie de furia.

A la izquierda, otras formas negras corrían por entre los veladores del café. Las había por todas partes. Desde lejos hubieran podido parecer hormigas vagando por una ciudad de juguete porque los movimientos de las ratas eran desordenados y erráticos. Pero cuando alguna de ellas se acercaba veía sus ojillos bizcos, amarillos o anaranjados, el hocico estremecido, el trotecillo de las patitas por el suelo y, sobre todo, la larga cola lampiña y anillada que serpenteaba de derecha a izquierda, o se enderezaba rígida como un dardo, o iba a sacudir los redondeados flancos.

Dio varios pasos bruscos por la calle.

Las ratas apenas hacían caso de su persona. A veces se dislocaba un grupo cuando él llegaba casi encima, pero bastaba que pasara a un metro de los mamíferos para que éstos no desviaran su carrera y se contentaran con seguirle con la mirada, brillante de inteligencia, de los ojos que no pestañeaban.

Ante esta ausencia de reacciones se sintió impulsado hacia adelante por una especie de seguridad automática. Quizá las ratas no iban a atacarlo... *No, no me atacarán. Tienen cadáveres suficientes que llevarse a la boca...*

Al llegar a los restos del ciclista dio un rodeo. Pero el hombre no era ni siquiera visible bajo el amontonamiento de criaturas negras o grises que cabalgaban sobre él.

Sólo sobrepasaban del inquieto t́mulo las dos ruedas de la bicicleta, netas y brillantes. Oyó indistintamente el crujido de las mandíbulas en la carne; la masa de ratas bordoneaba como una colonia de insectos. Pero a veces un grito agudo denunciaba una reivindicación, una disputa o, quizá, una satisfacción expresada a voz en grito. Se estremeció y lanzó un suspiro silbante. Había estado a punto de caer en una fascinación morbosa viendo a todas aquellas bocas ávidas puestas a la tarea...

Por lo menos, se dijo, van a limpiar la aldea de todos los cadáveres...

Bien mirado era una buena cosa: él, que había temido la asfixia, el hedor y la podredumbre, dentro de poco sólo encontraría cadáveres bien limpios, aseados hasta los huesos.

Su mirada se deslizó hacia la derecha del cadáver y se paró en la carnicería. Las ratas la habían invadido, retozaban por entre los trozos de carne extendidos sobre la mesa de cortar y que, tironeados de un lado para otro, parecían dotados de vida propia. Algunos animales se habían agarrado a los pernils colgados de los garfios y devoraban verticalmente las largas fibras ensangrentadas con las patas posteriores colgando en el vacío.

El ruido de la innumerable masticación se percibía desde la calle.

No era sólo la carne, desde luego. En el suelo estaba el cuerpo del carnicero gordo... Esta idea le fue insoportable y lo empujó hacia adelante una vez más. Una rata rebotó contra la pernera de su pantalón. Le lanzó una patada inútil, pero la rata ya estaba lejos, perdida en la oleada de sus congéneres. Una oleada que engrosaba sin parar, al parecer...

Sí, no había duda; a cada minuto que pasaba crecía el número de roedores según una ineluctable progresión geométrica. La calle ya estaba llena en todo lo que alcanzaba la vista, hasta la lejana abertura hacia los árboles que se hundían en una bruma grisácea.

¿De dónde vendrán? Era increíble que un pueblo tan pequeño hubiera albergado tal número de monstruos en sus entrañas. Y sin embargo...

Se dice que las ratas abandonan la región... o el barco, cuando sienten venir un cataclismo. Éstas, por el contrario, habían esperado pacientemente. Ahora salían y se hartaban de carne fresca.

Dio un salto de lado, seguido de un bailecito grotesco allí mismo. Una rata se le había agarrado al bajo del pantalón y había notado la presión de las robustas patitas en la pierna, a través de la tela. El animal molestado rodó por el suelo con un grito de furor. E inmediatamente se fundió en la confusa masa de sus hermanas.

¿Y si me hubiera mordido?...

Se puso a correr y atravesó otra vez la callecita perpendicular a la avenida principal. Pero se tuvo que parar en seguida porque el hormigueo de los roedores se hacía compacto. *Si pongo los pies encima de una rata me voy a desmayar...* ¿Y si, por el contrario, uno de los animales le saltaba a la cara?

Su respiración se hizo entrecortada. Una rata ya había intentado trepar a lo largo

de su pierna. ¿Había que considerar eso como un ataque? *Si todas se revuelven contra mí...*

¡CRRRIIIIII...!

Estuvo a punto de dar un salto. Había pisado la cola de un roedor y el animal había gritado de manera abominable. Ahora se lamía vigorosamente el apéndice anillado, casi a sus pies y sin quitar los ojos de su agresor. Y en sus ojos había como una luz asesina.

Rodeó al animal con precaución y con la boca seca. A su alrededor, la calle que había visto unas horas antes taponada por una capa de silencio, resonaba ahora con una formidable intensidad. Era como un saco de sonido que hubiera removido las orejas pero, si uno ponía atención, la crepitación estaba constituida por varios ruidos muy concretos: trotecillo de mil patas provistas de uñas sobre el suelo, gritos de placer o de furia, rechinar de mil dientecllos y el restallido elástico de la carne que se rasga bajo el mordisco. En cualquier caso, el conjunto de todo ello llenaba la calle de una masa sonora que se deslizaba como una ola interminable.

Dio algunos pasos y se volvió. La rata cuya cola había aplastado con el talón lo seguía observando. Sus pupilas rojas eran casi fosforescentes. No se movía pero... ¿y si se le ocurriera vengarse de quien la había maltratado?

Volvió a echar a andar. Ahora estaba pegajoso de sudor y la camisa se le adhería a la piel de la espalda, a las axilas y al pecho. *Van a notar mi olor...*, pensó.

Ahora debía hacer un regate casi a cada paso para evitar un lomo oscuro o gris. Las orejitas de circunvoluciones gris pálido se estremecían a su paso y los vivos ojos se volvían hacia él. Ante EL CHIC DE PARÍS acortó el paso imperceptiblemente. En el escaparate hundido en sombras, un vestido amarillo vivo, que ya había notado cuando pasó antes, se agitó en un estremecimiento. Un aire había pasado por el busto simulando un seno imaginario. Después apareció una cabeza negra y de hocico inquisidor por la abertura del cuello y miró malignamente al hombre espantado.

Con los ojos desorbitados el hombre volvió la mirada hacia las alturas de la ruidosa calle. En un primer piso un balcón se había llenado de formas redondas que daban vueltas sobre sí mismas. *¿Pero por qué está tan oscuro?*, pensó de pronto. Su mirada se alzó un poco más y vagó por encima de los techos. El cielo inmóvil de leche cortada se había salpicado de cenizas, las ampollas se habían llenado de barro y los torbellinos de nieve se habían ensuciado.

—Dios mío... —suspiró.

Llegaba la noche.

Las ratas daban vueltas a su alrededor, gritaban y a veces rozaban el borde de sus zapatos o el bajo de su pantalón.

Seguía quieto en medio de la calle, preso de un temor más vivo que todos los que había experimentado hasta ese momento. Un pensamiento punzante y helado le

recorría la cabeza: *Voy a encontrarme con la noche en medio de todas estas ratas...* No lo podría soportar. Y sobre todo adivinaba que los roedores, una vez que cayera la noche, se precipitarían sobre él en racimos, lo sumergirían y lo despedazarían vivo con sus millones de dientecillos agudos.

CRRROOOUUUIII...

Lanzó un grito y se puso a correr hacia adelante.

Una vez más, una rata se lanzó a su pierna alcanzando esta vez su rodilla. Se desembarazó del animal con un revés de la mano, pero el hecho de haber tenido que tocar la piel flexible y tibia lo llenó de un asco insoportable. Ante él la multitud de ratas se abría en dos a su avance, como una marea viscosa de alquitrán vivo. Todos los roedores parecían gritar juntos ahora y en la calle resonaban sus gañidos furiosos.

El día declinaba casi a ojos vistas. Esto también era un hecho raro dado que el techo del cielo había estado inmutable durante tanto tiempo. Pero su cerebro revuelto de excitación no se detuvo a analizar esta nueva rareza. Sólo veía aproximarse, con una rapidez asombrosa, el momento en que estaría solo en la noche ruidosa de roedores hambrientos. El cielo ya no era más que una gran masa gris oscura como el agua embarrada de un charco estancado y la calle estaba sucia de esta penumbra impalpable que se espesaba minuto a minuto. Y a nivel del asfalto no había más que un amontonamiento de bestias glotonas y atareadas cuyos ojos relucientes eran como otras tantas luciérnagas trepidantes.

Tengo que encerrarme en alguna casa... parapetarme..., pensó con poca lógica. Porque ¿no serían más abundantes las ratas allí donde la carne muerta fuera más abundante?

Dos nuevos choques contra su pierna.

Torció a la izquierda, electrizado, y sus pies golpearon un suave tapiz que se movía, gritaba y esquivaba. Sin quererlo se encontró ante la casa en que se había despertado. Ahora ya no era más que un bloque sombrío, pero aun así era un lugar familiar y salvador. Pasando por encima de las ratas que ni siquiera se apartaban a su paso, se lanzó sobre la puerta, dejó caer todo su peso encima y se encontró en la penumbra del pasillo. En las terminaciones nerviosas de las plantas de los pies aún tenía la horrible sensación del contacto con formas elásticas y huidizas a través de la suela de los mocasines, formas que a veces se aplastaban bajo él con un ruido blando y jugoso. Con la espalda derrengada empujó la pesada puerta que restalló en el marco. Respiraba con trabajo y la oscuridad casi absoluta del vestíbulo parecía vibrar con su jadeo.

Un gritito perforó la noche en alguna parte, por delante de él. Arqueó la espalda contra la madera de la puerta. ¡También aquí!...

Se despegó de la puerta, corrió hacia adelante y estuvo a punto de tropezar con una bola que se movía y que chilló de furia. Alcanzó la escalera, agarró la rampa con la mano húmeda y trepó por los peldaños.

No hubiera sabido decir por qué trepaba de aquella manera; no obstante, bajo su

cráneo en el que se desataba una tempestad, cristalizaba la tranquila imagen de la habitación en la que había recuperado el conocimiento. Tenía que llegar allí a cualquier precio. Era como un remanso de paz en la tormenta infernal de la aldea invadida por las ratas.

Clang, clang, clang... hacían sus pies golpeando los escalones.

¡Crrroouuuuu... Crrroouuuuu...! chirriaban los roedores que pisoteaba.

Durante un segundo se paró en el rellano que el tragaluz, como un rectángulo azul colgado en la sombra, nimbaba de vaga claridad. Pero sólo un segundo porque lo que vio bajo sus pies le hizo correr aún más aprisa hacia el piso de arriba: una horda de ratas se movía de abajo arriba pisándole los talones. Los escalones debían haber desaparecido por completo bajo ese magma vivo, y únicamente la fosforescencia roja o anaranjada de sus ojos indicaba que allí había una fuerza carnívora a la caza.

Con el corazón latiéndole fuertemente subió los escalones y... tropezó con el cadáver que había olvidado. Pero no era más que un incidente mínimo ahogado en el espanto general. Llegó al segundo rellano y se precipitó a la puerta de «su» habitación que había quedado abierta y cuya entrada veía como una superficie de vaga luminosidad azulada.

Tras él estaba el ruido de millares de patas que, de vez en cuando, era perforado por un grito agudo... Llegó a la habitación, cerró la puerta de golpe y buscó febrilmente una llave o un cerrojo.

No había.

Pataleó allí mismo y arañó la madera con las uñas. Sentía casi físicamente, a través del delgado panel, la presión de millares de cuerpos peludos. Tras la madera había algo ruidoso, algo que ya no podía identificar como organismos diferenciados porque los sentía como una enorme fuerza aulladora.

Crrrrrr... Crrrrrrr..., hacían las uñitas córneas y los dientecillos en la madera de la puerta.

Se vio devorar vivo y tuvo un sobresalto tetánico cuando notó unas patas menudas pero firmes que se agarraban al bajo de su pantalón. Se sacudió como loco. Una forma oblonga daba vueltas a su alrededor en la oscuridad de la habitación.

¡También aquí!

Se despegó de la puerta y persiguió al roedor a través de la habitación golpeando el suelo con sus talones detrás de la bestia que lo esquivaba. Menos mal que sólo había una. No había duda de que había entrado antes de que cerrara la puerta.

Se sentía invadido de furia asesina hacia el animal que huía de él chocando con las paredes y los muebles. Luchaba por aplastarla y el sudor le escurría hasta los ojos.

—Bicho asqueroso... ¡Te voy a matar, bicho asqueroso!

Aullaba y ya no sabía lo que hacía.

Se golpeó el codo contra la armadura metálica de la cama y ahogó un gruñido de dolor. El choque lo calmó un poco y vio a la rata saltar a la mesilla de noche con una agilidad increíble, agarrarse a los muros y desaparecer por la hendidura del techo.

Permaneció largo tiempo inmóvil y como alelado mirando sin ver la grieta del techo inclinado por la que ya no pasaba más que una tenue claridad procedente del embarrado cielo que se había hundido en una noche brutal. Detrás de él la puerta crujía de manera abominable.

—No... eso no es posible... No van a...

Hablaba en voz alta y ya no sabía lo que decía.

Es demasiado violento, dijo una voz en su cabeza.

Él repitió:

—Es demasiado violento...

Todo daba vueltas a su alrededor, retrocedió un paso, dos, sintió la blandura de la cama contra sus piernas y se dejó caer. La oscuridad volvía a cerrarse sobre él, una oscuridad húmeda, compacta y, no obstante, moviente y como perforada por fríos relámpagos que quizá sólo fulguraban bajo su cráneo.

Se replegó en la cama, en posición fetal, y mordiendo la manta que manchó de saliva.

Hay que parar..., dijo la voz en su cabeza.

—Hay que..., comenzó él.

Pero no acabó. Su cabeza se había vaciado bruscamente y ya no era más que una envoltura hueca doblada en tres encima de la cama que se hacía brumosa, en una habitación desenfocada que fundía en lo negro, ya no era...

Ya no había nada.

Una voz:

—¡Era terrible! Yo... yo no creí que...

Otra voz.

—En efecto, era demasiado violento. El equilibrio de la neoforma es aún demasiado inestable para...

La primera voz:

—¿Era indispensable? Todas esas criaturas...

La segunda voz:

Pensamos que para el realismo... Pero tiene usted razón; demasiado, es demasiado. No obstante, una vez que los datos están integrados el simulatrón funciona sin que podamos intervenir. Hemos tenido que cortar la corriente en los circuitos interesados.

Primera voz:

—¿Van a desaparecer las ratas?

Segunda voz:

—Ya han desaparecido.

Primera voz:

—Menos mal... Aún estoy temblando. Entonces, ¿es como si nunca las hubiera habido? Quiero decir para «él».

Segunda voz:

No exactamente. La neoforma es estable, ya lo sabe usted. Dentro del simulatrón es ahora una entidad fuertemente individualizada y no reprogramable a menos que se vuelva a hacer la integración partiendo de cero y tocando el impulso-memoria. Sería demasiado largo, inútil e incluso peligroso para la estabilidad de la neoforma y, por lo tanto, para la finalidad del experimento. Simplemente vamos a integrar en el entorno un programa concerniente al paso de las ratas...

Primera voz:

—Y... ¿«él»?

Segunda voz:

—¿«Él»? Está durmiendo, desde luego...

Primera voz:

—Comprendo. Una buena noche de sueño le permitirá recuperar el equilibrio... ¡Bien! Supongo que lo volveremos a encontrar mañana por la mañana cuando... se despierte.

Segunda voz:

—Vamos. Primero, para él ya es por la mañana. Mire, se va a despertar... Se despierta.

Se despierta.

Abre los ojos a una marea de luz amarilla que cae de arriba. Tiene el cuerpo agitado por sobresaltos convulsivos. El cuerpo... Pero ¿qué cuerpo? En el resplandor amarillo intenso sus ojos sólo perciben un bombardeo de bolas grises que llueven sobre él, rebotan y cabalgan unas encima de otras.

Aúlla... o, más bien, cree aullar. Pero de la boca distendida no le sale más que una queja silbante que acaba en un lastimoso sonido chillón. Siente ahora, en la piel y en la carne, la mordedura de mil dientecillos voraces. Su piel se rasga bajo los múltiples mordiscos y siente cómo su propia carne se despega bocado a bocado. Los roedores están a la tarea sobre su vientre, sus piernas, su torso y sus brazos.

Alza una mano debilitada y abre otra vez la boca para lanzar un alarido de desesperación que no le pasa de la garganta. Lo que tiene ante los ojos no es su mano de carne sino el esqueleto de una mano sobre el que aún se adhieren algunos jirones de piel ensangrentada.

¡Ya no tiene cuerpo!

Las ratas lo devoran vivo, hormiguan dentro de sus vísceras, merodean bajo el arco de su caja torácica y se cuelan en la cavidad de su cráneo.

Y todo eso sin dolor... o casi. Como un cosquilleo irritante que recorre sus nervios en largas oleadas entrecortadas.

—¡Basta!, grita sin ruido con la garganta de huesos secos.

La marea amarilla refluye y se abre como la nave de una catedral dividida en dos por la luz tamizada de los vitrales.

Tiene el cuerpo ligero, ligero... Se ha librado de las ratas, se ha librado de la piel y la carne y se endereza, sube, sube libre de peso.

Piensa: *Estoy muerto...* y se despierta.

De verdad.

Salió del sueño con el cerebro todavía lleno de la aterradora visión de lo que había soñado y parpadeó un momento bajo el asalto tranquilo y fluido de la marea amarilla. Se enderezó y se puso una mano protectora ante los ojos a medio abrir. La agresión luminosa paró y superficies y volúmenes se pusieron en su sitio.

La luz era sencillamente la del día que entraba a raudales por la ventana y por la grieta del techo. Se enderezó completamente en la cama y rechazó las sábanas hacia abajo.

¡Dios mío!, murmuró. *Ese sueño...*

Todavía notaba mil mordiscos a flor de nervios. Era tan real que... Pero ¿de verdad no había habido ratas?, pensó sutilmente al mismo tiempo que lo atravesaba de nuevo una difusa ola de miedo, como la electricidad de una tormenta lejana.

Se estremeció y se pasó la mano, ligeramente temblorosa, por el pecho huesudo, a través del escote del pijama. Miró a su alrededor por la habitación. Pero no vio nada sospechoso ni en las paredes con papel azul desvaído, ni en el suelo de madera sin pulir ni en la puerta prudentemente cerrada.

Incómodo, se levantó de pronto. Tenía los pensamientos extremadamente confusos y una niebla se estancaba en su cerebro velando los recuerdos recientes.

Tenía las piernas colgando hacia el suelo pero seguía sentado de lado al borde de la cama, escuchando..., no sabía qué, que pudiera venir de fuera o, simplemente, de dentro de su cabeza. Sus cejas se juntaron y un pliegue vertical le dividió la frente en dos.

He soñado..., pensó. Pero antes del sueño... ¡Había ratas, ratas de verdad! Estoy seguro...

Algunas imágenes pasaron por su mente como fantasmas desdibujados. Andaba por el pueblo y lo perseguía una negra marea de ratas. ¡Sí! Otra vez notaba, casi físicamente, una intensa impresión de espanto ante el asalto de los roedores, ante la invasión de los voraces animales.

Pero si hubo ratas, ¿qué había sido de ellas?

Quiso estar seguro, fue hasta la ventana y la abrió de golpe. La calle resplandecía apaciblemente iluminada, las fachadas se alargaban a derecha e izquierda y las aceras sin misterio desfilaban paralelamente a la calzada desierta.

Se cogió la cabeza con las manos. Ahora sus ideas se reajustaban rápidamente. Se acordaba de la víspera, de su toma de conciencia en esta casa llena de muertos, de su vagabundeo por el pueblo lleno de cadáveres, del asalto de las ratas, de su huida, de...

¿Y después?

Había debido caer de fatiga en la cama y dormirse.

Corrigió esta idea; aun así había tenido tiempo de desnudarse y ponerse un pijama. Era raro... ¿Es ésa la conducta de un hombre acosado por una multitud de feroces roedores? Por otra parte no se acordaba de nada. Había vuelto a la habitación con las ratas en los talones y después... El agujero, las sombras y el silencio.

Dejó el apoyo de la ventana con el oído alerta. Pero no vino ningún ruido a traerle una señal de vida cualquiera si la hubiera habido fuera. Las ratas habían desaparecido, quizá tragadas por las profundidades, del subsuelo que las vomitaría otra vez cuando a ellas les pareciera bien. Pero... ¿y los cadáveres que vio la víspera asaltados por los roedores?

Tenía que saber, tenía que volver al mundo. Se quitó el pijama, se puso los calzoncillos, los pantalones, la camisa, los zapatos —toda la ropa que encontraba ordenadamente colocada sobre la única silla de la habitación y que no recordaba haber dejado allí.

Dudó un momento antes de hacer girar el picaporte. Pero cuando empujó el batiente ante él sólo vio la dulce penumbra del rellano. Bajó los crujientes escalones y

tuvo la respuesta pasado el primer tramo de escalera.

La luz era más viva que el día anterior —quizá el cielo se había suavizado, pero no se fijó en ello de momento— y la caja de la escalera era ligeramente menos sombría que en su primera inmersión por el abismo de una casa extraña. En mitad del segundo tramo de peldaños vio cómo los huesos relucían dulcemente.

Continuó bajando sin ser presa de ningún sentimiento especial. Ahora se sentía verdaderamente al margen, ausente y como flotando.

Se puso en cuclillas, palpó la curva del cráneo, puso un dedo en una órbita, recorrió con la palma de la mano el seco terciopelo de un húmero y las elipses paralelas de las costillas. El hombre había sido limpiado con meticuloso cuidado y su esqueleto estaba neto, seco, limpio y fresco. Podía estar en la escalera desde hacía años y de su ropa sólo quedaba una pulpa esparcida que un soplo dispersaría.

Se alzó despacio, saltó por encima del esqueleto enroscado en los peldaños y siguió bajando hasta el vestíbulo de baldosas marrones y blancas.

Otra vez visitó las habitaciones que había descubierto la víspera. Y todas encerraban la misma visión; cuando pasó por el cuarto de baño, los huesos bien contruidos de la mujer que reposaba en el suelo se enmarcaban en la puerta a medio abrir y él no consideró necesario seguir más adelante. En la gran habitación cuyos postigos había abierto, los dos cuerpos estaban extendidos en la gran cama, pero únicamente dos cráneos sonrientes salían de las mantas, dos cráneos limpios, alineados sobre las almohadas como para una presentación macabra. Durante un momento se preguntó si habría quedado algo de carne entre las sábanas. Luego llegó a la habitación del niño pero no se quedó más rato que en las otras; sólo había un esqueletito cuya mano, de carpos y falanges descargados de toda carne, todavía apretaba el cochecito rojo.

Se recobró sentado en una silla de la cocina y acodado a la tabla que relucía a la luz matinal que caía en el hule anaranjado. No pensaba en nada. Ni siquiera en que hubiera podido compartir la suerte de los cadáveres durante su extraño sueño. Simplemente dejó pasar el tiempo sobre el insondable misterio de su propia existencia y fue su cuerpo prosaico el que lo sacó del letargo: tenía hambre.

Podía parecer extraño, pero no había comido absolutamente nada el día anterior. Se dijo que debía estar en una especie de estado secundario, quizá provocado por su amnesia, que había tenido sus funciones físicas en letargo. Porque tampoco había tenido necesidad de orinar...

No obstante su organismo empezaba a funcionar ahora normalmente. De pronto sintió ganas de café. Se levantó y abrió al azar un armario empotrado en el muro que había frente al fregadero. El armario estaba vacío y desnudo a excepción de dos objetos: un bote de Nescafé y una caja de azúcar.

Tomó el bote y la caja y los llevó a la mesa. En el aparador, cuyas puertas abrió

una tras otra, había varios vasos, varios platos, varios cubiertos, dos cacerolas y una sartén. Era muy poco teniendo en cuenta que la casa había albergado a cinco personas por lo menos. Pero estaba decidido a no plantearse preguntas.

Por lo tanto cogió un bol y una cuchara y puso un poco de agua en la cacerola. No había leche en la cocina y el frigorífico —lo comprobó— sólo contenía dos botellas que no llegó a tocar. No funcionaba, lo que era raro; la electricidad debía estar muerta en la casa, en la aldea, en el país, quizá en el mundo...

Como la primera vez, el agua tardó mucho tiempo en salir y cayó como a regañadientes en la cacerola con un ruido crepitante.

Después se quedó varios minutos con la cacerola en la mano sin saber qué iba a hacer ahora. En la cocina sólo había un fogón de carbón.

De todas maneras apartó una de las tapaderas de hierro. En el hornillo había papeles, ramillas y dos leños preparados para encenderlos. Pero ¿encenderlos con qué? ¡Con cerillas! Y había precisamente una caja sobre un ángulo del fogón. Una caja completamente nueva con etiqueta roja, una caja tan nueva como todo en esta cocina que brillaba como el sol.

Pero ¿para qué asombrarse más? Se había parapetado contra este sentimiento pegajoso. En seguida rugió el fuego en el hornillo y en seguida se bebió el café a tragos pequeños que pasaban por su paladar gorgoteando. Le quemó agradablemente, pero era insípido y sin gusto.

Se levantó.

Tenía cosas que hacer. Montones de cosas... que se traducían en conceptos muy sencillos; intentar comprender, intentar saber y explorar ese mundo del fin del mundo en el que estaba oculta la clave de su pasado.

En seguida estuvo en el vestíbulo, volvió a abrir la pesada puerta de vidrios esmerilados y se lanzó a la acera con una ausencia de prisa propia de la pesadez interior que se había posesionado de él.

SEGUNDA PARTE

REALIDAD 2

El hombre estaba de pie en la acera, frente a una casa de fachada amarilla.

Estaba de pie en el centro de un universo silencioso porque estaba muerto, e incomprensible porque estaba muerto y silencioso.

Sus ojos vagaron de uno a otro extremo en la perspectiva de la calle inmóvil. Tuvo una sonrisita para sí mismo; la víspera, a la misma hora sin duda, había emergido de la misma manera, pero de un abismo aún más compacto, para encontrarse ante la evidencia de una brutal transformación del universo. Ahora todo volvía a empezar como un sueño cíclico. Pero el sueño no se había modificado en el sentido de una mayor comprensión o una vuelta a lo cotidiano. Era siempre la muerte, el mundo desierto.

Alzó la cabeza e inspeccionó el cielo largamente. Sí; por lo menos había cambiado una cosa... El cielo, que ahora estaba hendido perpendicularmente al trazado de la calle por una larga banda de resplandeciente azul que brillaba tras los bordes deshilachados del techo de barro agrietado.

Volvió el buen tiempo... Pero los pájaros seguían sin cantar. No había pájaros.

Volvió bruscamente la cabeza. Cuando le vino este pensamiento respecto a los pájaros había creído ver una forma rápida atravesando las nubes en el borde más alejado de su campo de visión. Pero ya no había nada más que la franja, brumosa todavía, del cielo.

Alzó los hombros; no debía dejarse ganar por las ilusiones creadas en su trastornado espíritu. Ayer recorrió la calle y se paró en una plaza. Hoy tenía que recorrer todo el pueblo sistemáticamente —si es que era un pueblo— en busca de...

¿En busca de qué?

¡Bah! Ya lo vería... Si encontraba al paso un indicio que le permitiera retroceder un poco más que la víspera en el conocimiento de su pasado y el del planeta sabría identificarlo perfectamente.

Lleno de esta completa certeza anduvo por la calle, pasó de largo ante el café y el garaje que ya no le interesaban —por lo menos de momento—. El garaje le hizo pensar en los coches. Quizá necesitara un coche para llevar más lejos sus exploraciones. Pero más tarde, no de momento... ¿Sabía conducir en su vida anterior? No estaba muy seguro, sin embargo creía que sí.

Intentó imaginarse llevando un volante entre las manos, apoyando los pies sobre los pedales del freno o el acelerador y mirando la oscura cinta de una carretera perdiéndose por debajo del capot. Pero las imágenes que llegaban a su espíritu eran abstractas y como teóricas. Sí, sin duda había conducido. Pero ¿qué clase de coche y para ir dónde? Nada podía recordárselo.

Ahuyentó esta visión interna y subió descuidadamente por la calle con las manos en los bolsillos del pantalón. A la altura de EL CHIC DE PARÍS aflojó el paso y casi se paró alzando los hombros; su silueta en el espejo era ya una cosa familiar para él,

integrada. Se reconocía —incluso si este reconocimiento sólo databa de veinticuatro horas antes— y ya había pasado el tiempo en que su propia apariencia lo llenaba de una curiosidad enfermiza.

Luego venía la prueba del ciclista y la de la plaza. Esqueletos...

El del ciclista era una pálida construcción de delicadas ramas esculpidas en la seca arcilla de los huesos, ensamblada al metal coloreado de la «bici» como un compuesto surrealista. Los del jardín estaban amontonados en los bancos o dormidos en las avenidas.

El trabajo de las ratas lo impresionó de nuevo por su maníaca perfección. Toda carne había desaparecido y los huesos estaban roídos hasta los más recónditos intersticios, dejando los esqueletos escrupulosamente despojados de sus ropas y reluciendo dulcemente al sol con un pulimento de marfil. Como si estuvieran preparados para una exposición en un museo del Hombre —del Hombre muerto— del que él fuera el único visitante.

Se inclinó sobre un esqueleto y, con la punta de los dedos, recorrió la curva rota de una costilla, raspó con la uña el asa de una espina y deslizó la palma de la mano a lo largo de un fémur. El hueso estaba tibio y seco —tibio y seco como el aire inmóvil— y, mirando desde muy cerca, el hombre vio que estaba cubierto por una multitud de agujeritos.

Ése no era el aspecto que hubiera debido presentar un esqueleto limpiado la noche anterior, incluso por un ejército de hambrientos necrófagos. Era la apariencia de un esqueleto descarnado desde hacía mucho y que había quedado largos años soñando al sol o a la lluvia, atacado con paciencia por el tiempo y los elementos y que han embellecido al envejecer como esas mujeres que empiezan a parecerse a marquesas de porcelana una vez pasados los setenta años.

Tal impresión fugitiva ya le había pasado por la cabeza cuando se detuvo junto al cadáver de la escalera. Pero ahora ya no era una impresión. Era una certeza, y esta certeza se integraba plenamente a la vena de locura que había cubierto al mundo; los esqueletos roídos la víspera se habían convertido, en una noche, en esqueletos con muchos años de vejez. Era imposible.

De nuevo tocó el marfil viejo y otra vez notó la impresión táctil de frágil antigüedad. Era imposible, desde luego, pero era real —la imposible realidad de este imposible universo al que había sido proyectado y en el que le era preciso vivir de ahora en adelante, si era posible, sin volverse loco a cada nuevo descubrimiento.

¿Loco?

Quizá lo estaba ya. Si no, creía que nada de lo que pudiera pasar de ahora en adelante podría arrastrarle a la locura. Había visto demasiado, había sufrido demasiado...

Se levantó bruscamente y al mismo tiempo enterró el problema de los esqueletos en lo más profundo de su espíritu completamente nuevo. Delante de él, al otro lado de la calle que bordeaba el jardín público —*¡y qué público, Dios mío!*—, se alzaba el

edificio blanco de columnas ridículas y bandera mustia. La alcaldía. Una alcaldía es el corazón vivo de un pueblo. También es su cerebro —y por lo tanto su memoria—. Allí era donde debía intentar encontrar las huellas de su pasado, las huellas del pasado del pueblo, del mundo...

Con rápidas zancadas subió la media docena de escalones que llevaban a la pesada puerta de entrada en madera barnizada encima de la cual resplandecía al sol de la mañana la palabra AYUNTAMIENTO. El sol. No, no había sol. Sólo la franja de cielo azul abierta como a cuchillo en el banco de inmóvil bruma. Pero el hombre notó que, no obstante, la franja azul se había ensanchado y que ahora abrazaba casi la mitad del horizonte celeste visible.

Empujó la puerta y la palma de la mano se le pegó al barniz como si la hubieran pintado la víspera y no estuviera seca todavía. La puerta chirrió ligeramente pero se abrió sin dificultad. El hombre entró en un corto vestíbulo embaldosado, al fondo del cual había una escalera que subía hacia los dos pisos del edificio. El interior era blanco, como el exterior, y una oleada de luz que bajaba de un ventanal encristalado situado encima de la puerta, se expandía por el muro del fondo en el que un busto coronado por un gorro frigio lo contemplaba con sus vacías órbitas de mármol.

Un gorro frigio... ¡Marianne! Todas las palabras, todos los términos surgían relacionados en su espíritu con una facilidad asombrosa e irrisoria. El vacío del mundo se llenaba lentamente a medida que exploraba sus contornos, pero su vacío interior seguía siendo el mismo. ¿Cuándo llegaría el choque que pudiera llevarle a encontrar al menos una apariencia de memoria personal y que podría ayudarle a que la tuviera? Sus labios delgados se estiraron en la risa burlona, silenciosa y mísera que se le había hecho habitual. Torció a la izquierda y sus pasos sonaron claramente sobre el embaldosado crema pálido. A la izquierda había otra gran puerta cuyo brillante barniz también parecía dado la víspera. *Con una diferencia, de todas formas*, se dijo el visitante a sí mismo. *No huele a nada...* El picaporte de cobre giró fácilmente en la mano, abrió la puerta y la empujó ante sí.

Se encontró ante lo que debió ser una sala de reunión para el... consejo municipal. Una pieza alargada, con paredes color crema, una larga mesa de tablero verde y unas veinte sillas perfectamente alineadas. *El consejo municipal*. Una expresión más que iba a imprimirse automáticamente en el cerebro del hombre con su carga de significados —pero que seguía siendo ligeramente vaga, ligeramente imprecisa—. Consejo municipal: los elegidos se reúnen en torno al alcalde para discutir los problemas del pueblo... *A lo mejor yo he formado parte de él, ¿quién sabe?* ¿Vendría el choque de allí? No, desde luego... la memorización no se llevaba a cabo y los términos empleados quedaban en la superficie de una vaga explicación teórica.

El hombre avanzó hacia el fondo de la sala acariciando los respaldos de las sillas con la mano abierta. En la pared que estaba junto al extremo de la mesa, sobre lo que sin duda era el sitio del alcalde, había un gran retrato en color con marco dorado. Un

hombre fotografiado ante los pliegues de una bandera tricolor. *El Presidente de la República*.

El visitante avanzó todavía más, se quedó quieto y se restregó los ojos con el dorso de la mano derecha. La cara del hombre de Estado, en la fotografía, era curiosamente imprecisa, velada, borrosa. Como si una condensación brumosa se hubiera formado a nivel del rostro en el mismo momento en que el fotógrafo había apretado el botón de su aparato. No tenía sentido. Y sin embargo, ya la víspera, en las etiquetas de las botellas...

El hombre se estremeció sin saber por qué y volvió la espalda a la foto. Esta habitación fría y oficial no le iba a enseñar nada. Huyó como un ladrón.

La segunda puerta, la de la derecha, se abría a una habitacioncita más acogedora, más íntima y más desordenada que se prolongaba en otras habitaciones parecidas. Oficinas, sitios en los que se colocaban los papeles oficiales y los documentos y donde se hacían los trabajos de escritura. Quizá allí.

Recorrió cuatro piezas separadas por delgadas paredes recubiertas con papeles lisos de color neutro, cada una de ellas iluminada por una ventana que daba a una callecita escondida que debía correr a lo largo del lado derecho del edificio. Sólo hacía un reconocimiento superficial porque ya estaba fascinado por los gruesos libros de cubiertas verdes, los clasificadores negros atados con cintas de color, los sobres de cartulina verdes o amarillos llenos con las páginas que estaban extendidas por encima de los escritorios o que estaban correctamente alineados en lo alto de los armarios o los clasificadores.

El suelo, neto y brillante, crujía bajo sus pies apresurados y seguros ahora. En la segunda habitación empujó, al pasar, a un esqueleto acodado a una mesa; la grácil arquitectura se desarticuló sobre las baldosas, sólo quedó un revoltijo de huesos en viejo marfil, el rompecabezas de un ser humano a reconstruir por medio del almacén.

El incidente ni le emocionó ni detuvo su investigación. Había otros muchos esqueletos en la fila de habitaciones; un grafismo en tinta simpática de seres que habían sido sorprendidos allí mismo por la muerte fulminante y a quienes las ratas habían limpiado lo que les sobraba de carne reduciendo también las ropas a una pulpa gris esparcida a la que el mero soplo de aire de sus piernas al moverse en el ambiente inmóvil bastaba para dispersar. Pero el hombre estaba completamente decidido a no tenerlos en cuenta, a hacer como si...

Pero ¡aun así!

Si la catástrofe había sorprendido a los funcionarios municipales en pleno trabajo, aquélla no había podido tener lugar por la mañana temprano o por la noche como él había pensado hasta ese momento. A menos que la hora de su despertar... Verdaderamente, estaba el problema de la hora vagabunda que ya lo había inquietado el día anterior. ¡Oh! y además... «¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!», aulló golpeando con el puño crispado la superficie de una mesa cuya madera clara no tenía ni un araño, ni una mancha de tinta ni una inscripción.

Inmediatamente se censuró a sí mismo por el acceso de cólera que tan fácilmente podía cambiarse en una oleada de pánico. Se sentó a la mesa con las mandíbulas apretadas hasta hacerle daño y abrió una carpeta amarillo claro. Sólo contenía hojas en blanco, vírgenes de toda escritura. Otras tres carpetas con el mismo vacío, la misma desnudez. Se dedicó a los cajones y los abrió uno tras otro pasando la palma de la mano por la madera, con gestos más y más febriles cada vez.

En los cajones no había nada.

El último, sacada con fuerza, se salió del hueco, fue hacia atrás y golpeó el pie de un esqueleto que se esparció.

El hombre se levantó y recorrió con la vista el espacio banal de la habitación, una habitación que ahora rebosaba de la eléctrica trepidación del miedo bajo su engañosa apariencia. Contra la pared había un mueble de casilleros lleno de gruesos clasificadores de lomo negro. Sacó uno y, sin atreverse a abrirlo, contempló durante un momento la espesa cubierta moteada en la que blandos glóbulos beige, verdes y marrones se amontonaban unos sobre otros. Había una etiqueta pegada en la tapa. Escrito en tinta negra y con trazo un poco temblón, llevaba un simple número: 13.

Dejó el clasificador encima de la mesa, deshizo la cinta negra que mantenía juntos los dos trozos de grueso cartón, alzó la solapa superior, extendió las hojas y las agitó. Sobre cada una de ellas se veía un amontonamiento empastado de líneas que parecían trazadas con un pincel mojado en una aguada desteñida. Ni una palabra legible, ni siquiera una letra... Únicamente había alineamientos borrosos, desdibujados y temblones que podían hacer pensar que todo el contenido del clasificador se había sumergido en el agua hasta diluirse por completo la tinta de lo escrito.

El hombre se levantó y sacó otros clasificadores. Muy pronto hubo docenas de ellos extendidos por el parqué que relucía con una limpieza insólita.

Su contenido era igual de decepcionante e incomprensible; hojas en blanco o bien páginas cubiertas por el magma sin significado.

El hombre pasó a otra habitación e hizo deslizar la puerta de persiana de un mueble bajo. Los estantes estaban llenos de libros con cubiertas oscuras. Con un solo gesto hizo salir una docena que se esparcieron por el suelo. Ni el lomo de los libros ni las cubiertas llevaban la menor mención de título, autor o edición. Quiso abrir uno y sus manos se afanaron un momento sobre el paralelepípedo de cartón, sin éxito; sólo era un bloque ficticio cuyas páginas habían sido reemplazadas por un simple montón de papel pegado. Los otros volúmenes eran parecidos.

El hombre se dejó caer al suelo con uno de los rectángulos de cartón en la mano. Desde lejos aquello parecía un libro. De cerca... Con la uña intentó separar la cubierta que sobresalía ligeramente del bloque de hojas soldadas. Pero el conjunto era compacto y sólo consiguió romperse una uña que acabó por desgarrarse furiosamente con los dientes. *Pero ¿qué quiere decir esto? Pero ¿qué significa esto. Dios mío!*

Arrojó el pseudo-libro al aire, a través de la pieza, replegó las rodillas hacia el

pecho y se cubrió los ojos con las manos.

Se quedó así largo tiempo, sin más pensamientos que un feto o que una roca. No quería pensar. Pensar hubiera sido abrir la puerta grande a toda una multitud de innobles y amenazadoras criaturas que sentía agazapadas en un recoveco de su cerebro vacío, criaturas viscosas, babeantes, aulladoras y obscenas que sólo esperaban un segundo de desfallecimiento para brotar y llenar la oscuridad que había dentro de él con sus grandes alas escamosas. Pero allí, con los ojos cerrados, inmóvil como un mineral sordamente habitado por la pulsación de la sangre recorriendo sus venas, se sentía protegido, se sentía... casi bien, sí, o por lo menos tranquilo.

El estruendo del carillón de la iglesia, que se puso en marcha bruscamente, le precipitó fuera del pesado torpor en que se había hundido.

Abrió los ojos y parpadeó varias veces. La campana de la iglesia sonó una vez o dos más y se paró. Se levantó de golpe con la loca esperanza de que esta música repentina fuera de origen humano, que por fin hubiera allá fuera, a algunas docenas de metros de él, algún otro superviviente que alertaba así a sus semejantes...

Pero apenas se levantó sus pensamientos se ordenaron. Su entusiasmo o, simplemente, la chispa de esperanza, se apagó tan bruscamente como se había encendido. *Es ridículo. No hay nadie. Es un movimiento automático... Suena la hora y nada más.*

Se obligó a sí mismo a quedarse inmóvil en el mismo sitio escuchando intensamente. Y la campana se volvió a poner en marcha. Contó: uno... dos... tres... Doce campanadas. ¡Era mediodía! Tuvo el movimiento reflejo de echar un vistazo a su muñeca. Pero desde luego no llevaba reloj. No obstante las doce era una hora verosímil. Sin embargo...

Sin embargo, el carillón horario de una iglesia funciona con electricidad. ¿No había desaparecido la corriente con el cataclismo? Otra cosa más que no pegaba. O es que volvía la electricidad —alguien en alguna parte había sido capaz de restablecer la corriente en la aldea, en la región. Quizá volvía la vida.

¡Atención! Si el carillón funciona con electricidad, el reloj de pared hace lo mismo. Y ya funcionaba la víspera. Como el de la carnicería...

Suspiró y sacudió la cabeza mientras sus flacas mejillas se plegaban en su mueca de sonrisa. Salió a grandes pasos de la alcaldía y corrió hacia la iglesia a través de la plaza de los esqueletos. Desde fuera el lugar de culto no había cambiado de apariencia; el edificio estaba siempre igual de gris, igual de feo, y no había razón alguna para creerlo habitado por un maníaco de la hora que lo hubiera elegido como primera manifestación de un improbable renacer.

Algo pasó bordoneando al lado de la mejilla del hombre.

Se paró asombrado y siguió con los ojos una imperceptible vibración negra que seguía su camino en espiral a un metro del suelo. ¡Una mosca! Era el primer ser vivo

que veía. Aparte de las ratas, desde luego... pero, a medida que se alejaba de él, el lívido espectro de la noche fantasmagórica, las ratas, adquirirían en su espíritu una dimensión cada vez más improbable. Si no hubiera sido por la evidencia de los cadáveres despojados de carne hubiera jurado que las hordas de roedores sólo habían formado parte de sus pesadillas.

Vamos, no intentes engañarte a ti mismo... Las pesadillas continúan. Estás de lleno en ellas a pesar del sol de mediodía. Por cierto que el sol... Se le había ocurrido el sol a causa de la sombra que se le pegaba a los talones sobre la grava de la plaza, amontonada sobre sí misma. Alzó los ojos. El cielo estaba ahora casi completamente despejado y apenas quedaba, a ras de los techos en las casas bajas, una vaga franja de la bruma fangosa que había llenado todo el cielo de la víspera. Justo encima de él resplandecía el astro del día como clavado en el centro de un lago intensamente azul.

La mosca, el sol... Todo reaparecía. Todo renacía. Su boca modeló una verdadera sonrisa. Miró a su alrededor borrando mentalmente de su inspección la red marfileña de los esqueletos. Al principio no vio nada de particular y después... Allí, aquella pequeña forma oscura que reptaba entre la grava; una hormiga. Y deslizándose como una sombra chinesca sobre la pantalla resplandeciente del cielo había un pájaro —una golondrina o un cuervo, quizá.

¡Sí, la vida renacía! Tras el cataclismo que había borrado su memoria y una parte del mundo visible emergían algunos seres vivos, insectos y pájaros, cuyos nombres volvían espontáneamente a su espíritu. Entonces los hombres... ¿por qué no?

Corrió hacia la iglesia, empujó la pesada puerta ojival y se encontró en la oscura penumbra del edificio alumbrada únicamente por media docena de estrechas ventanas, tres a cada lado, y un vago rosetón encima del altar que proyectaban en la oscuridad el rígido arco iris de sus escasos vitrales.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Su llamada resonó pesadamente en la nave, vibró y se extinguió. Inmediatamente le pareció absurdo y... casi sacrílego haberlo lanzado en un lugar reservado al silencio de las plegarias. ¿Había sido creyente en su vida anterior? ¿Había frecuentado este edificio sombrío y austero, se había arrodillado sobre una de las sillas bajas que se alineaban ante él hasta el fondo glauco, acuático, del coro?

Las imágenes que suscitaban sus pensamientos estaban, como siempre, relativamente claras en su mente, pero no alcanzaba ningún recuerdo personal, ningún detalle preciso que pudiera hacerle creer que había vivido esta situación personalmente. Pasó la mano sobre el respaldo de borde plano de una de las sillas, se acodó en él, palpó con las rodillas el fondo de enea (¿o de mimbre?) del asiento e intentó hacer resurgir una escena que se le escapaba por medio del contacto rugoso. Pero era inútil; lo sabía de antemano.

Dio algunos pasos más por la nave y sus suelas restallaron en las baldosas levantando minúsculas avalanchas sonoras en un abismo de ecos. Algunos pasos... y se paró, indeciso. Algo en el fondo de sí mismo, no sabía qué, lo retenía por la

manga, le apuntaba que no siguiera adelante.

Ante él, las hileras de sillas eran imprecisas y borrosas como si las hubiera mirado a través de un velo deformante de lágrimas o de niebla, como a través de un objetivo mal ajustado. Cerró los ojos y se puso las manos en los párpados. Pero cuando volvió a mirar los oscuros fondos de la iglesia (y no sólo las sillas, sino también el altar, las paredes del coro y el crucero) seguían faltos de realidad y de solidez.

De pronto se acordó del cine, de cuando no está puesto a punto por el operador tras un cambio de rollo. Era la misma impresión, la impresión de que el fragmento de universo que uno tiene delante está formado por un polvo impalpable que ha tomado, provisionalmente, formas más o menos reconocibles que se disiparán al menor soplo de aire.

Y de pronto no pudo soportar esta visión desfalleciente —o esta inestabilidad del universo—. Volvió los talones y corrió al exterior. Le hizo bien volver a la intensa luz del sol, a la placita ya familiar y sólidamente anclada en la realidad. Se sentó sobre el parapeto que subrayaba la breve escalera que conducía al umbral de la iglesia. Con la espalda apoyada contra el muro de duras piedras grises hundió la mirada en las profundidades, éstas al menos sin misterio, sin trampas, del cielo azul que ahora estaba limpio de un horizonte a otro y que estaba estriado a trozos por las rápidas elipses de algunos pájaros lejanos.

Otros pensamientos acudían a él. Era como si la jaula vacía de su cerebro se hubiera llenado poco a poco de un polvo de vagos recuerdos que se hubieran deslizado por un diminuto agujero hecho en lo alto. *Cine*. Había pensado en el cine; una sala oscura al fondo de la cual relumbra el blanco rectángulo de una pantalla en la que se reproducen imágenes del mundo —el espectáculo del mundo—. Había ido al cine, sí. Pero ¿qué había visto? Una cara atravesó su consciencia como un meteoro borroso. ¿Fernandel? Sí, era un actor, un actor cómico y le pareció que le había gustado mucho. Indudablemente había visto varias películas de Fernandel. Pero ¿cuáles? No recordó ningún título, ninguna escena característica. Justo en el borde de la memoria tenía la cara alargada, la boca con grandes dientes de caballo y los ojos inquietos de párpados abultados. Lo dejó y buscó por otra parte. Jinetes, cow-boys, indios cabalgando por vastas llanuras. ¿El Oeste? Sí, también debía haber sido aficionado a las películas del Oeste. Pero tampoco en eso había ninguna secuencia característica, sino solamente unas impresiones fragmentarias que se le escapaban constantemente.

Alzó los hombros, se puso las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos bajo la nuca. El sol era una gruesa bola de oro suspendida por encima de sus pupilas atacadas por relámpagos rojos y verdes. Cerró los ojos, cerró sus pensamientos y se dejó mecer en la dulzura del día tibio. Tibio, sí, como siempre, a pesar del impacto intenso del sol.

¡Bueno!, ¿y qué?

A veces oía, próximo, el canto de un pájaro en su noche luminosa. Los pájaros se

entusiasaban y volvían a bajar a la tierra, otra vez sin peligro. Pero no quería abrir los ojos para verlos, todavía no.

Lo que le hizo moverse del muro fue una sensación de calambre en la boca del estómago. El hambre. Tenía hambre. El bol de Nescafé de por la mañana ya no podía contentar a su organismo y tenía que encontrar de comer. Saltó del parapeto, se estremeció abandonando su sopor como un vestido viejo, orinó contra la pared de la iglesia y contempló con satisfacción la mancha, irregular como un continente recortado, alargado, que se dibujaba ahora sobre la piedra nueva.

A continuación atravesó la placita otra vez. En la rama baja de un árbol cuyo nombre recordó bruscamente —una acacia— piaba un pájaro, una bolita oscura manchada de rojo.

—¡Hola, pájaro! —le dijo al pasar.

En una callejuela, detrás de la alcaldía, encontró una panadería. Bajó el picaporte de latón de la puerta que se abrió. La tienda era pequeña y comprendía un mostradorcito con una balanza tras la que había una estantería metálica cuyas baldas estaban llenas de panes alargados. Otro mueble, enrejado, contenía paquetes de colorines que eran seguramente *biscottes* aunque sobre el papel no figuraba ninguna indicación. Finalmente había pasteles de frutas, *croisants* y algunos *brioches* espolvoreados de azúcar cristalizado, dispuestos sobre el estante de mármol del escaparate, cuyas tres placas de diferente anchura estaban enganchadas a un montante de metal dorado.

La panadería parecía esperar a sus clientes y la mercancía parecía haber sido colocada allí unos minutos antes. Puso la mano sobre el dorado cilindro de una barra de pan; el pan era fresco, crujiente. Los panaderos debían haber trabajado por última vez durante la noche de la antevíspera y después...

Pero ¿de qué servía pensar? Recogió dos barras de pan, amontonó cuatro o cinco pasteles en su mano derecha y salió de la panadería sin cerrar la puerta.

Sólo cuando estuvo fuera se dio cuenta de dos cosas extrañas que se habían insinuado en él sin impresionarlo de momento; el interior de la tienda no olía a nada, no reinaba en él el olor a harina, a pan cocido y a corteza tostada que hubiera debido haber. Y además... ¿por qué las ratas no habían tocado las mercancías?

—Misterio, misterio, misterio... —gruñó mientras subía por la calle a grandes zancadas.

—Misterio, misterio, misterio —canturreaba al llegar a la plaza. Sacudiendo las dos barras de pan en el aire se dirigió al gran café con terraza que ocupaba casi toda la planta baja de la manzana de casas situada en el saliente de la plaza, entre la iglesia y la alcaldía. Sobre la acera se alineaban meticulosas quince o veinte mesas circulares, pintadas de blanco y rodeadas, cada una de ellas, por cuatro sillas del mismo color. También parecían esperar al cliente: turistas de paso, viejos habituales a la hora del aperitivo, muchachas y muchachos con blusones, pantalón vaquero y boca coqueta.

Las barras de pan sonaron sobre la superficie lacada, limpia y nueva de una mesa. ¡Misterio!

Se sentó y colocó los pasteles en círculo; había uno de fresas, dos de manzana, uno decorado con dos rodajas de albaricoque y otro muy negro, de grosellas o de arándanos. Rojo, naranja, amarillo y negro, un motivo de flores sobre la mesa inmaculada.

Tras él, el bar tenía las puertas abiertas de par en par a una penumbra aterciopelada. Misterio. Encima, un toldo de rayas azules y blancas daba sombra al grupo de mesas próximas a la fachada. Pero él prefirió el sol.

Partió una barra de pan, olfateó la miga muy blanca e intentó, vanamente, percibir un olor. Mordió la dorada corteza y masticó. El pan apenas sabía a nada —o bien él había perdido los sentidos del gusto y el olfato—. De todas maneras comió la mitad de una barra, tuvo sed y se volvió hacia las profundidades del café. Una cerveza bien fresca hubiera sido lo ideal. *Una cerveza...* Un círculo nevado de espuma burbujeante y debajo la cerveza marrón-anaranjada, un poco agria en la lengua y ¡tan buena al pasar por la garganta! Una imagen más, una sensación más que le venía, venía o volvía, de golpe, que subía del entumecido fondo de su mente.

Se decidió, se levantó, fue hacia el establecimiento y atravesó el umbral. Dentro, el café estaba bañado por una luz límpida y lechosa que entraba por los anchos ventanales. Era un café banal con plástico, formica y banquetas a lo largo de las paredes coronadas por espejos rectangulares. Se dirigió hacia el bar siguiendo con mirada desconfiada su propia silueta que se desplazaba por la superficie de los espejos, paralela a su marcha.

En el suelo había algunos esqueletos blancos lamiendo el embaldosado.

El bar.

Lo rodeó, tomó de un estante un vaso grande y, habiendo reparado en lo que su memoria eidética y fantasmal le designaba como un grifo de cerveza a presión (ignoraba el nombre exacto del aparato suponiendo que tuviera un nombre) quiso bajar la palanca cromada que dejaría salir el líquido. La palanca no bajó. Estaba como soldada y, mirando más de cerca, se dio cuenta de que, efectivamente, la pieza de metal que hubiera debido deslizarse en una ranura doble a los lados del grifo, formaba un bloque con el resto del utensilio.

Se apartó de aquello como de una serpiente, dio tres pasos hacia el fregadero e hizo girar un grifo para agua. Como le había pasado por la mañana en la casa, el agua tardó en venir; primero se anunció por una vibración ronca de las tuberías, algunos hipos que salían del fondo de las vísceras de hierro colado, cobre y plomo que indudablemente pululaban bajo el edificio, bajo tierra y, mucho más lejos, en las bodegas del mundo. Tardó mucho tiempo en venir, pero vino al fin, tibia bajo su mano. De todas maneras llenó el vaso porque su sed se había agudizado con la añoranza de cerveza que vagaba por su paladar y su mente. No se atrevió a echar un vistazo detenido a las botellas que se alineaban en los estantes, detrás de él, y volvió

deprisa a la terraza con el vaso en la mano.

Se sentó. Tras él el café había vuelto a la penumbra.

Comió tres de los pasteles sin sabor, lentamente, masticando cada bocado con paciencia y bebiendo de vez en cuando un poco de agua a la temperatura ambiente. Luego se divirtió recogiendo todas las migas de pan y de pastel que quedaban de su comida, en un montoncito coherente. Formaron un minúsculo túmulo bajo el liso plano de la mesa y lo empujó lentamente, muy lentamente, hacia el agujero perforado en el centro. Unas cuantas migas cayeron en el agujero. Retuvo el avance de la mano con la palma perpendicular a la superficie de la mesa como un muro contra el cono de migas. Por el azul del cielo pasaban los pájaros, daban la vuelta, caían en picado y subían verticalmente. La mano, con los dedos juntos y el pulgar hacia atrás, temblaba ligeramente a causa del esfuerzo que hacía para mantenerla inmóvil y tiesa. *El mayor tiempo posible...* pensaba el hombre. *El mayor tiempo posible.* Bajó la mano impulsándola hacia delante y la sostuvo un momento plana sobre la mesa, tapando el agujero. Luego la alzó lentamente, muy lentamente como cuando se ha capturado un insecto bajo la palma y se teme verlo huir bajo las narices de uno antes de poderlo observar. Sobre la laca blanca de la mesa quedaban todavía algunas migas esparcidas alrededor del agujero. «¡Puercas!», dijo en voz alta. Las aplastó una a una con el pulgar o intentó hacerlo, porque algunas se resistían. Cuando miró la carne de su dedo se dio cuenta de que estaba llena de una doce de cráteres minúsculos y que notaba un picoteo desagradable.

Alzó la cabeza y sus ojos se pararon una vez más en el campanario de la iglesia. El reloj marcaba las cuatro menos diez. Se preguntó si, después de que el carillón le hubo lanzado a los oídos la doble salva de las doce campanadas, había interrumpido su sonería o si era él quien, distraído, no había oído dar las horas siguientes. Resolvió no quitar los ojos del reloj con el fin de no perderse las cuatro. La aguja grande no parecía moverse y los ojos le ardían a causa de la fijeza que imponía a sus pupilas, pero fueron las cuatro menos cinco, menos tres, menos dos, menos uno... las cuatro.

El reloj no sonó.

—¡Dios mío! —clamó.

Inmediatamente pensó: *Voy a esperar a las cinco.* Se acodó en la silla con más comodidad y volvió a su tenaz observación mordisqueando distraídamente uno de los pasteles que se había dejado. El tiempo parecía haberse condensarlo a su alrededor mientras estaba inmóvil en su asiento con los ojos puestos en el campanario que se burlaba de él. Las cuatro y cuarto. Las cuatro y veinticinco. Las cinco menos veinte. A veces sus ojos eran atraídos por el vuelo en espiral de un pájaro y, durante unos segundos, abandonaban la frente de cíclope del reloj. Una vez creyó, incluso, ver un gato —un gato o un perro— huir rápidamente por detrás de los árboles de la plaza y tuvo que resistir el impulso de saltar de la silla e intentar atrapar lo que quizá no era más que un fantasma creado por la soledad y su hipnótica observación a partes iguales. Pero, cada vez, se amonestaba interiormente a sí mismo y volvía a su

vigilancia.

Los últimos minutos fueron particularmente molestos. Un minuto es muy largo. Increíblemente largo cuando, cueste lo que cueste, se quiere vigilar el transcurso. Hay que contar uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez y así hasta sesenta, luego volver a empezar, y volver a empezar, y...

Finalmente, al cabo de su carrera de inmovilidad, la aguja pequeña alcanzó el número cinco y se quedó fija, mientras la grande seguía su camino más allá del doce sin tenerlo en cuenta. A las cinco y cinco el hombre pensó: *Eso no suena*.

Lo repitió en voz alta:

—¡Eso no suena!

Y añadió:

—¿Y qué importa que no suene?

Y más fuerte:

—Pero ¡Dios mío!, ¿a mí qué me importa que no suene ese condenado reloj?

Se frotó las manos abiertas una contra otra. Las tenía relucientes del espeso sudor. Las miró y vio que temblaban ligeramente a pesar de sus esfuerzos por mantenerlas inmóviles. *Tengo que calmarme. Tengo que calmarme o me voy a volver loco...*

¿Pero puede alguien volverse loco dentro de la locura?

Se levantó bruscamente y su silla se balanceó y cayó tras él sobre el cemento de la terraza, ¡*cling!*!, haciendo un ruido que despertó al silencio.

Dejó en la mesa el resto de la comida y se fue a grandes pasos a través de la plaza. Una paloma (*¡una paloma!*), a la que no había visto, alzó el vuelo a su paso. Había otra encaramada a la cresta de bronce del gallo del monumento a los muertos, un volátil de carne y plumas sobre un volátil de metal. La paloma siguió su camino con su ojo amarillo y estúpido plantado en el perfil gris pálido.

El hombre se fue por una calle transversal; iba deprisa, iba hacia el cercano campo.

Estaba sentado en la hierba.

Detrás de él estaba la aldea.

Ante él... la franja de blanca bruma, como un trozo de algodón posado en el campo, a doscientos metros quizá, o a trescientos, extendida todo lo lejos que alcanzaba la vista y rodeando el caserío, tanto a la izquierda como a la derecha.

¡Un muro de algodón! Los desgarrados restos de la turbulencia que había llenado todo el cielo de la víspera y que, a lo largo de la jornada, había descargado en las calles deslizándose más abajo del horizonte de tejados para venir, blandamente, a unirse con la débil ondulación de los prados.

Cuando desembocó en el extremo de la calle, estrecha y corta, que prolongaba la plaza, tropezó de inmediato con el campo raso —el campo que se extendía al borde de una carretera recién alquitranada, negra y reluciente bajo el sol—. Había dado

algunos pasos por el campo y la hierba, a media altura, le acarició las piernas un poco por debajo de las rodillas. Tras la estancia en la terraza del café y la especie de fijación mórbida en que estuvo hundido, le hacía bien estar en el campo, fuera de las casas muertas, de las calles con sus silenciosos y frágiles habitantes y lejos de todos los maléficos objetos que funcionaban de través o que no funcionaban. Sí, eso le hacía bien, se sentía bien, es decir... Es decir, que se hubiera sentido bien si no hubiera sido por la barrera de bruma tan próxima, tan opaca y tan poco natural.

Se había acercado a ella a pasos lentos —o más bien había intentado aproximarse—. Pues a medida que avanzaba hacia ella sus pasos se hacían más tardos, las piernas se le ponían más pesadas y su avance se volvía vacilante como si algo lo retuviera, como si unos hilos invisibles tiraran de él hacia atrás o hubiera una especie de endurecimiento del aire que hacía su avance cada vez más incómodo.

En suma, era una impresión imposible de definir y no hubiera sabido decir con certeza si pertenecía al dominio físico o al mental. No podía —no podía o no quería— ir más adelante.

Y se paró.

Se paró, se dejó caer en la hierba, rompió un tallo, se lo llevó a la boca y masticó durante un momento observando el grueso muro de blanca bruma que arqueaba el lomo sobre la hierba fresca. La bruma estaba completamente inmóvil, no se deshilachaba, no se extendía, no se disolvía; estaba allí, simplemente.

Permaneció mucho rato en contemplación ante el horizonte de bruma que taponaba el campo. ¿Qué había detrás? ¿Colinas, montañas o llanuras que se perdían de vista? En otro tiempo, en su otra vida, había debido poner miles de veces una mirada distraída sobre la perspectiva que hoy era invisible; pero nada quedaba en él de esos miles de miradas, fuera de este interrogante que formaba parte de tantos otros interrogantes, hasta el punto de convertirse en banal y casi sin importancia.

Un día, quizá no más allá de mañana, la cortina de vapor se desgarraría lo mismo que se había despejado el cielo a lo largo de la jornada. Entonces vería...

Una llanura de cenizas humeantes picadas de cráteres de bombas y sembrada de cadáveres esparcidos. Se estremeció ante esta imagen. Había venido a meterse en su cerebro sin que él la hubiera llamado, como una mano fría que alguien coloca sobre los ojos o el hombro cuando uno se cree solo. *Una llanura de cenizas humeantes...* La imagen había sido precisa, inmediata, cruel como una foto o... *¡Vamos! ¡Dilo!* Un recuerdo.

Un recuerdo...

¿Le volvía la memoria, una memoria de cenizas, de fuego, muerte y destrucción? No. No, no había sido más que una impresión breve, una impresión que su cerebro había captado y padecido durante lo que tarda un relámpago, el tiempo de un latido del corazón. Luego ya no hubo en su mente más que el recuerdo del recuerdo —que era tanto como decir un poco de polvo que la brisa del tiempo iba a dispersar a medida que intentaba recogerlo—. «Recuerdo, recuerdo...», canturreó: un aire

olvidado que también remontaba a la superficie o quizá sólo el principio de una canción que estaba inventando y que murió en la segunda palabra.

No tenía importancia. Se tumbó completamente en la hierba. La sentía agradable en la espalda y en la nuca que se rodeó con los dedos cruzados. Se esforzó en respirar lentamente, con calma, se esforzó en olvidar la bruma que se estancaba a doscientos metros y que, de momento, ponía una frontera repulsiva y precisa al diámetro de su universo, se esforzó en ahogar dentro de sí la palabra *guerra* que volvía a veces astutamente —la palabra y todo lo que significaba.

Para sobrevivir (si él no era un muerto con prórroga, comido de radiaciones o virus, si él no era un fantasma), para no volverse loco (loco dentro de la locura), debía aceptar al mundo tal como lo descubría hora tras hora, con sus fallos e incoherencias, el mundo tal como lo iría descubriendo día tras día junto a los demás misterios que le esperaban, siempre que fuera capaz de sobrevivir a tal descubrimiento.

Y sobre todo debía aceptar, y aceptar sin plantearse ninguna pregunta —o, por lo menos, sin torturarse el espíritu con preguntas a las que no podía responder—. *Sí... ¿cuánto tiempo hace que te dices lo mismo?* Cerró los ojos e intentó dejarse ir en la atmósfera tibia y sin olor que lo bañaba. Por encima de él gritaban los lejanos pájaros en la transparencia del limpio cielo. A veces tenía que hacer un esfuerzo para no abrir los ojos de golpe, levantarse y mirar a su alrededor para ver si... Para ver si allí no había nadie mirándolo con ojos de sombras a través de unas órbitas carcomidas, unos fantasmas amenazantes vigilando al fantasma tranquilo. Pero se decía a sí mismo con fuerza: *No hay nadie*, rechazaba la tenaz sensación que apenas le abandonaba desde su vuelta a la conciencia y seguía con los párpados cerrados. Hasta que un ligero golpe en la pechera de la camisa lo hizo sentarse de golpe con un breve grito.

Pero sólo era un saltamontes, beige, con las alas rosa, que durante un instante se frotó una de las largas patas contra el caparazón, antes de saltar otra vez a la hierba cuando él lo quiso atrapar. Otro animal nuevo que volvía a salir de su agujero, de su memoria, que renacía al mundo.

Los gritos de los pájaros se hacían más densos en sus oídos. Levantó la cabeza y vio que ahora había decenas, quizá centenas, cruzando el cielo con violencia. Algo le afloró del fondo, algo escapado de su existencia anterior que le hizo decir: *Va a llover...* Siguió con los ojos a una de las golondrinas (pues finalmente eran golondrinas) que se lanzaba en picado persiguiendo una presa invisible, rozó el suelo a poca distancia y volvió a subir en espiral hacia el cielo.

El cielo... Sólo entonces se dio cuenta que su color se había acentuado mientras él soñaba con los ojos cerrados y que el azul claro se había convertido en un profundo ultramar. Sus rubias cejas se fruncieron arrugando la playa de su frente amplia. Era el atardecer y se iba a hacer de noche.

Quiso saber la hora pero el campanario de la iglesia no era visible por encima de los techos de las casas próximas al lindero. *Es absolutamente necesario que me procure un reloj*, pensó. Pero de momento la hora importaba menos que el nuevo

miedo infiltrado en su espíritu. La tarde caía, la noche iba a llegar...

¿Y si volvían las ratas?

Rozando los muros se deslizó por la callecita que apenas era un callejón, la misma que había tomado varias horas antes para llegar al prado.

Había tenido que dominar su indecisión, ahogar el chorro de miedo que goteaba desde su nuca a lo largo de la medula espinal, y reunir las últimas migajas de valor que le quedaban para decidirse a volver al centro de la aldea. Primero le había parecido más prudente quedarse en el campo y pasar la noche allí. *Quizá las ratas se queden en el pueblo, se decía. No vendrán a buscarme hasta aquí...* ¿Pero era seguro? Se puso a imaginar hordas de ratas surgiendo del borde de las casas, trotando hacia él con las fauces abiertas, rodeándolo y empujándolo hacia la barrera de bruma siempre presente que él no podría franquear.

Y a pesar de que las insistentes imágenes de la noche anterior no dejaban de atormentarlo, decidió volver a la aldea a pesar de todo y fue a causa de la bruma —a causa de la bruma que seguía flotando al final del campo, que no se movía y que parecía hacerse vagamente luminosa a medida que disminuía la luz.

Se deslizó en la estrecha callejuela pisando lo menos posible en el asfalto y escuchando intensamente. El filo de su mano derecha raspaba maquinalmente la lisa superficie del muro que rozaba y que apenas estaba interrumpido, de tarde en tarde, por una puerta de madera o una ventana de planta baja con los postigos cerrados. La callejuela hundida en la penumbra no tenía ninguna tienda. Paso a paso llegó al ángulo de la plaza y aventuró una mirada. No se movía nada.

Suspiró con ruido. No se movía nada y ningún ruido de patas golpeaba el suelo, aunque el estrépito, cada vez más fuerte, que hacían las golondrinas dificultaba una correcta apreciación de los sonidos divergentes. Dio algunos pasos por la plaza escudriñando cada rincón oscuro y cada parcela que el cielo, menos luminoso a cada momento, aún alumbraba con apariencia de pálida claridad Pero no asomaba nada. A menos que allí, en el césped, cerca de un banco... Con el corazón latándole fuerte, arrugó los párpados e intentó encontrar la mancha de sombra móvil que le había impresionado la retina. Pero no había absolutamente nada. Había soñado o bien era un resurgimiento de su gran miedo del día anterior. *Me haría falta un perro, pensó de pronto. «Sí, continuó en voz baja, un perro... un buen perro ratonero.»*

Con la idea del perro en la cabeza se dirigió a la gran calle principal, a la derecha de la plaza, una calle que ya le era familiar —tanto como si la hubiese recorrido siempre, conocido siempre—. *Y sin duda la has conocido siempre, amigo mío...* Se esforzaba en andar exactamente por el centro de la calzada como si ese itinerario rectilíneo le pudiese proteger contra la invasión que, en cualquier momento, podía surgir lateralmente de los sótanos, los tragaluces bajos, el vientre oscuro de las casas. Pero no aparecía nada. Se desvió ligeramente para evitar el esqueleto del ciclista y

miró de reojo el escaparate glauco de EL CHIC DE PARÍS. Nada aparecía... y ¿había aparecido algo alguna vez? Solo en mitad de la calle desierta y tranquila y encerrado al aire libre en la jaula sonora recorrida por el estridente piar de las golondrinas le volvió la impresión, más fuerte que nunca, de que el asalto devorador de la víspera sólo había sido una pesadilla que había germinado en el terreno fértil de su locura. Algunos pasos más. *Pero ¿y los esqueletos, idiota, y los esqueletos?* Algunos pasos aún. Los esqueletos podían ser muy bien el resultado de una descomposición espontánea provocada por el producto químico, el virus o las radiaciones que habían matado a todo el mundo y a las que él había escapado...

Sí, era posible. Además... *¡Se acabó, por Dios!* Ya había llegado a la altura de la PEÑA DE LOS CAZADORES. Enfrente estaba la casa. Su casa, sí. No tenía más que volver, acostarse, o... Pero antes tenía que comer algo; el hambre había vuelto puntualmente y lo había sentido en la boca del estómago. Normal; eran las ocho, pues lo había comprobado en el reloj del campanario antes de abandonar la plaza. Ya era casi de noche y los pájaros chillones eran difícilmente visibles en la superficie de la tapa gris-azulado del cielo. Tras un mínimo titubeo se dirigió a la charcutería que estaba a la izquierda del bar y empujó la puerta. La tienda se abrió ante él tibia y sombría. En el débil rectángulo de claridad que salía de la vitrina en la que podía leer al revés, en letras labradas, las palabras CHARCUTERÍA-ASADOS, vio un largo y pesado mueble de vidrio, la vitrina frigorífica. Se inclinó. ¿Habían devorado todo las ratas de la pesadilla? No. Las ratas de pesadilla habían sido amables; en la vitrina quedaban lonchas de carne, salchichones, lonchas de jamón y un bloque castaño en un plato de barro, sin duda una conserva o un paté. Pasó detrás del mueble y tomó dos salchichones y el plato de barro. La superficie interior del mueble estaba evidentemente tibia y toda la mercancía no iba a tardar en estropearse.

¿Y qué?

Volvió a salir vivamente a la calle. Le había parecido oír un ruido en el interior de la tienda, pero seguramente era su imaginación porque las ratas... ¡Sí! Si por lo menos hubiera tenido un buen perro consigo... Casi corrió hacia la casa, hacia su casa, hizo girar el picaporte, entró al corredor, a la cocina y allí colocó las provisiones sobre la mesa antes de sentarse. El corazón le latía deprisa en el pecho que se agitaba rápidamente —a pesar de todo—. Esperó a calmarse tomándose todo el tiempo necesario, sentado en la oscuridad y al abrigo.

Después se levantó y buscó el interruptor palpando las paredes. Lo encontró, lo bajó y no pasó nada. *Desde luego*, pensó. A continuación hurgó en un cajón del aparador y sacó un cuchillo que era lo que buscaba, además de velas, que no buscaba, pero cuya presencia le dio una pequeña alegría. Encendió una con las cerillas que había dejado al borde del fogón, fijó la vela a la mesa dejando correr en ella un poco de cera fundida, cortó un salchichón y el paté y empezó a comer en el círculo de anaranjada claridad que proyectaba su sombra tras él. La charcutería no tenía gusto, o apenas lo tenía, pero ya estaba acostumbrado. Sólo sintió no tener pan. Al día

siguiente tendría que ocuparse un poco más seriamente de contar las provisiones disponibles y reunir las aquí. Cuando acabó de comer bebió un largo trago de agua en el mismo grifo, tomó la vela y fue arriba. El esqueleto de la escalera, arrellanado en los peldaños, lo siguió un momento con las órbitas a la vacilante luz de la llama. Llegó a su habitación, fijó la vela en la mesilla de noche, se desnudó, se puso el pijama de rayas que había plegado meticulosamente sobre la única silla, estiró las piernas en la cama y se echó sobre el pecho un extremo de la manta oscura.

Estaba bien. A la luz amarillo naranja de la vela, la habitación se había encogido y ahora era a su medida, a la medida de sus necesidades de un universo tangible al que podía medir los límites y tocar los bordes. Se hundió en la almohada y alzó los ojos. La grieta del techo estaba justo encima de él y por ella le llegaban los incesantes gritos de las golondrinas, completamente invisibles en el cielo que ya estaba totalmente negro y sin estrellas.

En ese momento se acordó de que la primera vez se había despertado con la pierna aprisionada bajo una viga, que había sufrido a causa del golpe y que había tenido que arrastrar la pierna todo el día anterior. Esta mañana había emergido del sueño sin el menor dolor, sin tener ni siquiera un entumecimiento y que, por lo tanto, había olvidado el incidente por completo.

CRUUUU... Una golondrina rozó el techo; no la vio, pero el estridente piar vibró en sus oídos. *Sí, va a llover, no hay duda*, pensó otra vez. Notaba cómo sus párpados se ponían pesados. Volvió la cabeza para apagar la vela y la habitación se hundió en una oscuridad compacta que no llegaban a iluminar, siquiera un poco, ni la herida del techo ni la ventana.

Una vez más pensó en las ratas para convencerse de que, decididamente, no vendrían a turbar su sueño, y la vaga imagen de un perro familiar que aliviaría su soledad le atravesó la mente. *Duerme...* dijo una voz dentro de su cabeza. *Sí, sí, ya duermo*, respondió él con el pensamiento.

Y como un nuevo eco, la voz de sombra, inmensamente lejana, confirmó el hecho:

—*Duerme.*

Dormía y unas sombras estaban inclinadas sobre su sueño como hadas sobre una cuna.

¿Hadas o brujas?

Los sueños vinieron a visitarlo, sueños de llanuras de ceniza, fuego y muerte, y los sueños surgieron con estrépito a la realidad; se despertó sobresaltado en el estruendoso infierno de un bombardeo nuclear.

6

—¡A los refugios! ¡A los refugios!, aullaban múltiples voces.

Eran voces estridentes —con la estridencia incontrolada de la locura que hace subir los tonos al agudo, eran voces que venían de todas y ninguna parte, que perforaban la noche con sus gritos— como si repercutieran en las paredes curvilíneas de un túnel que las hubiera roto en mil ecos dispares, divergentes y tumultuosos.

—¡A los refugios! ¡A los refugios!

Las voces rotas, siempre prestas a morir en un sollozo desgarrado pero siempre renaciendo en el endurecido ápice de la angustia, cortaban el aire a su alrededor, le asaltaban los tímpanos como moscas enloquecidas y enervadas por el verano. Las voces sólo sabían decir lo mismo: ¡A los refugios! ¡A los refugios!... y él, atontado aún por un sueño profundo como la muerte, con los músculos agarrotados de pánico, los reflejos perdidos en la blanda masa de un cuerpo que no sentía, que no dominaba, sólo podía seguir acostado, con el busto apenas levantado sobre los codos y el corazón golpeándole desesperadamente en el pecho. Extendido, inmóvil, trastornado e impotente. Y las voces...

En el estruendo infernal de la muerte nuclear que hacía vibrar las estructuras del mundo, las voces se perdían, se debilitaban. ¡A los refugios! ¡A los refugios!... chillaban siempre las gargantas como surtidores; pero en mitad de la constante vibración de los pilares de bronce que hurgaban en los cimientos temblorosos de la noche, el torrente de voces se hacía un hilo, se callaba, se convertía en nada.

Estalló una luz lívida. La oscuridad se deshizo, se agrietó y retrocedió en vagos fragmentos sacudidos por la tempestad. Cerró los ojos y hundió la cabeza en el pecho apretándose los ojos con las palmas de las manos. *Contar hasta cinco... Contar hasta cinco y... y...* La conminación brotó en su mente como un panel de señales enarbolado por una mano fantasmal. Replegado sobre sí mismo, como un feto, se puso a contar, uno... dos... tres... cuatro... ¡cinco!, removiendo en silencio los labios mientras mordía el cuello abierto de la camisa.

De manera palpable sentía el beso de mil soles hechos de hielo abrasador que pasaban por su cuerpo agotado, lo lamían con un millón de lenguas ávidas y rasposas que le dejaban regueros carbonizados en la piel. Contar hasta cinco y... ¿Y qué?, gimió interiormente mientras el universo explotaba justo en sus oídos enviando a su cerebro el furioso mensaje de los demonios que bailaban y bailaban golpeando con los talones la uralita hipertensa del cielo.

Aislado en la ratonera, sacudido, atrapado en medio de las ondas concéntricas de un ruido demencial, con el cuerpo bloqueado y los ojos siempre apretados contra los puños, notó en su propia piel el impacto de las primeras gotitas de materia radiactiva. Primero una en la nuca. Luego una en el hombro derecho... (Quemadura de hielo, perforación repentina de la epidermis, punta envenenada hurgando en su carne.) Y una sobre el dorso de la mano derecha. Y una sobre la muñeca izquierda. Y... (garra

aguzada, mordisco ardiente, penetración en espiral del proyectil de hielo incandescente). Y una, dos sobre sus muslos, y una sobre su frente, y dos sobre sus hombros, y tres sobre su nuca, y su espalda, y...

—¡NOOOO!

Electrizado por el bombardeo mortal que ya lo erizaba de dardos, se estiró de repente, arqueó el cuerpo hacia atrás, perdió el equilibrio, cayó de la cama y rodó por el suelo.

Su cama. El suelo.

A cuatro patas en el suelo, agitó la cabeza como un animal que se sacude el agua de encima. Las gotas mortales lo seguían perforando a través del ligero tejido del pijama, según una cadencia cada vez más rápida.

Una vez más fulguró el lívido resplandor de una explosión lejana. Cerró los ojos, metió el cuello entre los hombros, se replegó sobre sí mismo y volvió a contar inmente *uno... dos...* Luego el trueno rugió por encima de él haciendo temblar los pilares de bronce y sacudiendo la uralita hipertensa del cielo donde sonaba el martilleo de los talones de los demonios...

Se enderezó con un gran esfuerzo de voluntad, abrió los ojos y los volvió hacia lo alto. De rodillas, con los brazos levantados a medias, luchó para expulsar de sí las últimas oleadas de la pesadilla (¿o de la visión?, ¿o del recuerdo?) en la estable playa de la realidad que se rehacía.

Las lívidas luces que desgarraban la noche no eran explosiones atómicas, sino relámpagos. Y el redoble de tambor que seguía eran, desde luego, truenos. En cuanto a las frías astillas que seguían golpeándolo, fijándose en su carne, no eran otra cosa que la lluvia que caía por la grieta del techo. Nada de penetración mortal, nada de fluido irradiado socavando mil pozos en su carne —sólo una oleada apenas fría, más bien tibia, tibia como el aire de siempre, que regaba su cuerpo y empezaba a calar el pijama.

La lluvia...

¡La lluvia!

Una simple tormenta que, al despertarlo, había desencadenado en él los fantasmas de una pesadilla. Fulguró un relámpago y nimbó la habitación con un aura eléctrica. Siguió el trueno a los pocos segundos como un sonoro rodar de bolas de acero sobre las viejas maderas de un suelo seco. O pesadilla, o... el poso de su memoria que al ser sacudido por la tormenta había dejado escapar este conjunto de imágenes y sensaciones. Imágenes y sensaciones tan «reales», tan aterradoras, que aún temblaba y aún tenía el corazón golpeándole el pecho.

Se enderezó del todo, abrió la ventana y se inclinó hacia fuera. La lluvia, ahora espesa y compacta, lo inundó. Pero no se quitó de allí; por el contrario, se ofreció a su violencia con el busto arqueado hacia lo alto, los brazos extendidos, la boca abierta y los ojos cerrados.

—¡Llueve!, aulló ante los elementos desencadenados. ¡Llueve!...

Su risa vibró y fue asfixiada por el retumbar del trueno. Pero el resbalar del agua por su frente, separando sus cabellos en unos cuantos mechones pegados, sobre sus brazos y su torso, que le adhería el pijama a la piel, parecía haberlo lavado de las visiones espantosas. Quedaban algunas imágenes temblorosas en la frontera del recuerdo, de una explosión de luz que pudo haber sido el impacto de una bomba nuclear, quedaban los fantasmas de voces gritando «¡A los refugios!» y el retumbar interminablemente largo de la oleada atómica; pero ya no podía unir las briznas de pesadilla a cualquier cosa que hubiera vivido. Se había ido —en la claridad sin misterio de los relámpagos, el trueno y la lluvia; así se había ido— como siempre...

En la prisa vertical de la lluvia los relámpagos y truenos empezaban a hacerse más raros, se esfumaban. Abrió los ojos. A través de los barrotes regulares de la lluvia el cielo estaba reluciente y negro como una plancha de hierro colado a ras de los techos. Entrecerró los párpados pero siguió con la extraña impresión de que allá arriba no había un techo de nubes, sino únicamente una superficie rígida y sombría, y que la lluvia caía desde ese vacío sin profundidad. Aún se quedó unos segundos en la ventana, luego volvió a entrar y la cerró de nuevo.

En la habitación, la lluvia crepitaba en el suelo. Los relámpagos habían dejado de plantar sus crudas banderillas en la piel de la noche. Había vuelto la oscuridad, compacta, y la franja desgarrada del techo y el rectángulo de la ventana habían recuperado la turbia apariencia de dos nebulosas sin cuerpo. De las nubes nació un último tronar repulsivo despertando a los ecos que murieron a regañadientes.

De pie en medio de la habitación y calado hasta los huesos, el hombre sin memoria se obligó a sí mismo a quitarse el pijama, que retorció para sacarle toda la humedad, antes de tenderlo a tuestas sobre el reborde metálico de la cama. «Desde luego, se decía a sí mismo en voz alta, con tanto vuelo de golondrinas ya pensé yo que llovería...» Se secó de cualquier manera con un extremo de la manta y esperó un momento a que su cuerpo se secara agitando los brazos y alzando una pierna tras otra. La lluvia se atenuaba y, pensándolo bien, no había sido más que una gran tormenta de verano —de verano, o de primavera o de otoño—. Muy pronto cesaron por completo los ruidos de patas sobre el techo y en el suelo de la habitación no hubo más que el tic-toc insistente de un goteo tardío.

Se acostó con los ojos abiertos, mirando la grieta del techo. No tuvo conciencia de haber cerrado los ojos, pero se durmió en seguida.

—*La neoforma se ha segregado del entorno*, comentó una voz.

—*¡Sí, sí!*, dijo secamente una segunda voz. *¡Qué lástima! Por un momento creí que, gracias a la tormenta...*

—*Pero sólo era una experiencia*, interrumpió una tercera voz. *Por otra parte no ha fracasado por completo: ya han visto las imágenes en el receptor... Desde luego han sido fugitivas, pero dan fe de un posible resurgimiento de la memoria.*

—*¡Posible, sí!*, continuó la segunda voz; *pero nada más... Esas imágenes*

también pueden formar parte de lo imaginario o lo cultural tanto como de lo real.

(Tercera voz:) *No lo olvido. De todas maneras están estereoregistradas. Únicamente después de múltiples captaciones de ese tipo empezaremos a ver claro y podremos clasificar las frecuencias. Por el momento... Por cierto, ¿está preparada la neoforma complementaria?*

(La primera voz:) *Está preparada. Primero. Como está convenido, la introduciremos en el simulatrón poco después de que se despierte el sujeto.*

(Primero:) *¡Bien! Entonces, ¿para qué esperar? Pasemos a la mañana y que se despierte.*

Es por la mañana.

Se despierta.

... Por tercera vez. Pero esta vez era un despertar corriente y banal. La primera vez salía de la nada; la segunda había emergido de la pesadilla de las ratas. Esta tercera mañana no había nada de eso; desde luego estaba la tormenta y las inquietantes imágenes que había suscitado pero... eso formaba parte de los pequeños tropicónes de la vida, eso no tenía nada de anormal.

¡La vida! Bueno, sí, vivía... Vivía y tenía que arreglarse con lo que la vida le aportaba. Como si... como si todo fuera...

¡Vamos! Levantarse, vestirse, bajar, tomar un bol de café. La habitación estaba seca y el cielo azul resplandecía por encima de los tejados. Bajó el primer tramo de escalones y frenó el impulso al abordar el segundo. En la penumbra algo crujió imperceptiblemente bajo sus suelas. *Algo...* Rió interiormente. *Bien sabes qué es ¿no?* Pero pasó sin pararse, entró en la cocina que estaba luminosa con la oleada del sol mañanero y vertió un poco de agua en una cacerola. El fogón aún contenía trozos de madera mal consumidos y los encendió con algunas hojas de periódico encontrado en la parte baja de la alacena y que desgarró apresuradamente sin intentar leerlas. Tomó el Nescafé a pequeños sorbos, apoyado contra el marco de la ventana y observando, por la esquina de la cortina de cuadros blancos y rojos, la calle desierta que vibraba apaciblemente bajo el sol. Aparentemente nada había cambiado en el limitado panorama. Suspiró, acabó el Nescafé y depositó el bol vacío en el fregadero.

Las sobras de su cena de la víspera permanecían sobre la mesa: pieles de salchichón y el plato de barro con un poco del paté. Recogió las pieles en el hueco de la mano y fue a tirarlas a un cubo de plástico que estaba en la pequeña alacena de debajo del fregadero. *¿Dónde voy a meter este paté?* Optó por el refrigerador en el que la leche no tenía aspecto de haberse cortado a pesar de que el aparato había dejado de funcionar cuarenta y ocho horas antes por lo menos; quitó la cápsula roja de una botella, olfateó y bebió un traguito del líquido blanco. Aparte de la falta habitual de sabor la leche era perfectamente consumible. Volvió a dejar la botella en su sitio pero no cerró la puerta por completo.

Volvió maquinalmente a la ventana y alzó una esquina de la cortina. El escaparate

oscuro de la charcutería, la PEÑA DE LOS CAZADORES, la cortina azul metálico del garaje. Signos de una cotidianeidad engañadora que lo impulsaban a salir y que, al mismo tiempo, lo retenían solapadamente en el umbral de una nueva exploración.

Se apartó taciturno de la ventana y se rascó pensativamente a través de la camisa en un rincón de la piel, bajo la axila, en el que le había aparecido un extraño picor. *¿Y si me diera una ducha?*

La idea le pareció excelente; además eso retrasaría otro tanto el momento de la salida. No había ido al cuarto de baño desde... el primer día. La puerta seguía entreabierta. Entreabierta a... Abrió de golpe y voluntariamente bajó la mirada al suelo embaldosado. De sus labios se escapó un pequeño silbido apenas perceptible y tanteó con el borde del pie lo que quedaba.

Lo que quedaba... un poco de polvo gris que formaba, en el embaldosado blanco, el dibujo laborioso de una silueta alargada con un óvalo por cráneo, algunas líneas paralelas borrosas en el lugar del busto y una especie de trébol de cuatro hojas donde estuvo la pelvis. Sólo eso, de lo que dos mañanas antes había sido el cuerpo satinado de una mujer —una mujer indudablemente viva hacía pocas horas.

Revolvió con el pie la polvorienta silueta; el dibujo se deshizo, la pulpa revoloteó y se volvió a depositar. ¡Polvo!

Ya en la escalera, un momento antes, aquello que había pisado le había parecido muy frágil bajo el talón, muy desprovisto de consistencia. Ahora tenía la prueba del insaciable trabajo del tiempo sobre los muertos. Insaciable e increíble. De carne a esqueleto en veinticuatro horas, de esqueleto a polvo al cabo de otras veinticuatro horitas. ¿Todos estaban así allá fuera? No le cupo duda. ¿Cómo era que...?

¡Vamos! Nada de preguntas. *Nada de preguntas.*

Como había venido para ducharse se quitó los zapatos, navegó un momento en el polvo de huesos mientras se quitaba la camisa, los pantalones y los calzoncillos y lo depositó todo en un taburete cuadrado con el asiento de vinilo blanco. Descolgó la alcachofa de la ducha que se balanceaba en un gancho al extremo de un largo tubo de metal articulado. El agua tardó en venir, como siempre, y su llegada la anunciaron los profundos hipos de las tuberías. Brotó finalmente y no verdaderamente fría, sino tibia, a la temperatura del cuerpo en el que caía sin provocar en él ninguna sensación especial de dolor o placer, de quemadura o de carne de gallina.

Entró por completo en la pila y se remojó copiosamente. No había buscado jabón (quizá lo había en el cuarto de baño) y por lo tanto dejó que el agua le corriera durante largo tiempo por el occipucio, la nuca, los hombros y el busto; el diluvio se convirtió en un masaje de resultados hipnóticos. El agua salpicaba y salpicaba y él seguía de pie, inmóvil bajo la oleada y sin más pensamientos que una muñeca de plástico.

El carillón de la iglesia lo sacó del entorpecimiento.

Cerró el grifo para escuchar mejor. El día anterior, aquellas malditas campanas habían dado las doce y luego se habían interrumpido volviendo a caer en su sueño de

bronce. Ahora se ponían en marcha otra vez. Esta fantasía sin sentido de un mecanismo averiado adquirió para él, de pronto, una importancia primordial. Escuchó con intensidad pero los sonidos llegaban apagados por la distancia y el espesor de las paredes, y la sorpresa no le había dejado contar al principio. Esperó con el tubo de la ducha en la mano y goteando aún.

Al cabo de un minuto, o de dos, o de tres, la campana balanceó de nuevo el apagado estrépito de sus entrañas. Esta vez pudo contar. Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... nueve... y nada más. Las nueve. Una buena hora para lavarse, vestirse y salir.

Cuando iba a salir de la pila abrió el grifo de nuevo presa de un súbito impulso. El chorro, multiplicado por los agujeros de la ducha, barrió las baldosas del cuarto de baño y disolvió el polvo de huesos que se extendió en largos rastros babosos. La forma humana, polvo convertido en barro, desapareció rápidamente en las olas. Dejó correr el agua hasta que no quedó huella alguna —a no ser únicamente unas vetas pegadas a lo largo de las paredes.

Había sido una mujer joven, probablemente bella, metida en carnes y con el cabello y el vello pubiano rojos. Y ahora no era nada.

Luego se secó (había dos toallas de baño blancas y agradablemente ásperas colgadas en el toallero) y se volvió a poner la ropa. En el estante de encima del lavabo había un peine, un vaso con un cepillo de dientes y un tubo de dentífrico blanco y verde sin marca ni inscripción alguna. En un rincón del lavabo había una pastilla de jabón rosa, intacta, y que no olía a nada.

Tomó el peine, se rectificó la raya y alisó sobre su cráneo, en forma de pan de azúcar, sus cortas mechaz rubicanas oscurecidas por el agua. Después se puso a lavarse los dientes. La pasta brotó del tubo nuevo deliciosamente verde. Pero al gusto tampoco sabía a nada —o quizá un vago aroma mentolado, pero muy débilmente—. Sonrió y el limpio espejo le devolvió una sonrisa mecánica que no se le reflejaba en los ojos. Su cara seguía sin decirle nada. *¿No nos hemos visto en alguna parte?* Su humor interno fue un completo chasco. Transformó la sonrisa en mueca y se pasó una mano perpleja por la barbilla. Entre sus cejas se dibujó un pliegue. Su barbilla... También en ella había algo que no marchaba: tenía lisos el mentón y las mejillas porque no le había crecido la barba.

Se inclinó completamente hacia el espejo e inspeccionó de cerca su cara de rojiza piel como lo hubiera hecho con una superficie extraña, una placa de mármol o una plancha. Tenía la piel lisa y, entre los poros, no descubría el puntito negro de los pelos que brotan, ni notaba el duro raspar de la barba al toque sensible de la punta de los dedos.

Retrocedió. Su cara había perdido toda expresión otra vez. Bueno, no, no le salía la barba. No había debido afeitarse desde hacía por lo menos tres días y debería tener el mentón erizado por una corta pelusa color cañamo. Por lo menos lo suponía, pues si bien podía evocar claramente el acto de afeitarse, no conseguía relacionar tal

concepto consigo mismo, con su propia cara.

¡Como de costumbre!

Salió del cuarto de baño; a través del espesor de los muros le llegó un único ¡dong! Era el reloj de la iglesia que daba el cuarto de las nueve.

Vagó un poco por la casa, siempre indeciso acerca de lo que tenía que decidirse a hacer de inmediato. Además había otra idea dándole vueltas por la cabeza. Una idea que... una idea... «¡Y mierda!», dijo en voz alta. Sí, de acuerdo, *cuando se está muerto, ¡la barba deja de salir!* ¿Y qué?

Bien sabía que estaba muerto. Él o el mundo, él y el mundo. Bueno, ¿y qué?

Iba a hacer un gesto anodino, quizá abrir el grifo de la cocina para servirse un vaso de agua, cuando un ruido lo paró en seco. Se quedó rígido y el corazón empezó a saltarle en el pecho.

Sin embargo era un ruido banal, un *chtonc, chtonc, chtonc*, irregular pero insistente, que hacía rechinar el silencio. Un ruido que echaba abajo todas sus conclusiones...

Porque venía de fuera...

Más allá, al final del pasillo, a distancias infinitas, quizá a ocho o diez metros, *alguien* arañaba la puerta de entrada.

Atravesó diagonalmente la cocina y entró en la tibia penumbra del vestíbulo. Andaba a pasos contados —literalmente—; porque numeraba cada una de las zancadas que lo acercaban a la puerta, siete, ocho, nueve, diez, cada uno de los pasos que acortaban la distancia entre él y el ruido.

Chtonc, chtonc, chtonc, aquello paraba, se reanudaba, se prolongaba. La puerta vibraba un poco en el vano, pero los choques que la sacudían así y la hacían resonar no eran muy violentos. *Alguien* que no quería hundir la puerta, *alguien* que sólo quería entrar.

—¿Quién es? —gritó estúpidamente (¿pero no eran estúpidas todas las exclamaciones?) a cinco pasos de la puerta.

Se inmovilizó un momento, pero desde luego nadie respondió. Los ruidos se interrumpieron algunos segundos, pero no debía ser más que una casualidad —casualidad también el que volvieran a empezar cuando él volvía a ponerse en marcha—. Sus pasos se habían hecho más lentos, pero ¡quedaban muy pocos para llegar a la puerta, para encontrarse casi pegado a ella!

Ahora tenía que abrir.

Chtonc, chtonc, chtonc, hacía la puerta. Sí, sí, sí, respondía él en silencio. Una historia idiota le vino en ese momento a la cabeza —o le volvió—: *El último hombre sobre la tierra estaba sentado en una habitación. Llamaron a la puerta.* Parecía ser la historia de terror más corta y más espantosa de todas. No sabía si se la habían contado o si la había leído en alguna parte. Desde luego, dicho así, no parecía gran cosa.

Únicamente una historia, humorística si acaso, pero nada espantosa en absoluto. Sólo que ahora, en estas circunstancias...

Su mano agarró el gancho de cobre que hacía funcionar la cerradura, el pestillo se retiró del escarpión y tiró del batiente.

... Durante los minutos siguientes no supo si reír o llorar. Las dos cosas, sin duda, y quizá rió y lloró efectivamente al mismo tiempo. En todo caso tenía gana de reír. Ganas de reír mientras apretaba contra sí el cuerpo cálido y palpitante del visitante, mientras pasaba y repasaba las manos por el pelaje corto y espeso, mientras acariciaba la cabeza y el frío hocico y mientras apoyaba la cara contra el morro que se abría con un aliento fuerte y una doble hilera de colmillos bellamente esmaltados.

—¿Cómo voy a llamarte? ¿eh?, dijo más tarde, sentado en la acera con la espalda contra la pared de la casa y en medio de la gloriosa luz mañanera. Su nuevo amigo, su nuevo compañero estaba sentado junto a él; su mirada de oro pardo estaba clavada en el fondo de la calle, sus tiasas orejas vibraban a veces a un sonido que sólo él oía y su cola golpeaba el suelo nerviosamente. A veces levantaba uña pata como si se preparara para arrojarse hacia una presa invisible, pero el movimiento esbozado nunca se prolongaba en una carrera que lo hubiera alejado: sin duda la alegría de haber encontrado a otro ser viviente y amigo era recíproca.

Era un perro pastor de gran tamaño, pardo claro, con manchas negras, macho. Debía ser joven, quizá de dos años, si uno se fiaba de su estatura, ya adulta, y de su estado físico impecable, sus patas sin huellas de heridas, el pelaje liso y, sobre todo, los dientes de un blanco resplandeciente y carentes de cualquier mella.

—Te voy a llamar... te voy a llamar... ¡*Misterio!*

Contento de sí mismo se levantó y dio algunos pasos por la acera. El perro lo siguió con los ojos, se estremeció pero no se movió.

—¡*Misterio!* ¡Aquí!

El pastor saltó sobre sus cuatro patas y estuvo a su lado en pocos saltos flexibles.

Subió por la calle en dirección a la plaza. *Misterio* trotaba a su lado levantando hacia él, de vez en cuando, su hocico puntiagudo y sus ojos salpicados de oro rojo. Al llegar al sitio en el que había caído el ciclista, el perro se paró y olfateó la vaga forma dibujada en el asfalto por el esqueleto aplastado y reducido a pulpa ligera.

El hombre dio algunos pasos más, interrumpió la marcha y se volvió para observar al perro. *Misterio* arañaba el suelo cerca de la bicicleta con una pata prudente o perpleja; olfateó otra vez, lanzó al cielo un único y breve ladrido y luego se desinteresó de los aplastados restos de lo que aún era un cadáver entero apenas dos días antes.

—¡Aquí, *Misterio!*

Su voz estalló en el silencio. ¡*Misterio!* El nombre sonaba bien entre las fachadas de la desierta calle. Lo había elegido porque sí, al azar —o quizá la palabra se le había impuesto y la había aceptado como una ironía hacia el mundo y casi una provocación.

Aparentemente, el perro pastor había adoptado su nuevo nombre en el mismo momento que había sido pronunciado por primera vez. ¿Por qué no? Bien había aceptado a su nuevo amo en el mismo instante que lo había visto y olfateado...

Uno junto a otro, el hombre y el perro acabaron el corto trayecto de la calle y atravesaron diagonalmente la plaza de la iglesia. El campanario apuntaba al lirio azulado del cielo y el reloj indicaba las diez menos veinte. Hacía un momento que habían sonado sin problema los dos golpes de las nueve y media.

—¡*Misterio!*

Cuando el perro se apartaba un poco de él, lo llamaba al orden inmediatamente. Era bueno tener un compañero que manifestaba su presencia y su apego por medio de esa especie de obediencia mecánica e instantánea. ¡Aquí, *Misterio!* Y *Misterio* estaba allí, se restregaba contra su pierna y alzaba hacia él su sana cabeza de buen perro grande, cariñoso y ya fiel.

Fiel... No hasta más allá de la muerte, de todas maneras. Pues el pastor debía pertenecer a alguien antes. A un paisano del lugar, indudablemente —o a cualquiera—. Y después su amo había muerto como todo el mundo, de golpe, en la inverosímil mañana en la que todo había empezado para no acabar nunca. Su amo había muerto y quizá el perro lo había llorado durante largo tiempo, aullando a la luna ausente con el hocico alzado al cielo taponado de bruma lechosa. Lo imaginaba tocando con la pata el cuerpo familiar ahora caído, que ya no se movía, que ya no se movería jamás. Se había quedado a su lado un día, una noche, otro día más, mientras todo se había callado alrededor de la granja o de la casa. Y el cuerpo del amo se había convertido en un esqueleto liso y blanco, se había convertido en polvo que un poco de viento podía arrastrar. Entonces el perro se había ido.

Se había marchado a través del mundo desierto en el que sólo reaparecían en la superficie animales pequeños, y anduvo un kilómetro, diez kilómetros, cincuenta. ¿Quién sabe? Quizá desde muy lejos había notado que había una presencia viva, más allá, al extremo de su horizonte. Un hombre. Él. Y había acudido. Guiado por su instinto infalible había sabido encontrar la casa en que dormía y había arañado la puerta pacientemente hasta que le abrió. Sí, era una bonita historia. Y si el perro no venía de más allá que la propia aldea era también una bonita historia: lo único que importaba era su existencia de camarada tranquilo, fuerte y ágil que lo acompañaría donde fuera de ahora en adelante, que poblaría su soledad con su atención muda pero sin fallos.

Durante un corto momento caminó a lo largo de la fachada del ayuntamiento y tomó la callejuela que la bordeaba por la izquierda. Su plan para la mañana era efectuar un recorrido completo del pueblo y hacer recuento de todas sus posibilidades. Primero meterse bien en la cabeza su geografía y a continuación —aunque para eso había tiempo, todo el tiempo del mundo— explorar tienda Iras tienda, casa tras casa, habitación tras habitación. Para ver...

—Para ver ¿qué?, ¿eh?, le preguntó a *Misterio* dándole un amistoso cachete en la

cabeza. *Misterio* volvió hacia él sus ojos inteligentes y sensibles que se hacían oscuros en la zona de sombra de la callejuela. Abrió un breve instante la boca y su lengua rosada serpenteó entre los caninos. ¡Como un hombre que se pasa la lengua por los labios para darse tiempo a revolver la frase en la mente antes de contestar!

—Buen chucho...

Contestaba a su manera y era bueno tener cerca a este interlocutor de silencio parlante. El hombre aceleró el paso y llegó a la esquina de la fachada de detrás de la alcaldía. Era la callejuela de la panadería, frente a la tienda y ocupando casi toda la manzana paralela al bloque blanco del edificio público, había un hotel. Era una fachada revestida de madera azul y blanca (como el garaje, como el gran café de la plaza...) con dos pisos y ventanas, ni una sola de las cuales tenía los postigos abiertos —postigos azul oscuro que quizá atenuaban la luz del día a familias enteras de turistas que no se marcharían ya—. *Pero ¿qué es lo que digo?... Un poco de polvo en las sábanas y nada más.*

Por culpa de estos pensamientos no tuvo gana de entrar en el hotel. Quizá en otra ocasión. Continuó su camino hacia delante y pasó por la panadería sin pararse. En el escaparate esperaban pasteles y *croisants* con el aire tan fresco y apetitoso como si hubieran sido cocidos durante la noche. Un poco más allá había otra tienda. Tenía la fachada rojo oscuro y una enseña: LIBRERÍA-PAPELERÍA. Esta vez entró.

El interior de la tienda era oscuro y sencillo: en las paredes del fondo y de la derecha había estantes con libros escrupulosamente alineados mostrando sus lomos de colores; a la izquierda y sobre un mostrador que prolongaba el escaparate, había resmas de papel, sobres, lápices, estilográficas, puntas Bic y todo un recado de escribir colocado en perfecto orden. Contra los estantes del fondo se erguía un mueblecito rectangular sobre el que había una máquina gris —la caja registradora.

El hombre dio un paso hacia los estantes del papel. El reluciente parqué crujió. El perro se había quedado fuera, sentado en medio de la calle que el sol no había tocado todavía; el animal lo miraba, inmóvil.

—No me vas a reprochar que robe ¿no? —El perro movió la cabeza—. Tomó el movimiento por una negación y recogió una resma de papel de cartas de lo alto de un montón. La hojeó con mano distraída. El papel era liso y satinado y parecía fuerte a pesar de lo delgado de las hojas. Robar... tomar... Verdaderamente aún no había reflexionado acerca de tal cosa —indudablemente porque sabía muy bien, en el fondo de sí mismo, que ese tipo de reflexiones no iban a llevarlo a ninguna parte—. Cuando el mundo está muerto ya no hay que darle cuentas a nadie. A sí mismo, sí, a sí mismo. Pero él mismo no era otra cosa que una voz que decía: *Necesitas algo y lo coges. Es tuyo. Y las reclamaciones al maestro armero...*

Además de la resma de papel también cogió un cuadernito cuadriculado. Pero tuvo que probar diversos instrumentos antes de encontrar uno que quisiera escribir. Los capuchones de las estilográficas no se desenroscaban, las puntas Bic y los rotuladores no escribían y la mina de los lápices se aplastaba nada más posarla sobre

el papel. ¿Era un efecto de... la cosa? Por fin, en un mostrador cilíndrico, encontró un manojo de barras negras, delgadas y largas, que dejaban un trazo neto y breve en el papel. No conocía ese tipo de lápices (bueno... no los reconocía), pero por lo menos funcionaban. Sacudió la barrita que había cogido; dentro no se movía nada; aquello tenía aspecto de compacto. Con un mínimo titubeo se llevó a la boca el extremo puntiagudo. No tenía ningún sabor. Se metió el lápiz en el bolsillo de la camisa y salió de la librería. El sol acababa de aparecer a ras de los tejados. Su luz le golpeó la cara; guiñó los ojos, pero era una luz fría que no cambiaba la tibia tonalidad del ambiente. Dio algunos pasos por la calle con *Misterio* a los talones. La puerta de librería-papelería había quedado abierta. Al cabo de cinco o seis metros dio la vuelta y volvió a cerrarla. Sobre las estanterías del fondo, en la gris penumbra de la tienda, las hileras de libros multicolores lo llamaban fascinándolo y llenándolo de repulsión al mismo tiempo.

Al final de la calle había una granja que se prolongaba en un huerto. Lo recorrió a medida que enumeraba las legumbres. Escarolas. Repollos. Puerros. Tomates. Patatas. Zanahorias. Un poco de todo en pequeñas eras de tierra, limpias, netas y separadas entre sí por avenidas rectilíneas de tierra fértil o caminitos de planchas nuevas. Ni una mala hierba. La grama, el llantén, las zarzas y las ortigas habían sido arrancadas (¿la víspera?, ¿esa misma mañana? ¿por un esqueleto aún sólido sobre sus huesos?) brote por brote, brizna por brizna. Un verdadero jardín de muñecas que resplandecía de vegetales con buena salud y un verde intenso. En el ángulo del jardín que formaba un pico hacia el extremo opuesto de la granja, había un bosquecillo de matorrales verde oscuro en el que parpadeaban frutos rojos, grumosos. Grosellas. Probó una, dos. No tenían sabor alguno; sólo le quedó una vaga acidez en la lengua.

Atravesó una tapia baja que delimitaba la franja externa del jardín. A dos metros apenas de la tapia, un riachuelo corría apaciblemente. Se agachó en la orilla y metió una mano en el agua. Tenía la asombrosa pureza de una fuente de montaña. (Entonces, ¿conocía las fuentes de montaña?) Pero no estaba fresca como hubiera podido hacer creer su limpidez. De la misma manera que el agua del grifo, era vagamente tibia, quizá a la temperatura del cuerpo. El perro bebió una poca a lengüetazos, *slap, slap*, con la lengua en el agua que se deslizaba sin ruido cabrilleando bajo el sol, muy cerca del fondo en el que se desgranaban guijarros blancos. Acechó un momento buscando el rastro de un ser vivo, un pez, un cangrejo o un insecto cualquiera. Pero el riachuelo continuó vacío en su transparencia de cristal. Recogió la resma de papel y el cuaderno que había dejado sobre la hierba y siguió el borde del arroyo que en seguida se agrandaba en una gran laguna cavada en medio del prado. A veces surgía un saltamontes a su paso. La laguna era ovalada y tenía unos veinticinco metros de largo por la mitad de ancho. A lo largo del borde había espadañas en un orden disperso que alzaban su cilindro de polen castaño, como puntas romas de una reja medio caída. Hacia el centro, algunos nenúfares en flor enganchaban su llama amarilla sobre el azul del agua, tan pura y tan transparente aquí

como en el curso del arroyo.

Se paró otra vez, recogió un guijarro de entre la hierba y lo lanzó al centro de la laguna. ¡*Floc!* Las ondas concéntricas estropearon la superficie pulida del espejo y luego el agua recobró su inmutabilidad.

La blanca bruma cerraba el horizonte no muy lejos de la laguna. Tenía la misma consistencia de la víspera, el mismo aspecto y la misma altura. Era como un muro de algodón que cercaba el pueblo y taponaba el horizonte, un chorro de miedo solidificado. Su boca hizo una mueca fea. «¡Ven!», ordenó. *Misterio* saltó a sus talones.

Había otra granja paralela al arroyo que, pasada la laguna, continuaba murmurando en su curso rectilíneo antes de desaparecer más allá bajo la bruma. Rodeó el ángulo de la granja. La aldea se detenía en ese sitio. La granja era el baluarte más avanzado del lado... (intentó orientarse según la posición del sol) del lado nordeste. Era un edificio de fachada encalada con un techo de pizarra muy puntiagudo. El corral de tierra apisonada que se extendía ante la granja estaba desnudo y desprovisto de todo lo que, orgánicamente, debería haber formado parte de ella: gallinero, instrumentos de jardinería abandonados, toneles viejos, toldos, bicicletas, pozas para el estiércol y todos los desperdicios y cosas viejas que se van acumulando a lo largo de los años, pudriéndose lentamente bajo la lluvia y deshaciéndose al sol...

Sacudió la cabeza e intentó entrar en la granja. Fue en vano; la puerta, recién pintada de verde oscuro, estaba cerrada así como los postigos de la planta baja. ¡Dios mío! *Un día de éstos cogeré un hacha y derribaré todas las puertas cerradas... ¡Eso es lo que voy a hacer!*

Un gallinero y un establo prolongaban el cuerpo principal del edificio. El gallinero, al que entró, estaba vacío y oscuro y no era otra cosa que un cascarón de cemento. El establo también estaba vacío aunque los departamentos para el ganado y los pesebres parecían esperar a las reses que no tardarían en volver de los campos. Incluso había un poco de heno en los cajones metálicos de los pesebres. Cogió una brizna, se la puso entre los dientes y la mordisqueó un momento. Al fondo del establo había una estrecha tronera que dejaba filtrar un rayo de luz solar parecido al trozo cortado de un techo inmaterial en la sombra densa.

Jugó un momento con las manos bajo la ducha de luz y luego salió.

Por el otro lado de la granja pasaba la calle principal del pueblo. La conocía bien: ahí había abordado al mundo por primera vez cuando salió del gran sueño del olvido. Cerca, a la derecha —es decir, aproximadamente hacia el oeste—, estaba su casa. Hacia el este la calle se convertía en carretera y se hundía en un corto tramo a través de los campos antes de tropezar con la barrera de bruma. Por cierto, ya que estaba a un extremo del pueblo ¿no habría algún panel con el nombre? ¿O un mojón, en fin, alguna indicación acerca del lugar? Dio diez pasos, veinte, treinta por la carretera que, insensiblemente, lo llevaba derecho hacia la impalpable frontera. Hacía

desesperados esfuerzos para mirar a otra parte —a sus pies que golpeaban la reluciente cinta de alquitrán, o a la franja de hierba de las cunetas—, pero no servía de nada: sus ojos eran atraídos irresistiblemente por el muro de copos brumosos que se estancaba cerca de él, tan cerca, tan espantosamente cerca, que en seguida tuvo que volver los talones y corrió una decena de metros antes de pararse falto de aliento, con el corazón latiéndole y vértigo en la cabeza.

En sus imprecisos recuerdos nada era comparable a la angustia total, biológica, que caía sobre él cuando se acercaba a la barrera de bruma; era algo que se le agarraba al vientre, le encogía el corazón, le oprimía los pulmones y le hacía latir las sienas. Era... realmente no podía recordar la impresión una vez pasada, pero no obstante le quedaba una sensación de sufrimiento pegada a la cabeza y la carne durante varios minutos. Luego se diluía y desaparecía.

La víspera aquello no había sido tan fuerte. Pero indudablemente esta vez se había acercado más. ¿Cuánto? Veinticinco metros, treinta quizá. Ése era, más o menos, un límite imposible de rebasar. Mientras su respiración volvía a la normalidad acarició distraídamente la cabeza del perro que lo había seguido en su corta carrera y que ahora se había pegado a él como para comunicarle su calor, para hacer notar toda la tranquilizadora presencia de su cuerpo vibrante contra su muslo.

Él no podía sobrepasar ese límite, desde luego. Pero ¿y el perro? «Ven, *Misterio*... ¡Ve! ¡Ve allá!»... Intentó empujarlo en dirección a la bruma, primero con una simple presión amistosa en el espinazo y luego con más rudeza, dándole golpecitos en los cuartos traseros. Pero *Misterio* no comprendía —o rehusaba comprender.

Fue a recoger una ramita al borde de la carretera y la lanzó hacia el impalpable muro. La rama rebotó en el alquitrán muy cerca de la inmóvil cascada. «¡Ve a buscarla!» *Misterio* arrancó, corrió cinco metros, trotó otros cinco metros, dio algunos pasos más, indeciso, y se paró. «¡*Misterio*! ¡Ve a buscarla! ¡Tráela!» El perro volvió hacia él los sensibles ojos marrones y desde lejos creyó ver en ellos un aire de reproche. Luego el animal volvió hacia él y tendió el hocico a sus manos que se cerraron sobre el cálido pelaje. Un ligero gemido se filtraba de su morro cerrado. «De acuerdo, de acuerdo, amigo mío. No hablemos más de eso...»

Otra vez dio media vuelta y ambos enfilaron la calle hacia el centro del pueblo sin nombre.

Si el pueblo no tenía nombre (o, en todo caso, no tenía letrero que lo indicara), la calle principal, al menos, tenía uno. Lo había descubierto una vez pasadas las dos granjas que encuadraban la salida este sobre una banal placa azul ribeteada de blanco y colgada en el muro de la primera casa a la derecha.

Calle de la República.

Por fin un nombre visible, legible. Era como si un trozo —¡oh! un trozo muy pequeño— de oscuridad hubiera caído. No obstante, por un trozo derribado ¡cuántos

otros permanecían de pie! Si bien la calle principal tenía un nombre, la plaza de la iglesia no lo tenía más que incompleto. Dando vuelta a la plaza pegado a las paredes había acabado por descubrir otra placa fijada junto al ángulo de la fachada de la casa en que estaba el gran café con terraza. Sólo que ésta estaba curiosamente velada en un tercio de su superficie y sólo se podía leer *Plaza del General...* y luego nada más que un rastro desteñado.

Durante todo el día buscó en su mente nombres de generales. Encontró muchos. General Leclerc, general De Gaulle, general Delattre, general Juin, general Custer, general Mac Arthur.

Indudablemente la historia de su país, o la historia del mundo, estaba llena de generales cuyos nombres se daba a las plazas. Pero no había duda tampoco de que un general valía tanto como otro, lo que podía explicar que la placa había desteñado, blanco sobre azul, *pfuit*, y se acabó el general.

Dentro de su cabeza encontró fácilmente lo que era un general. Un gran personaje, un jefe de la guerra. Esta definición le trajo a la memoria el sueño de la noche y el sueño de la noche lo volvía a precipitar en el corazón del misterio. Quizá fue un general quien desencadenó la guerra atómica. El de la placa; quien sabe. Como castigo su nombre había sido borrado por un rayo de calor salido de la bomba que él mismo había contribuido a lanzar.

¡Bagatelas!

Pero era necesario ocuparse el espíritu con ese tipo de charlas internas y además... uno no puede impedirse el pensar, ¿no?

El pueblo era increíblemente pequeño. No era un pueblo; era, lo más, una aldea y lo había sabido desde el primer día.

El pueblo sin nombre comprendía una calle principal, la calle de la República, que corría casi exactamente en dirección este-oeste. Al sur pasaba una pequeña carretera paralela que iba de la niebla a la niebla. Al norte había dos callejuelas cortas e igualmente paralelas. Perpendicularmente, la calle de la República (y también la aldea en su totalidad) estaba atravesada por otras Cuatro calles de longitud desigual. Todas desembocaban en los campos cuyo verdor (o, en dos lugares, el rojo de las gramíneas maduras que eran, probablemente, trigo) estaba cortado en seco por la omnipresente bruma al cabo de doscientos o trescientos metros.

A la una de la tarde, cuando se sentó en la terraza del café para mordisquear su comida, comenzó a dibujar. Quería hacer un plano del pueblo. Pero le costaba mucho trabajo y numerosas hojas del bloc fueron a parar al suelo, a sus pies, hechas una bola. «No se me da..., eso es, no se me da...», le decía a *Misterio* que contemplaba sus esfuerzos con paciente comprensión.

Para comer fue a buscar pan a la panadería (y también dos pasteles) y salchichón a la charcutería, el cual cortó con un cuchillo que encontró detrás del bar del café azul

y blanco, que era, como lo precisaba la inscripción pintada de blanco sobre el escaparate más ancho, un CAFÉ-RESTAURANTE. A pesar de que habían transcurrido veinticuatro horas el pan estaba tan fresco y tan crujiente como el día anterior. Y tan soso. Los pasteles también estaban buenos —tan buenos como podían estarlo una pasta y unos frutos casi insípidos—. Mientras comía se preguntó cuánto tiempo conservarían su frescura, sin estropearse, los productos almacenados en las tiendas. Quizá eternamente... También fue a la carnicería a coger carne para el perro. Los cuartos de buey y de ternera que las ratas habían dejado seguían colgados de los garfios, intactos y de color rojo vivo. No tenían el olor rancio de la carne que comienza a estropearse, sino únicamente un relente insípido, un resto de aroma apenas perceptible. Pero *Misterio* se dio un festín con el gran trozo que cortó para él con un afilado cuchillo.

Quizá eternamente. Sabía que una bomba atómica emite al explotar radiaciones peligrosas, a veces mortales. Quizá eso lo explicaba: las radiaciones habían acabado con todos los microorganismos, con todos los microbios que son causa de la corrupción de los alimentos y de todos los compuestos orgánicos. Quizá todo iba a poder conservarse para siempre. Y él, el superviviente, quizá iba a convertirse en inmortal —¡quizá era inmortal!

¡Bobadas!

Bueno ¿y qué? Uno puede bromear. Por la tarde siguió con el inventario señalando esta vez, muy particularmente, el emplazamiento y la especialidad de las tiendas.

A veces abría una puerta porque sí, sin necesidad, simplemente para oír el *¡cling!* del timbre de la entrada, para meter la nariz en una zona de sombras, para verificar un volumen a ojo y sus sumarias instalaciones de baratillo. Pero a veces también intentaba una exploración un poco más profunda, pues, además de la lista de tiendas, también se le había ocurrido hacer un inventario de los objetos y alimentos a almacenar en su casa.

Ese primer día, registró sobre todo el bazar y la camisería. El bazar estaba en la calle que dividía el pueblo en dos por su parte más ancha, paralelamente a la calle de la República. Era una tienda alargada, con dos mostradores que ocupaban toda la superficie del local. En un extremo había instrumentos de jardinería, de carpintería y de bricolaje; luego se pasaba a los utensilios de cocina, los cubiertos y un escaso conjunto de objetos tales como calentadores y molinillos eléctricos. El segundo mostrador tenía juguetes y algunos otros aparatos eléctricos, como lámparas para mesilla de noche, pilas, linternas... Como en las otras visitas, por ejemplo, a la panadería y la charcutería, tuvo la sensación, confusa e imprecisa, de que el conjunto de géneros era irrisorio: había pocos objetos y un solo ejemplar prácticamente de cada cosa expuesta. Pero al tomar una cacerola de acero inoxidable, una sartén con el mango de plástico rojo, tres tazas blancas y un molde de aluminio para pastel, no conseguía imaginarse lo que faltaba, lo que hubiera debido haber además de lo que

había. Su cerebro registraba el sentimiento de una falta, de algo incompleto, pero seguía sin poder visualizar lo que, quizá, hubiera debido amontonarse en las placas de baquelita.

Ante la sección de juguetes cogió un cochecito rojo e hizo dar vueltas a las ruedas colocándose en la palma de la mano. Hacia delante, hacia atrás, hacia delante, hacia atrás. Pensaba en el muchacho que había encontrado en su habitación el primer día. Había debido reunirse con el resto de la población en la evanescencia del polvo. Devolvió el coche a su sitio y tomó una muñeca vestida de azul que lo miró fijamente con una mirada de porcelana turquesa. Tironeó un momento los cabellos rizados y amarillos, peinados con un pequeño y cómico canotier. Un mechón se le quedó en la mano.

¿Había tenido un niño? ¿Una muchachita que hubiera podido jugar con esta muñeca? Preguntas, preguntas... Volvió a dejar el juguete contra un tubo que sostenía la bandeja y la muñeca se quedó allí, sentada de medio lado y con un brazo levantado a medias como en un gesto de adiós. Durante un instante lo invadió una oleada de nostalgia. Era como una masa líquida que lo hubiera recubierto en pocos instantes subiendo por sus piernas, encerrando su busto y rodeando su cabeza. Todo se hizo turbio a sus ojos, vaciló y tuvo que agarrarse al mostrador. En su cabeza sonaba una vocecita húmeda que decía: *Seguirás solo para siempre*. Respiraba con dificultad, se ahogaba. Tenía que salir de la tienda; y rápido.

Corrió dos o tres zancadas. Dio con el codo a un objeto metálico que cayó al suelo resonando largamente en el silencio compacto de la tienda. Y en seguida estuvo fuera, al sol. *Misterio*, sentado en la calle sobre sus cuartos traseros, lo miraba con aire de afecto hereditario, el cielo arañado por las alas de acero de las golondrinas era azul intenso y en el campanario de la iglesia sonaron cuatro campanadas de bronce. La blanda tibieza del aire lo secó de golpe salvo en un rincón de los ojos, allí donde le quedó, algunos segundos todavía, una humedad pegajosa. Se apretó contra el perro, cuyo corazón latía bajo la cálida carne.

Dio una vuelta más rápida por el establecimiento de ropa masculina que estaba al lado de un ESTANCO-PERIÓDICOS, en el lado de la plaza opuesto al café-restaurant. El enmaderado del escaparate estaba pintado del mismo rojo oscuro que la librería-papelería. En la tienda había un maniquí, de pie y no lejos de la puerta, enfundado en un traje oscuro y sonriendo al vacío con todos sus dientes pintados. «Buenos días, caballero.» Su broma fue apreciada y el maniquí ensanchó aún más su sonrisa. Le dio un amistoso puñetazo en el estómago. El hombre se balanceó de atrás adelante y recuperó la estabilidad sin dejar de sonreír. «Creo que tú y yo somos los únicos supervivientes de este poblado, amigo...» El maniquí asintió como si él también encontrara la situación muy graciosa.

El visitante lo dejó con su hilaridad e intentó abrir un cajón, otro, otro más, pero sin éxito. Toda una pared del local, cubierta por un revestimiento de madera, estaba llena de cajones con tirador de cobre; pero ninguno se abrió y él no insistió, como

tampoco insistió cuando la puerta del fondo de la tienda, cuyo picaporte maniobró, también rehusó abrirse. Los secretos del camisero estaban bien defendidos.

Contra la pared que estaba frente a la de los cajones había un espejo. La imagen que éste le devolvió le pareció triste y lúgubre. Era por la camisa gris que llevaba, principalmente. ¿Y si cambiara? Justamente había todo un rintero ante él, sobre el banco, y meticulosamente plegadas. Hurgó en el montón dudando entre un rosa viejo y un amarillo vivo. Finalmente escogió la camisa amarilla y se cambió sin olvidar de pasar el inútil lápiz negro del bolsillo de la una al de la otra. Su desgarrada silueta esbozó algunos movimientos luminosos en la penumbra del espejo. El tejido de la camisa era ligero y suave, fino y resistente. De golpe se sintió mejor y salió de la tienda diciéndole al maniquí que le anotara aquello en su cuenta.

Entonces, cuando atravesaba por décima o quinceava vez la plaza del borroso general, se produjo una cosa espantosa.

Andaba silbando, con *Misterio* a dos metros por delante de él, cuando la manzana del café-restaurant hacia el que se dirigía, se borró.

Había habido la hilera de casas de dos o tres pisos, la fachada blanca y azul del café, las mesas y sillas blancas de la terraza y, encima, el cielo invariablemente azul. Y de pronto todo había desaparecido. No sólo los edificios, sino también el cielo de encima y el decorado que hubiera debido estar detrás. Ante él, más allá de los pocos árboles que formaban un primer plano ante su vista turbia, ya no había nada más. *Nada más*. A izquierda y derecha la nada había sustituido al tranquilo panorama del pueblo. Ante el hombre inmovilizado en medio de un paso era como si una mano gigantesca e invisible hubiera desgarrado la tela de la pantalla en la que se proyectaba el filme de la realidad. Los bordes del corte, a unos diez metros en el suelo delante de él, eran vagos, temblorosos, lagrimeantes. La grava de las avenidas, la hierba cortada de los céspedes vibraban, se desteñían antes de ser bebidos por la nada —el trozo cortado en nada, ni verdaderamente blanco, ni verdaderamente gris metálico, ni completamente inmóvil, ni completamente agitado.

A su izquierda la iglesia se había dividido en dos a ras del campanario que ahora parecía inclinarse hacia la superficie de la nada, como a punto de ser aspirado a su vez. A la derecha también la alcaldía estaba cortada por la mitad; pero no se veía el interior del edificio; la nada empapaba el plano cortado a ras de la fachada suprimiendo la perspectiva y la segunda dimensión. No lejos de la bola en fusión del sol que comenzaba a deslizarse hacia el oeste, el cielo se interrumpía tras una delgada franja desteñida para fundirse en la palpitante superficie.

El hombre seguía inmóvil y sus ojos registraban el imposible trastorno sin que el acontecimiento comunicara a su cuerpo el menor impulso, el menor rechazo; y sus pensamientos estaban igual de entumecidos, como una ola también fija y afectada por la heladora nada.

Unas voces resonaban en alguna parte, pero él no las oía.
Y aunque las hubiera oído tampoco las hubiera comprendido.

¿Qué ha pasado?, formulaba una primera voz.

Un defecto de sincronización entre la neoforma y el entorno-3. Se ha roto un sobretensor. Ya está reemplazado. ¿Realineamos a la neoforma, Primero? (formulaba una segunda voz).

Realineen con borradora por retroversión temporal. Es preciso que la neoforma no recuerde este incidente...

Retroversión... 9-56-13...

9... 56... 13... Retroversión efectuada.

¡Contacto!

Contacto...

Su pierna derecha siguió el movimiento empezado y su pie derecho se posó en el suelo comunicando al busto una ligera inclinación. Iba silbando con *Misterio*, a dos metros por delante de él, y dirigiéndose hacia la manzana del café-restaurante. Silbaba aún cuando pasó por detrás de la alcaldía para hacer una inspección más completa del hotel. El sol había sido aspirado por el techo de pizarra volviendo a dar a la calle una tonalidad gris azulada de suave sombra. Las dos puertas del hotel (una principal de cristal esmerilado y otra de servicio en madera pintada de azul que daba a la otra fachada del edificio) estaban cerradas. No pudo abrirlas y no insistió. Aún tenía que dar la vuelta al camino para meterse bien en la cabeza la simple fisonomía del pueblo.

En su casa —*en casa*— empezaba a sentirse a gusto. Su casa era la habitación con el techo abierto en el segundo piso (*tendré que arreglar eso...*), era la cocina completamente blanca y el cuarto de baño también completamente blanco. El resto... puertas que rehusaban abrirse, la habitación de los viejos, la habitación del crío, eran otra cosa, otro territorio, y no formaban parte de su casa.

Pero la cocina —sobre todo la cocina— era un lugar amable, y familiar, que rechazaba a los fantasmas con toda la evidencia de su tranquilidad de baldosas y cortinas, de mesa y refrigerador, de fogón y alacena, cuchillos y platos, migas de pan y cortezas de queso. Limpió cuidadosamente la mesa y fue a tirar los pequeños desperdicios (migas de pan, sí, y cortezas de queso) en el cubo que había bajo el fregadero. Había cenado pronto, antes de las siete. Una lata de guisantes calentados al fuego, jamón, pan, peras y queso. Se lo había procurado todo en la tienda de ultramarinos, justo al lado de su casa. Era una tiendecita cuadrada que, a primera vista, hubiera podido parecer *casi* en desorden, *casi* polvorienta en los rincones formados por las cajas. Pero no era así. Una observación más atenta le había

permitido constatar que también allí se había hecho limpieza antes del gran éxodo de la muerte. En todo caso las hileras de conservas sobre los estantes y las banastas llenas de frutas y verduras lo habían tranquilizado respecto a su alimentación durante las semanas o meses próximos. Había cerezas, fresas, manzanas, peras, uvas y ciruelas. Había lechugas, puerros, zanahorias, patatas, nabos, acelgas, tomates y espinacas. Verde, verde, rojo, blanco, marrón, verde, verde. Todas las estaciones estaban confundidas y mezcladas en el puesto, primavera, verano, otoño, gratinados, guisados, fritos, ñam, ñam. Además estaba el huerto de al lado de la granja, si por ventura se estropeaban los géneros; pero no lo creía. Tenía suerte, potra. Desde luego la lata de guisantes, con etiqueta blanca y verde (¿como el dentífrico?), sólo llevaba la mención **GUISANTES**, sin marca, sin composición, sin nada. Pero, ¡bah!, era lo acostumbrado y además ya estaba en la basura. Ni visto ni oído, ¡salud!

Había dado a *Misterio* un queso entero y un salchichón cocido. *Misterio* comió con buen apetito. Ahora estaba acostado junto a la mesa con las patas anteriores extendidas ante él, la cabeza tiesa y una actitud de esfinge. *Misterio* tenía un apetito que alegraba el corazón y el ruido de sus mandíbulas en acción contribuía a echar fuera los maleficios del mundo. *Misterio* ahuyenta al misterio. Un buen eslogan para los solitarios después del fin del mundo. *Cuando tenga ocasión lo colocaré...*

Con el estómago satisfecho el hombre extendió ante sí las hojas escritas durante la pausa del mediodía y que había encontrado dignas de ser provisionalmente conservadas. El conjunto de todos los informes borradores le reconstituiría claramente la topografía del pueblo. Dibujó durante largo rato a la luz que se debilitaba con el fin de la jornada. Aún abandonó muchos esbozos que acabaron en el suelo hechos una bola. Pero a pesar de todo, consiguió dar a luz un plano del pueblo que lo dejó satisfecho. Lo contempló durante largo rato, contento de sí y de su talento como delineante, hasta que la cocina estuvo completamente inmersa en las sombras. Entonces encendió una vela y, a su luz vacilante, escribió con caracteres redondos, aplicados e infantiles, el nombre de las calles y la designación de las tiendas. El plano ya estaba casi acabado. Chupó la insípida extremidad del lápiz sin mina y añadió los cuatro puntos cardinales. Finalmente escribió como título *Plano del pueblo* y lo rodeó de un cerco tan temblón como el de las casas.

¡Ya estaba! El plano estaba acabado. *No está mal, amigo. No está mal del todo...* Dejó el plano sobre la mesa, se levantó y fue al pasillo. Aún quería tomar un poco de aire antes de acostarse. «¿Vienes, *Misterio*?». *Misterio* lo siguió hasta el pasillo oscuro y allí torcieron a la izquierda para abrir la puertecita que daba al patinillo, al que sólo había echado una mirada la antevíspera.

La noche había caído por completo, pero la oscuridad no era total a pesar de la ausencia de estrellas. ¿Quizá la luna? Pero no vio a la luna en la porción de ahumado cielo que se ofrecía a sus miradas.

Contra el muro de la casa había un cobertizo de plástico verde que protegía una pila de troncos redondos, todos del mismo diámetro y aserrados a la misma longitud.

Fue a tocar con el índice la suavidad de la madera fresca. *Por lo menos podré encender fuego sin problema...* El fondo del patio estaba cerrado por una tapia que tenía unos dos metros de alto. Tuvo ganas de mirar por encima, volvió a la cocina a buscar una silla, la colocó contra la pared y trepó. Su cabeza sobresalía justa. Enfrente, al otro lado, estaba la laguna que relucía débilmente en la transparente oscuridad. Y después de la laguna, el cinturón de bruma exhibía sus obscenos michelines en la pradera. La bruma estaba siempre allí, siempre vagamente luminosa, siempre increíblemente amenazadora. Tendió la oreja a los ruidos de la noche, pero se habían reducido al mínimo: gritos estridentes de golondrinas invisibles, algún chirriar de langostas o de grillos y eso era todo. No había ranas croando junto al agua tibia, no había ladridos de perros en una granja vecina, no había mugidos de vacas en el establo, ni el ronquido de un coche llegando por la carretera. Todos esos ruidos familiares (*¿familiares? ¿qué puede hacerte pensar eso, muchacho?*), habían desaparecido en el indiscernible pasado, habían quedado al otro lado, detrás de la bruma.

Bajó de la silla sintiendo que algo volvía a él o intentaba hacerlo —mal humor, pánico, desesperación—, en todo caso algo que no quería dejar que apareciera esa noche. Lanzó una última ojeada al cielo oscuro, volvió a entrar y subió a su cuarto. Los pasos afelpados de *Misterio* resonaban tras él en la escalera; cerró la puerta a sus espaldas, buscó a tientas las cerillas y miró agrandarse la llama anaranjada de la vela. Se desnudó y se deslizó entre las frescas sábanas. *Misterio* se había acostado al pie de la cama y ni siquiera oía su respiración. Sopló la vela y se hundió en la contemplación de la grieta del techo con su trasfondo de cielo, que era a la vez negro y vagamente luminoso. Quizá muy arriba, en la atmósfera, había una especie de barrera de polvo, o de nubes, o de condensación, o de cualquier otra cosa que dejaba pasar la luz intensa del sol, pero tapaba la débil claridad de las estrellas. Quizá, quizá. Se le cerraban los ojos y se preguntó si esta noche llovería o si tendría otra pesadilla como la de la víspera, cuyas vaporosas cenizas todavía atravesaban su espíritu a veces, sin pararse y solidificarse realmente. Se durmió con estos interrogantes, de golpe, como si alguien o algo en alguna parte hubiese dado la vuelta a un conmutador para apagar el hilo eléctrico de su consciencia.

Los días siguientes exploró más a fondo las tiendas e intentó, casi siempre en vano, entrar en las casas y en los pisos, se buscó un reloj de pulsera, hizo una lista de las provisiones a reunir en su casa, acumuló detalles e impresiones fugitivas, se atrevió a registrar los escaparates del ESTANCO-PERIÓDICOS, lo que casi le provocó una segunda pesadilla, comprobó una impresión que concretaba un misterio más y tuvo la sorpresa de ver cómo se despertaba una parte de su cuerpo que hasta entonces había estado desprovista de verdadera existencia: su sexo.

Fijó el plano sobre la pared de la cocina sujetándolo con cuatro clavos cogidos del bazar que plantó en el yeso blando de un muro; y cada vez que una tienda estaba explorada «bien a fondo» la rayaba de rojo con uno de los extraños lápices que encontró en la librería. La primera vez creyó que sólo había negros, pero al volver a la tienda se dio cuenta de que en realidad también los había azules, verdes y rojos. Había cogido uno de cada color; aquellos lápices lo maravillaban y fascinaban. Debían ser de un modelo reciente que no había tenido ocasión de conocer *antes*. Cuando golpeaba en una hoja con el otro extremo del lápiz se había dado cuenta, por casualidad, que por este extremo era posible borrar perfectamente lo que había escrito o dibujado con el lado puntiagudo que no se desgastaba; y sin embargo no había diferencia visible entre ambos extremos. Verdaderamente era un instrumento cómodo, quizá un producto japonés...

Japonés... Como siempre, el término vino sin que tuviera que hacer un esfuerzo consciente de la memoria. Naturalmente, en seguida se esforzó en volver a reunir las informaciones que pudiesen vagar por su cerebro vacío acerca del país llamado Japón. Encontró la vaga imagen de una gran isla en forma de coma situada al otro extremo de la Tierra y la impresión sintética de una multitud de hombrecitos amarillos y gesticulantes, ocupados en producir sin descanso bienes de consumo. Pero eso no le bastaba; un poco más tarde, el segundo día de exploración detallada, volvió a la librería para buscar un atlas o una geografía.

Varias filas de libros estaban alineados en la pared del fondo de la librería presentando al explorador sus lomos de cartón rojos, verdes, azules, grises y de todos los colores. Ya había visto los libros dos días antes, pero no se había acercado a ellos. Lo hizo esta vez. Pero cuando intentó sacar un libro de lomo verde sus dedos no consiguieron asir el rectángulo de cartón. El libro no salía. Tiró, pero el libro seguía sin salir; estaba como incrustado, bloqueado entre los demás libros.

Lo intentó con varios otros, pero sus esfuerzos resultaron inútiles: la hilera completa formaba un bloque y no se movía, como si todas las obras estuvieran soldadas entre sí o pegadas a la pared del fondo. Recordó su experiencia en la alcaldía. ¿Es qué le había pasado algo al papel? Una acción química que...

Sacudió la cabeza e iba a salir de la tienda cuando vio lo que había venido a buscar en la mesa de la izquierda, donde estaban los lápices y bolígrafos: una gran

obra de cubiertas amarillas y verdes que llevaba el título: ATLAS. Lo cogió, lo alzó y lo abrió. Se abrió. Lo miró y vio que había numerosos mapas de las diversas partes del mundo. Las páginas no estaban pegadas y la tinta no se había corrido. Sonrió. De pronto tuvo gana de rehacer sus conocimientos sobre el vasto mundo. Volvió a cerrar el atlas y se lo puso bajo el brazo. Fue en ese momento cuando descubrió que había más lápices raros, de varios colores, y cuando los cogió.

Silbó a *Misterio* que, como de costumbre, lo esperaba en medio de la calle y fue a instalarse en la terraza del café. En la plaza del General Desconocido.

Se sentó a la mesa de costumbre, una de la segunda fila, que, a mitad de la jornada, quedaba justamente en el límite de la zona soleada y la zona umbrosa del toldo azul y blanco. Todavía había migas de su comida anterior sobre la mesa. Abrió el atlas y lo hojeó atentamente página tras página. Y a medida que lo hojeaba fruncía las cejas y endurecía la mandíbula. Había algo que no iba bien en el atlas. Era difícil de precisar, sobre todo al principio. Pero... ¿no era fantástico el dibujo de los continentes? A veces le parecía que una isla no estaba en su sitio, que una lengua de tierra se había alargado o encogido y que el trazado de una costa estaba al revés.

Sólo impresiones. Pero... Francia, por ejemplo. Conocía Francia. Bueno... creía conocerla, creía acordarse; sólo tenía que cerrar los ojos, *así*, surgían las imágenes, los recuerdos de la escuela que quizá volvían de una vez: la frente de Normandía, el ojo de París, la gran nariz bulbosa de Bretaña, el estuario del Garona, que era como una boca caída sobre el mentón de la frontera con España.

Bueno, allí, sobre ese mapa, la nariz bretona era chata y parecía haber sido tronchada. Por el lado de la Costa Azul la tierra se había deslizado en el Mediterráneo formando un pico que avanzaba hacia África. Pero ¿era quizá él quien lo recordaba todo al revés?

Además todo estaba también exageradamente simplificado en el atlas. El contorno del país dibujado estaba dibujado con un trazo a la vez simple y vago que no cuidaba todas las hendiduras, todas las pequeñas grietas que hubiera debido presentar una zona costera mordida por las olas durante millones de años. El Japón tenía, *verdaderamente*, aspecto de coma; lo había buscado lo primero de todo y fue grande su decepción porque lo encontró bajo la apariencia de una oscura cagada de perro nadando en el océano azul. Sólo había una ciudad indicada, Tokio. Y con los demás países pasaba lo mismo. Casi no había nombres, sólo estaban las capitales —y no siempre— más una o dos grandes ciudades. Francia estaba mejor servida porque contaba con una veintena de nombres.

Quizá era un atlas para niños, voluntariamente reducido a lo estrictamente necesario y con dibujos estilizados. Quizá era eso, sí. No había texto explicativo, sino sólo una página blanca con el título antes de los mapas. El libro no le había enseñado nada, después de todo. *¿Pero es qué verdaderamente pensabas enterarte de algo?* Volvió a cerrar el atlas y miró la hora en el campanario. Las dos menos unos minutos. Esperó a que dieran las dos y luego se levantó dejando el libro sobre la mesa. Lo

recuperaría más tarde o nunca.

Misterio se levantó al mismo tiempo que él. Fueron hacia la droguería y casi aplasta con el pie una hormiga que se paseaba por la acera.

Esa misma mañana había acabado por encontrar algunos relojes en el bazar. Puesto que el pueblo no tenía relojería, el bazar era el sitio más lógico para encontrarlos. Los había, en efecto; una decena de relojes de pulsera colocados sobre el tramo más alto del mueble de los juguetes. En su primera visita no había registrado con bastante atención para encontrarlos. Eran relojes completamente corrientes, grandes relojes para hombre, redondos y con una pulsera en imitación de cuero. Cogió uno, le dio cuerda y se lo llevó a la oreja. No oyó el esperado tic-tac; lo sacudió, pero el reloj no quería andar.

Los probó todos. La ruedecilla giraba y se bloqueaba al cabo de una docena de idas y venidas, pero los relojes no se ponían en marcha a pesar de todo. Quiso estar seguro, cogió un martillo y rompió la caja. Dentro, en vez del minucioso y frágil conjunto de engranajes de cobre que esperaba encontrar, sólo había unas cuantas piezas informes de metal soldado. Volvió a poner el resto del reloj sobre el estante de arriba. Debían ser relojes falsos que representaban diversos modelos para ser encargados al comerciante; sin duda una manera como cualquier otra de evitar robos.

Bueno. Prescindiría del reloj.

Eso era todo.

Una tarde, rodeado por cinco velas que huían, rojas, hacia el techo, hizo una lista cuyo borrador tuvo en seguida numerosas correcciones en rojo.

Cabía en tres hojas, lo copió en azul y lo clavó en la pared, cerca del plano del pueblo.

Comprendía cuatro partes. La más larga estaba destinada a COMER Y BEBER.

Estaba redactada así:

Panadería:

15 panes.

30 tartaletas.

10 paquetes de biscotes.

Pastelería:

60 pasteles.

5 paquetes de chocolates finos.

2 kilos de hojaldres.

500 gramos de pasta de almendras.

Ultramarinos:

20 kilos de patatas.

5 kilos de zanahorias.
2 kilos de nabos.
2 kilos de espinacas.
5 repollos.
10 lechugas grandes.
10 latas de guisantes.
5 latas de tomate.
5 latas de fabada.
5 kilos de plátanos.
5 kilos de manzanas.
5 kilos de peras.
5 kilos de ciruelas.
2 kilos de fresas.
2 kilos de cerezas.
1 caja de sal.
10 kilos de azúcar.
1 tarro de mostaza.
1 tarro de pimienta.
10 kilos de arroz.
5 kilos de pastas.
5 paquetes de espaguetis.
2 litros de aceite.
1 botella de vinagre.
5 terrinas de mantequilla.
3 botes de Nescafé.
10 litros de leche.

Carnicería:

Media ternera.
10 kilos de buey.
5 kilos de cerdo.
5 pollos.

Charcutería:

1 jamón cocido.
1 jamón crudo.
5 salchichones.
1 paté campesino.
1 cazuela de terrina.
1 ristra de salchichas para cocer.

Las otras tres secciones de la lista estaban reservadas a COCINA-LIMPIEZA-

ASEO, a UTENSILIOS, a ROPA-MERCERÍA. El inventario de las riquezas a almacenar lo había hecho con más cuidado aún, tras revisar los bienes contenidos en la casa. Si bien la cuenta era más o menos satisfactoria en cuanto a utensilios de cocina (aunque había decidido añadir una SARTÉN GRANDE, una CACEROLA y un MOLDE PARA PASTEL), y los productos para el baño sólo necesitaban ser multiplicados por dos, en la casa no había prácticamente nada para la limpieza aparte de una escoba (nueva) encontrada en una alacena del pasillo. Por lo tanto, pensó en diversos productos que le proporcionaría la droguería. Respecto a las herramientas había desechado, tras maduras reflexiones, todo lo relacionado con la jardinería; más adelante vería si se decidía a plantar algo en el patinillo; de momento sólo necesitaba CLAVOS, TENAZAS, SIERRA, HACHA y algunos otros instrumentos que le servirían antes que nada para taponar el agujero del techo. Finalmente previó algunas ropas más calientes para el caso de que el tiempo cambiara: CAMISAS GRUESAS, JERSEY, CHAQUETA DE LANA y CALCETINES, sin contar las CAMISETAS y SLIPS para mudarse, BOTAS DE GOMA y un impermeable que sabía que había en la droguería. Además algo de LANA, HILO y AGUJAS para remendar. Sentía no haber visto zapatos sólidos por ninguna parte, pero por el momento cambió los incómodos mocasines por simples alpargatas de lona.

Era una buena lista. No faltaba nada.

Claro que si alguien le hubiera preguntado por qué tenía tanto interés en reunir en su casa una serie de provisiones y objetos que, de todas maneras, tenía al alcance de la mano y a menos de doscientos metros de su casa, le hubiera costado mucho trabajo dar una respuesta satisfactoria.

Sólo que... ¿quién hubiera podido hacerle tal pregunta?

El pueblo era un vago rectángulo mordido, en su cara nordeste, por la curva del río o del gran arroyo. Era un conjunto muy ordenado de catorce casas o manzanas de casas recortado por nueve calles o callejuelas. Era una estructura que obedecía a un plan rigurosamente geométrico y trazado por una inteligencia amiga del orden.

El pueblo era como era. Limpio y neto, rígido y sólidamente plantado, desprovisto de callejones sin salida, de perspectivas falsas, de trampas, de puertas traseras y callejones. Demasiado geométrico, demasiado ordenado y, sin duda, demasiado perfecto. Pero...

El pueblo era como era y eso era todo.

O más bien no, eso no era todo. Pues el pueblo era también el ruido de la campana pasando a través de las paredes y franqueando los techos y los setos para venir a recordarle a uno la hora que era con su estrépito de bronce. Era el temblor dulce del riachuelo entre las orillas de hierba fresca y la tibieza sin peso del agua cristalina que se deslizaba soñadora de uno a otro muro de bruma. Era la sonora herida de los pájaros sin nombre que hacían cortes en el cielo a última hora de la

tarde. Eran las repentinas carreras de *Misterio* que, en mitad de los cuadros de césped de la placita, se empeñaba en perseguir a las grises palomas que huían siempre antes de que sus juguetones colmillos pudieran cerrarse sobre la carne emplumada. Era la emoción que lo embargaba cuando descubría un rincón, un sitio, un detalle que aún no conocía (los pequeños cajones llenos de lanas de colores en la mercería, la puerta de la única granja en el lado oeste que se abrió milagrosamente sobre una cocina, un pasillo y una sala de baño, parecidas a las habitaciones de su casa), la satisfacción que lo llenaba cuando sus ojos caían sobre una forma, una luz o una zona de sombra que despertaban en él un sentimiento estético cualquiera (el sol dando a un canalón la densidad del estaño, la azul opacidad de una calle estrecha y silenciosa como un acuario, la mancha incongruente que hacía un buzón de correos magníficamente amarillo sobre un muro completamente blanco...).

Era, en fin, esta paz, este silencio, esta soledad, una soledad y un silencio que eran dulces porque la paz era dulce.

Desde luego no podía jamás ahuyentar del todo la impresión, maligna y persistente, de que detrás del silencio había ecos ahogados, que detrás de la paz había, callada, una violencia contenida y que detrás de su soledad se amontonaba una multitud divertida que lo miraba.

La impresión de estar vigilado y manipulado.

Seis o siete días después de su despertar al mundo desierto aún se volvía a veces bruscamente para acechar si, a su espalda, no había una sombra surgida de la bruma plantando en su dorso las banderillas glaciales de su mirada oscura; aún levantaba los ojos de repente hacia las ventanas ciegas o tapadas por postigos verdes, como si hubiera esperado ver un observador irónico inclinado hacia él y apoyado en el alféizar. Una vez *Misterio* lanzó tres furibundos ladridos precipitándose hacia el ángulo de un edificio de la orilla. Era en el lado norte del pueblo. El perro desapareció de su vista y, mientras avanzaba a largos pasos para alcanzarlo, sintió que su corazón se embalaba una vez más dentro del pecho. ¿Y si tras aquel ángulo...? Pero detrás del ángulo no había nada, nada más que la corta perspectiva de los campos cortada en seco, doscientos metros más allá, por la trepadora muralla de la bruma que *Misterio*, parado, miraba fijamente con sus ojos moteados.

Nunca pudo descubrir el menor movimiento, la menor sombra furtiva, nunca se imprimió en su retina la persistencia de una huida o de un desvanecimiento del decorado. Pero... Estaban las impresiones que nunca podía ahuyentar del todo.

Y también lo que llamaba la «generación espontánea».

La generación espontánea era el hecho de que los objetos que un día cogía o cambiaba de lugar volvían a estar en el mismo sitio al día siguiente. Su primera experiencia de este tipo le sucedió con el pan. Un día, al coger una barra en la panadería del compartimiento inferior del mostrador del pan, contó maquinalmente

las que quedaban. Le fue fácil porque había pocas: diez exactamente. Al día siguiente, cuando volvió a buscar pan, había once barras en el mostrador. Había contado tan maquinalmente como la primera vez; entonces volvió a contar y volvió a contar otra vez. Había once barras, seguro. El panadero fantasma ¿había venido por la noche, o al amanecer para añadir una barra de la nueva hornada? Pasó al otro lado del mostrador e intentó empujar la puerta del fondo. Pero desde luego, y como en las otras tiendas, no se abrió. Golpeó absurdamente. ¡Llama pues, muchacho, llama!... Apretó la barra con la mano y la corteza sonó bajo sus dedos, dura, crujiente y fresca. Suspiró. Indudablemente se había equivocado. Habría habido doce panes el día anterior y eso era todo.

Pero a continuación cogió el pan a toda prisa, sin detener la vista en los mostradores, alternándola entre el compartimiento de arriba y el de abajo.

No obstante, la misma desventura le ocurrió en la charcutería. La segunda tarde, cuando se había servido por primera vez en el establecimiento, tomó dos salchichones y una terrina en el armario frigorífico parado. A continuación había hecho otras incursiones a la charcutería, pero sin ocuparse del contenido de la vitrina. Cuando se dispuso a coger algo otra vez, cinco o seis días más tarde, de nuevo había una terrina sobre la placa metálica del mueble.

Una terrina: un recipiente cuadrado de barro vidriado, con una mezcla de carne de cerdo dentro, de consistencia más bien blanda que también se llamaba terrina. Estaba seguro —*estaba seguro*— de que la vez anterior sólo había una terrina. Y se la había llevado. Y la había comido, se había zampado esa porquería de terrina y un poco más tarde, provisto de productos para fregar vajilla, había, incluso, lavado el plato y lo había colocado en la alacena de la cocina.

Golpeó bien fuerte, con el puño y con los pies, contra la puerta del fondo que no se abrió. Llamó e insultó. ¡*Un hacha! ¡Un hacha, por Dios, para romper esta puerta de mierda!* ¡Crac! Y la madera que se astilla, se hiende y vuela en pedazos, y ¡Plan! la puerta se abre a las habitaciones del charcutero. Un hombre gordo y calvo, de mediana edad, con bigotito y mirada huidiza. Un hombre gordo y calvo inclinado sobre una hilera de bandejas cuadradas en barro vidriado y que las llena, una tras otra, con una infecta mezcla de carne de cerdo medio podrida. Abre la boca para decir algo pero lo interrumpo. ¡Vamos! ¿esperas a que yo duerma para ir a poner tus guarradas en la vitrina? ¡No tienes que tener miedo de mí, muchacho! ¡Dame la mano! Vamos a presentarnos. Yo soy... Yo soy...

Salió del establecimiento casi llorando o casi riendo. En todo caso con una reacción nerviosa que aún lo agitaba un poco. Pero había pasado la crisis. Se acabó. *Misterio* lo esperaba al borde de la acera, cogió una salchicha y se la lanzó. Después de todo quizá había dos terrinas. «¿Eh, mi buen perro amigo? No hay que preocuparse por tan poco ¿no? Una terrina, dos terrinas... Jesucristo, en otros tiempos, multiplicaba los panes y los peces. Entonces quizá hay hoy otro hijo de Dios instalado en cualquier parte de las nubes que multiplica las terrinas...»

Bromeó un poco y *Misterio* contestó con un breve ladrido. El cielo era intensamente azul entre los tejados, como siempre. Y como siempre, mientras andaba por el pueblo vacío, vacío, vacío, y el ruido de sus pies calzados de esparto se apagaba sobre el asfalto negro, negro, negro, los pensamientos turbios se borraron de su mente, ahuyentados por el tranquilizador ángel de la guarda encaramado en su cráneo.

Quizá otros objetos más...

Pero lo olvidaba al mismo tiempo (o algo así).

Tardó mucho en decidirse a entrar en el ESTANCO-PERIÓDICOS. Sin embargo, la tienda estaba situada en un lugar estratégico, justo en la esquina de la calle de la República con la plaza del General Desconocido. Pasaba todos los días por delante, es decir, por lo menos diez o quince veces al día. Pero nunca había querido —se había atrevido— a intentar entrar. Sus desgracias con los libros, las etiquetas y todo lo que *era escrito*, lo detenían al umbral de la puerta que, a veces, rozaba al pasar pero sin pararse y sólo alguna vez lanzaba una mirada huidiza al contenido de los escaparates.

La sección «estanco» daba a la calle de la República. En los estantes había todo lo necesario para fumar: paquetes de tabaco y de cigarrillos, cajas de madera con cigarros, pipas, ceniceros de fantasía y algunos instrumentos más. Nunca le habían interesado. Nunca le habían entrado ganas de fumar y se dijo: *Yo no fumaba, antes*.

La sección «periódicos» daba a la plaza, así como la puerta de entrada del establecimiento. El escaparate estaba lleno de publicaciones en blanco y negro y en colores que nunca se había atrevido a mirar cara a cara. Cuando lanzaba una mirada de reojo al escaparate, al pasar, una ojeada de pájaro, nunca distinguía ningún título ni una sola palabra claramente escrita. Pero era porque no ponía atención o porque...

Por fin un día se decidió. Era el séptimo día. El séptimo día Dios descansó. El séptimo día no tenía realmente nada que descubrir en el pueblo. Tras un paseo en redondo alrededor del cuadrilátero de las casas volvió a la plaza. *Misterio* holgazaneaba a su alrededor. Era cerca de mediodía. El césped de la plaza era verde violento bajo el sol vertical.

Se puso a dar vueltas alrededor de la tienda como si se tratara de un adversario a quien hubiera querido sorprender con la guardia baja antes del ataque. El estanco tenía la fachada de madera pintada con el mismo rojo sangre de toro que la librería y otros varios establecimientos. El letrero, repetido en las dos fachadas de la tienda, estaba caligrafiado en letras amarillas un poco historiadas; también estaba escrito sobre los cristales, con los mismos caracteres pero más pequeños, PERIÓDICOS en el lado de la plaza, ESTANCO en el lado de la calle. Como los demás comercios, era una tienda corriente, sin misterio, que parecía esperar en silencio a una clientela fiel pero restringida.

Creee... Creee... hacían los pájaros muy lejos por encima de su cabeza. Y de pronto, embistió, atacó. Un ruidoso timbre tintineó en sus oídos cuando abrió la puerta y notó una forma flexible que se deslizaba a lo largo de su pierna mientras avanzaba algunos pasos por la penumbra del local; *Misterio*, que generalmente no entraba nunca en las tiendas que exploraba, lo había acompañado por una vez. Aspiró profundamente y miró a su alrededor. Inmediatamente se sintió inmerso en una avalancha de publicaciones de todas clases que llenaban los estantes en la pared, a su izquierda, puestos en hilera sobre los mostradores metálicos colocados a espaldas del escaparate y que sobresalían de otros estantes colocados a lo largo del mostrador. *Misterio* olfateaba el amontonado papel multicolor, agitaba la cola contra los flancos y un ligero gemido (¿de alegría?, ¿de perplejidad?, ¿de inquietud?) se escapaba de sus mandíbulas entreabiertas.

El hombre no se atrevía a acercarse a aquellos tesoros. ¿Era la emoción? ¿Era el esfuerzo de adaptación que hacían sus ojos para pasar del resplandor solar de fuera a la gris penumbra del lugar? Le picaban los párpados y no conseguía detectar un título claramente legible, una imagen coherente que compusiera una escena reconocible en la superficie del papel. ¿O es que aún no estaba...?

Salió por fin de su inmovilidad rompiendo, dentro de su cabeza, esta ganga de fascinación que lo mantenía quieto. Fue al mostrador, agarró un periódico y lo desplegó con los brazos extendidos. La masa compacta de los renglones bailaba ante sus ojos, irreconocible y a contraluz. Se dio media vuelta y alzó el papel hacia el foco luminoso del escaparate. Guiñó los párpados y volvió las páginas del periódico cuyas delgadas hojas crujían entre sus dedos. Lo invadía una gran desesperación. Las páginas sólo contenían un revoltijo de líneas corridas, hilachas pastosas que desbordaban de uno a otro párrafo y un desorden insensato de empedrados dispuestos al azar sobre un papel que se había bebido la tinta de imprenta para volverla a escupir en jeroglíficos y salivazos.

Volvió a cerrar el periódico. Por lo menos el título era claramente visible. FRANCE-SOIR. Buscó la fecha pero no la había. ¡*Desde luego!* Hizo un movimiento nervioso con las manos para estrujar el periódico pero lo retuvo en el último momento. En mitad de una apretada red de líneas temblorosas acababa de reparar en una fracción de frases legibles. *300 cajas fuertes han sido fracturadas y limpiamente vaciadas de.* Se inclinó con los ojos a algunos centímetros de la hoja y leyó otra vez atentamente. Sí, no se había dejado llevar por la imaginación; el fragmento de frase estaba allí: *300 cajas fuertes han sido fracturadas y limpiamente vaciadas de.*

Recorrió otra vez toda la superficie de esta primera página, pero no había nada más que fuera legible. Intentó completar la frase interrumpida. *De...* su contenido, sin duda. Era una frase escapada (¿por qué capricho de la química que había atacado a la escritura?) de la noticia de un robo con fractura, probablemente. Dejó que imágenes salidas de la nada flotaran descuidadamente por su cerebro. Hombres enmascarados, marchas silenciosas por sótanos oscuros, manipulaciones de sistemas electrónicos,

sopletes en acción... ¡Qué fácilmente acudía todo en cuanto había una solicitud exterior, un pequeño golpecito en el botón secreto de su mente!

Volvió a abrir el periódico, atento esta vez a no dejar escapar nada. Lo recorrió de nuevo página tras página, pero ahora mucho más lentamente, siguiendo con la vista cada bloque vacilante, cada línea desbordada y cada título trazado a arañazos. De este modo recogió más informaciones fragmentarias que sobrenadaban de forma incongruente en el océano de niebla. Aquí, *la tasa de inflación de este mes ha aumentado. Allá, tiroteo que ha tenido lugar entre las fuerzas del orden y los huelguistas. Y más allá, UN FIRME PROGRAMA ECONÓMICO, ENERGÉTICO Y DE MOVILIZACIÓN DE LOS. Más abajo, su cuerpo espantosamente mutilado estaba inmerso en un charco de sangre. Y en una esquina, a la izquierda, podría tratarse de un fenómeno de mutación agresiva. Y más arriba, a la derecha, La delegación del XV de Francia ha escuchado al Presidente de la República. Y en la última página, breve e inquietante, ¿ES LA GUERRA?*

Se acodó en el mostrador con el periódico en la mano. Detrás de las frases truncadas y los *flashes* interrumpidos, se amontonaba todo el mundo, un mundo, bañándose en una bruma opaca que sólo era desgarrada en algunos sitios por claros demasiado fugaces para que él pudiera hacerse una idea del panorama en conjunto. Sólo poseía algunas piezas dispares de un *puzzle* tan vasto, que la misma pretensión de querer reconstruirlo era irrisoria. Sin embargo...

Dejó el FRANCE-SOIR en el suelo y sacó otro periódico de su sitio. Luego otro, otro, otro y decenas de otros más hasta que todos los impresos estuvieron en el suelo, a sus pies. Recorría las páginas en diagonal hasta que una palabra, un titular o una frase captaba su atención. Entonces seleccionaba la página y clasificaba los periódicos abiertos o plegados, según su género o el tipo de información que había encontrado. Trabajó toda la tarde sentado en el suelo y rodeado de periódicos. Había olvidado comer y beber y sólo salió un momento a toda prisa, hacia las cuatro de la tarde, para hacer pis al borde de la acera. *Misterio* se fue, volvió, se marchó otra vez y volvió con las fauces enrojecidas y relamiéndose; sin duda había ido a la carnicería a buscarse él mismo la pitanza.

La suma de trabajo realizado era al mismo tiempo enorme e irrisorio; el resultado aterrador y triste al mismo tiempo.

Había buscado una fecha sin descanso. No encontró nada positivo: o bien faltaba por las buenas (o estaba borrada), o bien sólo emergía de los borrones un solo día, un mes o una cifra —septiembre, martes, junio, 16, domingo, 23, enero...—, y esta dispersión anárquica era aún más decepcionante en razón al mutismo completo de las páginas. En cuanto al año, éste tenía invariablemente mutiladas las dos últimas cifras. 19..., era todo lo que había podido encontrar en medio del barrizal de tinta mojada. (Como antes, en la librería, había buscado algún calendario que estuviera más completo que el de la cocina; pero no encontró ninguno.)

A bulto, los periódicos eran de dos clases: los diarios (o ciertos semanarios) de

gran formato cubiertos de texto borroso y con pocas ilustraciones; y las revistas y magazines, más pequeños, con menos texto pero con numerosas páginas en color. Los títulos reconocibles eran, entre los de gran formato, *France-Soir*, *Le Figaro*, *La Tribune* y *Le Canard Enchaîné*; y entre las revistas, *Paris-Match*, *Elle*, *Historia*, *Science et vie*, *Lui* y *L'Automobile*. Probablemente había muchos periódicos más (lo demostraban la presentación y el formato), pero los títulos estaban invariablemente emborronados.

En los primeros momentos dejó de lado las revistas para concentrarse en los periódicos con texto. En estos encontró muchas veces fragmentos de frases claras (generalmente pertenecientes a titulares o subtítulos de artículos) que surgían abruptamente del pantano tipográfico desbordado. En conjunto, los fragmentos de frase o de título confirmaban lo que había encontrado en el primer periódico visto. Había informaciones deportivas y reportajes de sucesos del género: *Se tira por la ventana y cae desde el piso veintisiete sobre*, pero la gran mayoría de los textos se referían a trastornos sociales, a conflictos armados que quizá eran guerras verdaderas, a catástrofes o a accidentes causados por las industrias o los productos peligrosos.

Contó once veces el término *derribado*; *represión*, nueve veces; *ejército*, nueve veces; *policía*, dieciséis veces; *violentos incidentes*, ocho veces; *irradiación* (aunque no estaba muy seguro del significado de esta palabra), siete veces. ¿Y cuántas veces *ataque sorpresa*, *zona contaminada*, *cuchillo*, *polución*, *suicidio*, *experiencia nuclear*, *ultimátum*, *arresto*, *perímetro condenado*, *virus*, *toque de queda*, *despedazado*, *prohibido*, *inanición*, *incendio*, *inhumano*, *incalculable*, *incoherente*, *no consumible*, *insoluble*, *indescriptible*, *inicuo*...?

Un conjunto de palabras feas, de palabras que hervían bajo la ceniza de frases truncadas, una letanía de términos desoladores acompasados por bocas que hedían. Si el lector hubiera poseído algunas nociones de estructuralismo hubiera podido clasificar las palabras en series y deducir, a base de su frecuencia y las relaciones semánticas que había entre ellas, una sumaria tabla de los acontecimientos a que se referían. Pero tal sistema de lectura no estaba a su alcance; la infra-historia que se sobreentendía de las palabras esparcidas sobrepasaba los límites de su clarividencia —y sin embargo no necesitaba clarividencia para estar asustado, para encontrarse desamparado—. Bajo las palabras se cobijaba un pútrido pantano que esparcía relentes de muerte, de violencia, de caos y de destrucción. Bajo las palabras, en alguna parte del revoltijo de frases, él tenía cita con su propio destino.

Las escasas fotos descifrables de las revistas en color concordaban con lo que pudo leer. Primero había apartado este tipo de publicaciones porque una ojeada rápida le había hecho creer que sólo encontraría en ellas superficies tornasoladas, recortes abstractos de color y arco iris saltando de paisajes llenos de manchas. Las revistas eran todavía menos legibles que los periódicos de texto (además, algunas no eran más que bloques de páginas pegadas entre sí), pero con paciencia consiguió, no obstante, encontrar, aquí y allá, algunas ilustraciones fotográficas que habían escapado al

desastre.

Aquí, un campesino de cara demacrada, de pie sobre un terreno agrietado de sequedad. Aquí, un marcial desfile militar con cañones arrastrados, carros y portamisiles. Aquí, una porción de calle en llamas, con muchos cadáveres en primer plano. Aquí, hombres desnudos apoyados de lado contra un muro y custodiados por sombríos uniformes. Aquí, las olas cuajadas de un mar embarrado que echaban fuera las irrisorias siluetas de pájaros aprisionados en ellas. Aquí...

¿Para qué seguir? Era siempre la misma letanía, el mismo espectáculo. Muerte, violencia, caos y destrucción. En algún sitio del pasado, en algún sitio de su memoria taponada estaba la clave de los insensatos acontecimientos. Pero ¿dónde estaba la puerta? ¿Al otro lado de la barrera de bruma, en cualquier otra parte, en un más allá inaccesible? Quizá... Quizá allí, sí, se extendía la planicie de ceniza con grandes cráteres abiertos, quizá gemía allí el océano de lodo, quizá se amontonaban allí, bajo un cielo de carbón, los restos de ciudades aplastadas.

Así como había un nexo entre las frases y las fotos, debía haber otro entre estas migajas de información, estas imágenes turbias y el trastornado universo que se agolpaba en las fronteras de su cerebro sin acceder jamás a él. Ciudades pisoteadas, desfiles militares, llanuras de ceniza, hombres desnudos y uniformes sombríos, todo acababa por mezclarse, por embarullarse, y ya no sabía qué secuencias fugitivas pertenecían a las dispersas fotos y cuáles nacían espontáneamente de su espíritu.

Terminó su recopilación con una especie de fiebre, cuyas manifestaciones eran un doloroso calambre en la boca del estómago, una ligera jaqueca y un esporádico temblor de las manos. Pero quizá esos síntomas eran puramente imaginarios, porque cuando salió finalmente del establecimiento a la suntuosa luminosidad de la tarde, desaparecieron en seguida. Respiró ávidamente el aire tibio y sin perfume, como para liberar sus pulmones de los miasmas exhalados por el papel impreso. «¡Nunca sabré nada..., nunca comprenderé nada!», gruñó dirigiéndose a *Misterio*, que le respondió con un movimiento de las orejas y un comprensivo ladrido.

Sacudió la cabeza como respuesta. «Vamos, perro... volvemos a casa.»

El pastor se levantó y fue delante de él por la calle de la República.

Aflojó el paso y se paró ante EL CHIC DE PARÍS. En el escaparate principal estaban el vestido amarillo, el sastre azul pálido y el conjunto de baño rojo vivo luchando victoriosamente contra el glauco aumento de las sombras. Se inclinó hacia el vidrio y su nariz, delgada y prominente, tropezó un poco en él. EL CHIC DE PARÍS era el único establecimiento del pueblo que aún no había honrado con su visita; pero si bien una desconfianza instintiva (y más tarde justificada) lo había tenido mucho tiempo lejos de la tienda de periódicos, no pasaba lo mismo con el comercio de ropas femeninas que, hasta ese momento, no había tenido el menor interés para él. Pero esta tarde... bueno, esta tarde era distinto.

En las fotos correctamente reproducidas que encontró en las revistas no sólo había escenas de violencia y catástrofe. También se deslizaban en ellas paisajes

anodinos de ciudades o pueblos, retratos de gente que no evocaron nada en él, reproducciones de coches o máquinas... y algunas fotos de mujeres. Mujeres desnudas. Las había descubierto en el único ejemplar de una revista cuyo título, caligrafiado con nitidez, parecía designar a un lector clandestino: LUI. En la cubierta había una mujer morena y vulgar, con mucho busto, arqueando el cuerpo, tendiendo hacia delante los senos enormes y flojos. La hojeó rápidamente —un poco demasiado rápidamente— y, sin embargo, las imágenes que le habían saltado a los ojos se habían quedado agazapadas en un rincón de su cerebro por muchos esfuerzos que hizo después para desalojarlas.

Entre las páginas recubiertas por una pasta de colores corridos sólo había otras tres fotos claras: una rubia de redondas nalgas acostada sobre el vientre y una pelirroja de senos desnudos sentada y con las piernas abiertas sobre una silla al revés, mostrando en primer plano el sexo de vello rizado y lustroso, cuyos labios separaba delicadamente con la mano de uñas lacadas de rojo.

Esta última imagen, particularmente, se había fijado de manera tenaz en sus pensamientos, y lo peor era que le complacía el dejarse invadir por tal imagen. Y allí, ante el escaparate con vestidos abandonados, se puso a intentar hacer coincidir desnudeces de papel con trajes de verdadero tejido para construir *in mente* una mujer vestida —pero una mujer que poseyera carne bajo la ropa, carne tibia y tierna, carne, senos, nalgas y sexo.

La primera vez que pasó por EL CHIC DE PARÍS le pasó por la cabeza la idea de encontrarse solo en un mundo sin hombres ni mujeres. Durante algunos instantes intentó recordar su relación con las mujeres, con el sexo. Pero sin demasiado éxito. Y después lo había olvidado o por lo menos ese tipo de preocupaciones había pasado a un segundo plano. Ahora volvían. Las imágenes provocativas u obscenas habían tenido el poder de remover lo que hacía falta y donde hacía falta. Llanuras de ceniza, sí, pero también una compañera a quien tomar del hombro para atravesarlas; ciudades aplastadas, sí, pero también un pecho tibio y dulce donde cobijar la cabeza para dormirse; torturas y cataclismos, ciertamente, pero también jugosas cavidades húmedas donde uno se hundía y se vaciaba...

Miró ávidamente el dos piezas rojo, tenso sobre un grosero molde de hilos metálicos, el sastre gris abultado sobre un pecho de cartón, la minifalda oscura colgada sobre piernas ausentes y luego el jersey de rayas blancas y rosa, peludo (¿cómo se decía?, ¿mohair?), doblado en la parte de arriba del escaparate junto a pequeñas camisetas de todos los colores (¿*T-shirt*?) y a cajitas de cartón que contenían medias y *slips*, amontonadas en pilas vacilantes. Una extraña emoción se apoderó de él dejándole las piernas pesadas y la cabeza porosa. Entró en la tienda.

El suelo crujió bajo sus pasos; fue hacia la pared de la derecha que estaba provista de estantes en los que se apilaban faldas, jerseys, chaquetas de lana y túnicas y sacó algunas ropas que se desplegaron mientras él palpaba el tejido, revoloteando a su alrededor como estandartes coloreados en el aire oscurecido. Hizo deslizar por un

perchero vestidos ligeros adornados con cintas y encajes y se quedó contemplando a un maniquí de plástico color carne que estaba combado en un rincón del local ofreciendo a las miradas su laqueada desnudez. El visitante acarició el hombro duro y redondo, su mano bajó hasta el busto y con la palma aprisionó durante un momento un seno puntiagudo, sin aureola, pero provisto de un pezón que poseía la misma consistencia que una canica de vidrio incrustada en la piel inerte. Rozó el vientre ligeramente abombado, pero cerró los dedos antes de que alcanzaran el triángulo netamente marcado del pubis liso y cerrado que terminaba el tronco entre las bisagras inseguras de las nalgas.

En el mostrador, que corría a todo lo largo de la pared de la izquierda, recogió una de esas cajitas de cartón rizado que sólo llevaba la palabra *Slip* destacándose en rojo sobre una silueta de mujer estilizada y vestida con el objeto en cuestión. Abrió la caja desgarrando el cartón con las prisas y estiró entre los dedos la fina peladura translúcida y vagamente verde de aquella prenda interior. La peladura se hacía opaca entre lo alto del pubis y la entrepierna al estar reforzada con una pieza de algodón blanco. Envolvió las bragas en su puño cerrado, se las llevó a la nariz y olfateó. Tenía fuego en las mejillas y una serie de picoteos agradables, nacidos en la pelvis, le subían columna vertebral arriba. Así se vio en el espejo rectangular que estaba situado detrás del mostrador, como una silueta amarilla de hombros un poco encorvados, blandiendo ante su cara una mano envuelta en lo que, a dos metros de distancia, sólo parecía un viejo pañuelo sin color. La erección le hinchaba la tela del pantalón y formaba una joroba ridícula y sin gracia a la izquierda de la bragueta.

Dejó caer otra vez el *slip* y abandonó la tienda a grandes zancadas, andando con la cabeza baja como si hubiera querido evitar miradas irónicas. Dio un portazo tras él y sobresaltó a *Misterio*, que se levantó de un salto de la acera, gruñendo. La noche casi había llegado ya y fue derecho a su casa, comió maquinal y copiosamente y subió a su cuarto. La vela que sostenía con el brazo extendido proyectaba su sombra vacilante sobre las paredes mientras daba vueltas durante un momento por el exiguo alojamiento, saltando a veces por encima de los trozos del techo caído que aún no se había tomado el tiempo de sacar de allí. Por encima de él, a través de la desgarradura del techo, el oscuro cielo le enviaba, agrupados, los gritos agresivos de los pájaros.

Llanura de ceniza, sexo abierto.

Se acostó con los ojos vueltos hacia el cielo y la mano derecha jugando cautamente con su pene hinchado.

Se durmió y soñó.

La llanura no era de ceniza, sino de barro seco, resquebrajado, que transformaba el suelo en un gigantesco *puzzle* de piezas mal ajustadas. ¿Qué calor había convertido a la tierra en tal mosaico de laterita? No lo sabía. Hacía un calor infernal, que seguramente venía del infierno, el cual no está forzosamente situado bajo el suelo

porque puede encontrarse en cualquier parte.

Huía.

El cielo era de grisalla y el plomo y el estaño estaban mezclados en una *maelström* de nubes enredadas que cabalgaban de este a oeste. Huía con una mochila a la espalda y una maleta en la mano. *¡Date prisa! ¡Date prisa!...* le gritaba periódicamente a la mujer que huía con él un poco más atrás de manera que, como no se tomaba el trabajo de volverse, no le veía nunca la cara. Pero tampoco veía nunca aquello de lo que huían juntos, el infierno, el horno, el llamear crepitante cuyo calor notaba en la nuca, en los brazos, en las piernas y que lanzaba ante él una sombra agitada y al bies sobre el suelo enrojecido.

¡Date prisa! ¡Date prisa!

Jadeaba al correr, las correas de la mochila le ponían los hombros en carne viva y constantemente tenía que pasarse la maleta de una a otra mano para aliviar durante un breve instante la tensa cuerda de sus brazos.

LOS PORTADORES DE LOS NÚMEROS 23250 AL 27999 ABANDONAN LA EXPLANADA DE EVACUACIÓN POR EL ITINERARIO DE LA FLECHA AZUL. REPITO: LOS PORTADORES...

Los anuncios amplificadas por los altavoces aún sonaban en sus oídos. En sus oídos... o en la trampa para ecos que era su mente confusa y que lo mezclaba todo, presente y pasado, ilusiones y fantasmas, pesadillas de sueños y laberintos de lo real. *¡Date prisa! ¡Date prisa!...* Una sombra se deslizó a su derecha entre las grietas del suelo enrojecido, se mezcló un momento con la suya y fue rápidamente distanciada.

Corría, corría y corría. Pero la mochila era cada vez más pesada en su espalda y la maleta cada vez más grande en su brazo. Se desembarazó de ella con un gesto convulso de la muñeca. La maleta se abrió y entre las grietas se esparció el patético contenido: un cuchillo, algunos platos, una cacerola, dos camisetas, calcetines, un par de tenazas, un neceser de costura, algunos pobres utensilios más, *¡bling!*, *¡crang!*, *¡plas!*, en la tierra endurecida por el fuego.

Ante él, las colinas, llenas de vaho, ondulaban. ¿Humo? ¿Enrarecimiento de la atmósfera recalentada? ¿Lágrimas de sudor que corrían por sus ojos? ¿Trastornos oculares causados por un principio de asfixia o una arritmia cardíaca? Las colinas se ondulaban, bailaban sobre su base y los flacos árboles sin hojas que salpicaban la superficie obesa se retorcían como gusanos intentando despegarse de la ganga. *¡Date prisa!* LOS PORTADORES DE LOS NÚMEROS 23250 AL 27999 ABANDONAN LA EXPLANADA DE EVACUACIÓN POR... *¡Pero si ya lo sé! ¡Mierda, ya lo sé!* Ya he abandonado la explanada de evacuación. Hace horas que la he abandonado, hace horas, hace días que corro, que salto, que... que... LOS PORTADORES... *¡Date prisa!* Tenía cada vez más calor, el cuerpo le chorreaba, tenía los sucios cabellos pegados a la frente y las colinas bailaban, bailaban y sus piernas golpeaban, golpeaban el suelo de ardiente laterita; se puso a llover ceniza, o lluvia caliente, o barro, o algo que se pegaba a la piel, que quemaba, que hacía daño. *¡Date prisa!*

Otros fugitivos corrían a su alrededor, a derecha, a izquierda, delante, siluetas sobresaltadas corriendo por el camafeo anaranjado de la llanura. ¡Las colinas! Había que llegar a las colinas antes de que... antes de que... La mochila ya era como una montaña de piedra o de acero sobre sus espaldas, dejó que las correas se deslizaran de sus hombros y la mochila cayó al suelo, reventó como un odre y esparció su ridículo contenido: un salchichón, un cartón de leche, naranjas, plátanos, tres latas de conserva, una de las cuales era de fabada, un pollo asado y envuelto en celofán, ¡bling!, ¡crang!, ¡plas!, sobre la ardiente mica que centelleaba a los diez mil resplandores del lejano incendio. ¡Date prisa! La cuesta era dura en los primeros contrafuertes de las ondulantes colinas y él tropezaba, resoplaba, tosía y no conseguía controlar la respiración. Abría la boca por completo, como un pez fuera del agua y se le aplastaban en ella las gotas sucias y espesas de la lluvia de ceniza líquida. Abría la boca pero no le entraba más que un aire pesado por las partículas en suspensión, acidez, amargura, miasmas y venenos. Una voz aumentada por un megáfono gritaba: ¡Pónganse las máscaras! ¡Pónganse las máscaras! Se arrancó la suya de la cintura, se la aplicó a la cara y ató los cierres detrás de la nuca y bajo la barbilla. ¡Ponte la máscara!, masculló sin volverse. Respiró a fondo y le vino un interminable golpe de tos; bajo la máscara el aire era igual de seco, apestoso, pútrido y ahumado —pero quizá el veneno ya no pasaba—. Ya no podía más, estaba sin aliento, sin fuerzas y con los nervios destrozados, cuando una maldita piedra en ángulo agudo se alzó del suelo para azotarle las piernas y cayó hacia delante, la mujer que lo seguía rodó sobre él, rodaron ambos un poco y se encontraron grotescamente enlazados, máscara contra máscara, ojos de vidrio contra ojos de vidrio, hocico de caucho contra hocico de caucho. ¡Estamos listos! Gruñía ¡estamos listos! entre dos inspiraciones silbantes y al mismo tiempo hurgaba febrilmente en la blusa de la mujer y sacaba dos senos pesados y blandos cuyos pezones se pusieron duros bajo sus dedos, como bolas de vidrio incrustadas. Le alzó las faldas mientras ella le tiraba del pantalón hacia detrás de las nalgas, hocico de caucho, ojos de metal, máscara de carbón, él le arrancó el *slip* translúcido y vagamente verduoso, con un pequeño rectángulo de algodón blanco a la altura del sexo y se hundió en ella, se encarnizó en ella, máscara de acero, ojos de cristal, hocico de teflón e hicieron el amor sin amor, sexo abierto y llanura de ceniza.

La electrización de todo su cuerpo después de la eyaculación lo arrojó hacia atrás y luego volvió a caer con la cara en la ceniza. Quiso respirar, se asfixió en la ceniza, tosió y echó la cara a un lado. ¡Ya iba mejor! Respiró por fin y llenó sus pulmones de un aire que le pareció deliciosamente fresco y puro. Aún estrechaba en los brazos la blanda forma tumbada bajo él y sentía en el extremo vacío de su cuerpo la humedad del sexo abierto en que se había hundido. La lluvia de ceniza caliente en su espalda... Pero, no. No era una lluvia de ceniza caliente, sino algunas gotitas de lluvia fresca y corriente. Abrió los ojos y se incorporó sobre los codos dejando de abrazar la almohada en la que había hundido la cara.

Huida, incendio, máscara y llanura de ceniza. Pero ya retrocedía el sueño, se

disipaba, perdía color y se descomponía como una acuarela puesta bajo el grifo; pronto no hubo nada en su mente; sólo una sorda ansiedad nacida del impacto de las imágenes escondidas lo poseía todavía. Se sentó, hurgó bajo las sábanas y despegó de su vientre, entre el pulgar y el índice, el pantalón del pijama que estaba pegajoso de esperma. Por la hendidura del techo la lluvia tranquila de media noche caía del cielo sin estaño, golpeaba el suelo y la parte de arriba de la cama con sus mil patas mojadas. El hombre suspiró y una sonrisa iluminó su cara en la sombra. «Bueno, amigo mío, no te preocupes...», murmuró. Por un momento tuvo intención de bajar y lavarse, pero se había vuelto a tumbar y se durmió antes de llevar a cabo tal deseo.

En alguna parte cerca de él, o lejos de él, a su lado o encima de él, en alguna parte de la nada, las voces de la sombra reanudaron su incomprensible diálogo.

—*Esta vez era más neto. ¿Se puede considerar ese sueño como una información válida para el historiador?*

—*Desde luego, Primero. Por otra parte las imágenes surgidas del inconsciente siempre tienen una base real, incluso cuando sufren la inevitable deformación subjetiva. El historiador sabrá clasificar en las estéreo-grabaciones las reproducciones fantásticas y las pseudo-memorizaciones.*

—*Ya lo sé. Pero...*

—*Perdóneme que lo interrumpa, Primero, pero la neoforma 2 ha llegado al punto óptimo de estabilidad. Está acorde con el entorno y sólo espera la activación.*

—*Muy bien, Tercero. Creo que entramos en la fase decisiva de la operación Acna-3... ¿Dónde vamos a integrar a la neoforma 2?*

—*En una habitación del hotel de la alcaldía. Su primer contacto con el entorno simulatrónico será parecido al de la primera neoforma. Menos lo que ha sido evacuado de la programación primaria, evidentemente: los cuerpos, los esqueletos...*

—*¿Dónde tendrá lugar el contacto?*

—*En la terraza del café-restaurant a la diez de la mañana; es el lugar y la hora que presentan las condiciones psicológicas más favorables...*

—*Diez de la mañana, terraza del café-restaurant... ¡Entonces hay que activar inmediatamente!*

—*Como quiera, Primero. Conceptor... ¿preparado?*

—*¡Preparado!*

—*¡Contacto!...*

—*Integración binaria... ¿preparada?*

—*¡Preparada!*

—*¡Contacto!*

—*Bien. Trivisión en plano medio sobre la neoforma 2... Ya está... Gracias.*

Las voces se callaron y quizá ni siquiera habían hablado nunca.

Pero a las diez, en la terraza del café-restaurant, el último hombre encontró a la

última mujer.

Aquel día (era el octavo día), el último hombre encontró a la última mujer en la terraza del café-restaurant de la plaza a las diez de la mañana.

La mujer estaba sentada a una mesa y él la vio en seguida, nada más volver la esquina del estanco-periódicos. Marcó el paso —apenas— y continuó su camino como si no pasara nada aunque su corazón, ese maldito corazón, ese odre inflado que era el barómetro de sus emociones y sus miedos, comenzó a golpear contra su pecho. Al cabo de una veintena de pasos se dio cuenta de que estaba silbando. Apretó los labios contrariado por esas manifestaciones intempestivas. *Bueno ¿y qué? Hay una mujer sentada en la terraza del bar; eso es todo. No te imaginas que eres el último hombre de la tierra con un pueblo entero para ti solo, ¿no?* Diez pasos más, veinte pasos. La acera de la entrada a la plaza se acercaba peligrosamente y después de la acera estaba la calzada y al otro lado de la calzada estaba la terraza del café con la mujer sentada. Sus piernas se movían más despacio, se dio cuenta y reafirmó el paso rabiosamente. *¿Es que ahora vas a tener miedo de una mujer?* Llegó al borde de la acera. El corazón le hacía *¡ploc!, ¡ploc!, ¡ploc!* bajo las costillas, un estrépito espantoso que seguramente se oía desde el otro lado de la calle. Tenía las piernas pegadas al suelo, no podía dar ni un solo paso más y dos hilos de helado sudor se deslizaban desde sus axilas a lo largo del torso. La mujer no estaba ni a diez metros. Estaba inmóvil, no hacía ningún gesto, no decía nada y se contentaba con mirarle a través de las gafas. *¿Vas a moverte, mierda? ¡Di! ¿Vas a moverte?*

Le costó lo suyo pero se movió. *Misterio* trotaba a su derecha, como siempre, sin parecer atacado por los tormentos interiores de su dueño, sin siquiera manifestar emoción alguna ante la irrupción de esta segunda presencia humana en su universo. Como si no la viera o como si no existiera.

El último hombre llegó a la acera del café y se paró junto a la mesa a la que la mujer estaba sentada. Temblaba o, por lo menos, tenía esa impresión. En realidad pudo articular un «¡Hola!» muy honorable y luego se quedó allí plantado ante ella con los brazos colgando a lo largo del cuerpo.

La mujer lo miraba. Un bolso de mano, rojizo, estaba colocado ante ella sobre la mesa, abierto. Movía las manos sin parar, arañando la superficie de la mesa, cruzándolas y descruzándolas; a veces se rascaba el dorso de una mano, a veces se frotaba la palma con la punta de los dedos. Por fin habló.

—¿Qué pasa aquí? ¿Están todos muertos o qué?

La brutalidad de la pregunta lo desconcertó. *¡Todos muertos!* Como si ella no lo supiera. O bien... ¿podía ser que, de verdad, no supiera nada? ¿Que, como él, estuviera sin memoria?

Se sostuvo en un pie, luego en otro. No sabía qué contestar. Y el movimiento de las manos sobre la mesa blanca lo fascinaba.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? —pronunció la mujer nerviosamente—. ¿Está

usted mudo o qué? Hace horas que estoy aquí, que... que busco a alguien y... ¿Dígame, usted vive en este... sitio, en este pueblo?

—¿Pero de dónde viene usted? —murmuró él.

—¡Oh! Escuche, no me venga con rodeos. No soy idiota. Sé muy bien que algo ha debido pasar. Entonces, por favor, hablemos con calma y explíquese. Y no se quede de pie, ¡me aturde! ¡Siéntese!...

Lentamente, él cogió una silla y se sentó frente a la mujer. Ella lo contemplaba con una expresión irritada; llevó las manos al bolso como para coger algo; luego cambió de idea, las echó hacia atrás y las cruzó; uno de sus pulgares se movía sin parar sobre la articulación el otro. A su vez él no sabía qué hacer con sus manos. Se le habían convertido en dos gruesos apéndices morenos y molestos encima de la blanca mesa y hubiera querido hacerlas desaparecer en un precipicio. Finalmente las bajó hasta sus muslos y consiguió decir algunas palabras inclinándose hacia delante.

—¿Sabe? Hay tanto que decir... No sé por dónde empezar. Es por eso por lo que... primero haría falta que yo supiera de dónde viene usted... lo que usted ha visto estos días...

Ella desenlazó las manos, se llevó una a la boca y se chupó las puntas de los dedos índices y corazón con los cuales se frotó luego enérgicamente la palma de la otra mano, como si le urgiera borrar una mancha repugnante que tuviera en ella. Él la observó mientras empezaba él relato. Hasta ese momento no había sido para él más que una mujer, *la mujer*, aparecida tan brutalmente y en tal contradicción con todas las certezas que se había forjado, que su aspecto había quedado desdibujado y en segundo plano. Ahora la detallaba sin discreción.

Era una mujer bastante alta sin duda, de constitución fuerte. Iba vestida con un jersey rojo oscuro, escotado por delante, una camisa negra de cuello ancho y un pantalón de pana negra. Calzaba sandalias con suela de madera. Su cara no era ni bonita ni fea; tenía una cara corriente, más bien redonda, con boca grande y nariz puntiaguda. Tenía la tez mate, llevaba gafas redondas y sus cabellos, peinados con flequillo y caídos en redondo sobre los hombros, eran oscuros con algunos hilos grises. Le pareció un poco mayor que él —diez años quizá—. Si él tenía entre treinta y cuarenta, ella podía estar entre los cuarenta y los cincuenta; era una mujer en la plenitud de la vida, pero bien conservada. Se preguntó qué imagen le ofrecía él: un tipo alto y flaco, de ojos descoloridos y cabellos pajizos, con aspecto forzado y torpe. Aunque en realidad tenía la impresión de que sólo era para ella un interlocutor provisional, un pasante casual al que ella había interpelado sin tener ninguna conciencia de la situación. El principio de sus explicaciones le confirmó esa impresión.

Ella se había despertado esa misma mañana en una habitación del hotel. No había sabido claramente lo que estaba haciendo allí, pero, no obstante, estaba casi segura de que se había parado la víspera, a última hora de la noche. Pero aquello estaba confuso en su mente. Debía estar de vacaciones, iba al Midi y había hecho un alto en aquel

pueblo tranquilo. Sí, debía ser eso.

En este momento del relato el hombre la interrumpió para hacerle concretar sus pensamientos —o sus recuerdos—. ¿Se acordaba ella, verdaderamente, de alguna cosa relacionada con el día que creía la víspera por la noche? Su parada en el pueblo, su entrada en el hotel. ¿Y la gente? ¿Se acordaba de haber encontrado gente, de haber hablado con ella?

Hizo con las manos un complicado juego de marionetas, frunció las cejas y en la frente se le dibujó una larga línea vertical muy profunda. De pronto tuvo aspecto de más vieja y de estar perdida. De todas maneras, al mirarla bien, se veía que el tiempo había comenzado a estropearla lentamente; tenía arrugas junto a los ojos, el cuello feamente ajado y cuando separaba la boca en una apariencia de sonrisa, se le marcaban dos surcos entre las aletas de la nariz y la boca.

—¿Sabe? Es difícil de decir... A veces me parece acordarme, pero al minuto siguiente, ¡*puf!*, nada. Pero ¡en fin!, he debido pararme, ¿no? Y aparcar mi coche en alguna parte, y pedir una habitación en conserjería y... ¡Ah! Por cierto, ¿a qué vienen todas estas preguntas? ¿Qué quiere usted hacerme decir? Que he perdido la cabeza, que estoy chiflada, ¿no es eso? Bueno, sí, si usted quiere saberlo, me parece que he perdido la memoria. Bueno... una parte de la memoria. Porque el resto...

—¿Sí? ¿El resto?... —dijo él dulcemente. Se había llevado una mano a la boca y se mordisqueaba la uña del índice.

—No, el resto tampoco; nada. Ya se lo he dicho. Hace horas que le doy vueltas a la cabeza y que doy vueltas alrededor de esta plaza. En el hotel no hay nadie. He llamado, he golpeado las paredes y nada. Y fuera de mi habitación todas las puertas están cerradas. ¡Con llave! Me pregunto... Bueno, no, amigo mío, estoy harta de preguntarme. Quizá he perdido la memoria, pero eso no lo explica todo ¡vaya! ¿Qué ha pasado en este poblacho del demonio? ¿Han evacuado a todo el mundo? ¿Se ha largado todo el mundo? Y, en primer lugar... ¿quién es usted?

Él sonrió con inseguridad. Era necesario pasar por ello. Contarle. Sería largo y difícil. La mujer no tenía aspecto de ser cómoda, se irritaba, era agresiva. Pero lo hacía, seguramente, para disimular su desorientación. Era preciso que se calmara y para ello debía evitar asustarla metiéndose en el tema demasiado abruptamente.

—Es verdad, no me he presentado —comenzó—. Pero ¿sabe usted? yo tampoco me acuerdo de nada. Soy... se podría decir que amnésico. ¡Como usted! Mire, estoy seguro de que ni siquiera sabe cuál es su nombre...

—¡Desde luego que lo sé! —lo interrumpió ella—. Me llamo Marie-Françoise. Marie-Françoise...

Dudó y tropezó en un apellido que no le salía, que intentaba atrapar pero que huía. Los ojos oscuros relucían de cólera detrás de las gafas. Agarró el bolso, le dio la vuelta y volcó el contenido sobre la mesa. Un escaso contenido: un peine, un espejo, un paquete de pañuelos de papel, un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas.

—Mire —dijo sin relación lógica aparente con lo anterior—. ¡Es como si me

hubieran vaciado el bolso mientras dormía! Y pasa lo mismo con mi maleta; apenas me han dejado algo de ropa interior y un vestido. ¡No acostumbro a irme de vacaciones sin nada! Pero hay que creer que también me han vaciado la cabeza, ¿no? No hay manera de acordarse de mi apellido. Mi nombre, sí... pero mi apellido... Porque ya he buscado, ¿sabe? Incluso he querido mirarlo en mis papeles. ¡Pero no tengo papeles ni nada! Mi cartera y mi dinero, ¡pof!, ¡han volado! ¿Qué dice usted de eso, señor sabelotodo?

Él se humedeció los labios. Los primeros contactos se anunciaban mal. Además estaba asombrado de que la mujer se acordara, por lo menos, de su nombre. Él...

—No sé nada, señora. No sé nada... Mire, yo ni siquiera soy capaz de decir cuál debía ser mi nombre. Y cuando me desperté en mi casa —bueno, me parece que debía ser mi casa o la de alguien que conocía— no tenía nada. Papeles, dinero... ni siquiera he pensado en eso. Ahora que usted lo dice, es verdad, yo... Quizá hubiera debido tener una cartera en el bolsillo, o... (Hizo un movimiento hacia el bolsillo trasero del pantalón, pero sabía que estaba vacío y, por lo tanto, volvió a poner la mano en el borde de la mesa.) No, ni siquiera he pensado en ello. Y el dinero... (resopló y sacudió la cabeza). Mire, ahora...

Un penoso silencio cayó entre los dos. El reloj de la iglesia dio una hora cualquiera, o una media, o un cuarto. *Misterio* estaba acostado cerca de la mesa con las patas hacia delante y su actitud habitual de esfinge y lo miraba con muchas cosas no comunicables dando vueltas en las motas oscuras, verdes y oro de sus ojos. La mujer sacó un cigarrillo del paquete, se lo puso entre los labios y encendió una cerilla. El extremo del cigarrillo crepitó, ella aspiró y, al cabo de algunos largos segundos, expulsó una triple columna de humo, primero por la nariz y luego por la boca. Cerró los ojos como para concentrarse o para retener el inefable placer que le producía el paso del humo del tabaco por la garganta y los bronquios.

Él la miraba fascinado. Ella hacía gestos. Alzaba los brazos y sus manos tenían vida propia, como nécoras capaces de dominar tres dimensiones. Los cabellos se agitaban en sus hombros cuando volvía la cabeza. Respiraba y la respiración le levantaba el pecho hinchándole los senos más bien informes y caídos sobre el busto (indudablemente tenía el pecho grande y no llevaba sostén), muy bajos dentro del jersey rojo oscuro. A veces raspaba el cemento de la acera con las suelas de madera de las sandalias. Se movía y llenaba el espacio de ruido y movimiento. Era una mujer, un ser humano, y él la veía vivir ante sí, colmando el vacío del mundo con la tranquila evidencia de su presencia. ¡Era tan enorme! Y era tan... normal. ¿Cuánto tiempo hacía que no había encontrado a alguien, que no había hablado con alguien? *Nunca* había encontrado a nadie, nunca. Al otro lado de la sombra se agitaba un pueblo indistinto de siluetas, naturalmente, pero ninguna cara conocida, ninguna cara amiga, ningún cuerpo de mujer que él pudiera conocer de memoria. Nada. Y ahora...

—Perdone —dijo la mujer—. He olvidado ofrecerle. ¿Quiere?

Le tendía el paquete. El humo flotaba a su alrededor, vagamente azulado en el

aire azul de la mañana. Comenzó por decir que no, pero luego cambió de idea y lo cogió para examinarlo. El paquete era azul, adornado con un dibujo lineal, un gallo con las alas desplegadas. A través del dibujo estaba escrita la palabra CIGARRILLOS en gruesas letras cuadradas. ¿Debería haber otra cosa? Una marca o... ¿Pero no era el tabaco una industria nacionalizada? No lo sabía. En todo caso el paquete tenía aspecto normal. ¿Podía ser que la mujer viniera de un sitio en el que el papel impreso no hubiera sufrido transformaciones?

—¿Me permite?

Cogió la caja de cerillas. Era una caja roja, como la que había encontrado en la cocina, con la única inscripción de CERILLAS. Hizo saltar la caja en la mano y la volvió a dejar en la mesa con los cigarrillos. La mujer lo observaba con las cejas fruncidas.

—¿No fuma usted? No está envenenado, ¿sabe?

—No fumo, no —dijo él con una risita—. Digamos que... *ahora* no tengo ganas de fumar. Antes, no lo sé.

—¿Antes de qué? Oiga, si se decide a explicarse me encantará. Porque si cree que voy a esperar mucho tiempo en este asqueroso pueblucho desierto... Sólo tengo un deseo y es el de largarme, ¡y lo más aprisa posible! Así que...

Él extendió las dos manos hacia delante. No podían seguir así, dando vueltas alrededor de lo esencial sin abordarlo. Entonces habló. Se lo contó todo. Bueno... casi todo. No le dijo nada acerca de la invasión de las ratas, ni de la presencia de los cadáveres convertidos en esqueletos, convertidos en polvo y desaparecidos después como si nunca hubieran estado allí. Era inútil asustarla con cosas que quizá sólo existían en su cabeza y que, de todas formas, no volverían a pasar, ¿no? Pero contó su despertar en la habitación con el techo roto, la horrible sensación de haber perdido la memoria y su progresiva exploración del pueblo abandonado. Le contó lo de la bruma, primero presente en el cielo como un hervor inmóvil, luego caída en círculo alrededor de la aldea y formando, desde entonces, un muro imposible de franquear. Contó la llegada de *Misterio* y los problemas sin lógica que había encontrado —objetos que reaparecían después de haberlos cogido él, el pan siempre tierno, la carne que no se pudría y, sobre todo, el estado de los libros y los periódicos—. Habló de sus suposiciones acerca de una posible catástrofe, quizá de una guerra y del empleo de un arma desconocida que sería la causa de todas las anomalías.

Acabó con el encuentro que acababa de tener: el seudo último hombre encontrando en la terraza del café a la última mujer (aunque corrigió con un rictus esta última información), y toda la confusión, y todas las dudas que surgían de su presencia.

La mujer lo escuchó sin interrumpirlo ni una sola vez. Ella, tan nerviosa y charlatana hasta ese momento, se había convertido en un bloque de tensa atención. Lo miraba fijamente con sus ojos oscuros e inteligentes que brillaban tras los cristales de las gafas y sólo sus manos se movían de vez en cuando trazando mensajes

indescifrables sobre la mesa. Él tardó mucho tiempo en acabar el relato. No hablaba deprisa, tropezaba en algunas palabras, no sabía cómo terminar ciertas frases y tenía que volver atrás con frecuencia para subrayar un detalle olvidado. No tenía costumbre de hablar en esta vida —probablemente tampoco en la otra—. Pero finalmente acabó las explicaciones. La mujer se fumó tres cigarrillos durante ese tiempo y, cuando apenas había terminado él, arrugó el paquete con rabia y revolvió inútilmente en su bolso buscando una ración de refuerzo aunque sabía que no iba a encontrarla.

—Hay mucho en el estanco, ahí al lado... —dijo el hombre con simpatía señalando con el pulgar por encima de su hombro—. ¿Quiere que...?

—Hay tiempo, hay tiempo... (Se quitó las gafas y las limpió cuidadosamente con un pañuelo de papel; su cara pareció otra vez más joven.) Entonces según usted... ¿ha habido una explosión? ¿Una bomba nuclear o algo así? La sola ventaja de esta hipótesis es que lo explica todo sin explicar nada, ¿no es así? ¡Pero estamos sumergidos en una plena fantasía, amigo mío! Una bomba nuclear habría arrasado el pueblo y ¡adiós Berta! No quedaría nada y nosotros tampoco... Dicho esto, no quiero parecer más lista que usted. Es seguro que ha pasado algo no muy católico. Pero el qué... También se puede suponer que ha habido un... un accidente en una fábrica de productos químicos no lejos de aquí y que han evacuado a la gente. La bruma de que usted habla puede tener una relación directa con eso... Algo tóxico que va de un lado para otro y luego se deposita, ¿no?

—Yo no pretendo nada, oiga. No he pensado obligatoriamente en una explosión o en una guerra. También puede ser lo que usted dice. Pero...

—¿Pero qué?

Había estado a punto de contradecirse y evocar los cadáveres que había encontrado al despertarse. Después de todo, quizá no debía ocultarle tal hecho. Esta mujer no era una mujercilla. ¡Bah! Ya lo vería más adelante...

—Pero eso no explica por qué usted y yo estamos todavía vivos y por qué hemos perdido la memoria. Sin contar el resto...

—¿El resto? ¿Por ejemplo, esa historia de letras que han desaparecido de los periódicos? Me gustaría verlo por mí misma... Yo encuentro completamente normal esta caja de cerillas. ¿Tenía que haber toda una novela escrita en ella? ¡Que se me lleve el diablo si me acuerdo de cómo están hechas las cajas de cerillas! En cuanto a la amnesia puede haber sido producida por un golpe. Por otra parte ¡no veo qué es lo que puede hacerle presumir que el mundo entero está muerto! ¿No ha intentado conseguir noticias de la radio o la tele?

—Bueno... No hay ningún aparato de radio o de televisión en mi casa. Y como ya le he dicho no he podido entrar prácticamente en ningún sitio. No hablo de las tiendas, evidentemente. Sin contar que no hay electricidad. Pero en cuanto a los muertos, yo... (*¡so gilipollas! ¡La has arreglado con tus tapujos...! ¡Oh!... ¡que se las arregle con sus hipótesis! ¡Allá ella si se machaca las meninges!*).

Se frotó la nariz entre el índice y el pulgar y terminó tartamudeando:

—Sólo hacía suposiciones... Quiero decir que, hasta hoy, estaba solo en el pueblo y me ha sido imposible salir. Este pueblo... tiene aspecto de ser completamente nuevo, ¿no? Parece que las gentes van a aparecer, tal cual (chascó los dedos), que van a salir de la iglesia o de su casa... Uno creería estar en domingo por la mañana. Sólo que... no estamos en un domingo por la mañana, señora, y la gente no va a salir de su casa. No hay nadie, las puertas están cerradas con llave y no se puede salir del pueblo. Esta situación es...

Se interrumpió unos segundos y continuó el discurso una vez que hubo ordenado la marcha vagabunda de sus pensamientos.

—Mire, usted se ha despertado esta mañana hace algunas horas. Según su idea, pensaba haber llegado aquí ayer. Pero hace ocho días que yo me desperté. Hace ocho días que estoy aquí recorriendo el pueblo a lo largo y a lo ancho... Cuando intenté entrar en el hotel la puerta estaba cerrada y parecía tan muerto como lo demás. ¿Quiere oír mi opinión? Usted no llegó aquí ayer por la tarde. Es imposible. Yo la hubiera visto. Usted está aquí desde... desde *antes*. Sólo que se ha despertado ocho días después que yo, eso es todo. ¿Por qué? No me lo pregunte. Mire, yo he acabado por no preguntarme nada más. Cansan mucho las preguntas sin respuesta...

—Cuanto más me cuenta, menos comprendo... Se diría que tiene usted el arte de aclarar las cosas ¡por lo menos! Bueno, estaba bromeando... hay motivo para estar nervioso, ¿no? (Le sonrió ampliamente y, de manera inesperada, alargó el brazo a través de la mesa y le estrechó el puño.) Pero de todas formas lo que usted dice es gracioso. ¿Estaba cerrada la puerta del hotel cuando usted intentó entrar? Yo he salido de manera completamente normal... Aunque fuera de mi habitación y de la puerta de entrada, todas las demás estaban completamente bloqueadas. (Alzó los hombros.) ¿Quién se divierte abriendo y cerrando puertas así, eh?

Esta vez rió francamente. Sus continuos saltos de humor no cesaban de sorprenderlo y lo ponían incómodo. Tuvo una visión rápida de las posibles molestias que le iban a acarrear la presencia de esta mujer y se dijo que, de todas formas, quizá hubiera sido preferible seguir viviendo solo.

—Oiga, ¿y si vamos a dar una vuelta por el hotel? —dijo para ahuyentar este tipo de fastidiosas reflexiones—. Me gustaría mucho ver...

Se calló porque en realidad no sabía lo que quería ver. Pero la mujer asintió con la cabeza, recogió el contenido del bolso y se lo puso al brazo sin cerrarlo. Se levantó. Él la imitó.

—Vamos, de acuerdo... Además espero que usted me acompañará a visitar su pueblo. Hay cosas que yo también quiero ver. Por ejemplo, la bruma. Y luego esos periódicos con la tinta corrida. Y todo lo que usted me quiera enseñar...

Ella delante y él detrás, pasaron por entre las mesas y atravesaron la corta callejuela que separaba el café de la manzana de casas en que se alzaba el Hotel de la Alcaldía. Él lanzó una mirada maquinal al reloj de la iglesia. Iban a dar las doce y media. ¡Qué pronto pasaba el tiempo hablando! Las suelas de madera de la mujer

resonaban secamente en el asfalto sembrando ecos entre las fachadas. *Misterio* fue a olfatear el bajo de su pantalón, ella le acarició la cabeza distraídamente y aquello bastó como presentación; luego la indiferencia, o la costumbre, se estableció entre ellos. Ella andaba delante de él. Era más pequeña de lo que creyó al verla sentada; de hecho apenas debía sobrepasar el metro sesenta y cinco y aún había que contar con las altas suelas que le hacían ganar algunos centímetros. Tenía anchas caderas y sus desbordantes nalgas, apretadas bajo la pana negra del pantalón, se movían agradablemente mientras avanzaba ante él a grandes pasos voluntariosos. Le vino a la mente su orgasmo nocturno, las mejillas se le pusieron rojas de pronto, se aclaró la garganta y alzó la mirada hasta un nivel decente. Por otra parte ya entraban en el hotel.

No había mucho que buscar. El *hall* de recepción, la escalera de madera que subía hasta el segundo y la habitación donde se había despertado la mujer, tapizada de papel rosa con florecitas, con una cama de colcha verde, un armario vacío y un pequeño cuarto de aseo con W. C. en un hueco de la pared. El sol recortaba un rectángulo incandescente sobre el parqué barnizado al entrar por los postigos que ella había abierto cuando se levantó. Salieron de la habitación vacía y él le preguntó si no iba a coger su maleta. Más tarde. En los casilleros numerados, detrás del mostrador del recepcionista, recuperaron varias llaves y las probaron en las puertas que correspondían a los números inscritos en los círculos de plástico que llevaban enganchados. Naturalmente las puertas no se abrían y las llaves ni siquiera giraban en las cerraduras.

—Más de una vez he tenido la intención de coger un hacha y derribar una de estas malditas puertas —dijo él.

—Lo haremos, créame —respondió ella.

En seguida salieron fuera. Ella quería ir a ver el banco de bruma. Pasaron por detrás del hotel y fueron hacia él a través del prado. Los saltamontes brincaban a su paso.

—Saltamontes, hormigas, pájaros... eso son todos los animales que he podido ver. Aparte del amigo *Misterio*, evidentemente.

Pero *Misterio* se había quedado en la esquina de las casas y miraba desde lejos a los dos exploradores que avanzaban hacia la bruma a pasos cada vez más cortos y vacilantes... y que, finalmente, se paraban.

—Ya ve usted que no le he contado ninguna patraña, —dijo él un poco después.

Ella tenía los labios apretados, la cara casi blanca y la expresión cerrada. Tras los brillantes cristales de las gafas, sus ojos aún nadaban en olas del miedo. Él quiso reconfortarla, pero no encontró las palabras que hacían falta y no se atrevió a ponerle una mano en el hombro.

—Da una impresión extraña... —murmuró ella al cabo de un momento—. Y luego: —¡Señor! Con gusto me fumaría un cigarrillo.

Volvieron a la plaza y entraron en el estanco-periódicos. Allí, ella hojeó

febrilmente algunas de las publicaciones esparcidas por el suelo. Él la miraba hacer espiando en su ancha cara la huella de sentimientos mezclados y de contradicciones que se reflejaban. Pero fue, sobre todo, la cólera lo que subsistió en ella, una cólera reconcentrada, nacida de la incomprensión y la frustración. Atravesó el establecimiento a paso de carga y se dirigió a los estantes de cigarrillos. Sacó cinco o seis paquetes azules, los metió en el bolso y volvió a sacar uno en seguida, desgarró una esquina y extrajo un pequeño cilindro blanco. La llama de la cerilla le puso resplandores móviles en las mejillas, pero la porción de carne comprendida entre labios y nariz se plegó desagradablemente cuando aspiró la primera bocanada.

El olor a tabaco flotó en la tienda dando un toque de perfume a aquel mundo sin olor. Pero a decir verdad, no era un aroma a tabaco quemado, sino simplemente un olor a quemado, ni agradable ni desagradable, un olor y nada más...

Salieron del estanco; él esperaba algún comentario acerca del estado de los periódicos, pero ella no lo hizo. Indudablemente rechazaba todo lo que estaba flagrante en contradicción con la lógica.

La mujer se puso a contemplar un coche abandonado que estaba adosado al bordillo de la acera. Pasó la mano por el capó y por el parabrisas; cuando la retiró notó que estaba tan limpia como si la hubiera pasado por espuma de jabón. Intentó abrir una portezuela que no se movió. Dio la vuelta al coche —un coche verde que sus ojos habían rozado docenas de veces sin verlo nunca verdaderamente—, pero no tuvo más éxito con las otras portezuelas.

—Me preguntaba... Estoy convencida de que llegué aquí en coche. ¡Incluso aunque no me acuerde de la marca ni del color! Si lo encuentro, quizá haya algo dentro... papeles... ¿No lo cree usted?

En el pueblo había algunos automóviles —quizá una docena en total— aparcados a lo largo de las aceras, principalmente en la calle de la República. Pero él los había realmente ignorado hasta ese momento al no ver qué uso podía hacer de ellos. Era posible que uno hubiera pertenecido a la mujer. Pero ¿qué cambiaría eso? Estaba convencido de que, de todas formas, habría que forzar las portezuelas para entrar, que ninguno querría arrancar o que no contendría nada significativo. Se lo dijo.

—Hum... Aunque tenga usted razón, eso no me impedirá intentarlo. Bueno... ¿continuamos la revisión de propietario?

Pasaron por delante de la tienda de comestibles. Él tuvo conciencia súbitamente de que tenía hambre.

—No... ¿no quiere comer nada?

Ella dudó y contestó que no, que no tenía hambre. Él se acordó de su primer día después de despertarse, en el que él tampoco había tomado nada. *¡De todas maneras eso no le impide fumar!* Recogió un lote de frutas de las banastas y mordió una gran manzana, amarilla y sin gusto, cuya carne insípida y porosa se le deshizo bajo la lengua. No sólo tenía hambre, sino también ganas de orinar. Se preguntó qué iba a hacer. Antes de que llegara esta mujer hacía pis contra una pared, tranquilamente, o

en un campo, o en una cuneta. Ahora tendría que cuidar sus modales.

Felizmente llegaron ante su casa y ella quiso Visitarla. De esta manera pudo eclipsarse un momento a los servicios.

—Es agradable —hizo notar ella cuando hubieron dado la vuelta por allí (aunque sin entrar en la habitación de los viejos ni en la del niño)—, pero debería arreglar el agujero del techo por lo menos.

—Ya lo he pensado... —gruñó él mientras masticaba un plátano.

Luego... le llegó el turno al final de la calle, al jardín y al arroyo en el que ella metió los pies; y luego las tiendas en las que no hacía más que entrar y salir y una vuelta por las calles y todo de todo.

Dieron las siete, las ocho, la noche se espesó rápidamente como de costumbre y en el borde del mundo estaba la bruma, tan sólida en apariencia como una gran tripa llena de manteca, reluciendo débilmente en la marea alta de la tarde. El tiempo pasaba deprisa, sí, pero a medida que pasaba lo ganaba una especie de nerviosismo. Ella le pidió que la acompañara al hotel porque estaba cansada y quería acostarse, reflexionar.

—¿Al hotel? —dijo él sorprendido.

—Sí, ¿qué pasa?... ¿Dónde quiere que vaya? ¿A su casa?

—Yo... No, no es eso lo que quería decir, sino... ¿No tendrá miedo estando sola? Se rió sin malevolencia y él se sintió miserablemente imbécil.

—No creo que haya mucho peligro, ¿no? Fuera de no despertarse más, naturalmente. Sepa que ya no soy lo que se dice una niña, ¿eh?...

—¡Como quiera! —masculló él—. De todas formas, si necesita alguna cosa, no estoy lejos. Incluso estoy seguro de que si gritara la oiría desde mi casa.

—¿Por qué iba a gritar? ¿Hay ratas?

Se sobresaltó.

—¿Por qué ratas?

Ella no se dignó responder y anduvieron tranquilamente a través de la plaza entre las cómplices moles de la iglesia y la alcaldía mientras las golondrinas piaban a grito pelado con sus bocas puntiagudas. No dijeron una palabra hasta la puerta del hotel.

—¿Está segura de no tener hambre? Y... ¡Oh, qué tonto soy! He olvidado darle velas... Si quiere que...

—Está bien así, ¡déjelo! Tengo cigarrillos y cerillas y no pediría más en una isla desierta. Bueno... hasta mañana, querido náufrago.

Le tendió la mano. No tuvo conciencia alguna de haber dado un paso o haber hecho un gesto demasiado brusco hacia ella, pero, de todas formas, ella retrocedió vivamente y vio cómo su cara se ponía rígida en la penumbra.

—¡Oiga, amigo! Quizá ya no soy una muchachita y quizá los dos estemos tirados aquí hasta el fin de nuestros días, pero ésa no es una razón para jugar a Romeo. Ya se me ha pasado la edad de ser Julieta, ¿no? Entonces escuche... Va usted a volver tranquilamente a su casa y a dejarme dormir en mi nidito. ¿De acuerdo?

Se sintió mortificado con esta salida. *Pero... ¿qué se imagina este vejestorio?* No pudo articular ninguna respuesta y además ella ya desaparecía en la oscuridad del corredor. Aún le llegó su voz, más amistosa:

—Estoy segura de que seré yo quien vaya a despertarlo mañana... Y usted me preparará un buen desayuno.

Luego sonaron sus suelas por la escalera y después nada. Él se fue gruñendo, con las manos en los bolsillos y tuvo que llamar a *Misterio* varias veces antes de que el perro, que tendía a hacerse más y más independiente, surgiese de la callejuela de la derecha y se metiera antes que él en la casa.

Un poco más tarde, en la cama, aún no había recobrado la habitual atonía de su humor. Estar solo planteaba problemas, desde luego. ¿Pero el estar a dos en un área tan pequeña no plantearía más aún? Sobre todo con *esta* mujer. Marie-Françoise. ¡Una auténtica princesa de cuento de hadas! Mirándolo bien, hubiera preferido una chica como las que había visto en las fotos de la revista pornográfica. Joven, guapa, con sonrisa de *star*, senos firmes y un culo bien redondo. Y evidentemente menos antipática. En lugar de eso había cosechado una dama de mal carácter, suspicaz, no demasiado joven, más bien fea y muy poco amable. Y que además fumaba como un carretero. En fin... tendría que acostumbrarse. *¡Pero que no cuente con que voy a ser amable!* Sí... Por cierto, ¿he estado amable? Hubiera debido... Mierda, he hecho lo que he podido. Yo soy como soy. Bueno, es verdad: yo tampoco soy demasiado joven, tampoco soy particularmente guapo y en cuanto a la simpatía es posible que los haya habido mejores en otro tiempo. Sólo que «el tiempo» se ha acabado y cada uno tendrá que hacer lo que pueda con lo que tiene y con lo que es. Oh... todo llegará. Es una mujer y yo soy un hombre. Los dos estamos fuera de combate, no sabemos qué pensar y no sabemos ni lo que decimos ni lo que hacemos. Es una mujer. Yo no la he llamado ni he ido a buscarla, pero el hecho es que está aquí. Habrá que apretar los codos a falta de apretar otra cosa. Es una mujer y yo no tengo derecho a juzgarla ni a mostrarme demasiado exigente sobre esto o sobre lo otro. Tampoco ella tiene elección. Su príncipe encantador soy yo. Habrá soñado con algo mejor, pero cuando se está inmerso en una pesadilla no se tiene mucho derecho a soñar. Bueno... mañana veremos. Voy a dormir.

Durante los días que siguieron, la vida a dos reemplazó a la vida en solitario.

Aunque no era una auténtica vida a dos. En general tomaban juntos las comidas (pues Marie-Françoise, como él había supuesto, tuvo un apetito normal desde el segundo día), aunque una vez, a mediodía, ella quiso hacer *picnic* sola en un campo y lo más cerca posible de la barrera de bruma para, dijo, «habituarse». Pero el proyecto no debió tener un resultado satisfactorio porque no habló una palabra a la vuelta de su tentativa.

La segunda mañana él la esperaba con cierta aprensión. Pero todo transcurrió más o menos bien e incluso él bromeó acerca del hecho de que, en definitiva, era él quien se había levantado primero. Le había preparado el desayuno con Nescafé, leche que no se cortaba, mantequilla que no se ponía rancia y pan que no se endurecía; y si no se tenía en cuenta la falta de sabor de los alimentos, a la cual él se había casi habituado, se podía considerar que fue un desayuno excelente.

A su vez, ella quiso, naturalmente, hacer una visita detallada a las tiendas y él la acompañó en sus recorridos que no les enseñaron nada nuevo, ni a uno ni a otro. Ella cogió algunos vestidos en EL CHIC DE PARÍS, pero él no la vio nunca vestida más que con el jersey burdeos y los pantalones de pana. Ella quiso también comprobar las pretendidas reparaciones de los productos de consumo y, una tarde, se llevó todas las tartaletas del escaparate de la panadería, menos tres. A la mañana siguiente seguían estando las tres tartaletas y ni una más. «¡Ya ve que su teoría no es cierta!», dijo muy orgullosa de su victoria. Él adoptó un aire cómicamente culpable; pero sabía muy bien que, dado el tiempo que hacía que él las comía, no hubiera debido quedar ni una desde mucho antes...

Pasaron largas horas junto a la laguna discutiendo interminablemente acerca de su nueva existencia y sus misterios.

La vivacidad de esta mujer de mediana edad lo asombraba siempre y a veces lo irritaba. Hablar está bien; hablar demasiado, cansa. Y ella siempre encontraba materia de reflexión, de hipótesis o de crítica. La primera tarde se levantó el pantalón hasta por encima de las rodillas y atravesó la laguna por completo. Él no la quiso seguir y ella lo llamó mal amigo. Según otra de sus ideas, también intentaron subir hasta lo alto del campanario de la iglesia para tratar de ver más allá de la cortina de bruma. Pero no pudieron subir ni desde el interior ni desde el exterior.

Hacían muchas cosas, hablaban mucho, pero el aburrimiento aparecía, insidioso. Porque, en realidad, toda la actividad y todas las palabras sólo estaban allí para disimular la profunda vacuidad de su existencia sin sentido. «Si por lo menos hubiera libros...», refunfuñaba con frecuencia Marie-Françoise. «¿Leía usted mucho?», contestaba su compañero. «¡Yo qué sé!», decía ella nerviosamente.

Como él mismo, ella no sabía nada de su pasada existencia y no había recordado nada a pesar de sus esfuerzos introspectivos. ¿Dónde vivía? ¿Estaba casada? ¿Qué

profesión ejercía?... Toda su vida se había ahogado en las profundidades del inmóvil cataclismo. «De todas formas me imagino difícilmente viviendo con un tipo», dijo una vez. Constantemente esmaltaba sus discursos con reflexiones que lo dejaban perplejo. *¡Qué mujer más rara!*, pensaba él entonces sin saber en realidad si se sentía divertido o extrañado por tal rareza.

Una mañana la encontró perpleja y agitada. Le confesó que durante la noche había tenido un sueño que le dejó una impresión de malestar pegada a la piel. ¿Un sueño? Sí, un sueño, y, sin duda, una pesadilla —pero no conseguía recordar la menor imagen de tal agresión nocturna—. ¿Él no soñaba nunca? Sí, desde luego, pero en todo caso nunca se acordaba de gran cosa.

En esta nueva vida los bebedores de sueños estaban al acecho, pero ellos no podían adivinarlo.

Vivían juntos de esta manera aunque sin vivir verdaderamente juntos, porque por la tarde él la dejaba en el umbral de su puerta. «Hasta mañana, Marie-Françoise...» Se estrechaban la mano y ella le dijo la segunda noche: «¡Es irritante no poder llamarlo por algún nombre! Se diría que hablo con una sombra... ¿Qué le parece si encontramos uno?» Ella escogió por él, naturalmente, y fue Philippe porque pretendía que le iba bien. A él le daba lo mismo, pero aceptó de buena gana.

Y a partir de ese momento fue «Philippe».

Lo que más molestaba a Philippe era el darse cuenta del creciente despego de *Misterio* que apenas lo acompañaba ya, como si se sintiera desplazado del corazón de su dueño por la presencia de Marie-Françoise y quisiera hacérselo notar. *Misterio* se iba solo a vagabundear por el pueblo y sus alrededores y llegó incluso a no subir a dormir a la habitación del techo roto. Las escasas veces que el perro se dignó concederle su compañía intentó prodigarle muchas caricias y escoger para él, en la carnicería, bocados que hubieran sido comida de ricos. Sin embargo, nada pudo parar el proceso y, a medida que pasaban los días, el perro pastor no fue para él más que una silueta que pasaba, el tercer habitante del recinto, aunque congeniando poco con los otros.

La madera de la puerta se agrietó y volaron las astillas.

—¡Venga! ¡Venga! ¡Ya está!

Ella lo animaba con la voz y el gesto; tomó impulso, volteó el hacha por encima de sus hombros y la dejó caer con un gran «¡Han!» de circunstancias.

El hierro mordió la puerta, silbó y rebotó en algo. La violencia del choque casi le arrancó el mango de los dedos, pero consiguió sostenerlo. Un panel entero se despegó y cayó al suelo.

No había nada detrás de la puerta. No estaba la masa hueca de una habitación de hotel, incluso vacía. Nada: una superficie blanca, no, blanca no, una superficie de nada, vagamente espejeante o vibrante; y dura, dura como el acero.

Quiso adelantar la mano para tocarla, pero le entró tal temblor que renunció. La misteriosa superficie parecía eléctrica y la inmóvil trepidación le enviaba a los dedos lancetas de un dolor hormigueante.

Renunciaron a derribar otra puerta.

Ella hablaba de irse cada vez más a menudo. ¿Cómo? Quizá lo conseguirían a bordo de un coche. Estaba convencida de que andaban a pesar de lo que él pensara. Así, pues, hicieron una expedición a los coches. Él desarticuló una portezuela con el hacha y ella se puso al volante, se removió un poco en el asiento, jurando, y volvió a salir con la frente plegada y los labios fruncidos. Había llave de contacto, pero rehusaba dar la vuelta. «¿Y el garaje?», preguntó ella tenaz. Su idea era que si se lanzaban a través de la cortina de bruma (no debía ser muy espesa) conseguirían pasar al otro lado. Un auto es un ingenio mecánico que no puede influenciar ninguna fuerza más o menos psicológica.

Así, pues, fueron al garaje, él escéptico, ella rumiando pensamientos que no le comunicó, chupando el cigarrillo y moviendo las nalgas. Al verla de espaldas se hubiera podido pensar que ni siquiera tenía treinta años y que era una muchacha de carita agradable. Se podía...

Dentro del garaje, que él había visitado en su primera salida y al que no había vuelto nunca, el coche seguía en equilibrio sobre el foso.

—Antes de buscar las herramientas se podría ver si éste anda, ¿no? ¿Por casualidad sabría usted hacer bajar esa máquina...?

Él se afanó un momento alrededor del armazón de metal aunque sin creer, ni por un instante, que se movería el punto móvil. Apretó un gran botón, hubo un *pschuit...* silbante y la plataforma con el coche bajó hasta el nivel del suelo. «¡Bravo, Philippe!», lanzó Marie-Françoise más excitada que nunca. Lo empujó para abrir la portezuela. La portezuela se abrió. Se instaló al volante e hizo girar la llave de contacto. El motor arrancó inmediatamente. Apretó el acelerador, rrrum, rrrum, y el motor gruñía bajo el capó, aumentaba y volvía a ser un murmullo civilizado en cuanto ella aflojaba la presión.

—¡Voy a intentar rodar unos metros! —le gritó por la abierta ventana de la portezuela. Estaba roja de excitación. Él seguía sin salir de su asombro; el que en un pueblo donde no funcionaba nada, un coche se pusiera a funcionar de pronto era... era...

El coche comenzó a rodar sobre el doble raíl del puente y bajó un poco cuando sobrepasó el extremo. Salió del garaje y él la siguió a grandes pasos. Marie-Françoise torció a la derecha para meterse en la calle, frenó y le hizo señas para que se acercara.

—Voy a dar la vuelta a la manzana y volveré por ahí. ¡Espéreme aquí, Philippe!

El ruido del motor aumentó, pero seguía siendo un ronroneo sereno y regular. El mecanismo estaba bien aceitado. «¡Verá usted cómo salimos de ésta!», le gritó ella

mientras aumentaba la velocidad. Él miró alejarse al vehículo, un gran coche rojo de líneas flexibles (¿no sería un Citroën? ¿Un DS o algo parecido?) cuyas matrículas carecían de número —como todos los demás vehículos del pueblo—. Marie-Françoise torció por la primera calle a la derecha, pero en el habitual silencio del mundo, el ruido del motor, como un insólito fondo sonoro, continuaba señalando el avance del coche. Él lo siguió con el oído hasta que, unos pocos segundos después de haberlo perdido de vista, reapareció a su izquierda.

—¡Va impecablemente! —dijo Marie-Françoise mientras bajaba del coche tras haber cerrado el contacto—. Cuando pienso que usted nunca pensó en intentar... En fin, ¡no crea que me paso el tiempo regañándole! ¿Quiere intentarlo...?

—No... más tarde, no sé. No estoy seguro de saber conducir. ¿Qué hacemos ahora?

—Oiga, Philippe, no sé cuál es su opinión al respecto, pero yo no tengo intención de enmohecarme aquí. Así que, tanto si viene conmigo como si no viene, tengo la intención de pasar a través de esa maldita bruma. Nos lanzamos a 60 ó 70 por hora... la carretera es completamente recta. ¿Qué nos va a pasar?

—¡Oh! Cualquier cosa... Nos podemos volver locos al atravesarla, o rebotar en ella, o... simplemente meternos en un árbol porque puede haber una curva justamente detrás. Además, ¿quién le dice a usted que no continúa durante kilómetros?

—Quien no se arriesga no cruza el charco —como se dice—. Además estoy segura de que esta porquería de bruma no es más que una cortina. ¡Una cortina de humo! Si verdaderamente lo deseamos, estoy convencida de que vamos a pasar a través de ella como un cuchillo a través de un papel.

—Me gustaría estar tan seguro como usted, Marie-Françoise.

—Escuche, amigo Philippe... Hace días que le doy vueltas a la cabeza intentando encontrarle una lógica a nuestra situación. ¡Bueno! No digo que la haya encontrado, pero en fin... Una catástrofe química, una guerra, o cualquier cosa, de acuerdo. Pero eso no explica que usted y yo estemos aquí vivos, solos y además amnésicos. No... ¡ójgame! ¿Y si esta situación fuera hecha a propósito? ¿Y si nada se debiera a la casualidad? ¿Y si fuéramos cobayas en alguna clase de experimento, eh?

—¿Un experimento?

—¡Sí! Un experimento científico o militar, ¡yo qué sé! Un experimento acerca de la supervivencia, ¿entiende? Para averiguar las capacidades de resistencia en caso de catástrofe. Se colocan dos individuos —usted y yo en este caso— en un entorno fabricado para el caso —este pueblo— y se observa cómo se las arreglan...

—¿Se observa?... ¿Pero quién lo observa? ¿Y cómo?

Ella se había apoyado contra el coche y chupaba nerviosamente el cigarrillo en cada frase; tenía los ojos fijos en un punto cualquiera del vacío, reflexionando enérgicamente y la reflexión le arrugaba la frente y le estiraba las comisuras de la boca; y de pronto otra vez representaba sus supuestos cincuenta años...

—No sé... Los que han ideado el experimento ¡naturalmente! ¿Nunca ha tenido

la impresión de ser observado, espiado y analizado? La impresión de tener un ojo clavado entre los omóplatos... Se da la vuelta y no hay nadie. Pero el ojo sigue estando allí otra vez en cuanto vuelve la espalda. Quizá hay cámaras y micros por todas partes. Todo lo que hacemos se graba; los menores gestos y los menores pasos. Hasta nuestros menores suspiros son captados, anotados y analizados. Este pueblo es un decorado expresamente hecho para nosotros... Como una ratonera en la que somos las ratas. Lo han construido todo para ver lo que íbamos a hacer, nos han metido dentro y nos han despertado después de habernos vaciado la memoria... ¿Entiende? Naturalmente no han afinado mucho. Sólo han construido apariencias, sin más piezas que las que necesitamos para vivir. El resto es una carcasa vacía. Es ficticio. Los periódicos... ¡censurados! Sólo páginas corridas para que no encontremos información y nos las arreglemos con el cerebro virgen... Agua, desde luego, porque hace falta para vivir. Pero se puede pasar sin electricidad... Entonces nada de electricidad. También nos proporcionan provisiones. Y por la noche, cuando dormimos con el sueño de los justos, profundamente porque la comida quizá está drogada ¿no es verdad?, por la noche se deslizan en la ratonera y reemplazan el pan y la carne para que no se pudran. ¿No se los imagina, con su escafandra esterilizada — porque no hay que contaminarnos o porque quizá los contaminaríamos nosotros si es que han echado cualquier porquería en la atmósfera...— deslizándose por las calles durante la noche y viniendo a inclinarse sobre nuestras camas para ver de cerca si seguimos teniendo buen aspecto? ¡Ah! ¡Qué puercos!

Se rió y gritó hacia el cielo:

—¡Eh! ¡Listos...! ¿Me oyen? No vale la pena que se escondan ¡He descubierto su juego! ¡Se acabó el experimento! Vamos, salgan... salgan y nos reiremos todos juntos...

Él se estremeció impresionado y, a pesar suyo, alzó los ojos al cielo. ¿Y si la bóveda azul se desgarraba para mostrar las cuerdas y los engranajes del revés del decorado? O quizá se podía abrir una puerta en el flanco de una casa para dejar paso a una horda de hombres con batas blancas que les anunciarían: «Bueno, sí, lo han encontrado, han ganado, se acabó, son libres.» O serían hombres con escafandra, o soldados armados, quizá un general que vendrían a anunciarles... ¿anunciarles qué, por cierto?

En un relámpago, vio las fotos de los periódicos. La ciudad en llamas, el pútrido mar con los pájaros pegados a él, policías amenazadores, ejércitos en marcha y la tierra agrietada. *Y la llanura de ceniza.* Y la llanura de ceniza. Quizá les iban a decir que había acabado el experimento, sí, que podían volver al mundo, volver al exterior. ¿Pero cómo estaba el mundo? ¿Qué había fuera? ¿Tierra cocida, ejércitos en lucha y un océano de barro?

Él estaba bien aquí, en el pueblo. El aire era suave y el tiempo siempre bueno; había calma, paz. Si venían a buscarlo, si venían a cogerlo del brazo para llevarlo al exterior ¿tendría que acogerlos a *ellos* como salvadores, como liberadores? No sería

mejor debatirse y chillar: *¡Déjenme! ¡Déjenme! ¡No quiero irme! ¡No quiero salir!...*

—Bueno, ¿qué le pasa? Tiene aspecto de no sentirse bien...

Él volvió a la realidad. La ancha cara de Marie-Françoise, ni vieja ni fea, ni bonita ni joven, estaba alzada hacia la suya, interrogativa y un poco preocupada. Aspiró fuerte y el aire sin efluvios le barrió los pulmones. No se habían abierto el cielo ni las casas y el revés del decorado no había dejado salir hordas de hombres con escafandra. No había pasado nada. Nada. Había soñado despierto y le quedaba un cierto malestar que aún corría a lo largo de sus nervios, un paso de innumerables patitas por la columna vertebral y una especie de niebla en la mente. Eso era todo. Era todo y el mundo seguía silencioso, vacío y tibio y él tenía ante sí a esta mujer en la que por el momento se resumía —¿hasta cuándo?— el universo de los vivos.

—No sé de dónde saca usted esas ideas... —dijo miserablemente.

—¿Sí? ¿Cree que estoy desbarrando? Entonces, usted lo deja, ¿es eso?, ¿eh?

—No, Marie-Françoise, no la voy a abandonar. Únicamente estoy un poco sorprendido... Nunca hubiera pensado en todo eso. El que usted me haya convencido es ya otra historia, pero... ¿por qué no? Sólo que... es posible que allí encontremos a esos sabios y a esos observadores. Sí, es posible. También puede ser que, con coche o sin él, no podamos pasar y esto es lo que yo creo más probable. Pero también puede ser que caigamos de lleno en la catástrofe, ¿sabe lo que quiero decir? Ruinas, una tierra inhabitable, radiaciones, ¿qué sé yo...?

—Si es así, volveremos, desde luego...

—Sí, si podemos. Pero yo prefiero prevenir. Podríamos llevarnos provisiones de las tiendas. Sobre todo provisiones de boca y algunas herramientas y cosas así. ¿No cree?

—Buena idea, Philippe. De todas formas no nos cuesta nada.

Pasaron el resto del día reuniendo provisiones y almacenándolas en el coche, sobre el asiento de detrás y en el portamaletas. Él fue a la cocina para buscar la lista; Marie-Françoise tachó con autoridad algunas cosas inútiles y se mostró partidaria de reducir las proporciones de todo; si no hubiera hecho falta un camión en vez de un coche. «¿Quiere aguantar un asedio o qué?» Se había puesto muy contenta, y la perspectiva de la acción le levantaba la moral y casi parecía tratarse de un viaje de vacaciones. Tuvo la idea de llevar un bidón de agua, lo que podía ser una buena precaución, y le tomó el pelo acerca de su glotonería mientras amontonaba galletas en una caja. «Mire, aquí nada tiene sabor...» Ella le hizo notar que quizá lo habían perdido al mismo tiempo que el olfato y le confesó que continuaba fumando más por costumbre que por experimentar una verdadera satisfacción. Finalmente, el coche estuvo abarrotado, pero en ese tiempo la noche había caído. La convenció para que dejaran la partida hasta el día siguiente, cosa que ella aceptó de mala gana. «Se diría que vamos de expedición a no sé dónde...», bromeó. No se molestó en hacerle notar

que se trataba exactamente de eso. Además estaba preocupado por *Misterio*, que había desaparecido esa mañana. ¿Dónde se puede desaparecer en un sitio rodeado de bruma por todas partes? Lo llamó y tomaron la cena (¿su última comida?) en la cocina; un plato de verdura con salchichas preparado por ella y que, normalmente, hubiera debido ser succulento. «Lástima que no haya vino ni alcohol en este maldito decorado, declaró ella. Sin duda no querían que nos emborracháramos... ¿Y los huevos? ¿Por qué no han puesto huevos en la tienda de comestibles? ¿Se le ha olvidado al intendente?» En un arranque de lógica le contestó que no había gallinas, pero ella sólo le lanzó una mirada medio desconcertada y medio despreciativa. Como cada noche, la acompañó al hotel. «¡Mañana es el gran día!, exclamó ella. ¡Bueno!, tengo que darle un beso...» Inmediatamente le echó los brazos al cuello y puso dos sonoros besos en sus mejillas. Aquello no le produjo ninguna impresión especial porque, más o menos, había dejado de considerarla como a alguien del otro sexo y el suyo había dejado de atormentarlo. Además estaba cada vez más preocupado por *Misterio*. Esa noche dio la vuelta completa al pueblo llamándolo. Pero *Misterio* no reapareció. Aún pensaba en el perro cuando el sueño lo desconectó.

El día siguiente sería el octavo tras el encuentro con la mujer.

—¡Ya lo ve!

Con el capó abierto le mostraba el motor del coche —o lo que parecía haber en su lugar.

Aunque no se conocía ninguna competencia en lo relativo a la mecánica, él había querido ver lo que el coche tenía en las entrañas —quizá llevado por un presentimiento, o quizá porque aún no salía de su asombro al poder usar una máquina de tal complejidad cuando tantas veces había experimentado la inutilidad de las máquinas más simples.

No se «acordaba» de lo que podía ser el motor de un coche. Pero... de forma difícilmente explicable, su aspecto general estaba presente en su memoria: el bloque que encierra los cilindros, el radiador, las baterías y un revoltijo de tubos y cables. Algo grande, negro, sucio y complicado. Pero lo que había descubierto bajo el capó de este coche sin marca aparente, que quizá era un DS, presentaba un aspecto completamente distinto: sólo había un cilindro brillante y liso que parecería fundido en un sólo bloque y apenas llenaba la mitad de la cavidad al descubierto. Un motor tan sencillo, tan reluciente y tan limpio como una plancha para la ropa, que ronroneaba suavemente cuando se le dejaba a *ralenti*, que gruñía amistosamente cuando se apretaba el acelerador y que no producía humos. ¡Y que no olía a nada!

Bajó el capó. Marie-Françoise comenzó en tono confidencial.

—Ya lo ve... no es un coche de verdad. También es un chisme ficticio. Un chisme para hacernos salir de aquí.

Cerró el capó sin contestarle. Respuesta a todo, respuesta a nada. La calle de la

República se estiraba ante él toda derecha; a la izquierda estaba la iglesia, a la derecha la plaza y más allá, al final de todo, al fondo de la perspectiva, la blanca asfixia del muro de bruma. Dentro de un minuto, o dos, o tres iban a abalanzarse dentro. ¡Ploc! Un cuchillo en un papel... Sus ojos vagaron por la fachada amarilla y familiar de la casa de enfrente, bajaron hacia los escaparates de la charcutería, de la PEÑA DE LOS CAZADORES, rozaron el coloreado azul y blanco del garaje. Iba a abandonar todo eso. Su pueblo, su casa que estaba allí, detrás de él, con la cocina blanca, la escalera oscura y crujiente y su habitacioncita con el techo roto que nunca había tenido tiempo de arreglar.

—Venga, Philippe, ¿viene?

Ella ya estaba tras el volante e hizo roncar el extraño motor con pie nervioso.

—Ya voy, ya voy...

Se instaló junto a ella como con pena y se hundió en el respaldo flexible del asiento.

—Póngase el cinturón; nunca se sabe...

No, nunca se sabe. Se abrochó la correa alrededor del busto, ¡clic!, y el coche comenzó a rodar despacio, despegándose del bordillo de la acera y luego tomó velocidad ganando el centro de la calzada. EL CHIC DE PARÍS, la carnicería, el estanco, la plaza con su monumento a los muertos... Quizá iban a estar de vuelta dentro de cinco minutos después de haber constatado que era imposible pasar a través de la bruma. Eso era lógico. Pero algo más fuerte que la lógica le decía ahora que pasarían, que nunca más volvería a encontrar la paz del pueblo. La desaparición de *Misterio*, al que otra vez había buscado a primera hora de la mañana, le daba a la partida una nota definitiva e irremediable.

El coche pasó la esquina de las dos últimas casas. Alrededor estaban los campos verde y oro. A doscientos metros estaba la bruma. El motor giraba, sordo y bien engrasado, y la aguja del cuentakilómetros se mantenía rígida en el 60. Ciento cincuenta metros, cien metros. Se encogió en el asiento y crispó los puños. La ola de pánico volcó sobre él. Cerró los ojos y sintió cómo las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. Tenía gana de vomitar, sentía cómo sus vísceras se retorcían y subían hacia su boca como para escapar en racimo de su cuerpo y un martillo-pilón se empeñaba en hacerlo entrar a la fuerza en el espesor del asiento. Marie-Françoise gritaba. De pronto un frío glacial se apoderó de su ser. Se sintió congelado, convertido en un bloque de hielo insensible y el martillo-pilón cayó sobre él una vez más desparramándolo en mil agujas de hielo que se dispersaron con una música cristalina. *Extensión topológica del campo...* ¡contacto! La sensación de frío intenso lo abandonó tan aprisa como había aparecido, se rehízo y una oleada de agradable tibieza llenó sus miembros y su tronco. El coche paró brutalmente y se sintió empujado hacia delante mientras los neumáticos maullaban en el asfalto.

Abrió los ojos.

El coche se había inmovilizado de medio lado en mitad de la carretera.

Marie-Françoise le apretaba el brazo con todas sus fuerzas. Le gritó en el oído.
—¡Philippe! ¡Hemos pasado!

TERCERA PARTE

REALIDAD 3

Salieron del coche y observaron con asombro el paisaje que los rodeaba.

Ambos estaban equivocados.

No estaban en la tramoya del decorado y no había ni sabios ni soldados para acogerles, ni proyectores y micrófonos dirigidos hacia ellos.

Tampoco estaban en los suburbios del apocalipsis —nada de tierras devastadas, ni tierra agrietada y humeante, ni llanura de ceniza bajo una lluvia de barro.

Estaban en una carreterita campestre —nada más— rodeada de campos verdes y dorados salpicados de árboles solitarios o en bosquecillos. Encima de sus cabezas relucía el cielo azul sin ninguna nube y con la mancha incandescente del sol.

El coche se había parado a unos diez metros de la barrera de bruma. Tanto al derecho como al revés, presentaba siempre el mismo aspecto algo irreal, sólido como una moldura de estuco y, al mismo tiempo, ligero como crema de *chantilly* esparcida. No se veía nada del pueblo por encima del cordón y ni siquiera lo sobrepasaba el campanario de la iglesia. ¡Pero qué lejos parecía ahora el pueblo!

—Bueno... hemos pasado por fin —dijo Philippe torpemente, como un eco tardío.

—¡No me hable! Creí que reventaba. Cuando hemos penetrado en esa maldita bruma... ¡Ah! Ni siquiera puedo decir lo que he sentido. (Se friccionó los brazos como si algo del frío de la travesía le hubiera quedado en la piel.) Además prefiero olvidarlo. Brrr... No sé cómo me las he arreglado para no soltar el volante y lanzarnos a la orilla...

Dio algunos pasos por la carretera, se arrodilló para coger la única flor que había crecido al borde de la calzada, pétalos blancos y corazón amarillo —una margarita—, cortó el tallo y se la puso en el ojal de la camisa negra.

—¡Pero por fin hemos pasado como usted dice! Ya ve que yo tenía razón... Aunque, de momento, no hemos adelantado gran cosa.

Volvió al coche, cogió un cigarrillo y lo encendió. El humo del tabaco calcinado (sólo era olor a quemado) llenó el espacio olfativo. Él, a su vez, dio algunos pasos por la carretera en dirección contraria a la que habían traído. Más allá, tan lejos y tan cerca, la bruma revolvía sus inmóviles volutas. Las fronteras de la barrera, tanto a la derecha como a la izquierda, eran imprecisas, deshilachadas y ahogadas en el azul centelleo del aire que abrazaba el horizonte cercano. La carretera gris oscuro desaparecía en la blandura algodonosa sin que nada en la inmutable superficie señalara que había sido forzada.

—Lo único que podemos hacer ahora es seguir...

Marie-Françoise aplastó el cigarrillo con el talón. No parecía tener prisa por volver a subir al coche y repiqueteó una marcha con los dedos en la pintura burdeos de la carrocería.

—Todo está tan tranquilo, tan calmado... No esperaba esto. Dónde podemos

estar. ¡Dios mío! No hay ni una casa a la vista. Si tuviéramos un mapa...

Resopló de despecho. Habían buscado mapas, desde luego. Pero en vano. Tendrían que ir al azar. Pero...

—Ya encontraremos algún pueblo o quizá una ciudad. Habrá gente...

Al decir «gente», él pensaba en *muertos* —ni siquiera en muertos, sólo en esqueletos, en polvo, en nada—. Habían dado un paso, sí, pero ¿qué diferencia hay entre un paso o mil kilómetros cuando es el fin del mundo?

—Tiene usted razón. Hay que seguir y alejarse de este pueblo. Oiga, yo no he abandonado del todo mi idea de un experimento. Pero nada demuestra que estemos constantemente bajo vigilancia... Quizá hemos salido antes de lo previsto. Quizá han evacuado una amplia zona alrededor del pueblo. Por eso no vemos a nadie. Pero dentro de algunos kilómetros es seguro que vamos a caer sobre alguien. ¡Mire este verdor, esta dulzura! No irá usted a decirme que aquí ha pasado algo tan importante como una guerra...

Volvió a coger el volante tras haberle propuesto otra vez que la reemplazara. El coche arrancó suavemente y se dirigió hacia la lejanía imprecisa y ahogada en la tibia vibración de la atmósfera sin estaciones.

Rodaron, rodaron y rodaron. Los campos desfilaban a su alrededor, monótonos en su misma variedad. Aquí hierba alta, allá campo raso, más lejos el hirviente rojo de los cereales y luego el pico de un bosquecillo de coníferas o un abierto manojito de plátanos o castaños. La carretera, recta como una espada de alquitrán, atravesaba el vientre blando de los prados y el curvado capó se la tragaba con boca voraz escupiéndola por detrás en una carrera horizontal y ruidosa; pero nunca variaba ni se desviaba. A veces una ruta secundaria, también recta, la cortaba perpendicular e iba a perderse en la perspectiva ahogada por el agresivo verdor. Varias veces aminoraron la marcha pero no juzgaron útil el tomar esos ejes divergentes que no parecían ir a ninguna parte. Como contrapartida se detuvieron varias veces para examinar de cerca los mojones cuyo resplandeciente blanco y rojo les llamaba la atención; pero los mojones, recién pintados, aún no tenían indicaciones —a menos que nunca hubieran estado destinados a tenerla.

Una vez vieron un rebaño de vacas a lo lejos. Marie-Françoise frenó, salieron del coche y, durante un momento, observaron las oscuras siluetas de los animales que se destacaban en la aplanada curva de un lejano prado. Aparentemente no había nadie guardándolos. «¿Vamos?» Comenzaron a andar por la hierba uniforme, poblada por los desordenados brincos de los eternos saltamontes. A medida que se acercaban las vacas retrocedían y se fundían como manchas borrosas en el fondo verde. Marie-Françoise limpió las gafas con un pañuelo de papel y se las calzó otra vez en la larga nariz puntiaguda. Quizá habían recorrido cien o ciento cincuenta metros. Ante sus ojos, las vacas o lo que habían creído vacas sólo eran amebas oscuras navegando

torpemente en una masa verdosa a la que manchaban con su evanescente reptar. Una vez más, Philippe tuvo la impresión, ya experimentada en la iglesia, de que era una proyección cinematográfica mal enfocada. Volvieron al coche.

Más tarde encontraron un pueblo a la derecha. Tomaron la carretera que parecía llevar hasta él pero, en realidad, describía una curva que los volvió a llevar prácticamente al punto de partida. Era un círculo solapado que desafiaba todas las leyes geométricas porque habían creído continuar todo derecho hasta el final. ¿O era eso lo que habían hecho para llegar a otra carretera? Todo se parecía a todo en el paisaje sin fondo, donde la perspectiva se diluía en la calígene sin calor para cerrarse siempre ante el morro del coche con el mismo aspecto triste.

Pararon para comer y Marie-Françoise le hizo notar que, desde que habían pasado la cortina de bruma, habían recorrido ciento ocho kilómetros. Por lo menos eso decía el cuentakilómetros.

—¿Ciento ocho kilómetros en línea recta?

Ella mordisqueaba una manzana y lo miró sin molestarse en contestar.

Ciento ocho kilómetros en línea recta sin encontrar a nadie y sin cruzarse con ningún vehículo. De vez en cuando había una apariencia de rebaño o una apariencia de pueblo —pero «una apariencia», nada más—. No estaban en el mundo, estaban en un inter-mundo de prados y árboles, un inter-mundo infinito en el que se hundían sin tregua, corriendo tras un fantasma que se escondía constantemente.

Picotearon más que comer. En definitiva no tenían hambre más que para eso. Después volvieron al coche y la carrera continuó. Prados, árboles, pueblos o rebaños lejanos a los que no se podían acercar a no ser que se disolvieran en el aire, en el decorado...

Antes de que la tarde espesara la atmósfera dando a las vagas curvas del horizonte el tinte azul-rosa característico de los días veraniegos, el coche había recorrido otros doscientos kilómetros —y por lo que los pasajeros habían podido constatar eran doscientos kilómetros en línea recta—. Como habían abandonado el pueblo por el lado oeste, el sol los deslumbraba con su blanco resplandor. Pronto se iba a hundir detrás del horizonte, justo en la prolongación de la carretera cuyo hilo rectilíneo estaba quemado por la luz al final del recorrido. Lo que aquel sol tenía de singular era que su luz no se teñía de naranja y luego de rosa al dar de soslayo en la atmósfera. Conservaba su blanca incandescencia hasta el final en el cielo azul ultramar y la tierra se lo tragaba como si una joya solitaria se consumiera en silencio sin perder ni un átomo de su sustancia.

No obstante no fue la tierra la que lo absorbió esa tarde. La carretera desembocó en la playa con el tiempo justo para que lo vieran hundirse en el mar que se irisó con mil resplandores de platino en el punto del impacto.

Salieron del coche. Tenían las piernas torpes y los músculos de la espalda

agarrotados. La carretera terminaba abruptamente a la orilla de una playa arenosa que se deslizaba dulcemente hacia el mar. A ambos lados de la calzada, los prados se cortaban de la misma forma sobre la arena que alargaba algunas lengüetas polvorientas entre las primeras matas de verdor. Tanto a la derecha como a la izquierda la orilla parecía extenderse hasta el infinito. En algunos sitios había grandes rocas grises y rojas que se alzaban en túmulos truncados formando sobre la arena una huella parcelaria y enigmática, como una fortaleza o un laberinto en ruinas o inacabados. No muy lejos, a la derecha, la pradera mordía la playa en redondo y sobre esta lengua verde había brotado un grupo de abiertos pinos reales.

Avanzaron por la arena que crujió bajo sus pies. Marie-Françoise se quitó los zapatos y jugó con los dedos entre los granos diminutos. El sol había desaparecido por completo más allá de las olas que se estaban volviendo malvas mientras el cielo, en el que no brillaba ninguna estrella, se adensaba.

—Bueno... en todo caso hemos llegado a alguna parte.

El mar sonaba. El sonido subía hacia ellos y llenaba el espacio con su volumen sonoro increíblemente extraño a la vez que increíblemente familiar. *El mar... el mar siempre renacido*. El roce de un papel de periódico arrugado sobre la superficie de una mesa, resbalar de bolas sobre la tierra por un embudo de plástico, estropajo de aluminio chirriando sobre el fondo de una cacerola, una esponja mojada dejada caer sobre una chapa. El mar. El ruido de la resaca se les colaba en los tímpanos, obsesionante, y los llenaba por entero. Después de los días pasados en un mundo de silencio, el encontrarse en mitad de un fondo sonoro y regular era una experiencia mágica pero casi producía sufrimiento. El repetido choque del agua en la arena de la playa y en las barreras de roca, se convertía en un continuo bombardeo cuyo volumen acústico se percibía mucho mayor de lo que era en realidad. Pero más tarde se acostumbraron y ya no pusieron atención; el canto del mar se había convertido en un elemento de su existencia, se había reintegrado a lo cotidiano junto a los gritos periódicos y agudos de los pájaros de anchas alas que a esa hora daban vueltas encima del agua y a veces se hundían y volvían a subir como una llama, parecidos a tachaduras negras sobre el horizonte índigo.

Marie-Françoise y Philippe llegaron al agua y hundieron los pies en ella mirando cómo hervía la espuma fosforescente, explotando como burbujas de jabón y renaciendo en la ola siguiente.

Marie-Françoise se agachó, recogió una concha, acarició sensualmente con el pulgar la cavidad nacarada y la volvió a tirar. Respiraban a pleno pulmón el aire del mar —pero el aire del mar era tibio y no les llevaba al olfato los efluvios que pretendían encontrar en él—. Con mar o sin él, el nuevo universo seguía sin olor, a menos que ambos hubiesen perdido el sentido del olfato como pretendía Marie-Françoise.

La noche había caído por completo cuando volvieron al coche. La oscuridad era total bajo el cielo sin estrellas salvo una vaga luminosidad que venía del mar.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Comer y dormir... no veo qué otra cosa podemos hacer. Ya pensaremos mañana.

—Mañana, mañana... —suspiró Philippe.

Encendieron dos velas e hicieron una frugal comida alrededor de la caja puesta del revés en la que aquéllas se consumían alzándose derechas en la atmósfera sin viento.

—Todo esto es premeditado... exclamó Marie-Françoise tras la primera chupada al cigarrillo de después de comer. Usted pensará que sigo dándole a mi chifladura favorita, pero... El circular así un día entero y sin encontrar a nadie en un campo intacto, no tiene sentido. Nos han guiado. ¡Nos han teleguiado! Nos han conducido hasta esta playa porque en el pueblo ya no servíamos para nada. Apuesto a que nos están observando ahora. Con... con teleobjetivos, rayos infrarrojos y todo el follón. ¿No? Sigue creyendo que patino, ¿no es eso?, ¿eh?

—¡Yo no creo nada! No creo nada y no comprendo nada. La escucho y la encuentro muy fuerte, esto es todo. Sabe... Acabo de pensar una cosa. Yo estuve solo siete días en el pueblo. Luego hemos estado siete días juntos. Ahora quizá vamos a estar siete días a la orilla del mar.

Ella lo contempló con curiosidad a través de sus vidrios redondos a los que la llama de las velas ponía movimientos anaranjados. Luego sacó de su saco uno de los famosos lápices japoneses y garrapateó tres 7 en la caja.

—7... 7... 7... murmuró. Sí, tiene razón, quizá eso tenga algún significado. ¡Ah!, ¡si yo pudiera acordarme! Si esta cabeza mía no estuviera tan hueca como un tambor... Pero me parece que esta cifra tiene un significado... teológico, o cabalístico o, simplemente, matemático. Entonces quizá... ¡Oh!, y además...

Aún se fumó dos cigarrillos encerrada en sus pensamientos. Y propuso acostarse. El coche podría servir porque había conseguido bajar el asiento de delante. ¿Qué importaba? Apretándose un poco...

Pero él rehusó la oferta. Estaría igual de bien en la playa. No le molestaba dormir al aire libre. Además, con una atmósfera tan suave...

—Como quiera, Philippe.

¿La había humillado? ¿Habría un sobreentendido en la propuesta? *¿No, te estás haciendo ilusiones, amigo mío? ¿Sí? ¿Ilusiones? ¿Porque es eso lo que esperas? ¡Oh!... ¡vete a paseo!* Buscó alguna ropa en el maletero sonriendo irónico en la oscuridad y luego bajó algunos pasos por la arena, extendió un impermeable en el suelo, enrolló un jersey para hacerse una almohada y se acostó por fin. El aire era tibio, tibio como siempre, y él se sentía bien aunque el abismo de encima de su cabeza le seguía produciendo un difuso malestar.

Cerró los ojos.

—¿Qué tal, Philippe? ¿Está usted bien?

—Perfectamente. ¿Y usted?

—Impecablemente... Ha hecho mal en no hacerme caso. Es un auténtico palacio y el somier, de plumas. Bueno, buenas noches.

—Buenas noches Marie-Françoise...

Pasaron algunos minutos ruidosos y luego el sueño cerró puertas acolchadas a su alrededor.

En el corazón de la noche, llegados del mar abierto o de otra parte, afluyeron los sueños, los envolvieron, se insinuaron en la caja de resonancia de sus mentes. Y vivieron juntos algunos segundos o algunos siglos de horror.

Se despertó sudando. *¿Estamos fuera de la zona contaminada?* Aún vibraba en él la pregunta lanzándole a todo el cuerpo millares de ramificaciones sinuosas, raíces o metástasis.

¿Estamos fuera de la zona contaminada?

Era algo más que una pregunta. Era una interrogación ansiosa de la totalidad de su ser, su ser que se rebelaba contra una espantosa eventualidad.

Se agitó. Espantosa. Ante sus ojos seguían bailando las letras, unas letras negras, inmensas, pintarrajeadas sobre un alto muro gris. PLUTONIO. MUERTE ESPANTOSA. *Estamos...* Suspiró y se pasó la mano temblorosa por la frente húmeda. Aún reaccionaba su cuerpo con todos los nervios, todas las glándulas y todos los poros a la insoportable presión del acontecimiento que había brotado de la noche y había llenado su espíritu con la maciza impresión del sueño.

Se enderezó.

—¡Philippe!

Se volvió; Marie-Françoise bajaba hacia él corriendo despavorida. Ni siquiera se había puesto las gafas y su ancha cara desnuda parecía más vulnerable, desarmada. Respiraba violentamente y se apretó las manos contra el pecho como para calmar los latidos del corazón.

—He soñado... ¡Oh! ¡Dios mío! Aún estoy... Era...

Sacudió la cabeza y sus morenos cabellos, que empezaban a blanquear, revolotearon contra su cuello. Él sabía lo que había soñado. Era lo mismo que había soñado él. Se acordaba como si hubiera vivido la tragedia hasta sus menores detalles. Vivida por él. Y por ella. Porque ella estaba en el sueño.

—Era un accidente en una central nuclear, ¿no? Una explosión... Grandes cantidades de plutonio y de otras porquerías proyectadas a la atmósfera. Y yo vivía cerca. Y usted...

—Pero como puede usted... Es exactamente... Usted ha soñado lo mismo, ¿no? ¡Usted ha soñado lo mismo! Usted también estaba en el sueño. Le he visto muchas veces entre la multitud... Huíamos...

—Sí, huíamos. El pánico se extendía por todas partes. Las carreteras estaban bloqueadas. Había embotellamientos hasta no acabar nunca. Todo el mundo llevaba su transistor. Al principio decían que sólo era un incidente sin importancia, una salida de poca amplitud. Pero se habían escapado productos radiactivos y era preferible que la población evacuara el lugar, momentáneamente, sobre un radio de veinte kilómetros de la central.

—Eso es... Evacuar el lugar momentáneamente. Yo había cogido mi coche pero sólo pude hacer algunos kilómetros. La carretera estaba llena de gente que huía y debía haber un tapón en cualquier parte, más adelante. Todo el mundo tocaba el claxon y aún no había pánico, pero...

—Pero estaba cerca. Nadie sabía qué hacer ni qué peligro había exactamente. Pero se sabía... yo sabía que aquello podía ser terriblemente peligroso. Ahora ya no sé cómo ni por qué lo sabía. Pero el hecho de que una central...

—Sí, algo peor que una central. Un supergenerador. Algo que produce más plutonio del que consume. Una tecnología mal dominada. ¡Y había estallado!

—Había explotado. La primera vez no se oyó nada. Pero se desencadenó la alerta. Las sirenas de las alcaldías se pusieron en marcha. Yo estaba comiendo y... buuuuuuuu... ¡Lúgubre! La guerra...

—De hecho era una guerra. Nosotros éramos las víctimas y el agresor era la fábrica atómica camuflada detrás de una cortina de árboles. Creo que yo pasaba por delante todos los días cuando iba a trabajar —aunque no me acuerdo de qué trabajo podía tratarse...

—Tiene razón, era como una guerra. La huida por las carreteras recordaba los viejos no-dos de la guerra del 39-45. Y cuando estábamos en la carretera, bloqueados en la carretera, oímos la última explosión, la verdadera. ¡*Bum!* Un relámpago como un *flash* de magnesio y el hongo en el horizonte...

—Sí, también yo he visto el hongo en el horizonte... Como una bomba atómica... Como esas pruebas que se veían en la tele o en el cine. Como en Hiroshima y en Nagasaki. Quizá no tan fuerte, pero... parecía tan cerca...

Y comenzó el pánico de verdad.

—Sí, todo el mundo salió de los coches y se puso a correr a través de los campos. He visto mujeres con bebés en brazos, viejecitos que no lograban seguir el movimiento, un tipo gordo que apretaba una maleta contra el pecho y una mujer, sin duda la suya, que se la quería arrebatarse y gritaba: «¡Dame eso, dame eso!» La vi a usted, Marie-Françoise. También corría y adelantó a un grupo enredado en demasiado equipaje y usted torció por un caminito entre dos setos de álamos que aún se balanceaban por el viento de la explosión...

—Dejé el coche y sólo me llevé el transistor. Quería saber... Acabaron por decir que había saltado el segundo muro. Hubo... Una reacción en cadena, superaguda y veloz, de neutrones rápidos. Me acuerdo de los términos. Y el circuito de refrigeración se había incendiado. Cinco mil toneladas de sodio líquido estaban ardiendo. Eso dijeron. Me volví y vi que todo el horizonte de detrás era amarillo, del color del azufre. Era... Era como si allá lejos, al filo del horizonte, se hubiera abierto una puerta del infierno.

—Era una puerta del infierno. Las llamas amarillas subían hasta el cielo y el cielo estaba recortado por el hongo maléfico que no cesaba de aumentar, negro con burbujes rojos en las volutas. Corrí como no había corrido nunca. Pero yo tampoco solté el transistor. Aunque había muchas informaciones contradictorias y yo no sabía dónde estaba ni lo que había que hacer. Además se hacía de noche...

—Intentaban tranquilizarnos y al minuto siguiente alguien anunciaba que aquello era la catástrofe más grave de la era industrial. También nos aconsejaban no avanzar

en la dirección del viento porque arrastraría a los que cayeran. ¡Eran graciosos! ¿Quién pensaba en el viento? Huíamos a ciegas, eso es todo. Un profesor dijo una vez que bastaba inspirar una miera de plutonio para tener cáncer de pulmón dentro de los cinco años siguientes. Y que el riesgo era mucho mayor para los fumadores. ¡Imagínese lo que iba a ser de mí!

—Y comenzaron a aparecer los helicópteros. Nos sobrevolaban a poca altura y armaban un bochinche terrible. Con aquellos fuegos rojos y verdes que parpadeaban... ¡En vez de tranquilizarnos nos daban más miedo! Parecían enormes insectos borboreantes, y dispuestos a atraparnos en sus mandíbulas y arrebatarnos hacia el cielo...

—Es verdad, daban miedo cuando revoloteaban por encima de nosotros... Yo vi a un muchacho, que huía en bicicleta, caer al suelo porque levantó la cabeza para verlos. En seguida dos hombres saltaron encima de él para quitarle la bici y empezaron a pelearse gritándose injurias. Cerca de mí, una mujer abandonó un cochecito de niño para huir más aprisa. Yo me horroricé, pero cuando fui a verlo me di cuenta de que estaba lleno de ropas y enseres. La noche ya había caído del todo. ¿Dónde estaba usted en ese momento?

—¿Dónde?... ¡Yo que sé! Me largaba, nada más. Una vez alcancé una carretera. Allí había muchos camiones grandes de la policía, esa especie de camiones blindados, ¿sabe?... Estaban aparcados en medio de la ruta puestos al *ralenti* y sin nadie fuera de ellos. Aquellas grandes masas lívidas en medio de la noche eran tan espantosas como los helicópteros. Monstruos. Y los monstruos se pusieron a aullar: «No hay peligro inmediato, no hay peligro inmediato; se ruega a la población que se dirija ordenadamente hacia el centro de ayuda y clasificación de... y de... (no me acuerdo de los nombres), donde recibirán nuevas instrucciones. Repetimos: No hay...»

—¡Que te crees tú eso! Nada de peligro inmediato... Entonces, ¿por qué se quedaban protegidos en los camiones? Yo también los he visto, quizá en otra carretera o quizá en la misma. Y como una gilipollas hui derecha por la dirección que nos indicaban.

—Creo haberla visto otra vez en el pueblo o en la aldea. La multitud llenaba las calles y oí a un niño perdido, de tres o cuatro años, gritando: «¡Mamá! ¡Mamá!»; todos se insultaban, gemían, se llamaban y hacían preguntas al vacío. En las paredes había grandes inscripciones hechas con alquitrán, NO A LA CENTRAL y además aquella de: PLUTONIO. MUERTE ESPANTOSA. Alguien preguntó: «¿Estamos fuera de la zona contaminada?» Al minuto siguiente todo el mundo hacía la misma pregunta a todo el mundo. ¿Estamos fuera de la zona contaminada? Pero nadie respondía. ¿Quién podía saberlo? ¿Y cómo era posible saberlo?

—Era imposible saberlo... Vi a una mujer revolcarse en el suelo. Tenía un ataque de nervios y gritaba: «¡Lo he respirado! ¡Lo he respirado! ¡Voy a morir! ¡Avisen a mis hijos!» Todo el mundo la miraba sin hacer nada, sin decir nada; la gente intentaba

respirar lo menos posible e incluso algunos se ponían un pañuelo ante la nariz. Como si eso sirviera de algo... El plutonio se cuela por todas partes. Es invisible, no huele y no hace ruido. Es la muerte invisible. Estaba encima de nosotros. Lo sabíamos.

—He visto a algunos que derribaban las puertas de las casas para esconderse, para telefonar o para no sé qué... Todas las casas del pueblo estaban vacías. Debieron evacuarlo antes de que llegáramos. Era siniestro, con aquellas calles de puertas cerradas y ventanas muertas, con toda la gente que se deslizaba entre la locura y la revuelta, entre la resignación y el terror. Los transistores continuaban lanzando informaciones contradictorias. Ahora se hablaba de una zona que tenía doscientos kilómetros de radio y que podía estar contaminada; nos decían que se había hecho todo lo posible para reducir al mínimo las consecuencias de la catástrofe, que si la Protección civil, que si el plan ORSEC-RAD, que si, que si y que... pero no nos lo creíamos. Nadie creía nada y sabíamos que nos ocultaban lo esencial, que nos mentían...

—La multitud se volvió a mover. A mí me arrastraron y atravesé el pueblo, o la ciudad, y me encontré otra vez en el campo. Y allí había... había...

—Había un cordón de policía. Gendarmes, C. R. S. y no sé qué más. Quizá el ejército, también. Estaban allí. Esperándonos. En fila y con las armas montadas. Espantosos. Todos negros en lo negro de la noche con esas máscaras que parecían hocicos de cerdo y dos gruesos ojos de insecto sin expresión. Envueltos en una piel transparente, puestos en celofán, vaya. ¡Como marcianos! Y nos impedían pasar...

—Algunos quisieron forzar la barrera —porque era una barrera— y los rechazaron. Primero con la mano y luego a culatazos. La multitud no comprendía nada. Hacían preguntas. «¿Qué pasa? ¿Por qué no se puede pasar? ¿Dónde están los centros de descontaminación? ¿Estamos fuera de la zona contaminada? ¿*Estamos fuera de la zona contaminada?*» Pero los polis no contestaban. Se limitaban a golpear...

—Un oficial se adelantó con un megáfono eléctrico en la mano. Nos dijo que retrocediéramos, que de momento era imposible ir más allá, que eran consignas de seguridad y que la zona de enfrente nos estaba prohibida. Retrocedió y los proyectores colocados en los camiones, detrás de los hombres a pie, se encendieron y nos clavaron en la noche, con la espalda contra las casas desiertas. Un muchacho se puso a aullar: «¿Saben por qué no podemos pasar? ¡Porque estamos contaminados! ¡Porque llevaríamos la contaminación a otra parte! ¡Han cerrado la zona contaminada! ¡Y nos vamos a quedar dentro! ¡Vamos a reventar!...» Algunos segundos después todo el mundo se lanzó sobre la barrera de policía. Y entonces...

—¿No se atreve a decirlo, Marie-Françoise? Sin embargo también estaba en el sueño. ¡Entonces los policías dispararon! Dispararon sobre el gentío desarmado y enloquecido que intentaba pasar. Dispararon... Después ya no me acuerdo de nada. Creo que me he despertado.

—Yo también me he despertado. Quizá... quizá me alcanzó una bala... ¡aquí!

(Hundió los dedos rígidos bajo el diafragma.) Sí, tiene usted razón. Dispararon. ¡Se atrevieron! No me acordaba o no me quería acordar. Era al final del sueño y todo estaba muy confuso.

—El final del sueño... ¡Dios mío! ¿Es que un sueño así puede acabarse? Me pregunto...

—¿Sí?

—Me pregunto... Todo lo que he pensado acerca de un posible fin del mundo, de una catástrofe... Me pregunto si la catástrofe no era *eso*, ese sueño... O por lo menos una parte de la catástrofe. Entonces eso quiere decir que no es un sueño, ¿entiende? Que realmente hemos vivido eso... Que la memoria empieza a volvernósmos mientras dormimos.

—¿Cómo podemos saberlo, Dios mío?... Cómo saberlo... Aún veo las imágenes de ese sueño, pero... no puedo relacionarlas a un recuerdo *auténtico*. Es como si... como si me acordara de una película que hubiera visto esta noche ¿entiende? Un filme terriblemente realista que me ha dejado marca y me ha dado miedo, pero un filme de todas formas. Y además ¿cómo relacionar esta catástrofe —y todas las catástrofes posibles— con esas extensiones de campos intactos que hemos atravesado?

—Intactos quizá... pero desiertos. Yo vuelvo a la idea de que todo el mundo ha muerto menos nosotros. Porque algo, no sé qué, nos ha protegido. Algo en nuestra sangre o... ¡cualquier cosa!

—Algo en nuestra sangre... ¡Algo que nos habrían inoculado! Ya ve usted que siempre volvemos a la hipótesis de un experimento en el que seríamos las cobayas. O las víctimas... ¿Qué quieren que hagamos una vez que nos han traído aquí?...

—No sé si nos han traído aquí como usted dice, pero lo que sí es seguro es que estamos atrapados aquí. Mire...

Ella se volvió, miró y corrió al coche para buscar sus gafas. Su cara volvió a la voluntaria dureza mientras sus ojillos oscuros iban y venían detrás de los lentes, barriendo el horizonte cercano.

—Maldita sea..., resopló sin más comentarios.

A cien metros de la playa y cortando en seco la verde superficie de los prados, una nueva barrera de niebla inflaba sus algodonosas volutas.

Era infranqueable, como la otra.

Lo intentaron a pie y tuvieron que retroceder ante el impacto síquico —ese singular bombardeo que les retorció el cuerpo y el alma en una topología del espanto.

Ella quiso forzar la bruma con el coche, otra vez, pero el coche no quiso arrancar. El misterioso motor que tan bien les había servido hasta entonces (a menos que sólo hubiera servido para llevarlos a la playa) estaba muerto. Sin duda definitivamente, porque no había medio alguno de repararlo, de abrirlo o de auscultar sus

componentes. Quizá era falta de gasolina, aunque ¡ni siquiera parecía funcionar con gasolina!

Además, ¿para qué atormentarse con preguntas sin respuesta?

Este primer día lo pasaron explorando sus nuevos dominios e instalándose.

A su alrededor, la bruma formaba un fragmento de círculo de radio muy amplio. A la derecha del coche, es decir, aproximadamente en medio de la zona rodeada, dejaba libre un trozo de pradera de ciento veinte pasos, como de un buen centenar de metros; a medida que uno se alejaba de este centro, hacia la derecha o hacia la izquierda, la curva de la barrera se tragaba una porción de prados cada vez más amplia hasta no dejar nada de ella y morder la arena para alcanzar luego el mar en el que acababa por hundirse muy lejos en el horizonte —a menos que se tratara de un efecto de perspectiva e interferencia de la atmósfera, porque la bruma trazaba allí un círculo perfecto en el que no se adivinaba el otro extremo del redondel.

En todo caso —habían medido la distancia por medio de largas zancadas en la arena donde se imprimía la huella de sus pasos— el trozo de playa que se les concedía tenía más de dos kilómetros de largo. Un espacio considerable para...

¿Para qué, en realidad?

¿Para tomar baños de sol, nadar y broncearse? Ya pensarían en eso al día siguiente. Emplearon el fin de la jornada en sacar todo lo que había en el coche para transportar la mayor parte de las provisiones de boca a la lengua de tierra en que se alzaban los pinos reales. Philippe fue partidario de establecer el campamento allí, primero porque el sitio era bonito y además porque bajo los pinos había gran cantidad de madera seca que les serviría para encender fuego con el que guisar o calentar algunos alimentos. Marie-Françoise se inclinaba más bien a quedarse cerca del coche en el que prefería dormir; pero ambos puntos apenas distaban doscientos metros y llegaron fácilmente a un acuerdo: comerían bajo los árboles y Marie-Françoise dormiría en el coche.

La primera velada a la orilla del agua fue casi agradable. La madera estaba muy seca —quizá aquí no llovía nunca y, por otra parte, Marie-Françoise había tenido la buena idea de traer algunos periódicos; por lo tanto era fácil encender fuego y el que prepararon llameaba claro en la noche bañada por la turbia fosforescencia del mar y la bruma—. Miraron cómo el extraño sol se hundía en el mar sin que se atenuara su luminosidad en absoluto y luego comieron uno de aquellos pollos de la carnicería que no se estropeaban y una de las ensaladas de la tienda de ultramarinos que no se ajaban, todo ello bien regado con agua. Como postre mordisquearon algunas de aquellas cerezas que no se pudrían y escupieron los huesos en la suave hierba de detrás de ellos.

Philippe veía la cara sonriente de Marie-Françoise al otro lado de la cortina de llamas y las bolitas oscuras de sus ojos flotando detrás de las gafas. Muy cerca, a unos veinte pasos, resonaba el mar. Las estrelladas ramas de los pinos trazaban en la noche una red de finas sombras gris claro por encima de ellos, y más arriba aún, el

cielo, sin luna ni estrellas, era negro como la tinta china.

—¿Y si cantara usted una canción? —dijo Marie-Françoise bruscamente.

Él rió embarazado.

—Por lo menos usted no se olvida nunca de bromear.

—¡Qué ceremonioso es usted, amigo Philippe!... ¿Nunca se quita su corbata espiritual? Además, ¡cuerno! Quizá podríamos empezar a tutearnos, ¿no? Después de tanto tiempo... ¡y con todo el que nos queda!

—Como usted quiera —murmuró. Intentó encontrar alguna canción, aunque sólo fuera una tonadilla o por lo menos algunas palabras, no por cantar, sino simplemente para saber si en su cabeza quedaba algún resto de algo que pudiera pasar por canción. Pero en su cabeza no había nada: sólo el fantasma de músicas que se difuminaban cuando creía poder atraparlas, solo el espectro de palabras que se borraban antes de que pudiera revolverlas en la lengua.

Repitió:

—Como quiera —y Marie-Françoise se rió alta y alegremente.

—Se está caricaturizando, Philippe... ¡Ah! ¡Yo también! Tú te caricaturizas, yo me caricaturizo...

Él añadió al cabo de un momento:

—Nosotros nos caricaturizamos.

Pero la conversación se paró allí. No es fácil alimentar una conversación cuando no se tiene ningún recuerdo. ¿De qué se puede hablar? ¿De la familia, de los hijos, de los amigos? Uno no se acuerda de haber tenido una familia, unos hijos, unos amigos. ¿Del trabajo, de las distracciones, de los viajes? Pero uno no tiene trabajo, no se sabe nada de distracciones y los viajes que se han podido hacer son viajes en círculo por el fondo de la cabeza. Entonces ¿de la infancia? Ya no se tiene infancia porque le ha sido robada a uno, como todo lo demás. No se tiene pasado. Ya no se tiene nada. Y como no se tiene nada, no se encuentra nada que decir.

Entonces se instala el silencio, tan pesado como sólo lo puede ser un silencio que reúne a dos seres para separarlos mejor. Entonces baja el fuego, chisporrotea y nadie tiene ganas de alimentarlo con ramas nuevas. Entonces la ceniza enrojece y entre las lengüetas grises y despeluznadas, se abren y se cierran los ojos rojos de la ceniza, irónicos y tiernos, o quizá crueles y cínicos. Ése es el momento de separarse, de ir a acostarse, de dormir con la nariz hacia el cielo y la boca en medio de la pesadilla.

—Creo que me voy a dormir, Philippe...

Marie-Françoise bostezó, se estiró y se levantó.

Él salió de su somnolencia, alejó de sus pensamientos los colores que vagaban en ellos como copos de nieve y se levantó a su vez haciendo crujir las articulaciones de los dedos.

—Usted... tú... yo también. Tengo sueño.

—¿Me atrevo a proponerte mi techo otra vez?

—No, de verdad, no te molestes por mí. Hace tan buen tiempo... Voy a quedarme

aquí.

Ella se alejó con un último adiós y los troncos rugosos ocultaron su silueta en seguida. Él se tendió en la hierba flexible con los pies vueltos hacia el mar. El sueño le cerró los ojos, el tiempo se paró y lo despertó un puñetazo en las costillas.

—¡Levántate, Philippe... Vamos! Date prisa porque se prepara algo feo...

El otro ya se ha ido a sacudir al que duerme en la cama de al lado. Y al de al lado, y al...

En el dormitorio fortificado suenan los gruñidos y las palabras a regañadientes de los que se despiertan a la fuerza, de los que se saca de la cama y de los que están saliendo de un sueño febril.

Philippe se desliza fuera de la cama con sábanas sucias, se sienta, nota dolor en los riñones, tiene vértigo, se levanta y tiene calambres en las piernas y en las manos que le tiemblan.

—¿Qué pasa? —escupe el tipo que está a su lado y cuya cara está deformada por una moradura que le cubre toda una mejilla hasta la sien y que quizá sea debido a un mal golpe, o a un tumor solar.

—No lo sé, chico. Parece algo feo...

Ya están todos de pie, han cogido el fusil o la metralleta, las culatas resuenan lúgubrementemente, los gestos son febriles y los ojos están inquietos.

Otro tipo entra en el dormitorio fortificado; es alto y calvo, lleva una larga barba negra en abanico y un chaleco antibalas abrochado sobre el torso en el que relucen dos cartucheras cruzadas. Es el patrón... el jefe. El responsable de la comunidad.

—Callaos ahí dentro y escuchad un poco. Fuera hay tipos que se acercan. Bien equipados. Cinco camiones. Pueden ser doscientos tíos como máximo. Creo que sólo quieren charlar, voy a intentar averiguar lo que tienen en la barriga, pero hay que estar preparados para todo. Así que cada uno a su puesto y cuando dé la señal cada uno a su blanco... ¿Preguntas?

Durante un momento se oye volar a las moscas —literalmente— en el dormitorio fortificado, las gruesas moscas azules y verdes que se multiplican, que entran por todas partes a pesar de los filtros y los enrejados, que resisten a los insecticidas, que pican, que chupan la sangre y transmiten toda clase de porquerías. ¡*Tap!* Se aplasta una (horrible amasijo negro y rojo sobre el brazo o el torso) y hay diez más atormentándole a uno, dando vueltas y vueltas alrededor de la cabeza de uno, esperando el momento propicio para posarse dulcemente en cualquier trozo de carne al descubierto (que no es difícil de encontrar con tal calor...) y a colocar allí su trompa urticante.

¡*Tap!*

Una menos.

—Dime... —se decide a preguntar uno de los hombres—. ¿Crees que son

cazadores de carne?

El barbudo se encoge de hombros.

—Es posible, hermano. A menos que quieran la barraca. O que estén reclutando gente para otro sitio. De todas formas...

Siii. Han comprendido. De todas formas o se largan amablemente o se arma. ¡*Tap!* Una más. Pero las hay a miles. Los hombres se dispersan por los corredores fortificados del puesto fortificado y cada uno gana su sitio, cada uno se encoge detrás de su tronera o se tumba contra la abertura cónica de las fortificaciones en las terrazas fortificadas.

Apenas son las siete de la mañana, pero el sol horizontal ya cae a plomo sobre el suelo reseco y abrasado. Más allá, a quinientos metros del puesto, los camiones grises se han distribuido a los dos lados de la carretera que viene del este, justo detrás del cerco de alambre de púas. Están en la buena posición, con el sol a la espalda, mientras los defensores lo tienen de lleno en los ojos. Malo. Philippe monta su carabina, un arma vieja, de pólvora, un Winchester de coleccionista que sólo es eficaz a doscientos metros. Guiña los ojos e intenta ver lo que pasa por el lado de los camiones. Parece que varios hombres han bajado de ellos y se amontonan al otro lado de los barrotes de la puerta. Las lanzas de titanio del sol hurgan por la piel agrietada del suelo en el que ya no crece nada; en mitad del terreno despejado se alzan las poleas, los andamios y los aparejos de los pozos secos que ya han dejado de cavar. *¿Dónde estará Marie-Françoise?* Quizá abajo, en los sótanos blindados transformados en enfermería de emergencia y guardería para los niños.

—¡Apunta! —le grita el hombre que está a su derecha entre dos almenas de ladrillo apuntaladas con sacos terreros—; el viejo ha enviado un parlamentario...

En efecto, el hombre avanza por el camino que conduce al pórtico de la alambrada. No va armado pero tampoco lleva bandera blanca; esas cosas ya no tienen vigencia. Philippe no aparta los ojos de él. El hombre (es seguro que lo conoce, pero a esta distancia no distingue bien la silueta desdibujada por la aureola solar que lo azota y lo rodea) tarda mucho en alcanzar la entrada y mucho más aún en parlamentar con los visitantes —aún no se debe pensar: con los invasores...

La espera —ese tipo de espera— es insoportable; se diría que el tiempo ha dejado de correr y debe ser verdad, porque el maldito sol de mierda no quiere despegar de la línea del horizonte incandescente y se queda allí deshaciendo las colinas y consumiendo su hidrógeno en un bombardeo vibratorio que no deja de enviar a la retina puñados de fotones en astillas. Pero... ya vuelve el mensajero. ¡Tiene aire de llevar mucha prisa, el hermano! Corre, corre cada vez más deprisa y hace zigzags por la pista. Comienzan a restallar algunas detonaciones secas. ¡Le disparan! Los puercos... ¡Vamos, corre, hermano! ¡No te dejes pillar por esos mantas! ¡Vamos, salta! Pero, dóblate, ¡por Dios! Tienen metrall...

Bueno, no has corrido bastante, hermano. Nadie puede correr más que una bala, ¿sabes?

El mensajero no ha avanzado ni cien metros cuando se le ha visto dar un salto hacia delante que termina en una voltereta desarticulada sobre el suelo calcinado. Desde lejos los defensores tienen la impresión de que una nubecilla de polvo se escapa de su cabeza, pero no es polvo, sino una salpicadura de sangre mezclada con hueso y masa encefálica destrozados. Después empieza el lío. El verdadero lío.

Los asaltantes han hecho saltar una parte de la cerca y los camiones avanzan hasta debajo de los muros, al abrigo de los disparos directos. Unos veinte han hecho el trayecto a pie, desplegados en abanico y disparando sin parar hacia las almenas que ya están bajo el fuego de dos morteros de campaña. Una verdadera organización militar con su correspondiente táctica y armamento. Algunos de los invasores han caído antes de llegar a los muros, pero varias cargas de dinamita han hecho las brechas necesarias para invadir el puesto. La única ametralladora que hay ha cantado un largo momento con su ritmo característico antes de callarse. Inmediatamente ha empezado la batalla habitación por habitación y pasillo por pasillo, con pistolas, granadas, cuchillos, hachas, horcas, puños, uñas y dientes. Los asaltantes no dan cuartel porque lo que quieren es carne, *nuestra* carne. Yo bajo a la cava para encontrar a Marie-Françoise y uno de ellos surge bruscamente en la escalera ante mí, con los brazos ocupados por dos bebés; los bebés son lo mejor de todo porque tienen la carne más tierna y más jugosa. Mi Winchester ha ladrado automáticamente y le he acertado en mitad del pecho, pero al mismo tiempo el brazo de uno de los bebés ha sido arrancado. ¡Marie-Françoise! He rodado hasta la cava y allí todo está saqueado, hay sangre en las sábanas y en las paredes y algunos cadáveres por el suelo; en el cálido hedor las moscas revolotean y zumban; tienen tanto que comer que ni siquiera se han ocupado de mí. Marie-Françoise no está allí y he vuelto a subir; los dos críos estaban aún en el suelo, a través del cuerpo del tipo que yo he dejado seco; el que alcancé estaba desmayado o muerto y el otro chillaba de espanto o de dolor. Pero no he podido pararme porque tengo que encontrar a Marie-Françoise y he corrido a través del puesto en el que los tiros ya se hacen escasos; algunas balas me han maullado en los oídos y un tipo ha querido interponerse en mi camino, pero lo he batido con un culatazo bien colocado; he atravesado una capa de humo bajo que trepaba por el patio cubierto y que viene de las salas comunes, allí donde los puercos han provocado indudablemente el incendio, y por fin he encontrado a Marie-Françoise, viva, trepando por detrás del establo. Me he aplastado contra el suelo a su lado y nos hemos quedado un buen rato en silencio, escuchando y recuperando el aliento.

—Con un poco de suerte podemos escapar por ahí, susurra. Ven...

Se echó a la espalda el Sten que hasta ese momento llevaba apretado contra el pecho y lo arrastró por un pasaje que se unía a una canalización semicilíndrica de cemento que, en otros tiempos, servía para arrojar fuera las aguas sucias del establo. En seguida estuvieron fuera de los muros. Habían abandonado el puesto por el lado oeste, el opuesto a lo más fuerte del ataque, y, por milagro, no los vio nadie porque los asaltantes estaban indudablemente muy ocupados robando, violando y ejecutando.

Corrieron durante un kilómetro, más o menos, en el tórrido calor del mediodía antes de derrumbarse tras una granja en ruinas, contra la grupa pelada de una colina. La sed les desecaba las fauces y sus cuerpos, ya poco hidratados, no eran más que tuberías de cobre por las que corrían olas de fuego líquido que los consumían. Las moscas armaban a su alrededor la acostumbrada zarabanda, pero ya no tenían ni fuerzas para espantarlas. Se lanzaban en un grupo compacto contra la garganta, el brazo o la nuca, zumbando ferozmente y barrenando las carnes con la trompa en busca de los jugos que las hacían vivir. A veces un agudo chirrido señalaba el breve enfrentamiento de dos dípteros que se disputaban un centímetro cuadrado de piel.

—Beber... vamos a reventar aquí..., gimió Marie-Françoise.

—Escucha... ¿no oyes nada? Parece... el mar.

—¿El mar? Estás de broma... El sol te ha dado demasiado en la cabeza, pobre amigo...

Philippe se alzó del suelo en el que estaba aplastado haciendo un esfuerzo gigantesco y consiguió ponerse de rodillas. Delante de él ondulaba la curva de la colina, se enturbiaba en la violencia mineral del llamear del sol. La maciza concavidad se hundió en silencio, como minada, y en su lugar apareció un plano horizontal de agua con tranquila majestuosidad. Los insectos se fueron como flechas por la atmósfera recalentada y parecieron disolverse. El calmoso alargamiento de la resaca sobre la arena se superpuso a su zumbido.

—Marie-Françoise...

Ella se levantó a su vez. En el movimiento que hizo para enderezar su grueso cuerpo, la correa del Sten se le deslizó del hombro. Quiso rescatar el arma, cerró los dedos sobre una sombra que se derramó en la arena, se confundió con ella, se ahogó en ella. También el Winchester se había evaporado y las últimas moscas se hundieron en la bóveda azul del cielo y en seguida no fueron más que un punteado, pájaros de alta mar que vigilaban la tierra desde muy arriba. Un fragmento de colina ocre tapó durante algunos segundos todavía el horizonte azul, colocada en equilibrio inestable sobre el vacío como una referencia a Magritte, y luego se diluyó en la luz.

Se les borró la sed hasta no ser más que un ligero recuerdo en sus gargantas. El calor desapareció en el aire sombrío que volvió a tener la incolora tibieza a la que estaban acostumbrados. Sin duda podía pensarse que no había cambiado nunca. Se volvieron a sentar en la arena, uno al lado de otro, ante el mar que golpeaba la orilla a veinte pasos. Marie-Françoise se volvió hacia él, cruzó los dedos sobre su hombro, se inclinó y apoyó la frente en lo alto de su brazo. Se quedó así durante largo tiempo, postrada, buscando quizá en el contacto con su carne un consuelo que no podía darle de otra manera. El sol vertical rielaba en el cielo y los lejanos pájaros lo cubrían pacientemente con un mensaje en morse. Marie-Françoise se puso derecha, se cogió la barbilla con las manos y contempló el mar como lo hacía él. La revuelta espuma babeaba en la lisa arena y, al retirarse, dejaba una gran sombra que se diluía en seguida; luego volvía a espumear con ruido de champán. Estuvieron mucho tiempo

así; el sol empezó a bajar hacia el oeste, no tenían hambre, no tenían ganas de hablar y, simplemente, dejaban correr el tiempo.

—Tengo ganas de bañarme —dijo Marie-Françoise.

Se levantó, se estiró y, durante un momento, hizo un complicado juego con las manos en el que los dedos participaban como segmentos simples y autónomos.

—¿Viene?

Se quitó las gafas y las deslizó con cuidado en el bolsillo del pecho de la camisa y luego, con resolución, se quitó el jersey rojo y lo dejó caer en la arena.

—Yo... no tengo bañador —suspiró él.

Ella se quitó el pantalón y lo dobló cuidadosamente sobre la arena, al lado del jersey.

—Yo tampoco tengo bañador —dijo un poco brutalmente, imitando al final de la frase su tono cantarín y quejoso.

Él la miró furtivamente; tenía los muslos gruesos y pálidos con algunas venas violeta que resaltaban en la cara interna. Ella le devolvió una turbia mirada de miope y se desabrochó la camisa negra. Él volvió la cabeza cuando ella retiraba las solapas sobre la avalancha de su pecho blando y graso.

—¿Siempre tan anticuado? —le lanzó con ironía—. Querido Philippe, me gustaría mucho conocer su pasado... Debe estar lleno de educación y de frustraciones.

Con el rabillo del ojo la vio quitarse el *slip*. Un calor sordo le nació en el bajo vientre. *¿Y si me tirara encima de ella y la violara? A lo mejor se haría menos la orgullosa, la muy incordiante...* Recogió las rodillas bajo la barbilla porque sintió cómo el sexo se le endurecía bajo el pantalón. *A mí no me gusta esta buena mujer. Es vieja, fea, habla sin parar, no deja de criticarme y siempre tiene razón. El que estemos atrapados juntos no quiere decir que...*

Carraspeó sintiéndose ridículo de pronto. Todos sus resentimientos se desvanecieron.

—Ese... ese sueño te ha trastornado, Marie-Françoise. Ni siquiera me tuteas ya...

Ella había ido hasta el filo del agua y lo tocaba con los dedos de los pies. Dio unos pasos hacia él con las manos en las caderas.

—¿Un sueño? ¿Un sueño eso?... ¡Si era más real que la realidad! De todas maneras tengo ganas de mojarme después de eso. De lavarme...

Él la miró detalladamente, sin vergüenza; los senos demasiado grandes, cuyas pesadas bolsas, hinchadas y pálidas se balanceaban a nivel de las costillas inferiores, el talle que le hacía un ligero michelín de carne a ambos lados del ombligo, el vientre abombado que se hundía en un triángulo negro y rizado cuyos retoños llegaban hasta el ano y la parte alta de los muslos, las piernas demasiado cortas, las rodillas prominentes y rosadas y las pantorrillas musculosas por las que serpenteaban las

venas a flor de piel. Nada de aquello era especialmente excitante. *¡Y sin embargo te excitas, amigo!* A esta imagen viva superpuso una imagen de papel con los mismos senos voluminosos y el mismo sexo como un abrigo de piel rizada, una imagen que, algunos días antes, había despertado violentamente su libido perdida. Su cerebro empezó a enviar al cuerpo una orden de movimiento, pero Marie-Françoise ya se había vuelto y volvía al mar; él solo pudo seguir con los ojos el movimiento de las gruesas nalgas; entró en el agua que le llegó hasta las rodillas, hasta los muslos, hasta las caderas.

—¡Ten cuidado! —le gritó cuando ella se lanzaba hacia delante en la espuma.

Ella dio algunas brazadas, se volvió de espaldas y golpeó las olas con los pies.

—¿Crees que me voy a ahogar? Nado como un pez... ¡Cuando me haya calentado bien llegaré hasta alta mar para ver si allí se cierra la bruma!

—De todas formas ten cuidado...

La oyó reír y la siguió con la vista mientras ella se lanzaba a una serie de movimientos con los brazos que la alejaron unos cincuenta metros. Luego hizo la plancha un momento y él vio su cuerpo bailar en las olas. Le había desaparecido el deseo y se sintió aliviado. *Pero esta tarde o mañana tendré que...* Se levantó y dio algunos pasos indecisos por la arena. A la derecha, la resaca arrojó una bolita oscura encaramada en numerosas patas que corrió hacia él torpemente. Era un cangrejo. Se inclinó hacia él, interesado por la aparición del crustáceo. En un mundo en el que las manifestaciones animales eran muy escasas, esta presencia era al mismo tiempo incongruente y, de una manera imprecisa, tranquilizadora. Quiso tocar al cangrejo que se había inmovilizado muy cerca de su pie derecho, pero, mientras adelantaba la mano, el cangrejo pareció aumentar de volumen repentinamente, cambiar de forma y de color y se convirtió en un objeto rojizo erizado de pinchos que lo miraba hostilmente con el extremo de sus ojos pedunculados, negros y brillantes. Suspendió el gesto y retiró la mano. Pero el cangrejo acababa de ser atrapado por una ola y siguió al agua cuando se retiraba. Se había equivocado; no era más que un cangrejito de nada, una bolita oscura que ni siquiera tenía el tamaño de la mano.

Aún veía, a lo lejos, la silueta de Marie-Françoise jugando en las olas. Debía tener razón e indudablemente no corría peligro alguno. Volvió la espalda al mar, atravesó el bosquecillo de pinos en el que las cenizas del fuego de la víspera contrastaban con la hierba tierna y se metió en un pequeño macizo de arbustos y matorrales que era comido por la bruma un poco más adelante. Sentía pesar sobre sí la repulsiva fuerza que lo impedía avanzar más allá de cierto límite, pero al estar sin contacto visual con la bruma gracias a los espesos ramajes, encontró la presión soportable. En un hueco descubrió con sorpresa una minúscula fuente que se filtraba entre dos piedras y llenaba un charquito de agua de perfecta transparencia antes de desaguar en una estrechura escondida entre las ramas por la que desaparecía cantando. Probó el agua que era insípida pero pura. Era un hallazgo importante porque no hubieran ido muy lejos con los cinco litros de la garrafa. Si se prolongaba su estancia aquí, por

supuesto...

Volvió lentamente hacia el coche, andando paralelamente a la bruma tan cerca como podía hacerlo sin sentir demasiado vivamente su influjo. Ya en el coche, cogió el block de papel y los lápices que estaban en la guantera y se puso a garrapatear. El sol llameaba a plomo ante él; debían ser entre las cuatro y las cinco de la tarde. Le había vuelto el deseo de saber la hora exacta y echaba de menos el campanario. De vez en cuando percibía, en el centelleo del agua azul, el puntito negro de la cabeza de Marie-Françoise que flotaba, irreal. En el cielo los pájaros marinos describían amplios círculos con el centro de equilibrio cada vez más bajo, como si hubieran querido seguir al sol en su caída y tocar agua al mismo tiempo que él. Acabó su dibujo y lo contempló con satisfacción. Había hecho un croquis de su nuevo dominio, la playa, el mar, la hierba y la bruma. Era mucho más fácil que el pueblo. Poco después llegó Marie-Françoise y él la vio salir del mar, retorcerse el pelo, recoger su ropa e ir hacia él. Tenía el cuerpo constelado de perlitas de agua y el vello pubiano, mojado, dejaba aparecer la blanda hendidura del sexo.

—¡Qué! ¿Estaba buena?

Ella alzó los hombros, hizo una mueca y dejó caer descuidadamente la ropa sobre la hierba, hecha un paquete. Otra vez era una joven que hubiera podido ser deseable —pero el deseo había huido y no volvía.

—Así, así... He nadado como una loca. No puedo más. Este agua ni fría ni caliente, que no se pega al cuerpo, da una impresión rara, de verdad.

—¿Y la bruma?

Ella había sacado una toalla de la maleta y se secaba la cara, los brazos y el torso.

—No lo sé. No he visto nada. Quizá no se prolonga hasta alta mar. O sólo unos kilómetros... Y usted... ¡y tú! ¿Qué has hecho tú?

Se estaba secando el vientre, las nalgas, la entrepierna y los muslos; él le habló de la fuente y le enseñó el dibujo que había hecho. Ella sacó de la maleta un *slip* verde pálido y translúcido excepto en el lugar correspondiente al sexo donde había una piececita de tejido blanco y se lo puso; luego escogió un vestido entre los tres o cuatro que había traído y se lo enfundó. Era un vestido violeta de mangas ahuecadas que le hacía una silueta enteramente nueva, más joven y más elegante. Aquello lo asombró, quiso decir algo pero se calló por miedo a parecer estúpido. Marie-Françoise se volvió a poner las gafas y se tumbó en la hierba con las manos cruzadas detrás de la nuca. No parecía deseosa de entablar conversación, así que él volvió a coger sus lápices y garrapateó un momento; pero el resultado de sus esfuerzos no parecía satisfacerle porque desgarró y arrugó las dos hojas que había utilizado. Un poco más tarde comieron bajo los pinos.

—Crees... ¿crees que otra vez vamos a soñar algo como lo de esta noche?

Estaba nerviosa desde hacía un momento y sus manos trazaban las complejas figuras de un rito exorcista de geometría no euclidiana entre sus rodillas y su cara. Él se contentó con separar los brazos. Ella rodeó el fuego que chisporroteaba y fue a

sentarse muy cerca de él.

—¿Y si no durmiéramos? ¿Y si intentáramos resistir al sueño? Hasta el alba... Quizá podamos. Entonces no caeríamos en esas pesadillas espantosas...

Le lanzó una bocanada de humo de su cigarrillo en plena cara; no había tocado el tabaco en todo el día, cosa excepcional, pero en cuanto cayó la noche volvió a ponerse a fumar, casi encendiendo un cigarrillo con otro.

—¿Qué dices a eso?, ¿eh? ¿Qué dices?...

—No sé... contestó débilmente. ¿Cómo podríamos aguantarnos el sueño?

—Cómo, cómo... ¡Hablando! Cantando. ¡Haciendo el amor!

—¡Marie-Françoise!...

—¿Tienes miedo de dejarme embarazada o me encuentras demasiado fea? No hay mucho que hacer en el segundo caso, pero en cuanto a lo primero... (se golpeó varias veces el vientre con la mano abierta)... no habría ningún peligro. Tengo el cuerpo muerto... Mis ovarios y todo lo demás, pfff... se han vuelto tan secos como el plástico. Lo sé. Una mujer nota esas cosas. Una mujer forma un todo con su cuerpo. No es como un hombre, que tiene la cabeza en un sitio y las cosas en otro. ¿Sabes? No creo que de hecho haya llegado a la edad de la menopausia, pero estoy segura de que, mientras estemos en este... en este estercolero, bueno, no tendré la menstruación. Me pasa como a ti, que no te brota la barba. Bueno, oye, ya he acabado el discurso. Vamos a intentarlo por lo menos ¿quieres? ¡Hombre! Vamos a cantar. Tiene que haber alguna canción que podamos recordar los dos. O la inventaremos si hace falta...

Muy decidida, cogió la mano a Philippe, entrelazó los dedos con los suyos y apretó. Las dos manos formaban un bloque, un sólido conjunto de carne y huesos unidos por la voluntad humana. La piel de su palma era a la vez suave y firme en la suya y él apretó también, firmemente, esta mano voluntariosa que tomaba y ofrecía al mismo tiempo.

—Mira, ésta... Escucha:

*Es la lucha final
Unámonos y mañana
La Internacional
Será el género humano...*

Su voz estruendosa subía en la noche, el aire era marcial y ella marcó el ritmo con sus manos unidas.

—Ya no sé más, pero quizá me voy a acordar. ¡Vamos, canta! Así, si nos dormimos...

Él unió su voz a la suya, primero tropezando en las palabras y desafinando en la música, luego más seguro y consiguiendo aunar las notas con la canción. Volvieron a empezar diez veces, veinte veces, hasta que el lejano resplandor de la bomba

termonuclear los iluminó por un lado, esculpiendo su sombra negra en el resplandeciente jade de la pradera.

Hundieron las caras en trapos mojados, dejaron de respirar y se agazaparon contra el suelo para evitar la onda de choque y el violento ataque del ciclón rasante que arrastraba consigo trozos de muro, techos arrancados, árboles deshojados, animales descuartizados, miembros y órganos humanos, vehículos aplastados, muebles destrozados, tuberías, canalizaciones, cables rotos y toda clase de basuras, escombros, escorias, piedras, grava y arena pulverizada.

El ciclón se debilitó y pasó, pero el viento siguió soplando a rachas, desmochando el borde de la trinchera. El cielo era negro como la tinta y se puso a llover, una lluvia seca y oscura que se pegaba a la piel, una lluvia de ceniza, desolada y tibia, que se metía en la garganta y hacía toser.

Huyeron hacia el oeste con los trapos mojados sobre la cara, corriendo por la llanura de ceniza salpicada de edificios ciegos y desmantelados. Tras ellos llameaba todo el horizonte y el hongo de la bomba, como un árbol nudoso y venenoso, retorció en el cielo de ceniza su tronco macizo y las volutas de sus ramificaciones en las que centelleaba esporádicamente una ávida hoguera del color de las frambuesas demasiado maduras.

Tosiendo y con la espalda enrojecida bajo los harapos quemados de la ropa llegaron al borde del mar hacia la mitad de la tarde. Se derrumbaron sobre la arena, faltos de aliento, desesperados y horrorizados. Por encima de sus cabezas el cielo se abrió en dos con una risa azulada. La ceniza dejó de caer y algunos pájaros marinos de grandes alas blancas bajaron en picado hacia las olas azules que lamían pacientemente la playa en la que sus cuerpos imprimían un hueco. Las nubes de hollín se difuminaron por completo y el sol les picó en los ojos y bañó sus cuerpos de luz transparente.

Se sentaron en la arena, se quitaron los trapos que les cubrían la cara y respiraron el aire puro y sin efluvios del recobrado mar. El vestido violeta de Marie-Françoise y la camisa amarilla de Philippe estaban desgarrados por la espalda, socarrados por algunos sitios, y tanto sus cabezas como sus miembros estaban cubiertos de ceniza.

Se desnudaron y fueron a lavarse en el mar, él sin remolonear esta vez. El mar, ni frío ni caliente, los agitó e hizo desaparecer de sus cuerpos la suciedad nuclear. Pero en el agua, que ayer era tan pura, flotaban manojos de algas rojas que venían de alta mar; a veces rozaban a los nadadores y se les adherían a la piel en un abrazo pegajoso y dulzón: Salieron en seguida del agua al mismo tiempo que tres cangrejos oscuros que se quedaron en círculo sobre la arena, como si los vigilaran. Ante ellos, muy lejos en la atmósfera translúcida, por encima de la barrera de niebla, el hongo atómico vacilaba, palidecía, se apagaba, renacía como dotado de una voluntad tenaz y rehusaba abandonar el decorado.

Cuando volvían hacia la hierba, un pájaro blanco, una gaviota o un albatros, se lanzó hacia el suelo con un grito agudo y prolongado, rozó la arena, atrapó con el pico uno de los cangrejos y se lo llevó al cielo para darse un crujiente festín en pleno vuelo. Los pájaros marinos, cada vez más numerosos, llenaban la bóveda celeste dando vueltas, entrecruzándose y tejiendo con las alas una red continua que retenía los trinos ininterrumpidos de sus chillidos.

Fueron a sentarse en la hierba sin creer que valiera la pena vestirse otra vez.

Por la tarde comieron poco y únicamente fruta, y hablaron menos aún; pero bebieron largamente con la boca en el agua que brotaba de la fuente, al abrigo de los fantasmas, en el centro del pequeño claro protegido por los tupidos arbustos. Era un sitio tranquilo y aislado del exterior. Pero la naciente noche los echó de allí y, mientras apartaban las ramas bajas para deslizarse fuera de aquel rinconcito del paraíso, una serpiente larga y negra les cortó el camino reptando por la hierba.

Encendieron un gran fuego bajo los pinos. Esperaban. Sonaban disparos perforando la noche, primero esporádicos y luego cada vez más frecuentes y cercanos. Cuando llegó el alba, grandes barcos de guerra estaban anclados en el mar y los pontones de desembarco raspaban el fondo con sus quillas cuadradas. El ejército atacó en la costa bajo el cañoneo. Los soldados eran muy morenos, llevaban turbantes y su bandera tenía una luna creciente y una estrella. Geysers majestuosos se elevaban del agua cuando un obús chocaba con las olas. Un pontón, alcanzado de plano, se abrió con un áspero maullido de acero caliente. Un gran carguero dejó salir carros anfibios de su vientre que atravesaron la playa cavando un doble surco estriado, aplastaron la pradera y se hundieron en la bruma que quizá ya no era LA bruma, sino simplemente una barrera de fumígenos. Unas ametralladoras invisibles empezaron a disparar, *tac-tac-tac-tac-tac*; las balas silbaban rabiosamente en el aire trazando en la arena o en el agua fugaces hileras de conos pulverizados y alcanzando a veces a uno de los invasores que se balanceaba hacia atrás con el pecho embarrado y cara de asombro. Los helicópteros se movían por el cielo, colgados encima de la invasión por el resplandeciente círculo de sus alas. De pronto los rodearon motas de humo y una de ellas, luego dos, luego tres, se encogieron y explotaron en el suelo; otras retrocedieron a alta mar.

Con la bayoneta en las costillas, Philippe y Marie-Françoise fueron empujados hacia delante por guerreros que les gritaban frases que no comprendían, les hicieron arrodillarse, les ataron las manos y les hicieron trepar a jaulas de hierro cuya puerta enrejada se cerró tras ellos; tuvieron que quedarse así, doblados hacia delante, con las rodillas contra el pecho y la cabeza colgando y soportando un calvario de sufrimientos.

Cazabombarderos supersónicos, llegados del interior de las tierras, bajaron en picado hacia los asaltantes y cubrieron el terreno de metralla, cohetes, bombas de napalm y bombas de casquillo. La playa se convirtió en un infierno de llamas, humo y explosiones. La batalla duró hasta la noche; entonces hubo una tregua que volvió a

dar al ambiente una apariencia de paz aunque capas de humo espeso y bajo se enganchaban a las rocas destrozadas, a los troncos rotos de los árboles y a las carcasas reventadas de los tanques. Las cuerdas y los barrotes de las jaulas se hicieron ligeros como la niebla, pero Philippe y Marie-Françoise sólo tuvieron fuerzas para dejarse caer sobre la arena y estirar sus cuerpos rígidos de agujetas.

Los tres días siguientes, ilusiones, pesadillas, fantasmas y realidades se hicieron indiscernibles.

Lllaman a la puerta. Se aprietan uno contra otro, él palidece y ella intenta más bien tranquilizarlo. *Qué quieres que...* Golpean la puerta. *¡Abran! ¡Policía!*, entonces él va hacia la puerta, *Aquí no hay nada que pueda...* y cuando descorre el cerrojo, la puerta, empujada con violencia, le golpea la cara, él retrocede algunos pasos con las manos en el rostro y la mano se le humedece con el rojo de la sangre que le brota de la nariz. Los hombres han invadido la habitación, dos, tres, cuatro, vestidos de paisano, con revólveres y metralletas que apuntan a su vientre. *Les conviene no pasarse de listos, si no...* y comienzan a registrar la única pieza, abriendo cajones y volcándolos en el suelo, desgarrando las ropas, rompiendo la vajilla. *Pero díganos por lo menos lo que ustedes...* ella recibe una bofetada que hace volar sus gafas a través de la habitación, *¡Cierra el pico!* y un hombre pisa concienzudamente las gafas hasta que los cristales quedan completamente hechos trizas; revisan papeles, desencuadernan libros, vuelcan muebles. Uno de los hombres, el que lleva la nuca afeitada y grandes bigotes, enarbola triunfalmente un periódico que ha encontrado detrás del fogón. *¿Y esto? Comunistas, ¿eh?* Entonces les llueven golpes, puñetazos en la cara, patadas en el vientre y en la entrepierna, culatazos en las costillas. *¡Venid por aquí que os arreglen las cuentas! Todavía hay sitio en el estadio, a menos que os pongan inmediatamente contra el muro...* Les empujan hacia la puerta, pero otro hombre desgarrá de un solo golpe la blusa de ella y sus senos escapan hacia abajo, yendo a balancearse al nivel de las costillas inferiores. *¿No nos la podríamos tirar antes?* La cogen entre dos mientras ella grita y los insulta con las faldas alzadas y arrancado el *slip* verde pálido con una pieza blanca en el lugar del sexo; hay manos que arañan y perforan, penes demasiado blandos para usarlos y entonces el gollete de una botella, horrible, horrible. La calle asfixiante de calor húmedo, con tres edificios que arden, crepitar de las altas llamas empenachadas de humo negro y rugiente, cemento que estalla, hormigón que se funde al calor, lluvia de ceniza que se pega a la piel y a la ropa y empolva los cabellos. *¡Moveos, carroñas!* Pasan junto a dos cuerpos enredados y tumbados a través de la calle negra de ceniza, una mujer y un niño, quizá madre e hijo. Dos grandes ratas oscuras están atareadas sobre los cadáveres, una de ellas hurga metódicamente en las entrañas abiertas, la otra explora una órbita, inclinada sobre la cabeza del crío. Al paso de la ruidosa tropa que golpea el suelo en su apresurado avance (*Moveos, carroñas*) las ratas ni siquiera se molestan porque están acostumbradas a los vivos y a los muertos y simplemente siguen a la tropa con sus ojos cruelmente inteligentes. *¡Aquí!* La tropa tuerce por una calle en la que están aparcados varios camiones militares cubiertos con bacas. En el suelo hay treinta o cuarenta prisioneros tendidos boca abajo y con las manos cruzadas sobre la nuca. Unos policías montan guardia, negros, completamente negros, con el fusil en la mano y máscaras antigás sobre la cara, ojos de insecto, hocico de cerdo. *¡Al muro!*, grita un oficial. *¡Ya está! ¡Nos van a fusilar!*, gime una mujer que forma parte del grupo de

los recién llegados. *No, no...* tartamudea un hombre, quizá su marido, o un desconocido y, en efecto, no es eso, sólo los van a registrar y los obligan a apoyarse contra un muro con las manos extendidas contra la pared y los cuerpos a cuarenta y cinco grados; manos que los recorren con rudeza, por placer (parada sobre las partes genitales, brutales caricias en los senos de las mujeres) y para humillarlos, pues saben bien que no tienen armas. El camión va dando tumbos por la calzada llena de escombros, muebles reventados, arrojados por las ventanas y dejando escapar ropas y lencería, libros amontonados, coches particulares incendiados, cascotes y cuerpos negros de sangre derramada. A veces suenan tiros en haces de fuego más o menos largos, grupos de hombres se amontonan con las armas dispuestas en las esquinas de las casas, polis, milicianos, terroristas, grupos armados de extrema derecha o de extrema izquierda. Una ráfaga agujerea la baca del camión, él la aprieta contra sí. *¿Estás bien?*, sí, ella está bien, pero un poco más allá otra mujer ha caído contra el asiento de madera y ya no tiene cara, sólo una masa rojiza en su lugar con el bulto blanco de un globo ocular reventado que cuelga al final del nervio óptico. A su lado hay un hombre de edad que con una mano se ha agarrado el otro brazo que cuelga con el húmero destrozado; aprieta los dientes para no gritar de dolor pero no sirve de nada, el dolor puede más que él y va a gritar. La fila de camiones ha salido de la ciudad y ahora serpentea en un suburbio lleno de violencia; hay tanques emboscados en jardines privados, gruesos escarabajos verdes apoyados contra los edificios reventados y con el cañón como un espolón disparando de vez en cuando sobre blancos invisibles. Una torre gigantesca, cuarenta pisos, cincuenta pisos, arde apaciblemente como una gigantesca antorcha plantada en medio de las volcadas serpentinas de un transformador de múltiples canales, llama única a la gloria de las nuevas olimpiadas del cataclismo. El estadio, capaz de contener 80.000 personas, ya alberga 200.000, o quizá 300.000, las gradas están llenas, el césped está lleno y pasan cosas en el subsuelo, en las dependencias del óvalo de cemento. Son 200.000 o quizá 300.000 y aún siguen llegando a cada momento en camiones abarrotados. Harapientos, lívidos, con miedo en la cara marcada ya por los golpes y las violaciones, son empujados fuera de los camiones y tienen que correr entre las filas de soldados, polis y milicianos. *¡Deprisa! ¡Deprisa!*, que aúllan órdenes e injurias, les dan culatazos al pasar, les hacen tropezar extendiendo una bota a través de sus piernas cansadas. Acaban por pegarse a los otros que ya están allí desde hace uno, dos, tres días o más. Huele a sudor, a mugre, a orines, a sangre, apesta a miedo y angustia que también se lee en los ojos aterrados, ojos que no se atreven a mirar de frente, ojos que se cierran, ojos, por el contrario, locos que miran fijo y sin ver nada más que un trozo de eternidad recortado como una ventana en la multitud que fluctúa agitada con un lento movimiento browniano. *¿Qué va a ser de nosotros? No lo sé. ¿Qué nos van a hacer? No lo sé. ¿Qué...? No lo sé.* Hay que hacer cola durante dos horas, tres horas, ante los escasos grifos para apagar la torturante sed, para pasarse un poco de agua tibia por el cuello y las manos, para hacer como que se lava uno el

sudor de la angustia, para simular que se alivia el calor de plomo que cae del cielo en cenizas, al que el sol no asoma desde hace semanas o quizá meses, pero que, a pesar de todo, no deja de resplandecer en la asfixiante humedad que es como una placa de acero incandescente. Hay cuerpos tendidos sobre la hierba pisoteada o acostados a través del graderío; estos últimos ya no tienen nada que temer porque han alcanzado la última meta y la sed, el hambre, el miedo y la enfermedad han dado cuenta de su mecanismo biológico; los que aún siguen vivos saltan indiferentes por encima y a veces pisan la carne blanda o ya rígida. Bandadas de cuervos que han abandonado los tórridos campos planean por encima del estadio y picotean a un muerto, a un agonizante, a un dormido, hunden el coriáceo pico en la carne roja, disputan, vuelven a subir piando de cólera y de frustración cuando algún grupo encuentra aún energías para echarlos a puñetazos o a palos. Las ratas, cada vez más numerosas, cada vez más atrevidas, asoman el hocico tembloroso por las troneras del estadio, las agudas garras, los gruesos cuerpos de pelo brillante; en general aparecían por la noche para hacer rápidas y sangrientas incursiones, pero ahora se atreven también a andar durante el día por entre los graderíos, buscando los muertos recientes y mordiendo el talón o la pantorrilla de los vivos que se interponen en su camino. Y las moscas. Gordas, bordoneantes y con el azul abdomen reluciente. Por cada una que se aplasta, ¡tap!, sobre la cara o el brazo (repugnante masa de órganos minúsculos y húmedos) quedan aún diez, veinte haciendo vibrar los oídos, chupando la sangre o los humores. A veces se desencadenan los altavoces, *Los portadores de los números... tanto... al tanto... abandonan el estadio por las salidas...*, y entonces hay un movimiento de extrema confusión, se consulta por centésima vez el número impreso en el pedazo de papel que le han clavado a uno en el pecho a la entrada del estadio y que, evidentemente, se sabe de memoria, y no se sabe qué hacer. *¿Crees que es para dejarnos libres? ¡Qué dices! Para matarnos, ¡para eso!*, y se habla hasta no acabar nunca, y algunos corren para ganar la salida indicada mientras otros se agazapan en el graderío, se esconden entre las oleadas de piernas agitadas, se arrancan el número que les adorna el pecho. *Los portadores... ¡Tap!*, una menos. Pero otras diez, otras veinte, le atormentan a uno alrededor de la cara. Cae la noche y es la tercera, la cuarta, y a lo lejos se oyen, apagados por el cemento, pero presentes a pesar de todo en los tímpanos y en la carne, largas ráfagas de ametralladora. En alguna parte de abajo, en los pasillos de hormigón, se fusila en cadena *¿Qué os había dicho?* Entonces se aprietan más fuerte el uno contra el otro, hijo contra madre, marido contra mujer, amante contra amante, desconocido contra desconocida y, a veces, incluso se hace el amor de pie, a toda prisa y sin ternura, para ahuyentar la desesperanza aunque sólo sea un poco. Hacia el este, más allá de los altos muros del estadio, la ciudad arde y es una aureola púrpura empenachada de un muro de humo más negro que la noche que se amontona contra el espeso techo de nubes. A veces se oye el grito de un moribundo que le aúlla a la vida, una pesadilla que se disipa en un despertar despavorido, es el agudo dolor de una mordedura de rata, es la protesta llena de pánico de alguien agarrado por los polis

negros como la noche que merodean por el estadio y se llevan a sus víctimas a los subterráneos de la tortura. El alba es gris y naranja, ya asfixiante, y él se despierta, ha dormido sentado, se ha orinado en los pantalones y siente vergüenza, pero ella le sonríe, ¿qué puede importar eso?, ¿eh? El cañoneo sacude los suburbios y las armas automáticas escupen a ráfagas. Un gran movimiento en zigzag hace ondular a la multitud como la brisa en un lago. La noticia se propaga de boca en boca, murmullo, rumor, huracán: los depósitos de cloro acaban de saltar y la oleada estará en el estadio dentro de un cuarto de hora, de diez minutos, de cinco; si se respira abrasa los pulmones, hay que levantar el campo. Avalancha hacia las salidas, vuelcan polis, soldados y milicianos con caretas antigás; galope, empujones, pateo, crujido de huesos bajo los pies de la multitud, golpeteo de pies sobre las caras de los que caen, laminado, ¡mamá! ¡abuelo!, horrible, horrible. La tierra agrietada con los árboles ennegrecidos, la tierra recocida y muerta para siempre. *¡Date prisa!*, los pueblos-fortaleza en el que cada ventana es una tronera por la que cada defensor dispara. *¡Date prisa!* Tiene sed, sed, sed, no hay agua por ninguna parte y se derrumba en el lecho de un río oscuro en el que espumea un precipitado químico muy prolífico y en el que nadan peces muertos con el vientre al aire. Se asfixia, escupe, vomita, tiene sed, sed, y se mete en diez, en cien ríos envenenados, atraviesa cien llanuras de ceniza, evita cien ciudades en llamas por las cuales cruzan ejércitos triunfantes y ejércitos derrotados, bandas de saqueadores y milicias dislocadas o incipientes. Le colocan un fusil en la mano, defiende tu piel, quien no está con nosotros está contra nosotros, se embosca, marcha, corre, dispara, fusila, mata, recibe mil, diez mil proyectiles en la piel, revienta y resucita. La tierra tiembla de cólera y un seísmo de fuerza 9 desgarran la llanura en anchas grietas humeantes que se tragan a los espectros de las últimas ciudades, cruje un dique, se agrieta, se disloca, y una marea de barro arrastra los últimos pueblos. *¡Date prisa!* No deja de correr llevándola de la mano, no dejan de huir hacia el oeste y las últimas fábricas saboteadas o inutilizadas explotan, el viento les lleva a la espalda toneladas de productos mortales y se aprietan sobre la nariz un ridículo pañuelo mojado de orines. *¿Estamos fuera de la zona contaminada?*, se retuercen cien veces en las angustias de la muerte química y renacen otras cien veces al caos y al espanto. No dejan de huir hacia el oeste, los últimos ejércitos invasores árabes e indios se dispersan en bandas esparcidas que vagan por la llanura de ceniza, conocen el hambre y la sed, se desgarran entre ellos y forman comunas agonizantes o florecientes en algún trozo de terreno que se ha salvado. Van hacia el oeste, comen carne humana y beben su propia orina, duermen en la llanura de ceniza con un sueño estremecido y atormentado por sueños de paz. Matado por una flecha, el último halcón peregrino es desplumado ante ellos por un hindú descarnado, medio muerto por el plomo y el mercurio, el último pato salvaje abre el pico ante ellos al borde de un lago de barro, matado por un cartucho explosivo, el último elefante africano cae ante ellos con una serena indiferencia en medio de la jungla calcinada. Marchan, y el último avión loco de la última línea

comercial se aplasta con sus doscientos treinta pasajeros sobre la última central nuclear, los gases radiactivos invisibles empapan la atmósfera llena de benzopireno, de dioxina, de partículas de amianto, de óxido de carbono, de vinilos policlorados, de anhídrido sulfúrico, de azufre, de polvo y de ceniza. *¡Date prisa!* Siguen corriendo con el pañuelo empapado de orines ante la boca, corriendo, tropezando, trepando. *¿Estamos fuera de la zona contaminada?* Ratas, cuervos, moscas, algunos insectos acorazados, arañas, escorpiones y murciélagos se han apoderado del mundo y hay que luchar contra ellos con uñas y dientes y su cuerpo se convierte en un tapiz de mordeduras. Por fin llegan al mar, y a lo lejos el último petrolero gigante revienta a manos de la tempestad y el mar se pone la piel negra de grasa e hidrocarburos y las olas parecen caucho quemado de tacto viscoso. Se dejan caer en la arena sucia, aplastan los cuerpos en la arena, arañan la arena, muerden la arena mientras a su alrededor, lejos de ellos, cerca de ellos, las últimas bombas termonucleares alzan al cielo atascado los crisantemos de fuego de su floración atómica, transformando a los últimos seres vivos en resplandeciente energía, en cenizas dispersas, en sombras sobre los muros derribados. Las flores de fuego púrpura, violeta, carmín, anaranjadas, bellas, extraordinariamente bellas, no terminan nunca de expulsar su resplandeciente polen en la noche que acaba de cubrir al mundo, el diablo no acaba nunca de golpear los talones contra la plancha hipertensa del cielo, y las puertas de bronce del infierno no acaban nunca de vibrar en sus marcos, y ellos incrustan el cuerpo, los dedos, la cara y la boca en la arena. *Cuenten hasta cinco... Cuenten hasta cinco...* y sus manos se entrelazan, y el viento aumenta a su alrededor cada vez más fuerte, enviado por la boca del demonio desde las cavernas del mundo. La tierra tiene carne de gallina, hay seísmos de fuerza 10, de fuerza 11, de fuerza 12 que derriban las montañas, las planicies, los continentes, se abren simas en la epidermis de la tierra, los volcanes mugen como dragones, mareas gigantescas corren hacia los desiertos y las estepas, los tifones destrozan las selvas y los ciclones le ponen pies al cielo. Sus manos se entrelazan siempre, sus manos de piel apergaminada, sus manos de carne putrefacta, sus manos de huesos, sus manos de polvo, sus manos de nada. El mundo entero se cubre de tinieblas, una cáscara de ceniza y de polvo envuelve la tierra asfixiante, los relámpagos desgarran las nubes y se pone a llover, llueve, llueve interminablemente y baja la temperatura, baja en la cáscara de ceniza y polvo, los mares y los ríos arrastran pedazos de hielo, graniza, nieva, nieva interminablemente. La tierra de ceniza, la tierra de agua, se convierte en tierra de nieve, tierra de hielo, tierra blanca, blanca hasta el infinito y, bajo la sólida cáscara del cielo, las montañas se convierten en diamantes de mil facetas gigantescas, las llanuras se adornan de dulces abrigos de crujiente nieve y los mares se cuajan hasta los trópicos enviando hacia el ecuador majestuosos esquifes de icebergs vagabundos. Sus manos de nada se siguen entrelazando, el polvo y la ceniza acabaron por caer otra vez a la tierra, el cielo se desgarró en algunos sitios, un pálido sol apareció entre los agujeros de las nubes, el tiempo se dulcificó, los mares se liberaron, retrocedieron los hielos, la nieve

abandonó suavemente la tierra, los primeros brotes abrieron la tierra empapada y las praderas, las estepas, las sabanas y los bosques recubrieron otra vez la tierra. Ellos seguían entrelazando sus manos de nada, y sus manos de nada se convirtieron en manos de huesos, y sus manos de huesos se convirtieron en manos de carne. Sus cuerpos estaban incrustados en la arena de la playa y sus bocas mordían la arena de la playa. Se movieron, desentrelazaron los dedos y se levantaron.

Se levantaron.

Estaban aturridos, tenían náuseas, vértigo en los ojos, amargura en los labios y los cuerpos recorridos por corrientes eléctricas.

Se miraron. Los dos estaban desnudos, ella ya no llevaba las gafas, su ancha cara de arrugas acusadas tenía una mueca de asombro y sus ojillos oscuros parpadeaban con dificultad para acomodarse a la lívida luz.

—Philippe...

—Marie-Françoise...

No supieron qué otra cosa decir, qué decir de más. Las palabras morían en sus espíritus sin siquiera alcanzar los labios. ¿Qué otra cosa decir? Volvían de lejos, de muy lejos, venían de mucho tiempo atrás. Habían hecho un viaje imposible sin moverse de donde estaban, un viaje de pesadilla que les había marcado el cuerpo y la cabeza.

Sus cuerpos...

¿Llevaban aún las terribles marcas? Las mordeduras, los arañazos, las perforaciones de bala y de cuchillo, las ulceraciones por los fragmentos de bomba, las trazas polvorientas de la desintegración final.

Él se palpó el pecho, el vientre, se pasó las manos por la cara y por los cortos cabellos, se pellizcó la carne de los muslos y sopesó su sexo durante un breve momento. Vio cómo ella se acariciaba la cara con tres dedos temblorosos, que se frotaba el cuello, que tomaba las pesadas peras de sus senos en las manos abiertas y que recorría la superficie abombada de su vientre hasta hundir los dedos en los espesos bucles del pubis. Él no tenía nada. Ella no tenía nada...

—Philippe...

Dio los dos pasos que la separaban de él, puso los dos brazos alrededor de sus hombros y apoyó la cara en la parte alta de su pecho; sentía cómo sus senos pesaban sobre su busto, cómo su vientre tocaba el suyo y cómo los muslos de ella tocaban los muslos de él. Cautelosamente le rodeó el talle con los brazos y cruzó las manos detrás de su cintura. Él no tenía nada, ella no tenía nada, estaban intactos e intactos habían atravesado la pesadilla de destrucción.

Entonces... aquello, ¿no era más que una pesadilla después de todo? ¿Un poco más larga, un poco más terrorífica, un poco más presente en su carne y en su alma que las precedentes?

Se apoyaban el uno contra el otro con todo el peso de su carne recuperada, se aferraban el uno al otro para comunicarse el calor recuperado y cada uno de ellos respiraba de lleno el olor del otro, recuperado.

Calor. Olor.

Se separaron el uno del otro, lentamente, tocándose aún con las puntas de los dedos. La carne de Marie-Françoise era tierna y palpitante bajo los dedos de Philippe. Y cuando la había estrechado contra él, su olfato se había llenado del olor de sus cabellos, del olor de su cuerpo —el olor a carne que un poco de sudor hace ligeramente picante—. Marie-Françoise alzó el brazo y hundió la nariz en el hueco de su axila. Cuando alzó la cabeza sonreía.

—¡Noto el olor de mi cuerpo! ¡Percibo el calor de mi cuerpo, el calor de mi sangre en las venas! ¡Señor!, es como si reviviera... como si *resucitara*.

Se apretó las caderas con los puños, como si, a través del espesor de su abdomen, hubiera querido recuperar en ella a la mujer perdida, los ovarios y un útero que funcionasen de nuevo.

—Estamos solos, Marie-Françoise... Respira. ¡Respira! ¿No hueles el mar?

Ella se llenó los pulmones. Durante algunos instantes, un minuto, dos minutos, respiraron a pleno pulmón, se llenaron la nariz con la dulce violencia de todos los olores recuperados. La sal y el yodo vivificantes del mar, los agresivos relentes de las algas en putrefacción y el perfume de los pinos. Y había algo más que los olores. También estaba la temperatura del aire que les afectaba la piel. Antes de la pesadilla habían conocido un mundo en el que todo, aire, agua y su propio cuerpo, estaba a la misma temperatura sin consistencia. Ahora, por primera vez, sentían que el aire les picaba en la piel desnuda. Tenían frío. *Frío*. Una repentina ráfaga de viento venida del mar les hizo estremecerse; se les puso carne de gallina y Marie-Françoise cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Caramba! ¡Qué bueno es tener frío! Algo ha cambiado, Philippe... ¡Estamos vivos otra vez!

—Lo que es seguro es que el sitio ha cambiado. Mira...

Con un amplio gesto del brazo le mostró el panorama de alrededor; él también miraba al mismo tiempo y él también, por primera vez, tomaba verdaderamente conciencia del paisaje que les rodeaba.

Ya no era la playa de arena gris, neta y regular ante la franja espumosa de las olas, con la zona de prado y el bosquecillo de pinos detrás de ella. Todo se había vuelto más caótico, más salvaje. No era el mismo sitio... y sin embargo, inexplicablemente, era el mismo sitio. Pero lo había abandonado el paisajista que le proporcionaba la apariencia tranquila y civilizada y había vuelto a la entropía que machaca y aplanaba. El bosque, a sus espaldas, rumoreaba espeso y oscuro, mordiendo directamente la arena en la que se hundían gruesas raíces. Había toda clase de coníferas mezcladas con algunos árboles frondosos de masa imponente, que formaban una vibrante cortina en la que las lianas espumosas caían de rama en rama y la hacían impenetrable. El

bosque bajo era un revoltijo feroz de matojos, espesura, hiedra y racimos de bayas rojas que relucían en la penumbra. Pájaros invisibles piaban en las ramas.

La playa, que también se extendía de forma casi rectilínea a derecha e izquierda hacia el horizonte brumoso, estaba salpicada de bloques rocosos de un negro antracita que apuntaban hacia lo alto con el hocico puntiagudo y las aristas cortantes, como si hubieran surgido de la arena en un irresistible impulso vertical. La arena estaba casi completamente cubierta de desperdicios arrojados por las olas, madera acorchada, racimos de algas medio podridas y vegetales mal identificables entrelazados, anudados, pegajosos o desecados que a veces llegaban hasta la vanguardia de los matojos del bosque en un combate inmóvil. El mar era de un curioso gris rojizo y les hizo falta algún tiempo para darse cuenta de que lo que daba ese color al agua era una planta acuática muy ramificada que abundaba a flor de agua —una planta que se alargaba en cintas desflecadas, con hojas largas y delgadas marrón anaranjado—. En el horizonte, el cielo estaba recortado en un moteado de nubes dentadas que hacían pensar en las piezas de un *puzzle*, pero por encima de sus cabezas estaba completamente despejado y dejaba que el sol de mediodía llameara sobre un fondo azul ultramar extraordinariamente intenso. Los pájaros marinos trazaban sus habituales arabescos, más numerosos que nunca, y sus gritos, agudos y prolongados, respondían al canto discordante de los pájaros del bosque.

Dieron algunos pasos por la playa pasando por encima de un tronco fosilizado recubierto de conchas y contorneando el zócalo invertido de un monolito negro. Una larga escolopendra —o algo que se le parecía— huyó ante ellos sobre sus innumerables patas; las antenas que le adornaban la cabeza se agitaban en un movimiento giratorio. ¡*Tap!* Marie-Françoise acababa de darse una fuerte palmada en el brazo.

—Como en el sueño, ¿eh? —murmuró visiblemente incómoda al volverse hacia Philippe.

Como en el sueño. Al volver a la consciencia no se habían preocupado de ellas, pero el espacio de su alrededor vibraba con el vuelo bordoneante de insectos cuyos ataques se volvían cada vez más certeros a medida que pasaba el tiempo y que aumentaban en número, como si llegaran cada vez de más lejos atraídos por la carne fresca. Había moscas, pero también mosquitos y gruesos himenópteros con el abdomen anillado amarillo y negro, que quizá eran abejones.

Recogieron puñados de liquen seco, pero eran armas muy pobres para ahuyentar la nube de bichos que se encarnizaban sobre ellos.

¡*Tap!*

—Si por lo menos tuviéramos nuestras ropas...

Él abrió los brazos en señal de impotencia y otra vez mostró la sinfonía verde y negra que los rodeaba.

—Pero precisamente no tenemos nada. El coche y las provisiones han desaparecido... No sólo no nos podemos abrigar, sino que ya no tenemos nada que

comer.

—No hemos salido del asunto, amigo Philippe. Todavía no... El pueblo, la carretera, las pesadillas, y ahora ¡esto! Cambio de decorado. Se deben divertir mucho, los listos.

Él se encogió de hombros. ¡Tap! Las moscas no dejaban de molestarlos. Y los mosquitos. Y otros bichos voladores que bordoneaban exageradamente. Agitaban el aire a su alrededor con el improvisado cazamoscas sin conseguir que les dejaran un momento de respiro en la arrebatina. Una libélula ocelada atravesó el torbellino que se había formado ante ellos, cerró las mandíbulas sobre una mosca de vientre azulado y comenzó a devorarla tranquilamente allí mismo. Pasaron por la playa atormentada haciendo huir a su paso a las escolopendras y a gruesos cangrejos rojo oscuro con el caparazón lleno de ampollas y erizado de pinchos. Las olas removían largamente los vegetales anaranjados que parecían haber reducido al mar a una única e inmensa pelota de lana espesa. ¡Tap! Habían estado a punto de pisar el cadáver descompuesto y maloliente de una gran medusa de la que se alzó una nube de minúsculas moscas negras que fueron a aumentar la nube de sus atacantes. ¡Tap! ¡Tap, tap, tap, tap!

Anduvieron y anduvieron mucho rato, pero por lejos que fueran, la playa siempre presentaba el mismo aspecto. A veces venía una ráfaga de viento del mar y los hacía estremecer y el pesado olor a putrefacción que exhalaban las algas rojas aumentaba e invadía el espacio. El sol se hundió en el horizonte, iluminó los bancos de nubes despedazadas y se convirtió en una gruesa bola naranja, luego roja y luego púrpura que inflamó el mar. Un enorme cangrejo, cuyos ojos pedunculados iban y venían como un mecanismo estropeado, despedazaba un pez al borde de la espuma. Un pájaro marino bajó en picado con un pío estridente y aterrizó ante el crustáceo batiendo las alas. Hubo una breve lucha, pinzas contra pico, y el pájaro victorioso remontó el vuelo llevándose el pez.

—¿Has visto?...

—*Struggle for life*... —masculló Marie-Françoise vagamente.

—No, no es eso lo que quiero decir. No has notado nada especial en ese pájaro.

—No... Además, sabes que yo, sin mis gafas... ¿Qué le pasaba a ese pájaro?

—¡Oh!, quizá me equivoque, pero... juraría que tenía dientes.

—Dientes, ¿eh?... No me extrañaría nada, ¿sabes? ¿Quieres que te diga una cosa? Creo que nuestros queridos ángeles de la guardia han encontrado otra jugada de las suyas.

Sacudió la cabeza varias veces y se pasó las manos por la cara, de arriba abajo, apretando firmemente la piel que se distendía al paso de sus dedos. Las moscas eran más escasas y menos virulentas con la frescura de la tarde. Quedaban los mosquitos, pero ellos, al contrario, habían ganado vigor; tenían la piel cubierta de ampollas que les producían picores agudos; habían comenzado a rascarse y cuando se comienza...

—¿Qué jugada?

—Creo que nos han enviado al pasado, o bien a un decorado que recrea el pasado.

¡Mira esta vegetación exuberante! ¡Todos esos bichos! ¿Y ese pájaro de hace un momento que tenía dientes? ¿Un *archaeopteryx*?... Quizá esperan que representemos el papel de hombres de las cavernas... Estamos desnudos, no tenemos nada y lo único que te queda por hacer es tallar un hacha de sílex y traerme el primer oso que encuentres...

Él no contestó, pero su cara se abrió en una sonrisa maquinal. El sol había desaparecido al filo del horizonte marino y el mundo había diluido sus colores en un gris uniforme. Se sentaron cara al mar con la espalda apoyada en un negro túmulo adornado de plantas acuáticas secas. Las olas perfumadas se agitaban a dos pasos de ellos y los cangrejos circulaban torpemente por la arena oscura. Hacía casi frío. Una estrella se encendió en el cielo malva, luego otra y otra más. ¡Las estrellas! Todo lo que antes faltaba en esta seudovida, olores, variaciones de temperatura, estrellas en el cielo, todo volvía. ¿Y la luna? ¿Dónde estaba la luna? Él se inclinó hacia un lado y vislumbró al límite de las frondosidades, que ahora eran una masa negra e indistinta, un débil creciente lechoso. Su vista le puso calor en el corazón. Hasta la luna había vuelto... ¿Quería eso decir que renacían a la verdadera vida? Pero entonces, ¿por qué lo hacían en el salvaje decorado de esta playa que parecía pertenecer a las épocas oscuras de la Tierra?

Preguntas y preguntas. Las expulsó con un esfuerzo mental, se levantó y se arrodilló.

—Ya es de noche... Esta tarde no encontraremos nada de comer. Creo que es mejor que intentemos dormir. La única manera de no helarnos ni ser devorados vivos es cavar un agujero y hacerse un buen colchón de arena. ¿De acuerdo?

Se pusieron a ello y consiguieron despejar el suelo a unos treinta centímetros de profundidad, se extendieron en esta cama tibia y húmeda, se echaron encima ásperas lenguas de arena y dejaron de moverse. Poco a poco entraron en calor. Las estrellas llenaban el cielo y la luna subía a su encuentro hendiendo su oleada espesa como una cimitarra de hielo. Durmieron bajo la múltiple mirada de sus frías pupilas y ningún sueño los vino a visitar.

Por la mañana los despertó una voz.

Venid...

La voz había sonado en sus oídos. Se levantaron y la arena se deslizó a lo largo de su torso y sus miembros.

Venid, Philippe y Marie-Françoise, ya es hora. Venid...

La voz era dulce, profunda y cálida al mismo tiempo. También era amistosa aunque, en cierto modo, fuera una voz dominadora cuyas órdenes no era fácil desobedecer.

Se levantaron y se sacudieron del cuerpo las últimas partículas de arena. *Venid, venid...* La voz resonaba a su alrededor y estaba en todas partes, en el mar, en la

arena, en los árboles, era la voz de la naturaleza, la voz del tiempo, la voz del mundo. ¿O quizá sólo susurraba en el fondo de sus espíritus? No importaba... Se pusieron en movimiento, anduvieron a lo largo de la playa y sus piernas los llevaron indefectiblemente en la dirección adecuada.

La mañana era aún joven y el sol seguía escondido tras la espesa muralla de la selva, pero el mar resplandecía de luz bajo un cielo topacio. La buena dirección era una casa blanca que se alzaba en la playa a unos cien pasos de ellos —una casa que había surgido de la nada mientras dormían y cuyos alrededores estaban desdibujados por una irisación de luz—. *Venid, os estamos esperando... ¡Venid!*

La voz los empujaba hacia delante cálida, insistente y grave. La casa era una pequeña villa de un solo piso, con los muros intensamente blancos y el techo de pizarra gris oscura. En la fachada se abría una puerta de madera oscura encuadrada por cuatro ventanas con los postigos marrones abiertos, aunque escondían el interior con alegres cortinas verdes. La casa, rodeada de luz resplandeciente y adosada al cielo amarillo del amanecer, parecía formar parte de un cuadro surrealista; y al mismo tiempo era acogedora, ¡tan acogedora! Estaba allí para ellos y no podían hacer otra cosa que ir a ella, correr a ella.

Venid...

Desnudos y con las manos cogidas, franquearon la barrera de luz que se deslizó por su piel como una ligera corriente eléctrica y recorrieron los últimos metros que los separaban de la puerta cerrada. Contra el marco de la puerta había un botón de nácar incrustado en un pequeño saliente de cobre. El hombre apretó el botón y en el interior de la casa sonó un timbre cristalino.

Vinieron a abrirles.

CUARTA PARTE

REALIDAD 4

—Entren, por favor, dijo el hombre.

Se apartó y extendió la mano tras él con la palma completamente abierta en un gesto de invitación.

El *hall* era azul y blanco —ladrillos blancos y azul claro en el suelo, artesonado y puertas blancos y tapicería azul intenso en las paredes—. Una luz suave salía de un globo colgado del techo por un tubo plateado.

Era un *hall* acogedor. El hombre que los recibió era acogedor, de sonrisa acogedora y mano acogedora. Lo rozaron al pasar ante él, dieron algunos pasos por el corredor, torcieron a la derecha y entraron en una habitación cuadrada o quizá ligeramente rectangular que era a la vez despacho y sala de estar. Una habitación clara en todo caso, clara y acogedora; con moqueta azul Prusia que apaga el ruido de los pasos, una mesa con superficie de cristal puesto sobre cuatro patas labradas en metal dorado y cuatro sillas de respaldo redondeado, rellenas y tapizadas de terciopelo amarillo ocre. Una pequeña biblioteca ocupaba los dos tercios de la pared situada a la izquierda de la puerta; sus estantes estaban llenos de gruesos libros encuadernados en cuero oscuro. Tres grabados, protegidos por un cristal, adornaban la pared que estaba frente a la biblioteca: uno representaba la plaza del pueblo con su iglesia, otro la playa tal como ellos la habían descubierto y el tercero el busto de dos personajes que sólo tardaron unos segundos en identificar. Eran ellos mismos, con la cara grave, mirando directamente a los ojos del artista que los había dibujado —o quizá al objetivo del aparato, pues los grabados, después de todo, debían ser más bien fotografías de grano voluntariamente marcado para hacer resaltar únicamente los blancos y negros.

Sobre la pared de enfrente se abrían dos ventanas que iluminaban la habitación; pero era imposible ver el paisaje que se extendía al otro lado a causa de las cortinas verdes, corridas, que tamizaban la luz y le daban aquella apariencia primaveral.

El hombre que los había acogido se colocó detrás de la mesa. Ahora extendía las manos hacía dos de las sillas.

—Siéntense, por favor.

Seguía siendo la misma voz profunda y cálida; y la voz estaba en perfecto acuerdo con el físico del hombre que hablaba: un hombre alto, joven, de anchos hombros, cintura delgada, cabello rubio ligeramente ondulado, ojos azules y cara abierta y afable. Pero no era un «hombre guapo», ni un atleta, ni una foto de revista; era simplemente un hombre de aspecto agradable que despertaba simpatía y confianza.

Estaba sencillamente vestido con un blanco maillot ajustado, ligera chaqueta de lienzo azul pálido y un pantalón beige.

—Siéntense...

De repente se sintieron horriblemente molestos al estar desnudos ante su

anfitrión. ¿Desnudos? ¿Por qué esta idea? No estaban desnudos, vamos. Él llevaba su camisa gris, su pantalón y sus habituales mocasines en los pies; ella iba vestida con la camisa negra, el jersey rojo y el pantalón de pana negra. Esta constatación les quitó el ligero peso que tenían encima y ella suspiró de alivio. Se sentaron.

Como si ese simple gesto hubiera sido percibido a manera de una señal, la puerta que estaba a espaldas del hombre que se encontraba frente a ellos se abrió y una mujer entró en la habitación.

—Hola —dijo—. Bienvenidos...

Su voz, aunque femenina, tenía un tono parecido al del hombre: profunda, suave y atrayente aunque sin la menor afectación. Una voz simpática que respondía a un físico simpático. La mujer tenía unos diez centímetros menos que el hombre y llevaba un vestido azul fuerte con el escote redondo y la falda de vuelo que le caía hasta media pantorrilla; era joven pero quizá tenía algunos años más que él; llevaba el cabello, oscuro y brillante, peinado con flequillo sobre la frente y rizado en los hombros; tenía los ojos marrones, alegres e inteligentes, la nariz recta y fina y una ancha boca de labios sensuales. Tampoco podía ser comparada en absoluto a una *star* de cine y, sin embargo, era algo mejor que eso; era una mujer corriente pero bella y cómoda dentro de su cuerpo, con buena salud y llena de dulzura.

Se sentó al otro lado de la mesa, cruzó los dedos bajo la barbilla y los miró con una pizca de diversión en la mirada. De pronto, la postura y la expresión de la cara le parecieron a Philippe curiosamente familiares y fue en ese momento cuando se dio cuenta, con un pequeño sobresalto, de que el hombre y la mujer que los habían recibido se les parecían de manera extraña. Se fijó en ellos con más atención. Era algo más que un simple parecido; el hombre y la mujer eran una versión idealizada de ellos mismos o quizá eran ellos, una imagen de ellos, pero con quince o veinte años menos.

Se volvió a Marie-Françoise, impresionado; ella lo miró al mismo tiempo y él adivinó que había hecho la misma constatación que él. Quiso decir algo, pero la joven lo interrumpió.

—Supongo que tienen hambre... ¿Qué dirían de un buen desayuno? Hablaremos mejor después, ¿no?

Se volvió a su compañero que permanecía de pie y le preguntó si quería ir a buscar algo de comer. Él inclinó la cabeza sonriendo, desapareció por la puerta del fondo y volvió casi en seguida empujando una mesa de ruedas sobre la que había todo lo necesario, y lo colocaron sobre la mesa de cristal. Había té y café, *croissants*, tostadas, varias clases de mermeladas y confituras en pequeñas copelas y un gran trozo de mantequilla fresca sobre una plancha de madera. ¡Y olía bien... muy bien! Philippe extendió la mano a pesar suyo y hundió los dedos en la pasta de un *croissant*; estaba tierno, crujiente y ¡tan apetitoso! Miró a los ojos de la joven; ¡*coma!*, le dijeron alegremente los ojos. Entonces comió, devoró, y Marie-Françoise hizo lo mismo. Tomó café tres veces en una bella taza de porcelana blanca y ella repitió té

dos veces. El café sabía a café y el té sabía a té. Pusieron mantequilla en las tostadas y untaron los *croisants* con mermelada de fresa, de grosella, rojo, granate, amarillo. Las tostadas sabían a tostadas, doradas, crujientes, los *croisants* sabían a *croisants* y las mermeladas olían bien a fruta cocida en el azúcar con que estaban hechas. El joven y la joven comieron con ellos, sin duda con más comedimiento, pero sin abandonar su calurosa amabilidad. No obstante, el paradisíaco desayuno acabó sin que se hubiera pronunciado ninguna frase de importancia. «¿Te sirvo un poco más de...?» y «Verdaderamente delicioso este...», habían sido las únicas banalidades intercambiadas entre bocado y bocado. Aquello no podía durar siempre. *Llegó el momento de los asuntos serios*, pensó Philippe mientras recogía maquinalmente las migas de *croissant* que sembraban el cristal de la mesa con la húmeda punta de su dedo índice. Se sintió completamente desorientado y sintió que le nacía una inquietud dispuesta a invadir por la fuerza la paz presente. La joven lo remedió.

—Ya sabemos que tienen muchas preguntas que hacernos. Estamos dispuestos a contestar... Partan del principio de que lo sabemos todo.

—Lo saben todo porque nos han manejado desde el primer momento —dijo Marie-Françoise un poco agresiva mientras se limpiaba la barbilla con una servilleta blanca estampada de florecitas azules.

El hombre y la mujer se rieron al mismo tiempo, pero fue el hombre el que respondió.

—Es un término exacto e inexacto a la vez, ¿saben?, Digamos que hemos creado situaciones, decorados y que los hemos colocado en ellos. Pero ustedes han conservado su libre arbitrio dentro de un marco definido de antemano... De hecho, no eran sus actos lo que nos interesaba, sino el contenido de sus cerebros.

—El contenido... ¡Caramba! Eso que usted dice es una paradoja. ¡Nos han dejado amnésicos! ¡No recordamos nada!

—No recuerdan nada porque han recibido un *shock* traumático que ha borrado de sus mentes lo que se pueden llamar recuerdos eventuales. Más tarde hablaremos de la naturaleza de ese *shock*, pero puedo asegurarte, Marie-Françoise, que no tenemos nada que ver con él. Por el contrario, hemos podido reconstruir todo lo que forma parte de la memoria profunda —lo que se refiere al conocimiento intuitivo, eidético (es decir, visual) de vuestro entorno—. Pero no era eso lo que nos interesaba. Lo que nos interesaba era, precisamente, la memorización de los acontecimientos. El recuerdo que ya no poseáis, pero que, de todas formas, estaba encerrado en alguna parte de vuestro cerebro, en vuestro inconsciente. ¿Y cómo trabaja el inconsciente?

—¡En los sueños!

La palabra brotó de la boca de Philippe. La joven morena le sonrió y sus finas manos revolotearon ante su pecho redondo y perfectamente marcado en la tela del vestido; otra vez cruzó los dedos bajo la barbilla. Sus gestos, comparados con los de Marie-Françoise, eran de una gracia incomparable; casi le dio vergüenza esta comparación desagradecida, pero... ¿no era la verdad?

—Eso es, Philippe... los sueños. (Ahora hablaba; ella y en seguida se darían cuenta de que la joven contestaba siempre a las preguntas de Philippe mientras que el joven sólo se dirigía a Marie-Françoise.) Nuestra única finalidad era provocaros sueños. Primero los tuyos, puesto que tú fuiste el primero. Y para eso hemos utilizado medios mecánicos tales como la presencia de las ratas o fragmentos legibles de periódicos; luego vuestro encuentro y las conversaciones que habéis tenido; aquello era cada vez como un pequeño choque que movía a vuestro inconsciente y lo impulsaba a liberar lo que tenía escondido. Pero también hemos empleado otros medios de estímulo. Nos... nos sería muy difícil hablaros de ellos. Perdonadnos, pero no lo podríais comprender.

—Eso es lo que yo pensaba a fin de cuentas... Somos cobayas... ¡Pobres idiotas a los que habéis exprimido como limones! (Risas frente a ella y respuesta del joven.)

—Es verdad que vosotros no habéis escogido —ni tú, ni tú—. Pero tampoco hemos escogido nosotros. Os hemos... encontrado. Y utilizado, también eso es verdad. Pero eso no os podía hacer daño, os lo aseguro. No hemos anulado vuestra integridad mental o física, simplemente porque... pero lo comprenderéis mejor dentro de un momento; hay muchas cosas difíciles de explicar; vuestra inteligencia no se pone en duda. Lo que se pone en duda es el relativismo cultural, la distorsión de la causalidad entre vosotros y nosotros.

(Philippe:)

—Pero, en fin, esos sueños que hemos tenido... que habéis provocado en nosotros, ¿por qué os pueden interesar? Después de todo ¡sólo son sueños!

—Sí, sueños. ¿Pero qué es un sueño sino el reflejo deformado de la realidad? Creo que os hemos hecho alcanzar una aproximación muy satisfactoria. Si no eran exactamente la realidad, por lo menos han sido una síntesis de gran exactitud...

(Philippe:)

—Sí, la realidad... esas guerras, esas bombas atómicas, esas catástrofes... Entonces yo tenía razón después de todo. ¡Tenía razón! ¡Dios mío! (Dio un puñetazo en el vidrio de la mesa, la tetera de porcelana se estremeció y una cuchara tintineó contra una copela.) Yo tenía razón... eso ha pasado de verdad... ¡lo han destruido todo, los puercos innobles!

—Tenías razón porque eso ha pasado realmente, sí, y vosotros habéis sido testigos... contemporáneos los dos. Algunas imágenes de vuestro inconsciente han pasado a vuestra consciencia. Muchas veces habéis estado muy cerca de la verdad.

(Marie-Françoise:)

—¡La verdad... la verdad! Pero ¡Dios mío!, ¿cuál es la verdad? La vais a soltar, ¿no?

(El joven y la joven cambiaron una mirada; quizá se estaban consultando antes de asestarles...)

—¿La verdad? Ya la adivináis. Ya la sabéis. La verdad es que vuestro mundo está muerto. El pequeño planeta que vosotros llamáis la Tierra está muerto. Lo han

matado. *Vosotros* lo habéis matado... (no había ninguna huella de acusación en la cálida voz; sino, quizá, un matiz de tristeza). *Vosotros*, personalmente, no, desde luego. Sino... la raza humana.

(Cambio de miradas.)

—No tenéis memoria eventual y nos es imposible devolvéroslo, pero recordad vuestros sueños. ¿No os muestran nada? La bolita de barro llamada Tierra, la nave espacial de superficie finita recorriendo el espacio... Aquello pasó en los últimos años de lo que llamáis el siglo xx según el calendario cristiano. La Tierra está superpoblada, probablemente con miles de millones de habitantes. Está al límite de sus recursos, tanto alimenticios como energéticos. La atmósfera, los mares y el suelo están contaminados química y radiactivamente. Está desgarrada por conflictos ideológicos y económicos. Es la explosión. Los países ricos se disgregan en un caos social, los países pobres lo aprovechan para invadirlos creyendo repartirse un pastel que ya no existe. La Tierra posee armas terribles. Varios países deciden usarlas en un reflejo suicida. Entonces...

(Philippe:)

—Entonces... ¿el fin del mundo?

(Cambio de miradas.)

—Sí, el fin del mundo. No provocado por una causa única, sino por centenares de causas sumadas cuyo solo responsable, no obstante, es el hombre, su imprevisión, su codicia, su ferocidad y su locura... Tampoco un fin del mundo rápido, acabado en relámpago. Por el contrario, fue un fin del mundo convulso, cuyos espasmos tetánicos se prolongaron largamente. El fin del mundo no duró un solo día, ni siquiera un año. Habéis vivido el principio y el punto culminante de la tormenta, pero ha habido hombres que han vivido centenares, quizá millares de años, después de vosotros... esperando la definitiva extinción de la raza.

(Marie-Françoise:)

—Pero... pero... ¿cómo podéis hablar de centenares, de millares de años? ¿No estamos aquí en carne y hueso? (Apretó los puños contra sus senos y su vientre.) ¿No estamos en la Tierra? Decidme... ¿dónde estamos? Y vosotros... ¿quiénes sois vosotros? (Se inclinó hacia delante con el índice apuntando al joven de cálida sonrisa.) *¿Quién es usted?*

—Somos... visitantes. En vuestra terminología podríamos ser llamados exploradores, cartógrafos, arqueólogos, etnólogos y otras muchas cosas más. Pero no somos exactamente sabios. Más bien somos curiosos: visitantes... como acabo de decirte, Marie-Françoise. Venimos... (Cambio de miradas)... no es fácil de explicar. Venimos de una estrella, o más bien de un grupo de estrellas que podrían estar situadas a ocho mil años luz de vuestro sol en dirección al centro de la galaxia. Digo «podrían» porque nuestro espacio (aunque también se podría hablar de nuestra percepción del espacio) no está exactamente en el mismo plano que el vuestro. Existe... ¡oh!, lo siento, pero creo que no podemos explicaros realmente de dónde

venimos.

(Marie-Françoise:)

—No vale la pena, amigo mío, lo comprendo. No soy completamente idiota. Sois extraterrestres, pertenecéis a una civilización muy avanzada respecto a la nuestra, os paseáis por el espacio en un platillo volante y un buen día habéis caído en nuestro planeta moribundo después de los fuegos artificiales...

(Amplias sonrisas.)

—Es eso más o menos, Marie-Françoise... aunque no pertenecemos exactamente a una civilización (diríamos más bien una Colmena) y el... el artefacto con el que viajamos tiene muy poco que ver con lo que tú crees saber acerca de lo que llamas «platillos volantes». Pero en conjunto...

(Philippe:)

—Decidme. Si la Tierra está muerta... ¿dónde estamos ahora? ¿Y esta casa?... ¿Y ese pueblo intacto en el que hemos vivido? ¿A qué se parece la Tierra en realidad?

—A esto...

Y de pronto ya no estuvieron en el saloncito-despacho de paredes blancas. Había desaparecido el salón, había desaparecido la casa y volvían a encontrarse de pie en la playa, cerca del ruidoso mar que arrastraba ovillos de vegetales rojos, con la espesa selva detrás y, por encima de sus cabezas, el cielo atormentado en el que gritaban grandes pájaros marinos con el pico lleno de acerados dientes...

—Estamos frente al océano Pacífico Norte, a nivel del paralelo 44, en la costa de Aquitania. Pero la Tierra también se parece a esto...

Ya no estaban en la playa, sino en una llanura roja bajo un sol resplandeciente clavado en el cielo turquesa. Árboles flacos como plumeros brotaban de la tierra, en manojos, como candelabros, y sus ramas flexibles soportaban racimos de pájaros negros que hubieran podido ser cuervos de no ser tan gruesos. Una gran serpiente verde-gris se deslizó por la reseca hierba y pasó al lado de una carcasa abandonada y desprovista de toda carne. A lo lejos se veía un rebaño de mamíferos de cortas patas que trotaban en medio de una nube de polvo amarillo...

—A esto...

Se encontraron en una tormenta de lluvia, en mitad de una estrecha cornisa de tierra que emergía de una marisma embarrada. La lluvia, tranquila y pesada, caía sobre las anchas hojas de los árboles, formaba arroyos en la tierra y caía como pequeñas cascadas en el pantano del que surgían flores extrañas y bellas —nenúfares gigantes u orquídeas acuáticas—. Durante un instante se abrieron las olas amarillas y emergió una cabeza de reptil con los ojos anaranjados y fijos, morro chato y cornamenta en el cráneo; luego desapareció en un estallido de burbujas irisadas. Y otra vez estuvieron en el salón azul y blanco, otra vez estuvieron sentados ante los dos extranjeros que se les parecían.

—La Tierra se balanceó sobre su eje y las estaciones se modificaron. Vuestro mundo vive otra vez una era tropical. La última visión venía de lo que queda de las

islas de Inglaterra, la anterior de la gran llanura que antes era germánica, entre el Elba y el Oder. Ya veis, la Tierra está bien después de todo. Ha desaparecido la radiactividad y los venenos químicos no tienen efecto desde hace mucho tiempo. Han desaparecido ciertos animales, principalmente los grandes mamíferos y algunas especies de pájaros, pero los han reemplazado otros después de diversas mutaciones. La Tierra vive. Sólo el hombre ha dejado de existir definitivamente.

(Marie-Françoise:)

—Entonces es eso... Yo pensaba en el pasado y era el futuro... Pero ¡caramba! ¿Qué futuro? ¡Estamos vivos! ¿No nos habéis encontrado en algún sitio? *¿En qué año estamos?*

(Cambio de miradas.)

—Podemos fechar con bastante exactitud los acontecimientos pasados; con un margen de alrededor de medio siglo. Basándonos siempre en vuestro calendario cristiano estamos, aproximadamente, en el año 465.600.

—¿Cuánto?

—Habéis comprendido bien. 465.600. Han pasado más de 460.000 años desde el conflicto nuclear...

—No tiene sentido... (murmuró Philippe).

Sacudió la cabeza intentando imaginarse lo que esa cifra representaba realmente. Y mientras reflexionaba, una historia —una historia de *antes* (¡y qué «antes»!) le vino a la mente—. La historia del sabio que dice a su auditorio que el sol se extinguirá dentro de 4.000 millones de años. ¿Dentro de cuánto?, exclama ansiosamente un espectador. 4.000 millones de años, repite el sabio. ¡Ah, bueno!, suspira el oyente aliviado. Había entendido cuatro millones... Y él, Philippe, había tenido un poco la misma reacción, pero al revés. Llega un momento en el que las cifras ya no significan nada, puesto que sobrepasan demasiado el entendimiento, están demasiado fuera del alcance de la esfera temporal biológica. ¿460.000 años? Podían ser 46.000 ó 4.600.000. Era lo mismo. No tenía sentido. Era el infinito...

Se volvió a Marie-Françoise y le dijo tranquilamente:

—Estamos muertos. Muertos desde hace 400.000 años. Somos fantasmas. Creo que había rechazado esta idea, pero ésa es la impresión que tuve al despertarme...

—Estamos muertos... ¡y estamos vivos! Tenemos un cuerpo. Hablamos, comemos, pensamos... (A los extranjeros:) ¿Qué debemos creer?

—Estáis muertos. Ése es el traumatismo del que os hemos hablado al principio de la conversación: vuestra propia muerte. No sabemos de qué habéis muerto ni cuándo exactamente; a finales de vuestro siglo xx o a principios del siguiente —no importa—. Lo esencial es que, efectivamente, os hemos encontrado. No tal como sois en este momento, desde luego. Os hemos encontrado a varios metros bajo tierra y a trescientos kilómetros el uno del otro. Hemos encontrado vestigios vuestros. Ni siquiera vuestro esqueleto; simplemente algunos fragmentos de huesos. Mirad...

El hombre hizo un gesto y se desvanecieron los restos de desayuno que habían

quedado sobre la mesa; fueron reemplazados por dos cilindros transparentes que parecían moldeados de una sola pieza en una sustancia cristalina. Dentro de los cilindros, aprisionados en su masa, había dos objetos negruzcos, manchados, picoteados, hendidos, dos objetos que hubieran podido ser trozos de vegetal fosilizado o de mineral roto por el hielo: un trozo de madera alargada terminado en un nudo y un triángulo con espinosidades dentadas. Pero aquello no era ni mineral ni vegetal. Era...

—Es lo que queda de vosotros. De vuestra primera forma. Esto eres tú, Philippe: la mitad de un húmero que hemos sacado de la turba, en el gran pantano en que se ha convertido el sur de Francia. Y esto eres tú, Marie-Françoise: un omóplato recogido en las catacumbas de una antigua ciudad enterrada... Ahora escuchadme atentamente, pues los conceptos que voy a exponer son difíciles de captar para un espíritu como el vuestro...

(Cambio de miradas.)

—Mirad, mientras quede una traza material, por ínfima que sea, de un ser vivo, ese ser no muere por completo. No hay nada de mística ni de idealismo en este hecho. Simplemente, cada célula de un cuerpo conserva el recuerdo del ser entero a través de los componentes cromosómicos. En cada célula está la matriz potencial de un ser tal cual era en el momento de su muerte. Y sabemos utilizar esta matriz. Sabemos reconstruir un ser a partir de una sola célula muerta desde hace centenares de miles de años. Eso es lo que hemos hecho con vosotros. Tenemos... una máquina, un aparato al que podemos llamar simulatrón. Es una aplicación de la electrónica a la bioquímica si queréis llamarlo así. El simulatrón es capaz de crear duplicados de criaturas muertas largo tiempo atrás y hacerlas revivir de manera exacta a la del original y autónoma. A esos duplicados les llamamos neoformas. Estáis muertos, pero estáis vivos.

(Marie-Françoise:)

—Muertos y vivos... Neoformas... Trocitos de hueso remendado... simulacros electrónicos. ¡Cuerno! Una se pregunta si debe reír o llorar. Pero ¿quizá tendremos que daros también las gracias?

—¿Darnos las gracias?... Al hacer neoformas con vosotros no hemos hecho más que satisfacer nuestra curiosidad. Somos una raza curiosa, pero eso no quiere decir que seamos altruistas. Hemos descubierto vuestra Tierra por casualidad y era un mundo que presentaba evidentes configuraciones de cataclismo. Hemos querido saber lo que había pasado. Y para saberlo, ¿qué mejor que preguntar a sus habitantes? Os hemos buscado, os hemos encontrado y os hemos reconstruido. Y habéis hablado. O más bien vuestros sueños han hablado por vosotros. Somos nosotros quienes deberían dar las gracias...

(Philippe:)

—Entonces el pueblo... ¿no existe? No es más que un... una...

—No era más que una creación del simulatrón, sí. De la misma manera que la

carretera que habéis seguido y el primer estado de la playa. Ya veis que para que vuestro cerebro engendrara los sueños que reflejan vuestra existencia anterior, era preciso que funcionara, es decir, que vosotros, como neofomas, teníais que vivir otra vez de manera autónoma. Copiando de la memoria eidética de vuestro cerebro recreado, el simulatrón ha reconstituido un decorado que os era familiar. Indudablemente, tú has vivido en un pueblo parecido al que ha materializado para vosotros. El cerebro de Marie-Françoise contenía imágenes de ciudades gigantescas. Pero el poder del simulatrón no es ilimitado teniendo en cuenta la energía de que disponemos aquí; por lo tanto, hemos preferido introducir a Marie-Françoise en el decorado de Philippe... Pero incluso al simple nivel de un pueblecito pequeño, sabemos que todo no podía ser perfecto. Por una parte, vuestro cerebro no contiene la totalidad de las informaciones que hubiera necesitado el simulatrón para programar una copia perfecta y por otra era inútil, y demasiado largo, lanzarlo a una reconstitución que no fuera más que aproximada.

—Ahora comprendo por qué no... todas esas cosas raras. Pero, por ejemplo, los libros, los periódicos... ¿Por qué no estaban correctamente impresos? Eso es lo que más me ha vuelto tarumba.

—Acabo de explicártelo: tu cerebro sólo contenía el recuerdo de fragmentos muy pequeños de tus lecturas pasadas. El simulatrón es incapaz de inventar. Simplemente puede reproducir con un pequeño margen de improvisación lógica. Pero también posee lo que se puede llamar poder de estabilización. Si os hubiéramos dejado mucho más tiempo en el entorno del pueblo, se habría convertido a vuestros ojos en algo cada vez más real, cada vez más coherente.

—Entonces ¿por qué nos habéis hecho dejarlo?

—Porque el pueblo sólo era una fase; precisamente la de vuestra estabilización como neofomas autónomas. Pero no hubiera servido para nada el guardaros allí más tiempo. Al contrario, ese decorado demasiado preciso y demasiado familiar, a la larga no hubiera facilitado la emergencia de los sueños a causa del acuerdo estructural que manteníais con él... Hemos preferido trasladaros a un entorno más neutro. La playa. Y en efecto, allí se han desencadenado los sueños más precisos.

(Marie-Françoise:)

—Entonces nada existe, en definitiva. Sólo esta Tierra que se ha convertido en una jungla... ¿Supongo que también esta casa encantadora es una creación del simulatrón?

—Naturalmente.

—Pero entonces, ¿dónde estamos? Quiero decir realmente.

—Estáis en el simulatrón, desde luego. No olvidéis que el simulatrón es *vuestra* realidad. Sin él no existiríais...

—Es verdad. Dios mío... Un trocito de hueso de 400.000 años de edad que ni siquiera un perro querría. Y esta carnaza (otra vez crispó las manos sobre su vientre) ¡que no es carnaza de verdad! ¿Por qué nos habéis hecho eso? ¿Para qué estas

explicaciones? ¿No os bastaba con... con hacernos desaparecer como quien apaga la luz cortando la corriente de vuestra condenada máquina?

(Sonrisas y una larga mirada entre ellos.)

—Es muy probable que lo hagamos, en efecto. Pero eso no es tan simple como parece, pues, como os hemos explicado, vuestra neoforma está estabilizada. Es decir, que habéis sido recreados y ahora vivís una existencia autónoma. No bastaría con... cortar la corriente, como tú dices (sonrisa), para que desaparecierais. Habría que destruir materialmente vuestros nuevos cuerpos junto con la inteligencia que los habita. Y el destruir una inteligencia no es cosa que nos guste mucho. Por eso hemos querido programar esta conversación con vosotros. Para saber qué es lo que queréis hacer de vuestra vida... o vuestra muerte.

(Philippe:)

—Es que... ¿podemos elegir?

—Quizá.

(Marie-Françoise:)

—Veamos... Es que... ¿Sería posible que nos llevaseis con vosotros?

—Desgraciadamente eso es imposible por completo. Hay una total incompatibilidad entre vosotros y nosotros, entre vuestro universo y el nuestro.

—Pero... ¡sin embargo, sois hombres! Sois como nosotros.

—No somos como vosotros, Marie-Françoise. Lo que tenéis ante los ojos no es más que una apariencia, otra creación del simulatrón y, ésta, no es estable. Teníamos que simular un encuentro y una conversación porque vuestra existencia nos plantea un problema. Porque os hemos sacado de la nada, de la muerte, os hemos visto vivir y rehusamos enviaron otra vez a la nada, a la muerte. Pero no somos hombres. ¿Creéis que la inteligencia se manifiesta siempre de la misma forma en la inmensidad del universo? Mirad, nos expresamos en vuestro idioma, pero lo ignoramos todo de esa lengua. Hablamos, pero no tenemos boca ni cuerdas vocales. De hecho ni siquiera nos servimos de vibraciones sonoras para comunicarnos. Somos tan distintos a vosotros, amigos míos, que si pudierais vernos, ni siquiera seríais capaces de identificarnos como criaturas dotadas de razón, ni siquiera como a seres vivos. De la misma manera que un erizo extraviado en la playa no sería capaz de reconocer que vosotros sois hombres. Por otra parte, ¡no nos podéis ver! La Colmena existe en un plano del espacio diferente al de vuestro sistema solar; para vosotros sólo seríamos sombras que vibran a la luz y nada más...

(Y de pronto ya no hubo nadie frente a Philippe y Marie-Françoise. Sólo dos sillas vacías al otro lado del simulacro de mesa en la que siempre seguían, absurdamente, los dos cilindros que encerraban el húmero roto y el omóplato desportillado; luego reaparecieron los dos extranjeros y otra vez estuvieron apoyados en su asiento, sonrientes, cómodos, cálidos.)

—Yo sólo soy una proyección tuya, rejuvenecida y embellecida, Marie-Françoise...

—De la misma manera que yo no soy más que una proyección tuya rejuvenecida y embellecida, Philippe.

—Para llevar a cabo este encuentro hemos preferido adoptar la forma humana. Y sólo teníamos un modelo: vosotros...

—Ahora nos tenemos que marchar. Somos viajeros, visitantes, curiosos. Y el universo no tiene límites...

—Pero ¿y vosotros? ¿Habéis reflexionado? ¿Me equivoco al pensar que no queréis volver a la nada?

Marie-Françoise tuvo su mímica favorita con manos, cara y labios. Era elocuente pero, no obstante, precisó:

—¡Dios mío, no!

—Entonces quizá haya una solución, dijo el joven (pero aquello no era un joven). Hemos reflexionado. (Por última vez cambió una larga mirada con la joven que no era una joven.) ¿Os gustaría vivir en el pueblo? ¿Ahora mismo y para siempre?

—¿En el pueblo? Pero nos habéis dicho...

—Olvidaos de lo que os hemos dicho. Y no pidáis más explicaciones. Llega un momento en el que las explicaciones son inútiles. Responded simplemente a esta pregunta: ¿os gustaría vivir en el pueblo?

—Sí... susurró Philippe.

—¿Por qué no?, dijo Marie-Françoise.

—Entonces podréis vivir allí...

La joven que se parecía a Marie-Françoise se levantó, dio la vuelta a la mesa y puso una mano en el hombro de su modelo y otra en el de Philippe. Uno y otra se estremecieron imperceptiblemente.

—Entonces levantaos, y marchad sin miedo. El pueblo os espera. Nosotros... nosotros vamos a dejar este mundo.

Los cuatro se pusieron de pie, atravesaron la habitación y, en el hall, dieron los cuatro o cinco pasos que los separaban de la puerta de entrada de la villa que no era una villa.

—¿Qué hacen los hombres cuando tienen que separarse? ¿No se estrechan la mano? Entonces, nos estrecharemos la mano si queréis...

La joven estrechó las manos de Philippe y de Marie-Françoise y el joven estrechó la mano a Philippe y a Marie-Françoise. Luego se abrió la puerta y salieron Philippe y Marie-Françoise.

Salieron y anduvieron por la arena gris que se hundía crujiendo bajo sus pasos. Cuando se volvieron para hacer un último gesto de adiós ya no había nadie a quien enviarlo. La playa estaba desierta, el mar, idealmente azul, lanzaba por la arena sus ondas ribeteadas de espuma y los pájaros marinos chillaban en el cielo cerúleo.

Treparon a lo largo del caminito que se abría en la pradera y marcharon a buen paso por la carretera que se hundía en el horizonte tembloroso de bruma azul. Cuando se volvieron de nuevo para decirle adiós al mar ya no había mar y tuvieron que

guardar el adiós encerrado en las manos.

Poco después entraban en la aldea por la parte oeste; debía ser mediodía, la hora de comer, y el carillón de la iglesia los saludó con una salva estrepitosa.

Las voces dialogaron por última vez.

—*Las estéreo-grabaciones están clasificadas y almacenadas, Primero.*

—*Muchas gracias, Tercero... Así termina la operación Acna-3 ¿Está satisfecho el historiógrafo?*

—*Muy satisfecho, Primero. La operación Acna-3 es uno de nuestros mayores éxitos. El último estereocuarzo es de una calidad excepcional. Visualización, resonancia emocional, síntesis eventual... El conjunto es un documento único sobre el final de una civilización.*

—*Pobres hombrecillos... pobre y pequeña Acna-3...*

—*Esas criaturas... Usted se había encariñado con ellas, ¿no es cierto, Primero?*

—*¿No se encariña uno siempre con cada manifestación de inteligencia? ¿Con cada manifestación de la vida? El universo es inmenso, sin duda, Tercero, pero usted sabe como yo qué escasa es la vida... ¡Y menos aún la inteligencia! Cuando tenemos la gran dicha de poder entrar en contacto con representantes de una especie pensante, la curiosidad cambia en seguida a simpatía, a amor...*

—*¿Incluso cuando tales representantes no son más que una reproducción del simulatrón? ¿Incluso cuando pertenecen a una especie tan estúpida como para llegar a suicidarse?*

—*No hablemos de estupidez, ¿quiere? La inteligencia es un arma de doble filo. Es un instrumento dialéctico. Quizá siempre lleva consigo los gérmenes de su potencial destrucción... Algunas especies consiguen dominarlos, pero otras se dejan invadir por ellos y se destruyen. ¿Quién puede pretender que la Colmena está al abrigo de un latigazo regresivo? ¿Que no corre el peligro de desaparecer por culpa nuestra? Hay que guardarse de los juicios apresurados e irreflexivos. Hay que intentar comprender, hay que aceptar, hay que amar.*

—*Entonces, ¿usted ha amado a esos dos hombrecitos?*

—*Todavía los amo. Seguirán en mi alma tanto tiempo como sigan en esa célula de activación del simulatrón.*

—*¿Durante la eternidad?*

—*La eternidad es una noción subjetiva, Tercero. Pero se puede decir así, sí: durante la eternidad.*

Las voces callaron.

Pero desde luego nunca había habido voces ni boca para modularlas.

El mar batía contra la playa y desenrollaba por la arena los ovillos de lana roja que albergaban miríadas de criaturas microscópicas que se reproducían mucho más

deprisa de lo que morían. Un cangrejo oscuro emergió, con las pinzas hacia delante, de un profundo charco cavado en una roca negra y plana que la marea llenaba periódicamente. Las antenas del cangrejo se agitaron; sus ojos pedunculados dieron vueltas alrededor de su soporte y se estabilizaron dirigidos hacia delante.

Más atrás, la selva rumoreaba a impulsos de un ligero viento persistente que venía del mar. Se separaron los matojos del lindero y surgió un jabalí armado de cuatro pseudodefensas largas y recurvadas, seguido de tres hembras con el hocico desarmado y el pelaje más claro. El gran macho trotó algunos metros por la arena, escarbó, olió el aire y lanzó tres gruñidos. Las hembras se apretaron a su alrededor con el rosado morro alzado hacia el horizonte marino.

Un cormorán azul, con el pico dotado de una doble hilera de agudos dientes inició un resbalón por el ala y se lanzó a la playa en vuelo planeado en medio del silbido del aire que hendía su empenachado fuselaje. Cuando estaba a veinte pasos del suelo agitó bruscamente las alas y volvió a elevarse en línea recta con un largo y agudo grito coreado por un centenar de congéneres que revoloteaban junto al recortado techo de nubes.

Abajo, en la playa, una amplia circunferencia de arena se iluminó de pronto como si hubiera brotado de las nubes una columna de luz solar para venir a posarse en aquel sitio. Pero no era un rayo de sol. Era una irisación autónoma del aire que formaba una cúpula muy plana en cuyo volumen vibraron un momento algunas sombras fugaces, pero con demasiada rapidez como para que el ojo de cualquier criatura pudiera percibirlo claramente.

El cangrejo hizo sonar las pinzas y retrocedió hasta el charco en el que penetró en sus tres cuartas partes, dejando emerger únicamente el caparazón, como una larga hoja enmohecida de la que brotaran cuatro ramillas móviles. El jabalí sacudió la cabeza y gruñó; las hembras, inquietas, bailaron a su alrededor; una de ellas dio la vuelta y desapareció en la espesura. Ahora los cormoranes piaban sin descanso mientras estriaban el cielo en círculos entrelazados cada vez más próximos entre sí.

En la playa, las sombras vibraron con más intensidad dentro del círculo luminoso. Deprisa, tan deprisa que ya no hubo más sombras; sólo una burbuja de luz incandescente que iluminó brevemente el contorno, arrojó puntitos de oro a la espuma de las olas e hizo resplandecer las hojas de los árboles del lindero antes de apagarse dejando en el suelo un rastro vagamente fosforescente que tardó varios segundos en desaparecer.

Lentamente, con precaución, agitando las antenas y los pedúnculos oculares en todos los sentidos, el cangrejo volvió a salir del charco, avanzó por la playa y corrió torpemente hacia la izquierda y hacia la derecha antes de inmovilizarse otra vez con los ojillos negros reluciendo como bolas de carbón pulido. El grueso jabalí de pelaje tieso y oscuro se movió hacia el mar resoplando, luego afirmó el paso y, trotando alegremente, dio los últimos pasos que le quedaban para llegar al mar. Las hembras no tardaron en seguirlo y todo el grupo se hundió en las olas para darse un baño

ruidoso y torpe. Los cormoranes dejaron de piar uno tras otro; el gran pájaro con alas moteadas de puntos gris-azul inclinó la cabeza a la derecha, a la izquierda, otra vez a la derecha, y luego se lanzó en una larga espiral que bajaba hacia la playa. Tocó tierra separando las alas todo lo posible —envergadura: un metro cincuenta— para estabilizar el cuerpo, y enderezó el cuello con los ojos atentos y el pico entreabierto mostrando sus dientes de animal carnívoro.

Pero nada había que lo pudiera inquietar porque la playa había recuperado su aspecto de siempre.

Ciertamente había habido alguna cosa.

Pero se había ido.

EPÍLOGO

Philippe se levantó a las seis de la mañana. Se quitó el pijama, se puso la camisa gris, el pantalón, se calzó los mocasines y bajó a la cocina para beber su Nescafé acompañado de dos *croisants*. Marie-Françoise no estaba porque empezaba su trabajo antes que él y *Misterio* debía haberse ido con ella o había salido después por la puerta de entrada que siempre dejaban abierta. Llenó la escudilla del perro con un resto de carne y legumbres mezcladas y cocidas el día anterior para cuando volviera, y luego fue al cuarto de baño para asearse un poco, lavarse los dientes y peinarse.

Inmediatamente salió, torció a la derecha por la calle de la República, otra vez a la derecha por la callejuela en que estaba el bazar y llegó al huerto de la granja en el que trabajó durante tres horas estercolando, escardando y entresacando los rábanos, los puerros y los nabos. Recibió la visita de *Misterio* cuyo pelaje suave y cálido acarició y que husmeó un poco por los caminillos antes de volver a sus carreras solitarias por los campos que rodeaban el pueblo. A las nueve dejó el huerto, fue a la calle que bordeaba la fachada trasera de la alcaldía y se paró en la panadería para tomar uno o dos pasteles. Había muchos en el estante, unos de grosella, otros de albaricoque o de manzana. Estaban aún calientes porque Marie-Françoise acababa de sacarlos del horno. Envolvió dos para ella y le propuso ir al café para beber algo.

Ella aceptó y fueron a instalarse en su sitio de siempre, en la terraza, bajo el tibio sol de la mañana. En el jardín, cuervos, palomas y gorriones corrían por el césped, piaban y revoloteaban para ir a encaramarse en los techos vecinos. Como nadie venía a servir, Marie-Françoise entro en el establecimiento y preparó té para ella y café para él. Se repartieron los pasteles y volvieron al trabajo, él a la tienda de ultramarinos, ella a la mercería. Estaba tricotando un jersey de lana, de tres colores alegres, para él, para cuando llegara el invierno; y él se puso a ordenar en las banastas las legumbres llegadas el día anterior. Hacia las once y media, cuando acababa de poner a punto los estantes, ella vino a hacer las compras y metió en el cesto una escarola, una libra de zanahorias, un litro de leche, un kilo de azúcar, harina y cinco plátanos.

Él volvió a casa un poco después de las doce campanadas del mediodía y ella acababa en ese momento de preparar la comida que consistió en ensalada, asado de buey con zanahorias y crema de plátanos; comieron con buen apetito y la acompañaron con agua del grifo. Ella fumó un cigarrillo mientras él fregaba los platos y luego fueron a tomar café en la PEÑA DE LOS CAZADORES. Después fueron, cogidos de la mano, a pasear al lado del estanque donde se pararon un momento mirando los verdeantes prados que se hundían en el irreal banco de lechosa bruma que ahogaba el horizonte a lo lejos. Él orinó en la hierba y ella metió los pies en el agua fresca del estanque donde él arrojó algunos guijarros. A las dos volvieron al trabajo. En la carnicería, él sacó medio buey de la cámara frigorífica y preparó la carne para la semana; en EL CHIC DE PARÍS ella cortó varios vestidos según los patrones que ella misma había dibujado; él se fue al campo con la carretilla a recoger

madera seca para el fuego; ella siguió con el inventario de la droguería; él trabajó un poco en el garaje sobre un coche rojo subido en el elevador hidráulico, pero sin mucho éxito; ella fue a inscribir los acontecimientos del día en el registro de la alcaldía, pero no había pasado nada importante; él fue al estanco a coger su periódico, pero no traía ninguna noticia de importancia; en la casa, ella hizo un poco de limpieza mientras él preparaba la cena, buey hervido con coles y patatas, puerros a la vinagreta y requesón casero.

Después de cenar salieron un momento a tomar el aire en el patinillo de detrás de la casa. *Misterio* los había seguido y se tumbó a sus pies bajo la mesa que habían instalado en medio del terreno; ella fumó el último cigarrillo del día mientras la noche se adensaba en el cielo sin estrellas.

Subieron a la habitación de arriba, se desnudaron, se acostaron, apagaron la vela, hicieron el amor tiernamente y se durmieron al mismo tiempo.

En mitad de la noche el cielo se abrió y la suave lluvia bajó a regar el mundo.

El día siguiente no fue apenas distinto, ni el siguiente, ni el otro.

En la habitación de arriba Philippe había clavado un dibujo sobre el papel azul de flores de una pared. Era el retrato de ambos, el que él había dibujado un día.

En cada retrato había caligrafiado cuidadosamente el nombre, *Marie-Françoise*, y *Philippe*.

Hubiera podido añadir:

Para siempre.

Pero no hacía falta.